



Donna
Leon

Mientras dormían

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



La existencia del comisario Guido Brunetti se ve alterada por la irrupción en su vida de ciertos elementos religiosos inquietantes. Durante un almuerzo familiar descubre que las clases de religión que recibe su hija, la adolescente Chiara, son impartidas por un sacerdote que da signos de un comportamiento poco menos que inadecuado. Al mismo tiempo, una monja que Brunetti conoce (*Vestido para la muerte*) llega a la *questura* de Venecia para exponer sus sospechas sobre las circunstancias de la muerte de unos ancianos en una residencia. En una aventura, la sexta que protagoniza el comisario, impregnada del pesimismo que envuelve a Venecia, Brunetti se enfrenta a poderes que se creen por encima de la ley de los hombres, por el hecho de asentarse sobre un entramado de intereses económicos e ideológicos. La acerada mirada de Donna Leon denuncia en esta ocasión las perversas prácticas sexuales que llevan a cabo algunos miembros de la Iglesia Católica, así como la corrupción que afecta a las esferas más influyentes de la institución ante el Papa.

Donna Leon

Mientras dormían

Comisario Brunetti - 6

Título original: *The Death of Faith*
Donna Leon, 1997
Traducción: Ana María de la Fuente

Editor digital: Titivillus



Para Donald McCall

*È sempre bene
Il sospettare un poco, in questo mondo.*

[Es siempre bueno
recelar un poco en este mundo.]

Così fan tutte

MOZART

Brunetti, sentado ante su escritorio, se miraba los pies. Los tenía apoyados en el cajón de abajo y le mostraban cuatro hileras verticales de ojetes metálicos que parecían devolverle la mirada con gesto de reproche multiplicado. Durante la media hora última, el comisario había dividido su tiempo y atención entre las puertas del armario de la pared del fondo y, una vez bien vistas éstas, sus zapatos. Cuando el canto del cajón empezaba a clavársele en el talón, descruzaba los tobillos y volvía a cruzarlos alternando el punto de apoyo, pero ello sólo cambiaba la situación de los ojetes, sin atenuar el reproche ni mitigar el aburrimiento.

Desde hacía dos semanas, el *vicequestore* Giuseppe Patta estaba de vacaciones en Thailandia, en lo que el personal de la *questura* insistía en llamar su segunda luna de miel, y Brunetti había quedado al mando de los que combatían el crimen en Venecia. Pero el crimen parecía haber subido al avión con el *vicequestore*, porque nada importante había sucedido desde que habían abandonado la ciudad Patta y su esposa, recién reintegrada al hogar — la idea le daba escalofríos— a los brazos de su marido, salvo algún que otro robo de poca monta. El único delito interesante había ocurrido en una joyería de *campo* San Mauricio. Dos días antes, una pareja muy bien vestida había entrado en la tienda empujando un cochecito, y el nuevo padre, henchido de orgullo, había pedido ver anillos de brillantes, para hacer un regalo a la ruborosa madre. Ella se probaba un anillo y luego otro hasta que, finalmente, se prendó de un solitario blanco de tres quilates y preguntó si podía salir a verlo a la luz del día. Entonces ocurrió lo inevitable: la mujer salió a la calle, hizo relucir la piedra al sol y agitó la mano llamando al padre, que se inclinó

sobre el cochecito para arreglar la manta y, sonriendo al dueño con timidez, salió a reunirse con su esposa. Naturalmente, la pareja desapareció en el acto, dejando atravesado en la puerta el cochecito con el muñeco.

Un golpe ingenioso, pero por sí mismo no constituía una ola de delincuencia, y Brunetti se encontraba aburrido y sin saber si prefería la responsabilidad del mando con la montaña de papel que generaba o la libertad de acción que su rango inferior le deparaba. Aunque tampoco podía decirse que hubiera mucho campo en el que ejercer tal libertad de acción.

Levantó la mirada al oír un golpe en la puerta y sonrió cuando ésta se abrió ofreciéndole la primera visión de la mañana de la *signorina* Elettra, la secretaria de Patta, que parecía haber tomado la ausencia del *vicequestore* como una invitación a empezar la jornada de trabajo a las diez, en lugar de las preceptivas ocho y media.

—*Buon giorno, commissario* —dijo al entrar, con una sonrisa que a él le recordó fugazmente el *gelato al'amarena*, blanco y escarlata, colores que armonizaban con las rayas de su blusa de seda. Al entrar, la joven se hizo a un lado para dejar paso a la mujer que la seguía. Brunetti, de una rápida ojeada, captó un traje de chaqueta barato de poliéster gris y corte anguloso, con una falda que, con desprecio de la moda, acababa muy cerca de unos zapatos planos, y unas manos que asían torpemente un bolso de plástico, y miró otra vez a la *signorina* Elettra.

—Comisario, aquí hay alguien que desea hablar con usted —dijo.

—¿Sí? —preguntó él, volviendo a mirar a la otra mujer, sin gran interés. Pero entonces observó la curva de su mejilla derecha y, cuando ella volvió la cabeza para mirar en derredor, la fina línea del mentón y el cuello, y repitió, más interesado—: ¿Sí?

Al percibir el tono, la mujer volvió la cara hacia él con una media sonrisa que le resultó extrañamente familiar, aunque estaba seguro de no haber visto nunca a su visitante. Pensó que tal vez fuera hija de algún amigo que venía a pedirle ayuda y que quizá lo que reconocía no era la cara sino una fisonomía familiar.

—¿Sí, *signorina*? —dijo levantándose y señalando la silla que estaba al otro lado de su mesa. Entonces la mujer miró a la *signorina* Elettra, que le dedicó la sonrisa que reservaba para las personas que se ponían nerviosas al

entrar en la *questura* y, diciendo que debía volver a su trabajo, salió del despacho.

La mujer rodeó la silla y se sentó tirándose de la falda hacia un lado. Aunque delgada, se movía sin gracia, como si toda la vida hubiera usado zapatos planos.

Brunetti sabía por experiencia que era preferible no decir nada y esperar con expresión de sereno interés: indefectiblemente, el silencio hacía hablar a la persona que tenía delante. Mientras esperaba, miró a la cara a la mujer, desvió la mirada y volvió a mirarla, tratando de descubrir por qué le resultaba tan familiar. Buscaba en sus facciones algún parecido con personas conocidas, quizá el padre o la madre, o tal vez era dependiente de algún comercio y, lejos de su mostrador, no conseguía identificarla. Si trabajaba en una tienda —se dijo involuntariamente—, no sería de modas, desde luego: el traje era un engendro rectilíneo de un estilo desaparecido hacía diez años, y el peinado, simplemente, pelo cortado sin arte ni gracia, en torno a una cara limpia de maquillaje. Pero, a la tercera mirada, Brunetti tuvo la impresión de que aquella mujer iba disfrazada y lo que el disfraz ocultaba era su belleza. Tenía los ojos oscuros y muy separados, con unas pestañas largas y espesas que no necesitaban máscara, los labios pálidos pero carnosos y suaves, la nariz recta, fina y ligeramente arqueada: una nariz noble —no encontró mejor palabra— y, bajo el desastroso corte de pelo, una frente ancha y tersa. Pero tampoco este reconocimiento de su belleza hacía más fácil la identificación.

Ella lo sorprendió al decirle:

—No me reconoce, ¿verdad, comisario? —Hasta la voz era familiar, pero también estaba fuera de lugar. Él trataba de recordar, pero lo único de lo que podía estar seguro era que no tenía nada que ver con la *questura* ni con su trabajo.

—No, *signorina*, lo siento, pero sé que nos conocemos y que éste no es el sitio en el que podía esperar encontrarla. —La miraba con una sonrisa que pedía comprensión para este fallo tan humano.

—Yo no esperaba que la mayoría de las personas a las que usted conoce tuvieran por qué venir a la *questura* —dijo ella, y sonrió para dar a entender que pretendía hablar con desenfado.

—No; son pocos los amigos que vienen voluntariamente y, hasta este

momento, ninguno ha tenido que venir contra su voluntad. —Él sonrió a su vez, para indicar que también podía bromear sobre las cosas de la policía, y agregó—: Afortunadamente.

—Yo nunca he tenido tratos con la policía —dijo la mujer, mirando otra vez en derredor, como si temiera que pudiera ocurrirle algo malo ahora que los tenía.

—Como la mayoría de la gente —apuntó Brunetti.

—Claro, imagino que no —dijo ella mirándose las manos en el regazo. Y entonces, sin preámbulos, dijo—: Yo era inmaculada.

—¿Cómo dice? —Brunetti estaba desconcertado y empezaba a sospechar que su joven visitante pudiera estar seriamente trastornada.

—*Suor Immacolata* —dijo ella con una breve mirada y aquella dulce sonrisa que tantas veces había visto él bajo la blanca toca almidonada. Aquel nombre la ubicó y resolvió el enigma, explicando el porqué del corte de pelo y su evidente incomodidad con la ropa que llevaba. Brunetti había sido consciente de su belleza desde la primera vez que la vio en la casa de reposo en la que, desde hacía años, su madre no encontraba reposo, pero sus votos religiosos y el largo hábito blanco que los simbolizaba la envolvían en un tabú, por lo que Brunetti había apreciado su belleza como la de una flor o de un cuadro, reaccionando como un observador y no como un hombre. Ahora, libre de disfraces y cortapisas, su belleza se hacía notar en aquel despacho, a pesar de la vestimenta barata y el gesto cohibido.

Suor Immacolata había desaparecido de la residencia geriátrica de su madre hacía un año, y Brunetti, disgustado por la aflicción de su madre ante la pérdida de la hermana que con más cariño la trataba, sólo consiguió averiguar que había sido trasladada a otra residencia de la orden. Desfiló por su mente una larga lista de preguntas y fue descartándolas por poco apropiadas. Puesto que había venido, ella le diría por qué.

—No puedo regresar a Sicilia —dijo ella bruscamente—. Mi familia no lo comprendería. —Sus manos abandonaron el asidero del bolso y buscaron consuelo la una en la otra. Al no encontrarlo, se posaron en los muslos y, sintiendo de pronto el calor de la carne que tenían debajo, buscaron de nuevo refugio en la superficie dura y angulosa del bolso.

—¿Hace mucho que ha...? —empezó Brunetti y, al no encontrar el verbo

adecuado, dejó la frase sin terminar.

—Tres semanas.

—¿Reside en Venecia?

—No, en Venecia, no; en el Lido. En una pensión.

Brunetti se preguntaba si habría ido a pedirle dinero. De ser así, estaría encantado y muy honrado en dárselo, ya que era muy grande la deuda que tenía con ella por aquellos años de atenciones y cuidados para con él y con su madre.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella dijo:

—Tengo un empleo.

—¿Dónde?

—En una clínica particular del Lido.

—¿De enfermera?

—En la lavandería. —La joven captó la rápida mirada que él lanzó a sus manos y sonrió—. Ahora se hace a máquina, comisario. Ya no hay que bajar al río a lavar las sábanas sacudiéndolas contra las piedras.

Él se rió tanto de su propia confusión como de la respuesta de ella. Esto despejó un poco el ambiente dándole pie para decir:

—Siento que tuviera que tomar esa decisión. —En el pasado él hubiera agregado el tratamiento, «*suor* Immacolata», pero ya no podía llamarla así. Con los hábitos, había abandonado el nombre y quién sabe cuántas cosas más.

—Me llamo Maria —dijo ella—. Maria Testa. —Como la cantante que hace una pausa para que vibre la resonancia de la nota que marca el cambio de un registro a otro, ella se detuvo a escuchar el eco de su nombre—. Aunque ya no estoy segura de que ese nombre sea el mío —agregó.

—¿Cómo? —preguntó Brunetti.

—Cuando dejas la orden, has de seguir un proceso. Supongo que es algo así como desconsagrar una iglesia. Es muy complicado, y pueden tardar mucho tiempo en dejarte marchar.

—Será que quieren estar seguros de que usted lo está. Que está segura, quiero decir —apuntó Brunetti.

—Sí. Puede durar meses, y hasta años. Tienes que presentar cartas de personas que te conozcan y atestigüen que eres capaz de tomar esa decisión.

—¿Es lo que desea de mí? ¿Puedo ayudarla de este modo?

Ella agitó una mano hacia un lado desestimando sus palabras y, con ellas, su propio voto de obediencia. Eso ya acabó. Fin.

—Comprendo —dijo Brunetti, aunque no era así.

Ella lo miró de frente. Tenía unos ojos tan hermosos que Brunetti sintió un poco de envidia del hombre que la hiciera renunciar a su voto de castidad.

—He venido para hablarle de la *casa di cura*. De lo que vi allí.

Brunetti, pensando en su madre, inmediatamente se puso alerta a cualquier señal de peligro; pero, antes de que pudiera traducir su alarma en una pregunta, ella dijo:

—No, comisario; no se trata de su madre. A ella no puede pasarle nada.

—Entonces se interrumpió, cortada por el sonido de la frase y la triste verdad que encerraba: lo único que podía pasarle a la madre de Brunetti era morir —. Lo siento —agregó tímidamente, y no dijo más.

Brunetti la interrogó con la mirada un momento, desconcertado por lo que acababa de oír y sin saber cómo preguntarle qué quería decir. Recordó la tarde de su última visita a su madre, en la que aún esperaba a medias volver a ver a *suor* Immacolata, ausente desde hacía ya tiempo, sabiendo que ella era la única persona de aquella casa que comprendía el doloroso peso que sentía en el alma. Pero en el vestíbulo, en lugar de la bella siciliana, había encontrado sólo a *suor* Eleanora, una mujer agriada por la edad, para quien los votos significaban pobreza de espíritu, castidad de humor y obediencia sólo a un riguroso concepto del deber. El que su madre tuviera que estar, aunque fuera un solo instante, atendida por esta mujer, indignaba al hijo; el que aquella *casa di cura* estuviera considerada una de las mejores de Italia avergonzaba al ciudadano.

La voz de la joven lo sacó de su larga abstracción, pero no oyó lo que le decía y tuvo que preguntar:

—Perdone, *suora*. —La fuerza de la costumbre hizo que se le escapara el tratamiento—. Estaba distraído.

Ella volvió a empezar, sin acusar el tratamiento.

—Me refiero a la *casa di cura* de aquí, de Venecia, en la que trabajé hasta hace tres semanas. Pero no he dejado únicamente esa casa, *dottore*. También he dejado la orden y lo he dejado todo. Para empezar mi... —Aquí se

interrumpió y miró por la ventana abierta a la fachada de la iglesia de San Lorenzo, como buscando allí el nombre de lo que iba a empezar—. Mi vida nueva. —Lo miró con una sonrisa débil—. *La vita nuova* —repitió en un tono que ella pretendía desenfadado, como si fuera consciente, como lo era él, del melodramático acento que tenía su voz—. Leíamos *La vita nuova* en el colegio, pero no lo recuerdo muy bien. —Lo miró un momento, juntando las cejas interrogativamente.

Brunetti no tenía idea de adónde lo llevaba esta conversación: primero, le hablaba de peligro; y ahora, del Dante.

—Nosotros también lo estudiábamos, pero yo pienso que era demasiado joven. De todos modos, siempre preferí la *Divina Commedia* —dijo él—. Sobre todo, *Purgatorio*.

—Es curioso —comentó ella con un interés que podía ser real o sólo el intento de demorar lo que la había llevado allí—. Nunca había oído decir a nadie que prefiriera ese libro. ¿Por qué?

Brunetti se permitió una sonrisa.

—Ya sé: la gente imagina que, por ser policía, tendría que preferir *Inferno*. Los malos reciben su castigo y cada cual tiene lo que el Dante opina que se merece. Pero a mí nunca me ha gustado eso, la certidumbre absoluta del juicio, todo ese horrendo sufrimiento. Por toda la eternidad. —Ella le miraba a la cara y escuchaba sus palabras atentamente—. Me gusta *Purgatorio* porque allí se mantiene la esperanza de que las cosas cambien. Para los otros, tanto si están en el cielo como en el infierno, todo ha terminado: allí se quedarán. Para siempre.

—¿Usted lo cree así? —preguntó ella, y Brunetti comprendió que no le hablaba de literatura.

—No.

—¿En absoluto?

—¿Quiere decir si creo que hay cielo e infierno?

Ella asintió, y él se preguntó si un vestigio de superstición le haría pronunciar palabras de duda.

—No.

—¿Nada?

—Nada.

Después de una pausa muy larga, ella dijo:

—Qué triste.

Como tantas otras veces, desde que había descubierto que esto era lo que creía, Brunetti se encogió de hombros.

—Supongo que un día lo averiguaremos —dijo ella, pero en su voz había expectación, no sarcasmo ni resignación.

El primer impulso de Brunetti fue volver a encogerse de hombros, ya que ésta era una discusión a la que había renunciado hacía años, estando aún en la universidad, cuando dejó atrás las cosas de la niñez, por impaciencia con todo lo que era especulación y por ganas de vivir. Pero no tuvo más que mirarla para comprender que, en cierto modo, ella acababa de salir del cascarón, que se disponía a iniciar su propia *vita nuova* y que, para ella, esta clase de preguntas, sin duda impensables en el pasado, tenían que ser actuales y vitales.

—Quizá sí —concedió él.

La respuesta fue instantánea y vehemente:

—No tiene por qué mostrarse condescendiente conmigo, comisario. Yo he dejado atrás mi vocación, no mi inteligencia.

Él optó por no disculparse ni proseguir esta discusión teológica fortuita. Pasó una carta de un lado de la mesa al otro, echó la silla hacia atrás y puso una pierna encima de la otra.

—¿Entonces, quiere que hablemos de eso?

—¿De qué?

—¿De donde quedó su vocación?

—¿La residencia geriátrica? —preguntó ella sin necesidad.

—Pero ¿cuál de ellas en concreto?

—San Leonardo. Está cerca del Ospedale Giustinian. La orden ayuda a proveerla de personal.

Él observó que la joven mantenía los pies bien asentados en el suelo, uno al lado del otro, y las rodillas juntas. Ahora abrió el bolso con cierta dificultad, sacó un papel, lo desdobló y miró lo que estaba escrito en él:

—Durante el año último —empezó nerviosamente—, han muerto allí cinco personas. —Dio la vuelta a la hoja de papel y se inclinó hacia adelante para ponerla delante de él. Brunetti miró la lista.

—¿Estas personas? —preguntó.

Ella asintió.

—He puesto nombres, edad y causa de la muerte.

Él volvió a mirar la lista y comprobó que tal era, exactamente, la información. Se indicaban los nombres de tres mujeres y dos hombres. Brunetti recordó haber leído una estadística que indicaba que las mujeres vivían más años que los hombres, pero aquella lista parecía desmentirla. Una de las mujeres no llegaba a los setenta y la otra los superaba en muy poco. Los dos hombres eran más viejos. Como tantas personas de su edad, habían muerto de embolia, infarto o pulmonía.

—¿Por qué me ha traído esta lista? —preguntó Brunetti levantando la mirada hacia la mujer.

Aunque debía de estar preparada para la pregunta, ella tardó en contestar:

—Porque usted es la única persona que puede hacer algo respecto a eso.

Brunetti se quedó esperando una explicación y, como ésta no llegaba, preguntó:

—¿A qué se refiere al decir «eso»?

—No estoy segura de la causa de esas muertes.

Él agitó la lista en el aire.

—Pero ¿no está la causa especificada aquí?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, pero ¿y si lo que dice el papel no es verdad? ¿Existe algún medio por el que se pueda averiguar la verdadera causa de la muerte?

Brunetti no tuvo necesidad de pensar antes de contestar: la ley sobre la exhumación era clara.

—No sin una orden judicial o una petición de la familia.

—Oh —hizo ella—. No tenía idea. He estado... no sé cómo decirlo... he estado tanto tiempo apartada del mundo que ya no sé cómo funcionan, cómo se hacen, las cosas. —Hizo una pausa antes de terminar—: Quizá no lo supe nunca.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la orden?

—Doce años, desde los quince. —Si observó su gesto de sorpresa, no se dio por enterada—. Es mucho tiempo, sí.

—Pero usted no estaba apartada del mundo —objetó Brunetti—. Al fin y

al cabo, ha estudiado para enfermera.

—No —respondió ella rápidamente—. Yo no he estudiado para enfermera. No tengo título. La orden vio que tenía una... —se interrumpió, y Brunetti observó que su interlocutora se encontraba en la insólita situación de tener que atribuirse un don o un mérito, y no tenía más alternativa que la de dejar de hablar. Después de una pausa que dedicó a eliminar de sus palabras todo asomo de presunción, prosiguió—: Decidieron que sería bueno para mí tratar de ayudar a los ancianos, y por eso me destinaron a las residencias geriátricas.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado en ellas?

—Siete años. Seis en Dolo y uno en San Leonardo —respondió la mujer.

Según esto, calculó Brunetti, *suor* Immacolata tenía veinte años cuando llegó a la residencia en la que estaba su madre, la edad en la que la mayoría de las mujeres consiguen su primer trabajo, deciden su profesión, conocen a su pareja, tienen hijos. Pensó en lo que las otras mujeres podían conseguir durante esos años y en lo que había sido la vida de *suor* Immacolata, entre los gritos de los dementes y los olores de los incontinentes. De haber sido Brunetti un hombre de convicciones religiosas que creyera en la existencia de un ser superior, quizá le hubiera consolado pensar en la recompensa espiritual que ella recibiría a cambio de los años sacrificados. Ahuyentando este pensamiento, preguntó mientras ponía la lista frente a sí y la alisaba con el dorso de la mano:

—¿Qué tuvo de extraño la muerte de estas personas?

Ella tardó un momento en contestar, y su respuesta, cuando al fin llegó, lo desconcertó por completo:

—Nada. Normalmente, había un fallecimiento cada tres o cuatro meses, sobre todo, después de las vacaciones.

Décadas de experiencia en interrogar a personas más o menos reacias a hablar, permitieron a Brunetti preguntar con toda calma:

—En tal caso, ¿por qué hizo esta lista?

—Dos de las mujeres eran viudas y la tercera no se había casado. Uno de los hombres nunca recibía visitas. —Lo miró, esperando una pregunta, pero él no dijo nada.

Su voz se suavizó, y a Brunetti le pareció volver a ver a *suor* Immacolata,

todavía con su hábito negro y blanco, luchando contra la exhortación de no hablar mal, ni siquiera de un pecador.

—En varias ocasiones —prosiguió al fin—, oí decir a dos de ellos que cuando murieran pensaban acordarse de la *casa di cura*. —Calló y se miró las manos, que habían abandonado el bolso y ahora se oprimían mutuamente en una tenaza mortal.

—¿Y lo hicieron?

Ella movió la cabeza de derecha a izquierda y no dijo nada.

—María —dijo él en un tono deliberadamente bajo—, ¿quiere decir que no lo hicieron o que usted no lo sabe?

Ella respondió, sin levantar la mirada:

—No lo sé. Pero dos de las mujeres, la *signorina* Da Prè y la *signora* Cristanti... decían que pensaban hacerlo.

—¿Qué decían?

—Un día, hará cosa de un año, la *signorina* Da Prè dijo, después de una misa en la que no hubo colecta, porque cuando nos dice la misa el padre Pio nunca la hay... —Ella se llevó nerviosamente una mano a la sien y Brunetti la vio deslizar los dedos hacia atrás, buscando el contacto tranquilizador de la toca. Al encontrar sólo el pelo al descubierto, bajó la mano rápidamente, como si se hubiera quemado—. Después de la misa, cuando la acompañaba a su habitación, dijo que no importaba que no hubiera colecta, porque cuando ella se fuera ya verían lo generosa que había sido.

—¿Le preguntó usted qué quería decir?

—No. Me pareció que estaba claro que quería dejarles dinero.

—¿Y...?

De nuevo, ella movió negativamente la cabeza.

—No sé.

—Desde entonces hasta su muerte, ¿cuánto tiempo transcurrió?

—Tres meses.

—¿Ella dijo a alguien más eso del dinero?

—No lo sé. No hablaba mucho con la gente.

—¿Y la otra mujer?

—La *signora* Cristanti era mucho más explícita —respondió María—. Decía que quería dejar su dinero a las personas que habían sido buenas con

ella. Lo decía a todas horas y a todo el mundo. Pero no estaba... no creo que estuviera en condiciones de decidir, por lo menos, cuando yo la conocí.

—¿Por qué no?

—No tenía la mente muy clara —respondió Maria—. Es decir, no siempre. Tenía días en los que parecía estar bien, pero la mayor parte del tiempo divagaba; creía que volvía a ser niña y pedía que la llevaran a sitios. —Después de una pausa, con voz de persona experimentada, agregó—: Es muy frecuente.

—¿Volver al pasado? —preguntó Brunetti.

—Sí. Pobrecitos. Debe de ser porque para ellos el pasado es mejor que el presente. Cualquier pasado.

Brunetti recordó su última visita a su madre y ahuyentó el recuerdo.

—¿Y qué le pasó?

—¿A la *signora* Cristanti?

—Sí.

—Murió de un ataque al corazón hace unos cuatro meses.

—¿Dónde murió?

—Allí. En la *casa di cura*.

—¿Dónde estaba cuando sufrió el ataque? ¿En su habitación o delante de otras personas? —Brunetti no las llamó «testigos» ni siquiera con el pensamiento.

—No; murió mientras dormía. Plácidamente.

—Comprendo —dijo Brunetti, aunque no acababa de ser cierto. Dejó pasar unos momentos antes de preguntar—: ¿Hizo esta lista porque cree que estas personas murieron por otra causa? ¿Algo distinto de lo que dice aquí?

Ella lo miró y él se sintió desconcertado por su gesto de sorpresa. Si ella se había decidido a venir a hablar con él, sin duda debía de ser consciente de la implicación de semejante paso.

Con el evidente intento de ganar tiempo, ella repitió:

—¿Algo distinto? —Como Brunetti no respondiera, dijo—: La *signora* Cristanti no sufría del corazón.

—¿Y las otras personas de la lista que murieron repentinamente?

—El *signor* Lerini tenía trastornos gástricos, pero nada más.

Brunetti volvió a mirar la lista.

—Y esta otra mujer, la *signora* Galasso, ¿estaba delicada?

Él la vio enrojecer de repente.

—Lo terrible es que no estoy segura. Sólo que continuamente recuerdo lo que me dijeron esas mujeres. —Se interrumpió y miró al suelo. Finalmente, con una voz que él tuvo que hacer un esfuerzo por oír, dijo—: Tenía que contárselo a alguien.

—Maria —dijo él y, después de pronunciar el nombre, calló hasta que ella lo miró. Entonces prosiguió—: Sé que es muy grave levantar falso testimonio contra el prójimo. —Esto la sorprendió, como si el diablo hubiera empezado a citar la Biblia—. Pero tenemos la obligación de proteger a los débiles y a los indefensos. —Brunetti no recordaba que esto estuviera en la Biblia, pero pensaba que debería estar. Ella no decía nada, y él preguntó—: ¿Lo entiende, Maria? —Ella seguía sin contestar y él modificó la pregunta—: ¿No está de acuerdo?

—Claro que estoy de acuerdo —dijo ella con un punto de aspereza—. Pero ¿y si estoy equivocada? ¿Y si todo son figuraciones mías y a esas personas nadie les ha hecho nada? Eso sería calumnia.

—Si así lo creyera, dudo de que estuviera aquí. Y, desde luego, no vestiría como viste ahora.

Ninguno de los dos habló durante un rato, hasta que Brunetti preguntó:

—¿Todos estaban solos en su habitación cuando murieron?

Ella pensó un momento.

—Sí; todos.

Brunetti apartó la lista a un lado de la mesa y, con el equivalente verbal de este movimiento, desvió la conversación:

—¿Cuándo decidió dejar la orden?

La respuesta no hubiera llegado antes si ella hubiera estado esperando la pregunta:

—Después de hablar con la madre superiora —dijo con la voz ronca por la emoción de algún recuerdo—. Pero antes hablé con el padre Pio, mi confesor.

—¿Podría repetirme qué les dijo? —hacía tanto tiempo que Brunetti se había apartado de la Iglesia, de sus pompas y sus obras que ya no recordaba lo que podía y lo que no podía repetirse de una confesión ni cuál era la pena

por ello, pero recordaba lo suficiente como para saber que no se podía hablar libremente de la confesión.

—Sí, creo que sí.

—¿Es el mismo sacerdote que dice la misa?

—Sí. También pertenece a nuestra orden, pero no vive allí. Va dos veces a la semana.

—¿Dónde reside él?

—En la casa madre, aquí, en Venecia. Ya era mi confesor cuando yo estaba en la otra residencia.

Brunetti observó lo pronta que estaba a dejarse distraer por los detalles, y preguntó:

—¿Qué le dijo usted?

Ella tardó en responder, y Brunetti pensó que debía de estar recordando su conversación con el confesor.

—Le hablé de las personas que habían muerto y de que algunas no estaban enfermas —dijo ella y se interrumpió, desviando la mirada.

Al darse cuenta de que ella no tenía intención de decir más, Brunetti preguntó:

—¿Le dijo algo más, algo sobre el dinero y sus intenciones al respecto?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Entonces no lo sabía. Es decir, no lo recordaba. Estaba muy preocupada por su muerte y eso es todo lo que le dije, que habían muerto.

—¿Y él qué dijo?

Ella volvió a mirar a Brunetti.

—Dijo que no lo entendía. Y entonces se lo expliqué. Le di los nombres de los que habían muerto y le conté lo que sabía de sus historiales médicos, que algunos tenían buena salud y habían muerto de repente. Él me escuchó y me preguntó si estaba segura. —Haciendo un inciso, explicó con naturalidad —: Como soy siciliana, la gente del Norte piensa que soy estúpida. O embustera.

Brunetti la miró para ver si esta observación encerraba algún reproche, algún comentario sobre su propia conducta, pero no parecía haberlo.

—Creo que, sencillamente, el padre no pudo creerlo —prosiguió ella—. Después, cuando le dije que tantas muertes no eran normales, me preguntó si

era consciente del peligro de decir esas cosas, que podía caer en la calumnia. Le respondí que era consciente, y entonces él me recomendó que rezara. — Aquí calló.

—¿Y luego?

—Le dije que ya había rezado, que había rezado durante varios días. Entonces me preguntó si me daba cuenta de la enormidad de lo que estaba insinuando. —Ella volvió a interrumpirse y dijo como en un aparte—: Estaba horrorizado. No creo que pudiera ni concebir tal posibilidad. El padre Pio es muy bondadoso y muy poco mundano. —Brunetti tuvo que reprimir una sonrisa al oír estas palabras en boca de una persona que había pasado los doce últimos años en un convento.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pedí hablar con la madre superiora.

—¿Y habló?

—Tardó dos días, pero al fin me recibió, una tarde a última hora, después de Vísperas. Le hablé de la muerte de los ancianos. Ella no pudo ocultar su sorpresa, y eso me alegró, porque quería decir que el padre Pio no le había contado nada. Ya sabía que no se lo diría, pero era tan terrible lo que yo le había contado que, bueno, quizá... —su voz se apagó.

—¿Y qué pasó?

—No quiso escucharme, dijo que no quería prestar oídos a mentiras, que lo que yo decía perjudicaría a la orden.

—¿Y qué más?

—Me dijo, me ordenó, apelando a mi voto de obediencia, guardar silencio absoluto durante un mes.

—¿Significa eso lo que creo que significa: que durante un mes no podría hablar con nadie?

—Sí.

—¿Y su trabajo? ¿No hablaba con los pacientes?

—No estaba con ellos.

—¿Cómo?

—La madre superiora me ordenó que permaneciera en mi celda o en la capilla.

—¿Durante un mes?

—Dos.

—¿Qué?

—Dos —repitió ella—. Al final del primer mes, vino a verme a la celda y me preguntó si mis oraciones y meditaciones me habían ayudado a entrar en razón. Le dije que había rezado y meditado, y así era, pero que aquellas muertes seguían inquietándome. Ella se negó a seguir escuchando y me ordenó reanudar el silencio.

—¿Y usted obedeció?

Ella asintió.

—¿Y después?

—Estuve en oración toda la semana siguiente, pero no podía dejar de pensar ni un momento en lo que me habían dicho aquellas mujeres. Antes, me había prohibido a mí misma recordar, pero una vez empecé ya no pude sacármelo de la cabeza.

Brunetti trató de imaginar la gran variedad de cosas que ella podía haber «recordado» después de más de un mes de soledad y silencio.

—¿Qué pasó al final del segundo mes?

—La madre superiora volvió a la celda y me preguntó si había recobrado el buen sentido. Yo le dije que sí, como supongo que es la verdad. —Calló y de nuevo ofreció a Brunetti su sonrisa triste y nerviosa.

—¿Y luego?

—Luego me marché.

—¿Así, sin más? —Inmediatamente, Brunetti empezó a pensar en los detalles prácticos: ropa, dinero, transporte. Curiosamente, eran los mismos detalles de los que tenían que preocuparse los que salían de la cárcel.

—Aquella misma tarde, salí mezclada con los que habían venido de visita. A nadie le llamó la atención, nadie le dio importancia. Pregunté a una de las mujeres dónde podía comprar ropa. No tenía más que diecisiete mil liras.

Ella dejó de hablar y Brunetti preguntó:

—¿Y se lo dijo?

—Su padre era uno de mis pacientes, y me conocía. Ella y su marido me invitaron a cenar en su casa. Yo no tenía adónde ir y acepté. Al Lido.

—¿Y?

—En el barco les dije lo que había decidido, pero no la razón. No estoy segura de que yo misma la supiera, ni de saberla ahora. No había calumniado a la orden ni a la residencia. Ni ahora tampoco, ¿verdad? —Brunetti, que no tenía ni idea, movió la cabeza negativamente, y ella prosiguió—: Lo único que hice fue decir a la madre superiora que esas muertes me habían parecido extrañas, por ser tantas.

En tono completamente coloquial, Brunetti dijo:

—He leído que a veces los ancianos mueren en tandas, sin razón aparente.

—Sí, ya le he dicho que eso suele ocurrir después de las vacaciones.

—¿Y no podría ser ésa la explicación?

Los ojos de la mujer brillaron de lo que a Brunetti le pareció cólera.

—Claro que sí. Pero entonces, ¿por qué intentó silenciarme?

—Creo que eso ya me lo ha dicho usted, Maria.

—¿Qué?

—El voto de obediencia. No sé lo importante que eso pueda ser para ellos, pero quizá fuera eso lo que les preocupaba, más que cualquier otra cosa. —Ella no respondió, y él preguntó—: ¿No le parece posible? —Ella seguía sin contestar, por lo que él preguntó—. Cuénteme, qué pasó después. ¿Qué hizo ese matrimonio del Lido?

—Fueron muy buenos. Después de cenar, ella me dio ropa suya. —Abrió las manos mostrando la falda—. Me quedé en su casa la primera semana y luego me ayudaron a conseguir el empleo en la clínica.

—¿No tuvo que mostrar algún documento de identidad?

—No; se alegraban de encontrar a alguien dispuesto a hacer ese trabajo y no hicieron preguntas. Pero he escrito al ayuntamiento de mi ciudad para pedir copias de mi certificado de nacimiento y de mi documento de identidad. Si he de volver a este mundo los voy a necesitar.

—¿Adónde pidió que se los enviaran, a la clínica?

—No; a casa de esas personas. —Ella percibió la preocupación que había en su voz y preguntó—: ¿Por qué?

Él rechazó la pregunta moviendo rápidamente la cabeza hacia un lado:

—Simple curiosidad. Nunca se sabe cuánto pueden tardar esas cosas. —Era una mentira muy burda, pero Brunetti confiaba en que, después de haber

sido monja durante tantos años, no la detectara, especialmente, si venía de alguien a quien ella consideraba amigo—. ¿Tiene contacto con alguien de la *casa di cura* o de la orden?

—No; con nadie. —Hizo una pausa y agregó—: He visto a dos hijos de pacientes míos de San Lorenzo, pero no creo que me reconocieran. —Aquí sonrió y dijo—: Lo mismo que usted.

Brunetti correspondió a la sonrisa.

—¿Alguien de la residencia sabe adónde ha ido?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No. No pueden saberlo.

—¿Se lo diría el matrimonio del Lido?

—No; les pedí que no hablaran de mí, y no creo que lo hagan. —Recordando la inquietud que él había mostrado antes, inquirió—: ¿Por qué lo pregunta?

Él no vio razón para no decirle, por lo menos:

—Si hay algo de verdad en esa... —empezó, pero entonces se dio cuenta de que no sabía ni qué nombre darle, porque desde luego no era una acusación; en realidad, no era más que un comentario sobre una coincidencia. Volvió a empezar—: Por lo que usted me ha dicho, lo más prudente será que no tenga contacto alguno con las personas de la *casa di cura*. —Entonces descubrió que no tenía ni idea de quiénes eran esas personas—: Cuando oyó hablar a esas ancianas, ¿pudo averiguar concretamente a quién pensaban dejar su dinero?

—He pensado en eso —dijo ella en voz baja—. Y preferiría no decirlo.

—Por favor, Maria, no creo que pueda ya optar por callarse algo de esto.

Ella asintió, pero muy despacio, reconociendo que lo que decía él era verdad, pero ello no lo hacía más agradable.

—Podrían haberlo dejado a la *casa di cura*, o al director, o a la orden.

—¿Quién es el director?

—El *dottor* Messini, Fabio Messini.

—¿Alguien más?

Ella meditó un momento y respondió:

—Quizá al padre Pio. Es muy bueno con los pacientes y ellos le quieren mucho. Pero no creo que él lo aceptara.

—¿La madre superiora? —preguntó Brunetti.

—No. La orden nos prohíbe poseer bienes. Es decir, a las mujeres.

Brunetti se acercó una hoja de papel.

—¿Sabe el apellido del padre Pio?

La alarma asomó a los ojos de la mujer.

—No irá usted a hablar con él, ¿verdad?

—No; creo que no. Pero me gustaría saberlo. Por si fuera necesario.

—Cavaletti —dijo ella.

—¿Sabe algo más de él?

Ella denegó con un gesto de la cabeza.

—Sólo que dos veces a la semana viene a confesar y, si hay algún enfermo grave, le administra los últimos sacramentos. Muy pocas veces he tenido tiempo de hablar con él. Es decir, fuera del confesionario. —Se interrumpió un momento y agregó—: La última vez que lo vi fue hace un mes, el veinte de febrero, el día de la onomástica de la madre superiora. —De pronto, apretó los labios y cerró los ojos, como si sintiera un súbito dolor. Brunetti se inclinó hacia adelante, temiendo que fuera a desmayarse.

Ella abrió los ojos y lo miró levantando una mano para tranquilizarlo.

—¿No es curioso? —preguntó—. Quiero decir que haya recordado el día de su santo. —Desvió la mirada un momento—. No recuerdo cuál es el día de mi cumpleaños. Sólo, la fiesta de la Inmaculada, el ocho de diciembre. —Movi6 la cabeza negativamente con tristeza o quizá con sorpresa, a él le hubiera sido difícil adivinarlo—. Es como si, durante todos estos años, una parte de mí hubiera dejado de existir, hubiera estado anulada. Ya no recuerdo cuándo es mi cumpleaños.

—Podría hacer que fuera el día en que salió del convento —sugirió Brunetti con una sonrisa de buena voluntad.

Ella sostuvo su mirada un momento y llevándose la mano derecha a la frente la frotó con la yema de los dedos.

—*La vita nuova* —musitó con los ojos bajos, más para sí que para él. Bruscamente, se puso en pie—. Creo que ahora debo marcharme, comisario. —Sus ojos estaban menos serenos que su voz, y Brunetti no trató de detenerla.

—¿Podría decirme el nombre de la pensión en la que se hospeda?

—La Pérgola.

—¿En el Lido?

—Sí.

—¿Y el del matrimonio que la ayudó?

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó ella con verdadera alarma.

—Porque me gusta saber las cosas —dijo él con una respuesta sincera.

—Sassi. Vittorio Sassi. Via Morosini número once.

—Gracias —dijo Brunetti sin tomar nota de los nombres. Ella se volvió hacia la puerta y, durante un momento, él pensó que iba a preguntarle qué pensaba hacer, pero no dijo nada. Él se levantó y dio la vuelta a la mesa, con intención de, por lo menos, abrirle la puerta, pero ella se le adelantó. En el umbral, lo miró un momento sin sonreír y se fue.

Brunetti volvió a la contemplación de sus pies, que ahora ya no le hablaban de cosas banales. Ocupaba sus pensamientos su madre, que desde hacía años era una viajera que recorría la tierra ignota de la demencia. El miedo por su seguridad le azotaba el pensamiento con su aleteo frenético, a pesar de que él sabía que para su madre sólo cabía esperar ya la seguridad única, absoluta y definitiva, pero era una seguridad que su corazón no podía desearle, por más que dijera su cerebro. Sin saber cómo, se encontró repasando los recuerdos de los seis últimos años como si pasara las cuentas de un rosario de horrores.

Con un movimiento repentino y brusco, cerró el cajón de un puntapié y se levantó. *Suor* Immacolata —todavía no podía llamarla de otro modo— le había asegurado que su madre no corría peligro, y lo que había oído no indicaba que hubiera peligro alguno para alguien. Los ancianos mueren, y la muerte puede ser una liberación para algunos de ellos y para quienes los rodean, como lo sería para... Volvió a la mesa y recogió la lista que le había dado la mujer. Nuevamente, recorrió con la mirada los nombres y edades.

Brunetti empezó a pensar en la manera de averiguar más cosas acerca de la gente de la lista, de su vida y de su muerte. *Suor* Immacolata le había dado las fechas de su muerte, con las que podría obtener del ayuntamiento los certificados de defunción, el primer paso por el vasto laberinto burocrático que, finalmente, lo llevaría a las copias de los testamentos. Como una gasa: su curiosidad tendría que ser tan tenue y sutil como una gasa, y sus preguntas, tan delicadas como los bigotes de un gato. Trató de recordar cuándo había dicho a *suor* Immacolata que era comisario de policía. Quizá se lo mencionó

durante una de aquellas tardes largas en las que su madre le permitía sostenerle la mano, pero sólo si la joven monja, que era su favorita, permanecía a su lado en la habitación. Y de algo tenían que hablar ellos dos, puesto que la madre de Brunetti se pasaba horas enteras sin decir palabra, tarareando entre dientes una musiquita átona. *Suor* Immacolata casi nunca hablaba de sí misma —era como si el hábito le amputara su personalidad—, pero a veces Brunetti se sorprendía de la sagacidad de algunas de las observaciones que hacía acerca de las personas que poblaban su pequeño mundo. Debió de ser en una de aquellas ocasiones cuando, buscando tema de conversación para llenar unas horas perdidas e interminables, le había hablado de su profesión. Y ella lo había oído y recordado y, al cabo de los años, había acudido a él con sus dudas y temores.

Años atrás, Brunetti encontraba difícil y hasta imposible creer algunas de las cosas que la gente era capaz de hacer. Hubo un tiempo en el que creía, o se esforzaba en creer, que la maldad humana tenía límites. Poco a poco, a medida que veía hasta dónde llegaban las personas en su afán por satisfacer sus pasiones —la codicia, que era la más común, solía ser también la más imperiosa—, había visto cómo aquella ilusión iba quedando sumergida por la marea hasta que a veces se veía a sí mismo en la situación de aquel rey irlandés chiflado cuyo nombre no conseguía pronunciar correctamente, que en la orilla del mar golpeaba las olas con la espada, furioso ante el desafío de las aguas bravías.

Por lo tanto, ya no le sorprendía que se matara a ancianos por dinero; lo que le sorprendía era el procedimiento que, por lo menos, a primera vista, se prestaba al error y al descubrimiento.

También había aprendido, durante los años en que había practicado su profesión, que la pista más segura era la que dejaba el dinero. El lugar en el que ésta empezaba solía ser un dato conocido: la persona que había sido despojada de él, por la violencia o con engaño. El otro extremo, dónde terminaba, era ya mucho más difícil de hallar, pero era también el factor crucial. *Cui bono?*

Si *suor* Immacolata tuviera razón —se obligaba a sí mismo a utilizar todavía el subjuntivo—, lo primero sería encontrar el final de la pista dejada por el dinero de aquellos ancianos, y la búsqueda sólo podía empezar por los

testamentos.

Encontró a la *signorina* Elettra en su despacho, y lo sorprendió verla muy atareada con el ordenador. Casi esperaba sorprenderla leyendo el periódico o haciendo un crucigrama, para celebrar la prolongada ausencia de Patta.

—¿Qué sabe usted de testamentos, *signorina*? —preguntó al entrar.

—Que yo no lo he hecho —sonrió ella, lanzando la respuesta por encima del hombro con el desenfado con que una persona de poco más de treinta años trata este asunto.

«Y que sea por muchos años», le deseó Brunetti mentalmente. Correspondió a la sonrisa de ella con la propia, que enseguida borró.

—¿Y sobre los de otras personas?

Al ver su gesto de seriedad, ella se volvió hacia él haciendo girar la silla, y esperó la explicación.

—Me gustaría conocer los términos del testamento de cinco personas que han muerto este año en la residencia geriátrica de San Leonardo.

—¿Estaban empadronados en Venecia? —preguntó ella.

—Lo ignoro. ¿Por qué? ¿Importa eso?

—Los testamentos se hacen públicos por el notario que los redacta, independientemente del lugar en el que muera la persona. Si se hicieron aquí, en Venecia, lo único que necesito es el nombre del notario.

—¿Y si no lo tengo?

—Entonces será más difícil.

—¿Más difícil?

La sonrisa de la joven era franca y la voz suave:

—La circunstancia de que no se dirija usted a los herederos para pedirles una copia, comisario, me hace pensar que no desea que se enteren de que está indagando. —Volvió a sonreír—. Está el registro central cuyos archivos fueron informatizados hace dos años, por lo que aquí no habría dificultades, pero si el notario es de algún pequeño *paese* del interior que aún no está informatizado, sería más difícil.

—Si fueron registrados aquí, ¿podría usted obtener la información?

—Desde luego.

—¿Cómo?

Ella se miró la falda y sacudió una mota invisible.

—No creo que le gustara saberlo. —Al ver que había despertado toda su atención, prosiguió—: No estoy segura de que usted lo entienda, comisario, ni de que yo pueda explicárselo como es debido, pero existen medios de encontrar los códigos que dan acceso a casi cualquier información. Cuanto más pública es la fuente: un ayuntamiento, un registro, etcétera, más fácil es descubrir el código. Y, teniendo el código, es como... como si todos se hubieran ido a casa dejando la puerta del despacho abierta y la luz encendida.

—¿Y ocurre lo mismo en todas las oficinas del Gobierno? —preguntó él con inquietud.

—Me parece que también preferiré no saber eso —dijo ella, sin su habitual sonrisa.

—¿Es muy fácil conseguir este tipo de información? —preguntó él.

—Yo diría que la dificultad está en proporción directa con la habilidad de la persona que la busca.

—¿Y usted es muy hábil, *signorina*?

La pregunta suscitó una sonrisa, pero pequeña.

—Creo que ésa es otra pregunta que preferiría no contestar, comisario.

Él examinaba sus bellas facciones, observando por primera vez dos finas líneas que partían del ángulo exterior de los ojos, sin duda, resultado de las frecuentes sonrisas, y se le hacía difícil creer que aquella persona poseyera no ya dotes sino, probablemente, también inclinaciones delictivas.

Sin pensar ni un momento en el juramento de su cargo, Brunetti preguntó:

—Si residían aquí, ¿podría usted conseguir esa información?

Él observó cómo ella pugnaba —y fracasaba— por eliminar de su voz todo asomo de orgullo al decir:

—¿De los archivos del registro, comisario?

Él, divertido por el tono de condescendencia con que una antigua empleada de la Banca d'Italia se refería a una simple oficina gubernamental, asintió.

—Puedo conseguirle los nombres de los principales herederos para después del almuerzo. Las copias de los testamentos podrían tardar un día o dos.

«Sólo los jóvenes y bellos pueden permitirse la jactancia», pensó él.

—Después del almuerzo será perfecto, *signorina*. —Dejó la lista con los

nombres y fechas de las defunciones encima de la mesa y subió a su despacho.

Cuando se sentó a su mesa, miró los nombres de los dos hombres que había anotado: doctor Fabio Messini y reverendo Pio Cavaletti. Ninguno le era familiar, pero esto carecía de importancia para una persona que buscara información en una ciudad tan socialmente incestuosa como Venecia. Llamó al despacho de la planta inferior, donde tenían sus mesas los agentes de uniforme:

—Vianello, ¿puede subir un momento? Y que venga Miotti, por favor. — Mientras esperaba la llegada de los dos policías, Brunetti estuvo dibujando distraídamente debajo de los nombres, y no fue sino al ver en la puerta a Vianello y Miotti cuando descubrió que había estado trazando cruces. Soltó el bolígrafo e indicó a los dos hombres las sillas que estaban frente a su mesa.

Cuando Vianello se sentó, se le abrió la chaqueta del uniforme que llevaba desabrochada, y Brunetti observó que parecía estar más delgado que durante el invierno.

—¿Hace régimen, Vianello? —preguntó.

—No, señor —respondió el sargento, sorprendido de que Brunetti lo hubiera notado—. Ejercicio.

—¿Cómo dice? —Brunetti, para quien la idea de hacer ejercicio rozaba la obscenidad, no intentó siquiera disimular la sorpresa.

—Ejercicio —repitió Vianello—. Al salir del trabajo voy media hora a la *palestra*.

—¿Y qué hace? —preguntó Brunetti.

—Hago gimnasia, comisario.

—¿Y eso, muy a menudo?

—Tan a menudo como puedo —respondió Vianello, que de repente estaba menos comunicativo que de costumbre.

—¿Cuántas veces?

—Oh, tres o cuatro veces a la semana.

Miotti seguía en silencio esta extraña conversación, mirando ora a uno ora al otro. ¿Así era como se combatía el crimen?

—Pero ¿qué es lo que hace allí concretamente?

—Hago gimnasia, comisario —respondió Vianello poniendo énfasis en la

palabra.

Brunetti, vivamente interesado ya, aunque no sin cierta perversidad, se inclinó hacia adelante, con los codos en la mesa y la barbilla en la palma de la mano.

—Pero ¿qué clase de gimnasia? ¿Correr sobre la cinta sin fin? ¿Tregar a pulso por una cuerda?

—No, señor —respondió Vianello sin sonreír—. Aparatos.

—¿Qué clase de aparatos?

—Aparatos de gimnasia.

Brunetti se volvió hacia Miotti que, por ser joven, quizá entendiera de estas cosas. Pero Miotti, al que su juventud dispensaba del cuidado de su cuerpo, se limitó a mirar a Vianello.

—Bien —concluyó Brunetti cuando se hizo evidente que Vianello no estaba dispuesto a dar más detalles—, tiene muy buen aspecto.

—Gracias, comisario. Quizá le conviniera probarlo.

Brunetti, hundiendo el estómago e irguiendo el tronco, centró su atención en cuestiones de trabajo.

—Miotti —empezó—, tengo entendido que su hermano es clérigo.

—Sí, señor —respondió el agente, evidentemente sorprendido de que su superior conociera este detalle.

—¿De qué orden?

—Dominico.

—¿Está en Venecia?

—No, señor. Estuvo aquí cuatro años, pero lo trasladaron a Novara hace tres años. Enseña en una escuela de chicos.

—¿Mantiene contacto con él?

—Sí, señor; nos hablamos todas las semanas y nos vemos tres o cuatro veces al año.

—Bien. Me gustaría que la próxima vez que hable con él le pregunte una cosa.

—Usted dirá, comisario —dijo Miotti sacando un bloc y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y ganando puntos a los ojos de Brunetti al no preguntar por qué.

—Me gustaría que le preguntara si conoce al padre Pio Cavaletti, de la

orden de la Santa Cruz de esta ciudad. —Brunetti vio que Vianello arqueaba las cejas, pero el sargento siguió escuchando en silencio.

—¿He de preguntarle algo en concreto, comisario?

—No; sólo si sabe o recuerda algo de él, en general.

Miotti fue a hablar, vaciló y preguntó:

—¿Podría darme algún otro dato? Algo que yo pueda decir a mi hermano.

—Es capellán de la *casa di cura* que está cerca del Ospedale Giustinian. Es todo lo que sé. —Mientras Miotti mantenía la cabeza inclinada, escribiendo, Brunetti preguntó—: ¿Tiene usted idea de quién puede ser, Miotti?

El joven agente levantó la cara.

—No, señor. Nunca tuve tratos con los amigos clericales de mi hermano.

Brunetti, movido más por el tono que por las palabras, preguntó:

—¿Existe alguna razón en particular?

Por toda respuesta, Miotti movió la cabeza en gesto de rápida negación y miró el bloc, agregando unas palabras a lo escrito.

Brunetti miró a Vianello por encima de la cabeza del joven, y el sargento se encogió de hombros casi imperceptiblemente. El comisario abrió mucho los ojos señalando a Miotti con un leve gesto de la barbilla. Vianello, interpretando la señal como una petición de que averiguara las razones de la reticencia del joven cuando bajaran a la oficina, asintió a su vez.

—¿Algo más, comisario? —preguntó Vianello.

—Esta tarde —empezó Brunetti en respuesta a la pregunta, y pensando en las copias de los testamentos que le había prometido la *signorina* Elettra—, tendré los nombres de varias personas con las que me gustaría hablar.

—¿Desea que vaya con usted, comisario? —preguntó Vianello.

Brunetti asintió.

—A las cuatro —dijo, calculando que eso le dejaría tiempo para almorzar—. Bien, me parece que eso es todo por ahora. Gracias a los dos.

—Subiré a buscarle —dijo Vianello. Cuando Miotti iba hacia la puerta, Vianello se volvió, lo señaló con un movimiento de cabeza y asintió mirando a Brunetti. Si algo había que averiguar acerca de los motivos que impedían a Miotti relacionarse con los «amigos clericales» de su hermano, Vianello lo sabría esta tarde.

Cuando los dos agentes se fueron, Brunetti abrió un cajón y sacó las Páginas Amarillas. Buscó en Médicos, pero en Venecia no encontró a ningún Messini. Miró en la guía alfabética y encontró tres, uno, un tal *dottor* Fabio, con domicilio en Dorsoduro. Anotó el número de teléfono y la dirección, luego descolgó su teléfono y marcó de memoria otro número.

Una voz masculina contestó a la tercera señal:

—*Allò?*

—*Ciao*, Lele —dijo Brunetti al reconocer la voz áspera del pintor—. Llamo para preguntarte por un vecino tuyo, el *dottor* Fabio Messini. —Lele Bortoluzzi, cuya familia residía en Venecia desde las Cruzadas, conocería a cualquiera que viviera en Dorsoduro.

—¿El de la afgana?

—¿Perra o esposa? —preguntó Brunetti riendo.

—Si es el que imagino, la esposa es romana; y la perra, afgana. Es una beldad. Lo mismo que la esposa, desde luego. Ella la pasea por delante de la galería por lo menos una vez al día.

—El Messini que yo busco dirige una residencia geriátrica cerca del Giustinian.

Lele, que lo sabía todo, dijo:

—Es el mismo que dirige la residencia en la que está Regina, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo está, Guido? —Lele, que tenía pocos años menos que la madre de Brunetti, la conocía de toda la vida y había sido uno de los mejores amigos de su marido.

—Está igual, Lele.

—Que Dios la ayude, Guido. Lo siento.

—Gracias —dijo Brunetti. No se podía decir más—. ¿Qué hay de Messini?

—Que yo recuerde, empezó hará unos veinte años con un ambulatorio. Después se casó con Fulvia, la romana y, con el dinero de ella, fundó una *casa di cura* y abandonó la consulta privada. Por lo menos, eso tengo entendido. Y ahora me parece que es director de tres o cuatro residencias.

—¿Lo conoces?

—No. Sólo de vista. Y no lo veo tan a menudo como a su mujer.

—¿Cómo sabes quién es ella? —preguntó Brunetti.

—Me ha comprado varios cuadros a lo largo de los años. Me gusta. Es inteligente.

—¿Buen gusto para la pintura? —preguntó Brunetti.

Por el teléfono sonó la risa de Lele.

—La modestia me impide contestar esa pregunta.

—¿Se dice algo de él? ¿O de ellos?

Se hizo una pausa larga, a la que Lele puso fin diciendo:

—Yo no he oído nada. Si quieres, podría preguntar.

—Pero sin que parezca que preguntas —dijo Brunetti, aunque sabía que no era necesaria la advertencia.

—Mi lengua será leve como la brisa sobre la mar en calma.

—Te lo agradecería, Lele.

—¿No tendrá que ver con Regina, verdad?

—No, nada.

—Bien. Era una mujer formidable, Guido. —Entonces, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que había hablado en pasado, agregó rápidamente —: Si averiguo algo, te llamaré.

—Gracias, Lele. —Brunetti estuvo a punto de volver a recomendarle discreción, pero entonces se dijo que, para haber prosperado tanto como Lele en los medios del arte y las antigüedades de Venecia, una persona debía poseer tanto tacto como energía, por lo que se limitó a despedirse.

Aún faltaba mucho para las doce, pero Brunetti se sentía atraído a la calle por el aroma, de la primavera que desde hacía una semana envolvía la ciudad. Además, siendo el jefe, ¿por qué no iba a poder marcharse si le apetecía? Tampoco se sentía obligado a pasar por el despacho de la *signorina* Elettra para decirle adónde iba; probablemente, la encontraría con las manos en la masa del delito informático, y no quería ser cómplice ni, mucho menos, estorbo, por lo que la dejó trabajar y se encaminó hacia Rialto y su apartamento.

Cuando salió de casa aquella mañana, hacía un frío húmedo y ahora, con el calor de mediodía, le pesaban el abrigo y la chaqueta. Se desabrochó ambas prendas y metió el pañuelo del cuello en el bolsillo, pero aun así sentía en la espalda las primeras gotas de sudor del año. El traje de lana le oprimía y

entonces le asaltó la nefanda sospecha de que tanto el pantalón como la americana le apretaban más que cuando empezó a ponérselos a principios del invierno. Al llegar al puente de Rialto, en un acceso de dinamismo, empezó a subir las escaleras al trote. Había subido una docena de peldaños cuando le faltó el aire y tuvo que frenar. En lo alto del puente, se paró a mirar hacia la izquierda la curva que describe el Gran Canal en dirección a San Marcos y el palacio de los *dux*. El sol se reflejaba en la superficie del agua, en la que se mecían las primeras gaviotas cabecinegras de la estación.

Cuando hubo recuperado el aliento, Brunetti empezó a bajar por el otro lado del puente, tan complacido por la bonanza del día que ni el bullicio de las calles ni el ir y venir de los turistas le producían la irritación habitual. Mientras caminaba por entre la doble hilera de puestos de fruta y verdura, vio los primeros espárragos y pensó que quizá pudiera convencer a Paola para que comprara algún manojo. Una mirada al precio le hizo comprender que no debía hacerse ilusiones, por lo menos, hasta dentro de una semana, cuando la temporada entrara en el apogeo y el precio se redujera a la mitad. Estuvo brujuleando entre los puestos, mirando las mercancías y los precios y saludando a algún que otro conocido. En el último puesto de la derecha vio unas hojas que le eran familiares y se acercó a mirarlas.

—¿Son *puntarelle*? —preguntó, sorprendido de encontrarlas tan pronto.

—Sí, y las mejores de Rialto —le aseguró el vendedor, un hombre con la cara colorada por muchos años de afición al vino—. Seis mil el kilo, un regalo.

Brunetti renunció a discutir semejante absurdo. Cuando era niño, las *puntarelle* costaban unos cientos de liras el kilo, y muy poca gente las comía; si alguien las compraba era para darlas a los conejos que se criaban ilegalmente en los patios interiores.

—Póngame medio kilo —dijo Brunetti, sacando unos billetes del bolsillo.

El vendedor se inclinó sobre los montones de hortalizas expuestas y tomó un buen puñado de aquellas hojas verdes y aromáticas. Como un prestidigitador, sacó de la nada una hoja de papel y la dejó caer en la balanza, puso las hojas encima y rápidamente hizo un pulcro paquete que dejó sobre unas simétricas hileras de *zucchini* tiernos y extendió la mano. Brunetti le dio tres billetes de mil liras, no pidió bolsa de plástico y siguió hacia casa.

Al llegar a la pared del reloj, torció a la izquierda y subió hacia San Aponal. Maquinalmente, tomó por la primera calle de la derecha y entró en Do Mori, donde pidió una loncha de *prosciutto* enrollada en un bastoncillo y un vasito de Chardonnay para quitarse el sabor salado del jamón.

A los pocos minutos y resoplando otra vez, después de subir más de noventa escalones, abrió la puerta de su casa donde salieron a su encuentro los varios olores que le alegraban el alma hablándole de familia, hogar y alegría.

Aunque el aroma exquisito a ajo y cebolla fritos anunciaban la presencia de su esposa, Brunetti gritó:

—¿Estás aquí, Paola?

Un «Sí» que le llegó desde la cocina lo atrajo por el pasillo hasta allí. Dejó el paquete en la mesa y se acercó a su mujer para darle un beso y ver qué estaba friendo en la sartén.

Unas tiras de pimientos rojos y amarillos cocían lentamente en una espesa salsa de tomate de la que emanaba olor a salchicha.

—*Tagliatelle*? —preguntó él, nombrando su pasta fresca favorita.

Ella se inclinó a remover la salsa.

—Por supuesto. —Entonces, al volverse hacia la mesa, vio el paquete—: ¿Qué es eso?

—*Puntarelle*. He pensado que podríamos hacer aquella ensalada con salsa de anchoas.

—Buena idea —dijo ella alegremente—. ¿Dónde las has encontrado?

—Las tenía ese que pega a su mujer.

—¿Qué dices? —preguntó ella, desconcertada.

—El del último puesto de la derecha según vas hacia el mercado del pescado, el que tiene venitas en la nariz.

—¿Pega a su mujer?

—Bueno, ha estado tres veces en la *questura*. Pero, cuando se le pasa la borrachera, ella siempre retira los cargos.

Brunetti observó cómo su esposa repasaba su archivo mental de todos los vendedores de la derecha del mercado.

—¿Ella es la de la chaqueta de visión? —preguntó al fin.

—Sí.

—No tenía ni idea.

Brunetti se encogió de hombros.

—¿Y vosotros no podéis hacer nada? —preguntó ella.

Como tenía hambre y la discusión retrasaría el almuerzo, él se mostró lacónico.

—No. No es cosa nuestra.

Colgó el abrigo y la chaqueta del respaldo de una silla y fue a la nevera a buscar una botella de vino. Al pasar por detrás de su mujer en busca de un vaso, murmuró:

—Huele bien.

—¿No es cosa vuestra? —preguntó ella, y por el tono él comprendió que Paola había encontrado Una Causa.

—No, no lo es, salvo que ella presente una denuncia formal, cosa que siempre se ha negado a hacer.

—Quizá le tiene miedo.

—Paola —dijo él, que había deseado evitarse esto—, ella abulta el doble que él: pesa por lo menos cien kilos. Estoy seguro de que, si quisiera, podría arrojarlo por una ventana.

—¿Pero? —preguntó ella, notando por el tono que su marido se callaba algo.

—Pero no quiere, diría yo. Discuten, la cosa pasa a mayores y ella nos llama. —Se sirvió un vaso de vino y bebió un trago, dando por terminada la conversación.

—¿Y entonces? —preguntó Paola.

—Entonces vamos nosotros y nos lo llevamos a la *questura* donde se queda hasta que ella va a buscarlo por la mañana. Es algo que ocurre cada seis meses aproximadamente, pero ella nunca tiene grandes señales de violencia, y se alegra de llevárselo a su casa.

Paola se quedó pensativa y, finalmente, desistió encogiéndose de hombros.

—Es extraño, ¿verdad?

—Muy extraño —convino Brunetti, al que una larga experiencia en estas lides decía que Paola había decidido abandonar el tema.

Al inclinarse para recoger la chaqueta y el abrigo y llevarlos al recibidor,

vio un sobre marrón en la mesa.

—¿Las notas de Chiara? —preguntó alargando la mano.

—Ajá —dijo Paola echando sal al agua que hervía en el puchero de un fogón de atrás.

—¿Son buenas?

—Excelentes en todo menos en una asignatura.

—¿Educación Física? —trató de adivinar él, desconcertado, porque Chiara se había situado en cabeza de la clase desde el primer grado y allí había seguido durante seis años. Pero, al igual que su padre, la niña no era amante del ejercicio y tendía a apoltronarse, por lo que ésta era la única asignatura en la que, según él, podía fracasar.

Abrió el sobre y sacó la cartulina.

—¿Formación Religiosa? —preguntó— ¿Formación Religiosa?

Paola no dijo nada, y él siguió leyendo las anotaciones hechas por la profesora para explicar su calificación de «Insuficiente».

—¿«Hace demasiadas preguntas»? —leyó. Y después—: ¿«Comportamiento perturbador»? ¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó Brunetti tendiendo la hoja a Paola.

—Pregúntaselo a ella cuando llegue.

—¿Aún no ha llegado? —preguntó Brunetti, y le asaltó la disparatada idea de que Chiara, enterada de la mala nota, se hubiera escondido por ahí, resistiéndose a volver a casa. Miró el reloj y vio que era temprano: su hija no debía llegar hasta dentro de quince minutos.

Paola, que ponía la mesa para cuatro, lo apartó suavemente con la cadera.

—¿Ella te ha hablado de esto? —preguntó él, haciéndose a un lado para no estorbar.

—Nada en concreto. Dijo que no le gustaba el padre, pero no dijo por qué. O yo no se lo pregunté.

—¿Qué clase de cura es? —preguntó Brunetti, sentándose en su sitio.

—¿Qué quieres decir con lo de «qué clase de cura»?

—¿Es de lo que se llama el clero secular o pertenece a alguna orden?

—Me parece que es un cura secular, de la parroquia que está al lado de la escuela.

—¿San Polo?

—Sí.

Mientras hablaban, Brunetti iba leyendo los comentarios de los otros profesores, todos ellos, categóricos en el elogio de la inteligencia y la aplicación de Chiara. Su profesor de Matemáticas la consideraba «una alumna con mucho talento y muy buenas dotes para las Matemáticas» y la de Lengua llegaba incluso a utilizar la palabra «elegancia» al referirse a la expresión escrita de Chiara. En ninguno de los comentarios se apreciaba esa natural inclinación de los maestros a prevenir con una severa advertencia el peligro de la vanidad que sin duda acechaba detrás de cada palabra de elogio.

—No lo entiendo —dijo Brunetti guardando la *pagella* en el sobre y dejando caer éste en la mesa. Se quedó un momento pensativo, buscando la manera de formular la pregunta que deseaba hacer:

—Tú no le habrás dicho nada, ¿verdad?

Paola era conocida entre su amplio círculo de amistades por facetas diversas, pero todos los que la trataban coincidían en considerarla una *mangia-preti*, comecuras. El furioso anticlericalismo que irradiaba de ella a veces sorprendía aun al propio Brunetti, aunque no era frecuente que a estas alturas pudiera sorprenderle algo que dijera o hiciera Paola. Pero el tema de la religión era el que, más que cualquier otro, podía encender en ella de improviso un furor fulminante.

—Ya sabes que desde el principio he estado de acuerdo —dijo volviéndose de espaldas a los fogones para mirar a su marido. Siempre había intrigado a Brunetti que Paola hubiera accedido tan rápidamente a la sugerencia de sus respectivas familias de que sus hijos fueran bautizados y enviados a las clases de Religión de la escuela. «Forma parte de la cultura occidental», solía decir con una indiferencia glacial. Los niños, que no eran tontos, pronto descubrieron que Paola no era la persona a quien acudir en materia de fe, pero también sabían que sus conocimientos de historia eclesiástica y discusión teológica eran prácticamente enciclopédicos. Su clarificación de las diferencias entre los credos niceno y atanasiano era un modelo de ecuánime objetividad y detallista erudición; su denuncia de los siglos de las seculares matanzas a que estas diferencias habían dado lugar era, para usar un término mesurado, desmesurada.

Durante aquellos años, Paola había mantenido su palabra y no había

criticado, por lo menos en presencia de los niños, el cristianismo ni religión alguna. Por lo tanto, cualquier antipatía hacia la religión o cualesquiera ideas que pudieran haber inducido a Chiara a observar un «comportamiento perturbador» no habían sido provocadas por algo que hubiera dicho Paola, por lo menos, abiertamente.

Los dos se volvieron al oír abrirse la puerta del apartamento, pero era Raffi, no Chiara, el que entraba.

—*Ciao, mamma* —gritó mientras iba a su cuarto a dejar los libros—. *Ciao, papà*. —Poco después, entraba en la cocina. El chico se inclinó para dar un beso a su madre, y Brunetti, que estaba sentado, vio a su hijo desde un ángulo nuevo, y lo vio más alto.

Raffi levantó la tapadera de la sartén y, al ver lo que había debajo, dio otro beso a su madre.

—Me muero de hambre, *mamma*. ¿Cuándo se come?

—En cuanto llegue tu hermana —dijo Paola volviéndose hacia el fogón para bajar el gas del agua que ya hervía.

Raffi se subió el puño para mirar el reloj.

—Ya sabes que siempre es puntual. Llegará dentro de siete minutos, ¿por qué no echas ya la pasta? —Alargó la mano hacia la mesa y rompió el celofán de un paquete de *grissini*. Se puso entre los dientes tres bastoncitos y, como un conejo que mordisqueara tres briznas de hierba, los fue royendo hasta hacerlos desaparecer. Sacó otros tres y repitió el proceso.

—Vamos, *mamma*, estoy desfallecido, y esta tarde tengo que ir a casa de Massimo a estudiar Física.

Paola puso en la mesa una fuente de berenjena frita, asintió con repentina conformidad y empezó a echar las cintas de pasta fresca en el agua hirviendo.

Brunetti sacó la *pagella* del sobre y la dio a Raffaele.

—¿Tú sabes algo de esto?

Hasta hacía un par de años, al dejar atrás lo que sus padres llamaban su «período de Karl Marx», las notas de Raffi no habían adquirido la indefectible perfección que tenían las de su hermana desde que había empezado a ir a la escuela, pero, incluso en los tiempos de los peores desastres académicos de aquel período, Raffi nunca había sentido más que orgullo por los éxitos escolares de su hermana.

Miró la hoja de arriba abajo y la devolvió a su padre sin decir nada.

—¿Qué dices? —preguntó Brunetti.

—Perturbadora, ¿eh? —fue su única respuesta.

Paola, que removía la pasta, dio unos sonoros golpes al borde de la olla.

—¿Tú sabes algo de esto? —insistió Brunetti.

—Pues, en realidad, no —dijo Raffi, remiso a explicar lo que supiera. Como sus padres callaran, agregó, pesaroso—: Mamá se pondrá furiosa.

—¿Por qué? —preguntó Paola con forzada ligereza.

—Por... —Interrumpió a Raffi el sonido de la llave de Chiara en la cerradura.

—Ah, ahí llega la culpable —dijo Raffi sirviéndose un vaso de agua mineral.

Los tres espionaron cómo Chiara colgaba la chaqueta del perchero, dejaba caer los libros, los recogía y ponía en una silla y se acercaba por el pasillo. La niña se paró en la puerta de la cocina:

—¿Se ha muerto alguien? —preguntó sin asomo de ironía en la voz.

Paola se agachó y sacó un escurridor del armario. Lo puso en el fregadero y vació la olla en él. Chiara seguía en la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Mientras Paola echaba la pasta y después la salsa en una fuente honda, Brunetti explicó:

—Han llegado tus notas.

A Chiara se le alargó la cara.

—Oh —fue todo lo que pudo decir. Pasó junto a Brunetti y se sentó a la mesa.

Empezando por Raffi, Paola sirvió cuatro grandes platos de pasta y luego les ayudó a rallar el *parmigiano*, que distribuyó con liberalidad. Ella empezó a comer. Los demás la imitaron.

Una vez su plato vacío, Chiara lo presentó a su madre, para repetir, y preguntó:

—Religión, ¿no?

—Sí. Una nota muy baja —dijo Paola.

—¿Cómo de baja?

—Tres.

Chiara a duras penas pudo reprimir una mueca.

—¿Sabes por qué es tan baja la nota? —preguntó Brunetti poniendo las manos sobre el plato vacío, para indicar a Paola que no quería más.

Chiara atacó su segunda ración de pasta, mientras Paola vaciaba la fuente en el plato de Raffi.

—Pues, no; no lo sé.

—¿No estudias? —preguntó Paola.

—No hay nada que estudiar —dijo Chiara—. Sólo esa tontería del catecismo. Eso te lo aprendes en una tarde.

—¿Entonces? —preguntó Brunetti.

Raffi tomó un panecillo del cesto que estaba en el centro de la mesa, lo partió por la mitad y empezó a rebañar el plato.

—¿Es el padre Luciano? —preguntó.

Chiara asintió y dejó el tenedor. Miró a los fogones, para ver qué más había.

—¿Tú conoces a ese padre Luciano? —preguntó Brunetti a Raffi.

El chico puso los ojos en blanco.

—Oh, Dios, ¿quién no lo conoce? —Y a su hermana—: ¿Alguna vez te has confesado con él, Chiara?

Ella movió la cabeza enérgicamente de derecha a izquierda, pero no dijo nada.

Paola se levantó de la mesa y retiró los platos de la pasta. Abrió el horno y sacó una fuente de chuletas a la milanesa, puso unas cuñas de limón en el borde de la fuente y la dejó en la mesa. Mientras Brunetti tomaba dos chuletas, Paola se sirvió berenjena sin decir nada.

En vista de que Paola se mantenía al margen, Brunetti preguntó a Raffi:

—¿Qué tal confiesa?

—Oh, es fabuloso con los niños —dijo Raffi sirviéndose dos chuletas.

—¿Fabuloso en qué sentido? —preguntó Brunetti.

En vez de contestar, Raffi lanzó una rápida mirada a Chiara. Sus padres vieron que ella denegaba con la cabeza casi imperceptiblemente y luego concentraba la atención en el almuerzo.

Brunetti dejó el tenedor. Chiara no levantó la cabeza, y Raffi miró a Paola, que seguía callada.

—Vamos a ver —dijo Brunetti en un tono más seco del que le hubiera gustado oírse—. ¿Se puede saber qué pasa aquí y qué es lo que no se nos puede decir de este padre Luciano?

Miró de Raffi, que rehuyó su mirada, a Chiara y le sorprendió verla sonrojada.

Suavizando la voz, preguntó:

—Chiara, ¿puede decirnos Raffi qué es lo que sabe?

Ella asintió, pero no levantó la cabeza.

Raffi, imitando a su padre, también dejó el tenedor, pero luego sonrió:

—Tampoco es tan grave, papá.

Brunetti no dijo nada. Paola seguía muda.

—Es lo que dice durante la confesión. Cuando te confiesas de las cosas del sexo. —Aquí se interrumpió.

—¿Las cosas del sexo? —repitió Brunetti.

—Ya sabes, papá, las cosas que se hacen.

Brunetti lo sabía.

—¿Y qué les dice el padre Luciano? —preguntó.

—Hace que se las describan. Bueno, que le hablen de todo eso, ¿comprendes? —Raffi hizo un ruido con la garganta, entre risa y gruñido, y luego calló.

Brunetti miró a Chiara y observó que estaba más colorada que antes.

—Comprendo —dijo Brunetti.

—En realidad, es bastante penoso —dijo Raffi.

—¿Te lo ha pedido a ti? —preguntó Brunetti.

—Oh, no. Hace años que dejé de ir a confesarme. Pero no se lo pide a los chicos sino sólo a las chicas.

—¿Eso es todo lo que hace? —preguntó Brunetti.

—Eso es todo lo que yo sé, papá. Yo lo tenía en clase de Religión hace unos cuatro años, y lo único que nos pedía era que le recitáramos el catecismo de memoria. Pero a las chicas les decía cosas curiosas; no curiosas curiosas sino curiosas raras. —Mirando a su hermana preguntó—: ¿Aún las dice?

Ella se encogió de hombros.

—¿Te las dice a ti, Chiara? —preguntó Brunetti.

Ella movió negativamente la cabeza.

—¿Y a alguien que conozcas?

Otra negativa silenciosa.

—¿Alguien quiere otra chuleta? —preguntó Paola con voz perfectamente natural. Se oyó un gruñido y dos cabezas se movieron a derecha e izquierda. Considerándolo respuesta suficiente, ella se llevó la bandeja. Comieron las *puntarelle* en un silencio roto sólo por el tintineo de los tenedores en los platos. Paola pensaba darles de postre sólo fruta, pero abrió un paquete que tenía en la encimera y sacó un pesado pastel, bien cargado de fruta fresca y relleno de nata, que pensaba llevar aquella tarde a la universidad, para después de la reunión mensual con sus compañeros de facultad.

—Chiara, tesoro, ¿pones los platos? —preguntó sacando de un cajón un ancho cuchillo de plata.

Las porciones que Paola cortó —observó Brunetti— eran lo bastante grandes como para catapultarlos a todos a un coma diabético, pero la dulzura del pastel, y el café y luego la charla acerca del no menos dulce primer día de auténtica primavera bastaron para devolver cierta tranquilidad a la familia. Después, Paola dijo que fregaría los platos y Brunetti decidió leer el diario. Chiara se escabulló a su habitación y Raffi se fue a casa de su amigo, a estudiar Física. Ni Brunetti ni Paola dijeron más acerca del tema, pero los dos sabían que no habían terminado con el padre Luciano.

Brunetti también se llevó el abrigo después del almuerzo, pero se lo puso sobre los hombros y, mientras caminaba de vuelta a la *questura*, satisfecho y reconfortado después del copioso almuerzo, saboreaba con fruición el aire tibio. Tenía la sensación de que el traje le estaba un poco estrecho, pero prefirió atribuirlo a que el calor le hacía notar el peso de la lana. Además, todo el mundo engordaba un kilo o dos durante el invierno; probablemente, hasta era saludable: aumentaba las defensas contra las enfermedades.

Cuando empezaba a bajar del puente de Rialto, vio que un 82 llegaba al embarcadero situado a su derecha y, sin pensarlo, echó a correr y saltó a bordo cuando ya el *vaporetto* empezaba a separarse del muelle, poniendo proa al centro del Gran Canal. Brunetti fue hacia la derecha de la embarcación, pero se quedó en cubierta, disfrutando de la brisa y de la luz que cabrilleaba en el agua. Vio acercarse por la derecha la Via Tiepolo y miró hacia el interior, buscando la barandilla de su terraza, pero antes de que pudiera distinguirla ya había quedado atrás, y él volvió su atención al Canal.

Brunetti se había preguntado más de una vez cómo habría sido la vida en los tiempos de la Serenísima República, por ejemplo, esta travesía, en una embarcación a remo, en silencio, sin motores ni bocinas, un silencio roto únicamente por el «*Ouie*» de los gondoleros y el golpe de los remos en el agua. Cómo habían cambiado las cosas: hoy los comerciantes, para comunicarse, usaban el odioso *telefonino* en lugar de aquellos galeones de velas latinas. El aire olía al bióxido de carbono y otras emanaciones del continente, que no había brisa marina capaz de disipar del todo. Lo único que no había cambiado con los siglos era la milenaria tradición de venalidad de la

ciudad, y Brunetti se sentía incómodo al verse incapaz de decidir si esto le parecía bueno o malo.

Tenía intención de desembarcar en San Samuele y hacer a pie el largo trecho hasta San Marco, pero al pensar en las muchedumbres que el buen tiempo habría hecho salir a la calle, cambió de idea y siguió hasta San Zaccharia. Desde allí retrocedió hasta la *questura*, a donde llegó poco después de las tres, al parecer, antes que la mayoría de los policías de uniforme.

Al entrar en su despacho, descubrió que, durante la hora del almuerzo, los papeles se habían multiplicado —¿no sería que realmente procreaban?— encima de su mesa. Cumpliendo lo prometido, la *signorina* Elettra le había dejado la lista de los herederos de las personas de que *suor* Immacolata —rectificó: Maria Testa— le había hablado. También le daba las direcciones y los números de teléfono. Al repasar la lista, Brunetti descubrió que tres de ellos residían en Venecia. El cuarto vivía en Turín, y el último testamento indicaba los nombres de seis personas, ninguna de ellas residente en Venecia. En una nota mecanografiada al pie, la *signorina* Elettra decía que al día siguiente por la tarde tendría copias de los testamentos.

En un primer momento, Brunetti pensó en llamar por teléfono, pero luego se dijo que, por lo menos la primera vez, sería preferible llegar de improviso, sin anunciarse, por lo que se limitó a marcar las direcciones en su plano mental de la ciudad, trazando un itinerario para las visitas y guardar la lista en el bolsillo de la chaqueta. La experiencia había enseñado al comisario que, si bien el factor sorpresa tal vez no le ayudara a descubrir la culpabilidad o inocencia de las personas, solía inducir a la gente a decir la verdad.

Brunetti seguía leyendo inclinado hacia adelante, pero, a la segunda hoja, se arrellanó en el sillón y atrajo los papeles hacia sí. A los pocos minutos, el fárrago de la prosa, el calor del despacho y la digestión se combinaron para hacer que las manos le cayeran en el regazo y la barbilla, en el pecho. Al cabo de un rato, despertó sobresaltado por el sonido de una puerta que se cerraba bruscamente en el pasillo. Agitó la cabeza, se pasó las manos por la cara varias veces y deseó un café. Entonces levantó la cabeza y vio a Vianello en el vano de la puerta, la puerta que —ahora lo advertía Brunetti— había permanecido abierta durante su siesta.

—Buenas tardes, sargento —dijo, dedicando a Vianello la sonrisa del hombre que controla perfectamente a todo el personal de la *questura*—. ¿Qué sucede?

—Quedamos en que vendría a buscarlo, comisario. Son las cuatro menos cuarto.

—¿Tan tarde? —preguntó Brunetti mirando su reloj.

—Sí, señor. Subí hace un rato, pero estaba usted ocupado. —Vianello hizo una pausa, dejando que la frase calara y agregó—: Una de las ventajas de esto que hago es que te sientes bien y ágil.

Brunetti, que no sabía de qué le hablaba, iba a decir que todo lo que hacemos debería hacer que nos sintiéramos bien, pero entonces supuso que Vianello debía de referirse a la gimnasia y optó por no hacer comentario alguno.

—Y eso es bueno, porque ahora tengo mucha energía —prosiguió el sargento, pero, viendo que Brunetti se negaba a responder, dijo—: Fuera tengo la lancha, comisario.

Mientras bajaban la escalera de la *questura*, Brunetti preguntó:

—¿Ha hablado con Miotti?

—Sí, señor. Es lo que me figuraba.

—¿Su hermano es gay? —preguntó Brunetti sin molestarse siquiera en mirar a Vianello.

El sargento se paró a mitad de la escalera. Cuando Brunetti se volvió a mirarlo, le preguntó:

—¿Cómo lo sabe, comisario?

—Parecía muy nervioso al hablar de su hermano y de sus amigos clericales, y no se me ocurre nada más que pueda poner nervioso a Miotti. Desde luego, no es el hombre más liberal que tenemos. —Después de un momento de reflexión, Brunetti agregó—: Tampoco tiene nada de sorprendente que un cura sea gay.

—Lo sorprendente sería más bien lo contrario, diría yo —comentó Vianello mientras seguía bajando la escalera. Y volviendo a Miotti—. Pero usted, comisario, ha dicho siempre que él es un buen policía.

—Para ser buen policía no es indispensable poseer amplitud de criterio, Vianello.

—Quizá no.

Brunetti explicó al sargento rápidamente el motivo de sus visitas y, mientras hablaba, era consciente de que le resultaba difícil eliminar de su voz un deje de escepticismo. A los pocos minutos, salían de la *questura*. Bonsuan, el piloto, los esperaba a bordo de una lancha de la policía. Todo relucía: las piezas de latón de la embarcación, una de las insignias del cuello de Bonsuan, las hojas tiernas de una parra que revivía al otro lado del canal, una botella de vino que flotaba en el agua que en sí era una lámina de plata bruñida. Sin otra razón que la luz, Vianello abrió los brazos y sonrió.

El movimiento atrajo la atención de Bonsuan, que lo miró con extrañeza. Vianello, un poco cohibido en su euforia, trató de disimular como si con aquel ademán quisiera desentumecerse después de pasar varias horas atado a un escritorio, pero en aquel momento pasaron volando a ras de agua dos vencejos amorosos, y Vianello abandonó todo intento de disimulo.

—Es primavera —gritó alegremente al piloto saltando a cubierta y dando una jovial palmada en el hombro a Bonsuan.

—¿Todo esto hay que agradecerlo a la gimnasia? —preguntó Brunetti al subir a la lancha.

Bonsuan que, al parecer, nada sabía de la nueva afición de Vianello, miró torvamente al sargento, dio media vuelta, puso en marcha el motor y llevó la embarcación hacia el centro del estrecho canal.

Vianello, sin dejarse desanimar, se quedó en cubierta. Brunetti, por el contrario, bajó al camarote, sacó una guía de la ciudad de un estante que recorría todo un mamparo y comprobó la situación de las tres direcciones de la lista. Desde el interior, observaba a los dos hombres: su sargento, despreocupado como un adolescente y el piloto, adusto, mirando al frente mientras entraban en el *bacino* de San Marcos. Vio a Vianello poner una mano en el hombro de Bonsuan y señalar al Este, llamándole la atención hacia un velero de gruesos mástiles que iba hacia ellos, con las velas hinchadas por el viento fresco de la primavera. Bonsuan movió la cabeza de arriba abajo, pero volvió a fijar la atención en el rumbo. Vianello echó la cabeza hacia atrás con una carcajada grave que resonó en el camarote.

Brunetti resistió hasta que estuvieron en el centro del *bacino* y entonces, rindiéndose al magnetismo del buen humor de Vianello, decidió subir a

cubierta. Cuando iba a poner el pie en ella, la estela de un transbordador del Lido los alcanzó de costado y Brunetti perdió el equilibrio y basculó hacia la baja borda de la embarcación. La mano de Vianello lo asió rápidamente de una manga, tiró de él y lo sujetó del brazo hasta que la embarcación se estabilizó. Entonces lo soltó diciendo:

—En esa agua, no.

—¿Teme que me ahogue? —preguntó Brunetti.

—Antes se moriría del cólera —terció Bonsuan.

—¿El cólera? —rió Brunetti; era la primera tentativa de chiste que oía a Bonsuan.

El piloto se volvió a mirarlo muy serio.

—El cólera —repitió.

Cuando Bonsuan se concentró de nuevo en el timón, Vianello y Brunetti se miraron como dos colegiales pillados en falta, y a Brunetti le pareció que Vianello tenía que hacer un esfuerzo para que no se le escapara la risa.

—Cuando yo era niño —explicó Bonsuan sin preámbulo—, nadaba delante de mi casa. Me lanzaba al agua desde el borde del *canale di Cannaregio*. Se veía el fondo. Había peces y cangrejos. Ahora todo lo que se ve es lodo y mierda.

Vianello y Brunetti volvieron a mirarse.

—Quien coma pescado de esa agua está loco —dijo Bonsuan.

El año anterior se habían dado numerosos casos de cólera, pero en el Sur, donde solían ocurrir estas cosas. Brunetti recordó que las autoridades sanitarias habían clausurado el mercado de pescado de Bari y recomendado a la población que evitara el consumo de pescado, lo que a Brunetti le pareció que era tanto como decir a las vacas que dejaran de comer hierba. En el otoño, las lluvias y las inundaciones habían desplazado la noticia de las páginas de los diarios nacionales, pero no antes de que Brunetti empezara a preguntarse si no podría ocurrir lo mismo aquí, en el Norte, y si era prudente comer lo que se pescaba en las cada vez más pútridas aguas del Adriático.

Cuando la lancha se acercó al embarcadero de las góndolas situado a la izquierda del *palazzo Dario*, Vianello agarró una amarra y saltó a tierra. Echando el cuerpo hacia atrás tensó la cuerda acercando la lancha al muelle en el momento en que Brunetti desembarcaba.

—¿Quiere que les espere, comisario? —preguntó Bonsuan.

—No; no es necesario. No sé cuánto tardaremos —dijo Brunetti—. Puede usted regresar.

Bonsuan levantó una mano lánguida a la gorra del uniforme, en un ademán que era medio saludo, medio despedida. Dio marcha atrás y sacó la lancha al canal describiendo un arco, sin volverse a mirar a los dos hombres que quedaban en el embarcadero.

—¿Adónde vamos primero? —preguntó Vianello.

—Dorsoduro, 378. Está cerca del Guggenheim, a la izquierda.

Los dos policías subieron por una estrecha calle y torcieron por la primera travesía de la derecha. Brunetti seguía con ganas de tomar café y le sorprendió que no hubiera bares ni a un lado ni a otro de la calle.

Un anciano que paseaba a un perro iba hacia ellos, y Vianello se puso detrás de Brunetti para dejar paso, aunque siguió hablando de lo que había dicho Bonsuan.

—¿Cree realmente que el agua está tan mal, comisario?

—Sí.

—Pues aún hay gente que se baña en el *canale della* Giudecca —insistió Vianello.

—¿Cuándo?

—En la fiesta del Redentore.

—Estarán borrachos —dijo Brunetti, terminante.

Vianello se encogió de hombros e, imitando a su jefe, se paró.

—Creo que es aquí —dijo Brunetti sacando el papel del bolsillo—. Da Prè —leyó en voz alta, mirando los nombres grabados en las dos hileras de placas de latón situadas a la izquierda de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Vianello.

—Ludovico, heredero de la *signorina* Da Prè. Puede ser un primo, un hermano o un sobrino. Cualquiera.

—¿Cuántos años tenía la difunta?

—Setenta y dos —respondió Brunetti, recordando las pulcras anotaciones de la lista de Maria Testa.

—¿De qué murió?

—De un ataque al corazón.

—¿Alguna sospecha de que esta persona —Vianello señaló la placa con el mentón— tuviera algo que ver?

—Le dejó el apartamento y más de quinientos millones de liras.

—¿Quiere decir que es posible?

Brunetti, que no hacía mucho había sido informado de que la finca en la que vivían él y su familia necesitaba un tejado nuevo y que le tocaría pagar nueve millones de liras, dijo:

—Por poco bien que esté el apartamento, hasta yo mataría para conseguirlo.

Vianello, que no estaba enterado de lo del tejado, miró a su jefe con perplejidad.

Brunetti tocó el timbre. No ocurrió nada durante mucho rato, y volvió a oprimir el pulsador, esta vez, con más insistencia. Los dos hombres se miraron, y el comisario sacó la lista, para buscar la dirección siguiente. Cuando daba media vuelta hacia la izquierda para subir hacia Accademia, una voz chillona salió del altavoz situado encima de las placas.

—¿Quién es?

La voz sólo transmitía el acento plañidero y asexuado de la vejez, y Brunetti, ignorando si la persona que había contestado era hombre o mujer, optó por preguntar:

—¿Familia Da Prè?

—Sí. ¿Qué desea?

—Me llamo Brunetti. Existen ciertas dudas acerca de los bienes de la *signorina* Da Prè y necesitamos hablar con ustedes.

—¿Quiénes son? ¿Quién los envía?

—Policía.

No hubo más preguntas, y la puerta se abrió, dando acceso a un patio amplio con un pozo en el centro, cubierto por una parra. La única escalera partía de una entrada situada a la izquierda. En el rellano del segundo piso había una puerta abierta y en ella estaba uno de los hombres más bajos que Brunetti había visto en su vida.

Aunque ni Vianello ni Brunetti destacaban por su estatura, sacaban casi dos palmos a aquel hombre que parecía empequeñecerse a medida que ellos se acercaban.

—¿*Signor* Da Prè? —preguntó Brunetti.

—Sí —dijo el hombre, dando un paso adelante y tendiendo una mano no mayor que la de un niño. Gracias a que el diminuto personaje levantaba el brazo hasta la altura de su propio hombro, Brunetti no tuvo que agacharse para darle la mano. El apretón de Da Prè era firme, y la mirada que lanzó a los ojos de Brunetti, clara y directa. Tenía una cara muy estrecha y afilada. La edad, o quizá el sufrimiento, le habían marcado profundos surcos a cada lado de la boca y oscuras ojeras. Su tamaño hacía difícil calcularle la edad: tanto podía tener cincuenta años como setenta.

Al reparar en el uniforme de Vianello, el *signor* Da Prè no le dio la mano y se limitó a hacer un pequeño movimiento de cabeza en su dirección. Retrocedió hacia el interior y acabó de abrir la puerta, invitando a los dos hombres a entrar en el apartamento.

Musitando «*Permesso*», los dos policías lo siguieron al recibidor y esperaron mientras él cerraba la puerta.

—Por aquí, si me hacen el favor —dijo el hombre precediéndolos por el pasillo.

Brunetti vio entonces la joroba que se le marcaba en el lado izquierdo de la espalda bajo la tela de la chaqueta, en forma de quilla de ave. Da Prè no cojeaba, pero al andar todo su cuerpo se vencía hacia la izquierda, como si la pared fuera un imán y él, un saco de virutas de hierro. Los llevó a un salón que tenía ventanas en dos lados. Por las de la izquierda se veían tejados; y por las otras, los postigos cerrados del edificio situado al otro lado de la estrecha calle.

Todo el mobiliario del salón estaba hecho a la escala de los dos monumentales armarios que ocupaban enteramente la pared del fondo y consistía en un sofá de alto respaldo en el que cabían seis personas, cuatro sillones profusamente tallados que, a juzgar por el monumental trabajo de los brazos debían de ser españoles y un inmenso aparador florentino cubierto de infinidad de pequeños objetos que Brunetti apenas miró. Da Prè se encaramó a uno de los sillones e indicó otros dos a sus visitantes.

Brunetti, que casi no podía apoyar los pies en el suelo, observó que los de Da Prè colgaban a media altura entre el asiento y el parquet. No obstante, la seriedad de la expresión de aquel hombre impedía que el contraste resultara

cómico.

—¿Dice que hay alguna anomalía en el testamento de mi hermana?

—No, *signor* Da Prè —respondió Brunetti—. No deseo crear confusión ni inducirle a error. Nuestro interés no está relacionado con el testamento de su hermana ni con cualquier estipulación que pueda contener. Nos interesa su muerte, concretamente, la causa de su muerte.

—Entonces, ¿por qué no lo decían desde el principio? —preguntó el hombrecillo en tono más cordial que, no obstante, no fue del agrado de Brunetti.

—¿Eso que tiene ahí son cajas de rapé, *signor* Da Prè? —les interrumpió Vianello, bajándose del sillón y acercándose al aparador.

—¿Qué? —preguntó el hombrecito ásperamente.

—¿Son cajas de rapé? —preguntó Vianello, inclinándose sobre el aparador para acercarse a la cara a los pequeños objetos que cubrían su superficie.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó Da Prè en tono que no era más afable pero sí, curioso.

—Mi tío Luigi, en Trieste, hacía colección. De niño me gustaba ir a su casa, porque me las enseñaba y me dejaba tocarlas. —Como para ahuyentar cualquier temor del *signor* Da Prè, Vianello se asió las manos a la espalda y se limitó a inclinarse más aún hacia las cajas. Separó las manos y señaló una de ellas, manteniendo el dedo a un palmo de distancia—: ¿Ésta es holandesa?

—¿Cuál? —preguntó Da Prè bajando del sillón y yendo a situarse al lado del sargento.

La cabeza de Da Prè apenas sobresalía del aparador y tuvo que ponerse de puntillas para ver la caja que señalaba Vianello.

—Sí; Delft, siglo dieciocho.

—¿Y ésta? —preguntó Vianello, señalando pero guardándose bien de tocar—. ¿Baviera?

—Muy bien —dijo Da Prè tomando la cajita y tendiéndola al sargento, que la recibió cuidadosamente con las dos manos.

Vianello dio la vuelta a la caja y miró el reverso.

—Sí; aquí está la marca —dijo acercándola a Da Prè—. Es una preciosidad —dijo con entusiasmo en la voz—. A mi tío le hubiera

encantado, sobre todo, porque está dividida en dos compartimientos.

Mientras ellos dos, con las cabezas juntas, contemplaban cajitas, Brunetti paseó la mirada por el salón. Tres de los cuadros eran siglo XVII, muy mala pintura y muy mal siglo XVII: muerte de ciervos, jabalíes y más ciervos. Demasiada sangre y demasiada muerte, artísticamente escenificada, para el gusto de Brunetti. Los otros parecían escenas bíblicas, también con mucha sangre, pero ésta, humana. Brunetti dirigió la atención al techo, que tenía un historiado medallón central de estuco del que pendía una lámpara de cristal de Murano con infinidad de flores de pequeños pétalos color pastel.

Brunetti lanzó otra mirada a los dos hombres, que ahora estaban agachados delante de una puerta abierta a la derecha del aparador. Los estantes interiores contenían lo que a Brunetti le pareció que podían ser cientos de cajitas de aquéllas. De pronto, se sintió asfixiado en aquel salón para gigantes en el que se hallaba atrapado un hombre diminuto con reliquias de una época olvidada, esmaltadas en colores vivos y hechas a la que para él debía de ser la escala normal de las cosas.

Los dos hombres se pusieron de pie. Da Prè cerró la puerta del aparador y volvió a su sillón, al que se subió con un saltito perfectamente calculado. Vianello lanzó una última mirada de admiración a las cajas colocadas encima del mueble y volvió también a su sitio.

Brunetti se permitió sonreír por primera vez. Da Prè le devolvió la sonrisa y, lanzando una rápida mirada a Vianello, dijo:

—Nunca hubiera imaginado que en la policía hubiera esta clase de personas.

Tampoco Brunetti lo hubiera imaginado, lo que no le impidió responder:

—Sí; en la *questura* todo el mundo conoce el interés del sargento por las cajas de rapé.

Detectando en el tono de Brunetti la ironía con la que los profanos miran al verdadero entusiasta, Da Prè dijo:

—Las cajas de rapé reflejan una parte importante de la cultura europea. Algunos de los mejores artesanos del continente dedicaron años, y hasta décadas, de su vida a fabricarlas. No había mejor manera de expresar aprecio hacia una persona que la de regalar una caja de rapé. Mozart, Haydn... —Su mismo entusiasmo le impidió continuar, y Da Prè terminó la frase señalando

el aparador con un expresivo ademán de sus pequeños brazos.

Vianello, que durante este parlamento había asentido en silencio, dijo a Brunetti:

—Lo siento, comisario, pero me parece que usted no comprende.

Brunetti, que se felicitaba de poder contar con un hombre tan hábil, que se había mostrado capaz de desarmar con aquella facilidad hasta al testigo más hostil, asintió humildemente en silencio.

—¿Su hermana compartía su afición? —La pregunta de Vianello era impecable.

El hombrecito golpeó con el pie la pata de su sillón.

—No; mi hermana no tenía esta afición. —Vianello movió la cabeza negativamente ante semejante falta de sensibilidad y Da Prè, animado por el gesto, agregó—: Ni afición por nada.

—¿Por nada? —preguntó Vianello con lo que parecía sincera conmiseración.

—Por nada —remachó Da Prè—. Aparte su entusiasmo por los curas. — Por su manera de pronunciar la última palabra, parecía que el único entusiasmo que los curas podían suscitar en él sería el que le produjera leer su esquila.

Vianello movió la cabeza como si fuera incapaz de imaginar mayor peligro, especialmente, para una mujer, que el de caer en manos de los curas y, con horror en la voz, preguntó:

—¿No les habrá dejado algo en su testamento? —Pero rápidamente agregó—: Perdona, eso no es asunto mío.

—No, no, sargento, no tiene por qué disculparse —dijo Da Prè—. Lo han intentado, pero no conseguirán ni una lira. —Sonrió sardónicamente y agregó—: No han podido llevarse nada.

Vianello sonrió ampliamente, para demostrar que se alegraba de que hubiera podido evitarse el desastre. Con el codo apoyado en el brazo del sillón y la barbilla en la palma de la mano, se dispuso a escuchar el relato del triunfo del *signor* Da Prè.

El hombrecillo echó el cuerpo hacia atrás hasta que las piernas le quedaron casi paralelas al asiento.

—Mi hermana siempre tuvo debilidad por la religión —empezó—.

Nuestros padres la enviaron a colegios de monjas. Seguramente por eso no se casó. —Brunetti miró las manos de Da Prè que asían los brazos del sillón y no vio en ellas anillo de casado.

—Nunca congeniamos —dijo sencillamente—. A ella le interesaba la religión. Y a mí, el arte. —Brunetti dedujo que al decir arte se refería a cajas de rapé esmaltadas.

»Nuestros padres nos dejaron este apartamento a los dos. Pero no podíamos vivir juntos. —Vianello asintió, indicando lo difícil que es vivir con una mujer—. De modo que le vendí mi parte. De eso hace veintitrés años. Y compré un apartamento más pequeño. Necesitaba dinero para aumentar mi colección. —Nuevamente, Vianello asintió, para dar a entender que comprendía las rigurosas exigencias del arte.

»Hace cinco años, mi hermana se cayó y se rompió la cadera, y como la fractura no se le soldaba bien, hubo que ingresarla en la *casa di cura*. —Aquí el anciano se interrumpió, pensando en las cosas que pueden hacer inevitable ir a parar a un hospital—. Me pidió que me instalara aquí, para vigilarle la casa —prosiguió—, pero no quise. No sabía si ella volvería, y entonces hubiera tenido que marcharme otra vez. Y no me gustaba la idea de traer la colección para luego tener que trasladarla de nuevo. Podía romperse alguna pieza. —Las manos de Da Prè asieron con más fuerza los brazos del sillón, con inconsciente espanto ante tal posibilidad.

Brunetti advirtió que, a medida que avanzaba el relato, también él iba asintiendo a lo que decía el *signor* Da Prè, atraído hacia aquel mundo demencial en el que era mayor desgracia que se rompiera una tapadera que una cadera.

—Luego, al morir, me nombró heredero, me dejó el apartamento y pude instalarme aquí con mi colección. Eso está perfectamente claro, pero también trató de dejar cien millones a las monjas. Lo añadió al testamento cuando estaba allí.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Vianello.

—Poner el asunto en manos de mi abogado —respondió Da Prè al instante—. Él me pidió que declarara que, durante los últimos meses de su vida, cuando ella firmó eso, ¿cómo se llama?, el codicilo, estaba perturbada. Hace meses que el caso está en el juzgado, pero el abogado me ha dicho que

pronto se verá la causa. Entonces ellos podrán recurrir. —Da Prè calló y se quedó pensando en cómo se les perturba la mente a los viejos.

—¿Y...? —le animó Vianello.

—El abogado dice que no conseguirán nada —dijo el hombrecillo con orgullo—. Los jueces me darán la razón. Augusta no sabía lo que se hacía.

—¿Y usted lo heredará todo? —preguntó Brunetti.

—Por supuesto —respondió Da Prè secamente—. No hay más familia.

—¿Estaba mentalmente perturbada su hermana? —preguntó Vianello.

Da Prè se volvió hacia el sargento y respondió de inmediato:

—Claro que no. Estaba tan lúcida como siempre, hasta el último día en que la vi, la víspera de su muerte. Pero ese legado era cosa de locos.

Brunetti no estaba seguro de haber entendido la distinción pero, en lugar de pedir una aclaración, preguntó:

—¿Le pareció que las personas de la residencia estaban al corriente del legado?

—¿Qué quiere decir? —Da Prè lo miraba con suspicacia.

—¿Alguien del establecimiento se puso en contacto con usted después de la muerte de su hermana, antes de la lectura del testamento?

—Uno de ellos, un cura, me llamó antes del funeral, porque quería hacer un sermón en la misa. Le dije que no habría sermón. Augusta había dejado instrucciones en su testamento para el funeral, quería una misa de difuntos, por lo que yo no podía oponerme; pero no decía nada de sermón, así que, por lo menos, pude impedir que se pusieran a parlotear sobre otro mundo, en el que todos los bienaventurados volverán a reunirse. —Aquí Da Prè sonrió, pero su sonrisa no era agradable.

»Uno de ellos vino al funeral —prosiguió—. Un hombre alto y grueso. Después se me acercó y me dijo que la muerte de Augusta había sido una gran pérdida para la “comunidad cristiana”. —El sarcasmo con que Da Prè pronunció estas palabras heló el aire que lo envolvía—. Luego habló de lo generosa que había sido siempre, y buena con la Iglesia. —Aquí Da Prè calló, aparentemente abstraído en el placentero recuerdo de la escena.

—¿Usted qué le contestó? —preguntó Vianello al fin.

—Le dije que la generosidad se había ido a la tumba con ella —dijo Da Prè con otra de sus téticas sonrisas.

Ni Vianello ni Brunetti hablaron durante un momento, hasta que este último preguntó:

—¿Se han puesto en contacto con usted?

—No. En ningún momento. Dice mi abogado que comprenden que no tienen posibilidades, y que vendrán a pedirme un donativo a cambio de que retire mi demanda. —Da Prè guardó silencio un momento y después agregó —: Sólo porque la hubieran atrapado a ella no van a atrapar también su dinero.

—¿Ella mencionó alguna vez que la hubieran «atrapado», como dice usted?

—¿A qué se refiere?

—¿Le dijo su hermana, mientras estaba en la *casa di cura*, si trataban de influir en ella para que les dejara dinero?

—No puedo responder a eso, porque no lo sé.

Brunetti, que no sabía de qué otro modo formular la pregunta, optó por esperar a que Da Prè se explicara, y éste así lo hizo:

—Iba a verla una vez al mes, como era mi deber. Tampoco tenía tiempo para más. Pero no teníamos nada que decirnos. Le llevaba el correo que se le había acumulado, todo, cosas de iglesia, revistas y peticiones de dinero. Le preguntaba cómo se encontraba. Pero no teníamos de qué hablar, y yo me iba.

—Comprendo —Brunetti comprendió y se puso de pie. La mujer había estado cinco años en la residencia y se lo había dejado todo a este hermano que sólo tenía tiempo para ir a verla una vez al mes, por lo ocupado que sin duda lo tenían sus cajitas de rapé.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Da Prè antes de que Brunetti pudiera apartarse—. ¿Han decidido impugnar el testamento? —Le puso una mano en la manga—. ¿O se trata de algo que ocurriera en...? —Se interrumpió, y a Brunetti le pareció ver que empezaba a sonreír, pero enseguida el hombrecillo se tapó la boca con la mano, y la impresión se borró.

—No es nada, *signore*. En realidad, quien nos interesa es una persona que trabajaba allí.

—Pues en eso no podré ayudarles. No conocía a nadie del personal. Nunca hablaba con ellos.

Vianello se levantó a su vez y se situó al lado de Brunetti. La cordialidad residual de su anterior conversación con Da Prè servía ahora para mitigar la mal disimulada indignación que emanaba de su superior.

Da Prè no hizo más preguntas. Se puso de pie y guió a los dos hombres pasillo adelante hasta la puerta del apartamento. Allí Vianello estrechó la mano que el hombre levantaba hacia él y le dio las gracias por haberle enseñado las preciosas cajitas de rapé. También Brunetti estrechó la pequeña mano que subía al encuentro de la suya, pero no dio gracias por nada, y fue el primero en salir a la escalera.

—Qué espanto de hombrecito, qué espanto —Brunetti oía murmurar a Vianello mientras bajaban la escalera.

En la calle había refrescado, como si Da Prè hubiera robado el calorcillo del aire.

—Qué asco de hombrecito —prosiguió Vianello—. Se cree que es dueño de esas tabaqueras. Estúpido.

—¿Cómo dice, sargento? —preguntó Brunetti, que no había seguido la evolución del pensamiento de Vianello.

—Se ha creído que es dueño de esas cosas, de esas cajitas ridículas.

—Creí que le gustaban.

—¿A mí? ¡Quiá! Me revientan. Mi tío tenía docenas de ellas y cada vez que íbamos a su casa se empeñaba en enseñármelas. Era lo mismo que ése: siempre comprando cosas y más cosas, y luego creía que las poseía.

—¿Y no era así? —preguntó Brunetti parándose en una esquina, para oír mejor lo que decía Vianello.

—Claro que las poseía —dijo Vianello parándose a su vez delante de Brunetti—. Bueno, las pagaba, tenía los recibos y podía hacer lo que se le antojara con ellas. Pero en realidad nunca poseemos nada, ¿verdad? —dijo mirando a Brunetti a los ojos.

—Me parece que no acabo de entender eso, Vianello.

—Piénselo, comisario. Compramos las cosas. Nos las ponemos o las colgamos de las paredes, o las miramos, pero cualquiera, si se le antoja, puede quitárnoslas. O romperlas. —Vianello movió la cabeza, frustrado por la dificultad de explicar la que le parecía una idea relativamente simple—.

Ahí tiene a Da Prè. Cuando él se muera, esas dichosas cajitas pasarán a manos de otra persona y luego de otra, lo mismo que otras personas las han tenido antes. Pero nadie piensa en esto: los objetos nos sobreviven. Es una tontería pensar que los poseemos. Y es pecado darles tanta importancia.

Brunetti sabía que el sargento era tan ateo e irreverente como él mismo, le constaba que para él no había más religión que la familia y los lazos de la sangre, por lo que resultaba extraño oírle hablar de pecado.

—¿Y cómo pudo dejar a su hermana en semejante lugar durante cinco años y visitarla sólo una vez al mes? —preguntó Vianello como si realmente creyera que la pregunta tenía respuesta.

La voz de Brunetti era neutra cuando respondió:

—No es tan malo ese sitio. —La frialdad de su tono recordó al sargento que la madre de Brunetti estaba en un establecimiento parecido.

—No he querido decir eso, comisario —se apresuró a explicar Vianello —, me refería más bien a un lugar así. —Al darse cuenta de que no había arreglado nada, agregó—: Y luego no ir a verla más a menudo, dejarla allí sola.

—En esos sitios suele haber mucho personal —fue la respuesta de Brunetti cuando éste reanudó la marcha y torció hacia la izquierda por *campo* San Vio.

—Pero no son familia —insistió Vianello, convencido de que el afecto familiar tenía más valor terapéutico que todos los cuidados que pudieran comprarse a los profesionales de la atención sanitaria. Brunetti no tenía inconveniente en dar la razón al sargento, pero no deseaba seguir hablando del tema, ni ahora ni en un futuro inmediato.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Vianello, aviniéndose con esta pregunta a cambiar de conversación y apartarlos a ambos, temporalmente por lo menos, de temas que podían incomodar.

—Me parece que es por aquí —dijo Brunetti entrando en una calle estrecha que se alejaba del canal que ellos habían venido bordeando.

De haber estado el heredero del conde Egidio Crivoni esperándolos en la puerta, no les hubiera llegado antes la voz que por el interfono respondió a su llamada. Con no menos rapidez, se abrió la pesada puerta cuando Brunetti explicó que venía en busca de información acerca de los bienes del conde

Crivoni. Mientras subían al tercer piso, impresionó a Brunetti que no hubiera más que una puerta en cada planta, lo que daba idea de las grandes dimensiones de cada apartamento y del poder económico de sus inquilinos.

En el momento en que Brunetti ponía el pie en el último rellano, un mayordomo vestido de negro abrió la puerta. Es decir, por el ceremonioso movimiento de cabeza con que los saludó y la distante solemnidad de su actitud, Brunetti dedujo que era un criado, deducción ratificada cuando el hombre le tomó el abrigo y dijo que «la *contessa*» los recibiría en su estudio. El hombre desapareció tras una puerta y al momento salió sin el abrigo de Brunetti.

El comisario sólo tuvo tiempo de distinguir unos serenos ojos castaños y una crucecita de oro en la solapa izquierda de la chaqueta antes de que el hombre diera media vuelta y los precediera por el pasillo. Cubrían ambas paredes cuadros, todos ellos, retratos de distintos siglos y escuelas. A pesar de saber que ésta es la impresión que dan todos los retratos, Brunetti se sorprendió por la tristeza que reflejaban la mayoría de los retratados; tristeza y algo más, impaciencia, quizá, como si pensaran que aprovecharían mejor el tiempo conquistando a salvajes o convirtiendo a paganos, en lugar de posar para dejar a la posteridad un recuerdo de mundanas vanidades. Las mujeres parecían convencidas de poder conseguir tan altos propósitos sólo con el ejemplo de una vida sin tacha, mientras que los hombres daban más bien la impresión de depositar su confianza en el poder de la espada.

El hombre se paró delante de una puerta, dio un golpe, la abrió sin esperar respuesta, la sostuvo mientras entraban Brunetti y Vianello y la cerró silenciosamente tras ellos.

A Brunetti le vinieron a la memoria unos versos del Dante:

*Oscura e profonda era e nebulosa
Tanto che, per ficcar lo viso a fondo
lo non vi discernea alcuna cosa.*

Oscura estaba también esta habitación: era como si, al entrar en ella, al igual que Dante, hubieran dejado atrás la luz del mundo, el sol y la alegría. Altas ventanas cubrían toda una pared, ocultas tras gruesas cortinas de

terciopelo de un pardo entre sepia y sangre seca. La poca luz que se filtraba iluminaba los lomos de piel de cientos de tomos de sobrio aspecto que cubrían de arriba abajo las paredes restantes. El suelo era parquet macizo, cuidadosamente cortado y ajustado, no esas finas y estrechas láminas de madera.

En un ángulo de la habitación, detrás de un gran escritorio cubierto de libros y papeles, distinguió Brunetti la mitad superior de una mujer corpulenta, vestida de negro. La severidad del vestido y de la expresión hacía que, de pronto, el resto de la habitación resultara alegre, por el contraste.

—¿Qué desean? —preguntó ella. Al parecer, el uniforme de Vianello hacía innecesario preguntar quiénes eran.

Desde donde estaba, Brunetti no podía hacerse una idea clara de la edad de la mujer, aunque su voz —grave, sonora e imperiosa— denotaba que se trataba de una mujer madura o, incluso, anciana. El comisario dio unos pasos por la habitación hasta situarse a pocos metros del escritorio.

—*Contessa*... —empezó.

—He preguntado qué desean —atajó ella.

Brunetti sonrió:

—Trataré de robarle el menor tiempo posible, *contessa*. Sé lo muy ocupada que está. Mi suegra habla con frecuencia de su dedicación a las buenas obras y de la energía que derrocha al servicio de la Santa Madre Iglesia. —Trató de que la pronunciación de estas últimas palabras fuera reverente, lo que no era empeño fácil.

—¿Quién es su suegra? —inquirió la mujer, como si esperase oír que se trataba de su costurera.

Brunetti apuntó cuidadosamente y le dio justo entre los ojos, hundidos y juntos:

—La *contessa* Falier.

—¿Donatella Falier? —preguntó la mujer, tratando de disimular el asombro, pero sin conseguirlo.

Brunetti fingió no darse cuenta.

—Sí. Precisamente la semana última, si mal no recuerdo, me hablaba de su último proyecto.

—¿Se refiere a la campaña para prohibir la venta de contraceptivos en las

farmacias? —preguntó ella, facilitando a Brunetti la información que necesitaba.

—Sí —sonrió él moviendo la cabeza afirmativamente, como si aprobara plenamente el plan.

Ella se levantó y dio la vuelta al escritorio tendiéndole la mano, ahora que él había demostrado su condición humana por el hecho de estar emparentado, aunque fuera sólo por matrimonio, con una dama de la nobleza más antigua de la ciudad. Al levantarse, la mujer reveló las proporciones del cuerpo que hasta entonces ocultaba la mesa. Era más alta que Brunetti y debía de pesar veinte kilos más que él. Su corpulencia, no obstante, no estaba formada por las carnes firmes y prietas de una persona gruesa y sana sino por el sebo flácido y temblón del sedentario perpetuo. Su doble mentón descansaba sobre el cuello de un vestido que era poco más que un saco de lana negra colgado de su busto inmenso. Brunetti pensó que no debía de haber habido mucha alegría ni mucho placer en el proceso de acumulación de toda aquella carne.

—¿Así que usted es el marido de Paola? —preguntó al acercarse a él envuelta en el tufo acre de un cuerpo poco lavado.

—Sí, *contessa*. Guido Brunetti —dijo él tomando la mano que le tendía la mujer y, sosteniéndola como si fuera un trozo de la Vera Cruz, se inclinó y la levantó hasta un centímetro de sus labios. Al erguir el cuerpo agregó—: Es un honor —y consiguió decirlo como si realmente lo creyera así. Miró a Vianello—. El sargento Vianello, mi ayudante.

Vianello se inclinó con elegancia, con una expresión tan solemne como la de Brunetti, como si el honor de aquella presentación le hubiera dejado mudo. La *contessa* casi ni lo miró.

—Siéntese, por favor, *dottor* Brunetti —dijo ella señalando con una mano carnosa la silla que estaba delante de su escritorio. Brunetti fue hacia la silla, se volvió a mirar a Vianello y le indicó otra silla que estaba cerca de la puerta, en la que probablemente estaría más resguardado de los fulgores de tanta nobleza.

La condesa volvió lentamente a su asiento y se instaló en él. Retiró unos papeles hacia la derecha y miró a Brunetti:

—¿Ha dicho a Stefano que hay problemas con el patrimonio de mi marido?

—No, *contessa*; no es tan grave —dijo Brunetti con una sonrisa que él pretendía desenfadada. La mujer asintió, esperando su explicación. Brunetti volvió a sonreír y empezó a improvisar—: Como ya sabrá, *contessa*, en nuestro país la delincuencia está en auge. —Ella asintió—. Da la impresión de que ya no hay nada sagrado, nadie está a salvo de los desaprensivos que recurren a cualquier medio para extorsionar y estafar grandes sumas de dinero a sus dueños legítimos. —La *contessa* asintió tristemente.

»Últimamente, se está abusando mucho de la buena fe de las personas mayores, a las que se hace objeto de toda clase de argucias, que con harta frecuencia tienen éxito.

La *contessa* levantó una mano de dedos gruesos.

—¿Me está diciendo que eso va a ocurrirme a mí?

—No, *contessa*; eso no. Pero deseamos asegurarnos de que su difunto esposo... —aquí Brunetti se permitió mover la cabeza tristemente, lamentando la circunstancia de que los virtuosos nos sean arrebatados prematuramente—... su difunto esposo no fue víctima de alguna superchería cruel.

—¿Quiere decir que cree que a Egidio le robaron? ¿Que le estafaron? No sé a qué se refiere. —Ella se inclinó hacia adelante y su busto descansó sobre la mesa.

—Permita que le hable con franqueza, *contessa*. Queremos asegurarnos de que nadie consiguió persuadir al conde, poco antes de su muerte, de que le dejara algún legado en su testamento, de que nadie influyó en él para conseguir una parte de su patrimonio, arrebatándolo a sus legítimos herederos.

La *contessa* se quedó pensativa pero no dijo nada.

—¿Sería posible que hubiera ocurrido esto, *contessa*?

—¿Qué le hace sospechar tal cosa? —preguntó ella.

—El nombre de su esposo ha aparecido casi accidentalmente en el curso de otra investigación.

—¿Relacionada con personas a las que se ha robado su patrimonio?

—No, *contessa*; relacionada con otra cosa. Pero, antes de proceder oficialmente, he querido venir a hablar personalmente con usted... a causa de la gran consideración de que goza... y también para asegurarme de que no

hay nada que investigar.

—¿Y qué quiere de mí?

—La seguridad de que en el testamento de su esposo no había nada sospechoso.

—¿Sospechoso?

—¿Algún legado para alguien que no forme parte de la familia? —apuntó él.

Ella movió la cabeza negativamente.

—¿Alguien que no sea un amigo íntimo?

Otra enérgica negativa que hizo temblar mejillas y mentones.

—¿Alguna institución a la que favoreciera con su caridad?

Brunetti la vio entornar los ojos ligeramente.

—¿A qué se refiere con lo de «institución»?

—Algunos de estos estafadores inducen a la gente a hacer donativos destinados a supuestas obras benéficas. Ha habido casos de personas a las que se ha convencido para que den dinero a hospitales infantiles de Rumania o a asilos de la madre Teresa. —Brunetti impregnó de indignación su voz para decir—: Es terrible. Un escándalo.

La condesa lo miró a los ojos y se mostró de acuerdo asintiendo vigorosamente.

—No hubo nada de eso. Mi esposo dejó sus bienes a la familia, como debe hacer un hombre. No hubo legados extraños. Nadie recibió lo que no debiera.

Vianello, sabiéndose en el campo visual de la condesa, se tomó la libertad de mover la cabeza afirmativamente, en vehemente aprobación de tan recto proceder.

Sorprendido por haber obtenido de la mujer la información con tanta facilidad, Brunetti se puso en pie.

—Eso me tranquiliza, *contessa*. Temí que un hombre tan generoso como se sabía que era el conde pudiera haber sido víctima de esa gente. Pero celebro que podamos eliminar su nombre de nuestra investigación. —Dando más énfasis a sus palabras prosiguió—: En mi calidad de funcionario público siempre me alegro de tal circunstancia, pero cuando le digo que, en este caso, ello me satisface especialmente, le hablo en calidad de ciudadano particular.

—Miró a Vianello y agitó una mano para indicarle que se levantara.

Cuando se volvió hacia la *contessa*, ésta había dado la vuelta a la mesa nuevamente y transportaba hacia él su masa montañosa.

—¿Puede darme más detalles de eso, *dottore*?

—No, *contessa*; que yo sepa, su esposo no tuvo que ver con esa gente. Así se lo comunicaré a mi colega...

—¿Su colega? —le interrumpió ella.

—Sí; de la investigación de estas estafas se encarga uno de los otros comisarios. Le enviaré una nota para decirle que su esposo no tuvo nada que ver con ellos, a Dios gracias, y luego volveré a mis propios casos.

—Si no está encargado de este caso, ¿por qué ha venido? —preguntó ella con brusquedad.

Brunetti sonrió antes de contestar.

—Pensé que sería menos penoso para usted si la interrogaba una persona que... en fin... una persona que fuera sensible a su posición en nuestra comunidad. No quería que tuviera que pesar sobre usted preocupación alguna, ni que fuera momentáneamente.

En lugar de agradecer a Brunetti su delicadeza, la *contessa* movió la cabeza afirmativamente aceptando lo que no era sino una prerrogativa.

Brunetti extendió la mano y, cuando la mujer depositó la suya sobre ella, se inclinó de nuevo, dominando el impulso de dar un taconazo, gesto que había visto hacer a un actor alemán en una película pésima y que desde entonces había deseado imitar.

Retrocedió hasta la puerta, donde esperaba Vianello. Allí, los dos hicieron pequeñas reverencias y salieron al pasillo. Stefano, suponiendo que tal fuera el nombre del hombre de la crucecita en la solapa, los aguardaba allí, pero no apoyado en la pared, sino en el centro del pasillo, con el abrigo de Brunetti en los brazos. Cuando los vio salir, se adelantó y ayudó a Brunetti a ponérselo. Sin decir palabra, los llevó hasta el vestíbulo y les abrió la puerta.

Ninguno de los dos habló mientras bajaban la escalera y salían a la calle, donde el breve crepúsculo primaveral cedía paso a la noche.

—¿Y bien? —dijo Brunetti volviendo a sacar la lista del bolsillo. Miró la siguiente dirección y echó a andar. Vianello acomodó el paso al de su superior.

—¿Eso es lo que se llama un personaje importante de la ciudad? —dijo Vianello en respuesta a su pregunta.

—Eso creo.

—Pues pobre Venecia. —A esto se reducía todo el mágico efecto de los títulos nobiliarios en el sargento—. ¿Es la que pagó el rescate de Lucia? —preguntó entonces, refiriéndose al famoso secuestro de las reliquias de Santa Lucia, robadas de su iglesia hacía más de una década, por las que se exigió rescate. Se pagó una suma que nunca fue revelada, a los ladrones, que enviaron a la policía a un descampado del continente, donde se encontraron varios huesos, presuntamente, de la santa. Los huesos fueron llevados a la iglesia con toda solemnidad y el caso quedó cerrado.

Brunetti asintió.

—Oí rumores de que había sido ella, pero no se sabe a ciencia cierta.

—Probablemente, eran huesos de cerdo —apuntó Vianello, y su tono indicaba que así lo deseaba.

Puesto que Vianello se mostraba remiso en responder a una pregunta indirecta, Brunetti le dijo a bocajarro:

—¿Qué piensa de la condesa?

—Se ha mostrado interesada cuando usted ha sugerido que algo pudo ir a

parar a una institución. No parecían preocuparle las personas ni los parientes.

—Sí —convino Brunetti—: los hospitales de Rumania.

Vianello se volvió y miró largamente a su superior.

—¿Y toda esa gente a la que se estafa dinero con la excusa de la madre Teresa, de dónde ha salido?

Brunetti sonrió encogiéndose de hombros.

—Algo había que decir. Y me ha parecido que sonaba bien.

—No importa demasiado, ¿verdad?

—¿El qué?

—Si el dinero es para la madre Teresa o para los estafadores.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Brunetti, sorprendido.

—Nunca se sabe adónde va el dinero. Todos esos premios que se le dan y todas esas colectas que se hacen no se traducen en algo concreto, ¿verdad?

Ni el propio Brunetti se había permitido nunca un cinismo de semejante calibre, y ahora dijo:

—Por lo menos esa gente a la que ella acoge tiene una muerte decente.

La respuesta de Vianello fue inmediata:

—Si quiere que le sea sincero, probablemente ellos preferirían una comida decente. —Entonces, con gesto elocuente, el sargento miró su reloj y, sin tratar de disimular el creciente escepticismo que le inspiraba la forma en que Brunetti invertía su tiempo, agregó—: O una copa.

Brunetti captó la insinuación. Aunque las dos personas con las que habían hablado les habían resultado antipáticas, ninguna parecía culpable ni sospechosa.

—Una más —dijo, y se alegró de que sus palabras sonaran más a sugerencia que a imposición.

El gesto de asentimiento de Vianello denotaba cansancio y su forma de encogerse de hombros era un comentario muy gráfico acerca de lo aburrido y reiterativo que era mucho del trabajo que hacían.

—Pero, después, un *ombra* —dijo y su acento no era ni de sugerencia ni de imposición.

Brunetti asintió, hastiado ya de la monotonía de aquellas entrevistas. Miró otra vez la dirección y torció por la calle de la derecha. Entraron en un patio y buscaron un número u otra identificación en la primera puerta que

encontraron.

—¿Qué número buscamos, comisario?

—Quinientos cuarenta y nueve —respondió Brunetti, mirando el papel.

—Debe de ser ésa —dijo Vianello poniendo una mano en el brazo de Brunetti y señalando al otro lado del patio.

Al cruzar, observaron los narcisos que brotaban de la oscura tierra alrededor de una fuente central vallada, las más jóvenes de las flores, cerradas ahora al frío de la noche que empezaba.

En el otro lado encontraron el número que buscaban y Brunetti tocó el timbre.

Al cabo de unos instantes, una voz preguntó por el interfono quién llamaba.

—Vengo por un asunto relacionado con el *signor* Lerini —dijo Brunetti.

—El *signor* Lerini ya abandonó este mundo —respondió la voz.

—Lo sé, *signora*, vengo a hablar de su herencia.

—Su herencia está en el cielo —respondió la voz. Brunetti y Vianello se miraron.

—Deseo hablar de la que dejó en la tierra —dijo Brunetti sin disimular su impaciencia.

—¿Quién es usted? —inquirió la voz secamente.

—Policía —respondió él con la misma brusquedad.

Sonó un chasquido cuando la mujer colgó violentamente. Durante lo que pareció mucho rato, no pasó nada hasta que, por fin, se oyó un zumbido y la puerta se abrió.

Nuevamente subían una escalera, en la que, al igual que en el pasillo de la *contessa* Crivoni, también había cuadros, pero éstos representaban todos a la misma persona: Jesús, en su Via Crucis, recorriendo estaciones a cual más cruenta, hasta su muerte en el Calvario y el rellano del tercer piso. Brunetti se paró a mirar uno de aquellos cuadros y vio que, en lugar de la lámina barata de alguna revista religiosa que él esperaba encontrar, eran dibujos originales muy buenos y detallados, iluminados con lápices de colores, lápices que, aun recreándose en las heridas, las espinas y los clavos, habían conseguido imprimir en el rostro del Cristo doliente una expresión edulcorada.

Cuando Brunetti desvió su atención del Crucificado, vio que en la puerta

abierta había una mujer y, durante un momento, pensó que volvía a tropezarse con *suor* Immacolata, que había recuperado el hábito. Pero enseguida vio que se trataba de una persona completamente distinta y que el único parecido estaba en la indumentaria: falda hasta los pies y chaqueta de punto en forma de saco, bien abrochada sobre una blusa blanca de cuello alto. No le faltaba más que la toca y el rosario a la cintura, para que el cuadro estuviera completo. Esta mujer tenía la tez mate y descolorida como si nunca o casi nunca le diera la luz del día, la nariz larga con la punta rosa y una barbilla exageradamente puntiaguda. Su cara tenía una extraña cualidad de cosa intacta que hacía que a Brunetti le resultara difícil adivinar su edad, pero calculó que estaría entre los cincuenta y los sesenta.

—¿*Signora* Lerini? —preguntó, sin desperdiciar en ella una sonrisa.

—*Signorina* —rectificó la mujer con una prontitud que indicaba que estaba acostumbrada, y hasta quizá deseosa, de hacer esta puntualización.

—Deseo hacerle unas preguntas acerca del patrimonio de su padre —dijo Brunetti.

—¿Y puedo preguntar quién es usted? —dijo ella en un tono que conseguía combinar mansedumbre y agresividad.

—Comisario Brunetti —respondió él y, volviéndose hacia su acompañante, agregó—: Sargento Vianello.

—Supongo que tendrán que entrar —dijo ella.

Brunetti movió la cabeza afirmativamente y la mujer dio un paso atrás y sostuvo la puerta abierta. Musitando «*Permesso*», los dos hombres entraron en el apartamento. Brunetti notó entonces un olor que le era familiar pero no conseguía identificar. En el recibidor había un aparador de caoba lleno de fotografías con artísticos marcos de plata. Brunetti deslizó la vista sobre ellas y luego se volvió a mirarlas más detenidamente. Todos los fotografiados llevaban ropas clericales: obispos, cardenales, cuatro monjas puestas rígidamente en fila y hasta el papa. La mujer se volvió, precediéndolos hacia otra habitación, y Brunetti se inclinó para ver mejor las fotos. Todas estaban firmadas, y algunas, dedicadas a la «*signorina* Lerini». Uno de los cardenales incluso la llamaba «Benedetta, querida hermana en Cristo». Brunetti tuvo la sensación de estar en la habitación de una adolescente, empapelada con carteles gigantes de estrellas del rock, vestidas también con los extravagantes

trajes de su profesión.

Rápidamente, Brunetti siguió a la *signorina* Lerini y a Vianello a una habitación que, en el primer momento, parecía una capilla y que después resultaba ser una simple salita. En un ángulo había una imagen de la Virgen con tres altos cirios a cada lado, fuente del olor que Brunetti no había conseguido identificar. Delante de la imagen, un reclinatorio de madera, sin almohadón.

En otra de las paredes había otra especie de capilla, dedicada ésta, al parecer, a su difunto padre o, en todo caso, a la fotografía de un hombre fornido, con americana y corbata, sentado detrás de un escritorio, con las manos fuertemente enlazadas ante sí. En lugar de cirios, la iluminaban dos pequeños focos disimulados en las vigas del techo. Brunetti tuvo la impresión de que permanecían encendidos de día y de noche.

La *signorina* Lerini se sentó en el borde de una silla, con la espalda perfectamente erguida.

—Para empezar —dijo Brunetti cuando estuvieron todos sentados—, deseo expresarle mi condolencia por la pérdida que ha sufrido. Su padre era un hombre relevante, un ciudadano de gran valía sin duda, cuya ausencia debe de ser muy difícil de soportar. —Brunetti no sabía nada de aquel hombre, pero la pose de la foto denotaba poder; y el apartamento, dinero.

Ella apretó los labios e inclinó la cabeza.

—Hay que aceptar la voluntad del Señor.

Brunetti oyó que a su lado Vianello musitaba un casi inaudible «Amén», pero dominó el impulso de mirar a su sargento. La *signorina* Lerini sí lo miró y vio una cara en la que se reflejaba tanta piedad como en la suya propia. Su expresión se suavizó visiblemente y su espalda perdió un poco de rigidez.

—*Signorina*, no deseo turbar su dolor, que debe de ser muy grande, pero debo hacerle varias preguntas acerca de la muerte de su padre.

De la cara de la mujer desapareció hasta el último vestigio de piedad, barrido por el espanto:

—¿Su muerte? —repitió.

—Sí.

—Fue el corazón. Eso me dijeron los médicos.

—Sí, el corazón. —Brunetti marcó una pausa—. ¿Y su herencia?

—Como ya le he dicho —repuso ella con voz repentinamente serena—, su herencia está en el cielo, con el Señor.

Ahora Brunetti oyó a su lado un «Sí, sí» susurrado y pensó si Vianello no estaría sobreactuando. Al parecer, la *signorina* Lerini no lo creía así, porque miró al sargento y movió la cabeza de arriba abajo, reconociendo la presencia de otro cristiano en la habitación.

—Por desgracia, *signorina*, los que quedamos tenemos que seguir preocupándonos por las cosas terrenales —dijo Brunetti.

Al oírle, la *signorina* Lerini miró la foto de su padre, pero no parecía que él pudiera ayudarla.

—¿Qué es lo que les preocupa? —preguntó.

—Por cierta información recogida en el curso de otra investigación —empezó Brunetti, repitiendo la mentira—, sabemos que varias personas de esta ciudad han sido víctimas de estafadores que se acercan a ellos bajo el manto de la caridad. Se dicen representantes de distintas obras benéficas y de este modo consiguen sumas de dinero, en ocasiones, fuertes sumas, de sus víctimas. —Hizo una pausa para dar tiempo a la *signorina* Lerini de mostrar cierta curiosidad por lo que le contaba y, al ver que esperaba en vano, prosiguió—. Tenemos razones para creer que una de estas personas consiguió ganarse la confianza de algunos pacientes de la *casa di cura* en la que se encontraba su padre.

Al oír esto, la *signorina* Lerini lo miró con ojos muy abiertos por la curiosidad.

—¿Podría decirme, *signorina*, si esas personas se pusieron en contacto con su padre?

—¿Cómo podría yo saber eso?

—He pensado que quizá su padre le hablara de introducir algún cambio en su testamento, tal vez un legado para una obra benéfica de la que no le hubiera oído hablar antes. —Ella no dijo nada a esto—. ¿Había en el testamento de su padre mandas para beneficencia, *signorina*?

—¿Qué quiere decir mandas para beneficencia?

A Brunetti le parecía que estaba bastante claro, pero explicó:

—¿Para un hospital o, quizá, un orfelinato?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Estoy seguro de que debió de dejar dinero a alguna digna organización religiosa —apuntó Brunetti.

Ella volvió a negarlo pero no dio explicaciones.

De pronto, intervino Vianello.

—Si me permite la interrupción, comisario, me gustaría sugerir que un hombre como el *signor* Lerini no esperaría hasta la hora de su muerte para empezar a compartir el fruto de su trabajo con la Santa Madre Iglesia. —Dicho esto, Vianello inclinó la parte superior del tronco en dirección a la hija del *signor* Lerini, que sonrió graciosamente en respuesta a este tributo a la generosidad de su padre—. Yo diría —prosiguió Vianello, animado por la sonrisa— que nuestro deber para con la Iglesia debe prevalecer durante toda nuestra vida, no sólo en la hora de nuestra muerte. —Dicho esto, Vianello volvió a su respetuoso silencio.

—La vida de mi padre fue un gran ejemplo de virtud cristiana —dijo la *signorina* Lerini—. Toda su vida fue un modelo de laboriosidad, y sus desvelos por el bien espiritual de todas las personas con las que estaba en contacto tanto en el aspecto personal como en el profesional rayaron a una altura que será difícil igualar. —Siguió hablando en esta vena durante varios minutos, pero Brunetti desconectó y dejó vagar su atención por la sala.

El pesado mobiliario, reliquia de otra época, le resultaba familiar: fabricado para perdurar a través de los siglos, sin preocupación por la comodidad ni la belleza. Después de un rápido examen de la habitación durante el que descubrió varias pinturas, orientadas más hacia la piedad que hacia la estética, Brunetti se dedicó a estudiar los pies bulbosos, armados de cuatro garras que remataban las patas de las mesas y las sillas.

El comisario centró de nuevo la atención en la *signorina* Lerini en el momento en que ésta llegaba al final de una perorata que debía de haber pronunciado infinidad de veces.

Tan mecánica era su declamación que Brunetti se preguntó si se daba cuenta de lo que decía, y sospechó que no.

—Espero que con esto quede satisfecha su curiosidad —dijo ella en conclusión.

—Es un impresionante catálogo de virtudes, *signorina* —dijo Brunetti. La *signorina* Lerini agradeció estas palabras con una sonrisa. Su padre quedaba

bien servido.

Como no la había oído mencionarlo, Brunetti preguntó:

—¿Podría decirme si la *casa di cura* fue destinataria de la generosidad de su padre?

La sonrisa desapareció.

—¿Cómo dice?

—¿La recordó en su testamento?

—No.

—¿Y no les habría dado algo mientras estaba allí?

—Eso no lo sé —dijo ella con voz suave, dando a entender con su tono falta de interés por esas cosas terrenas, aunque, por la rápida mirada que le lanzó al oír mencionar tal posibilidad, sólo consiguió parecer recelosa e irritada.

—¿En qué medida controlaba su padre sus finanzas mientras estuvo allí?

—No sé si he entendido bien —dijo ella.

—¿Mantenía contacto con el banco? ¿Podía extender cheques? Si ya no podía encargarse de estas cosas, ¿le pedía a usted o a quien gestionara sus asuntos que pagara sus facturas o comprara sus regalos? —No creía poder aclarar más la pregunta.

Era evidente que a la mujer no le gustaba aquello, pero Brunetti estaba harto de tantos remilgos y tanta virtud.

—Creí haberle oído decir que investigaban a unos estafadores, comisario —dijo ella con una voz tan áspera que Brunetti se arrepintió de su propio tono.

—Y así es, *signorina*, así es, desde luego. Por eso quería saber si habían tratado de aprovecharse de su padre y abusar de su generosidad mientras estaba en la *casa di cura*.

—¿Y cómo iban a hacer eso? —Brunetti observó que la mujer atenazaba con la mano derecha los dedos de la izquierda formando pliegues en la piel.

—Si esas personas hubieran ido a visitar a otros pacientes, o se hubieran encontrado allí por algún motivo, habrían tenido contacto con su padre. — Ella no decía nada y Brunetti preguntó—: ¿No sería posible?

—¿Y él podría haberles dado dinero? —preguntó la mujer a su vez.

—Es posible, pero sólo en teoría. Si en su testamento no había mandas

extrañas ni él dio instrucciones extraordinarias acerca de sus finanzas, no creo que haya que preocuparse.

—Entonces puede usted estar tranquilo, comisario. Durante la última enfermedad de mi padre, yo llevaba sus finanzas y nunca me habló de tal cosa.

—¿Y el testamento? ¿Introdujo en él algún cambio mientras estaba allí?

—Ninguno.

—¿Y usted es su heredera?

—Sí, soy su única hija.

Brunetti había llegado al final de su interrogatorio y de su paciencia.

—Gracias por su tiempo y por su colaboración, *signorina*. Lo que nos ha dicho disipa cualquier sospecha que pudiéramos haber alimentado. —Dicho esto, Brunetti se puso en pie siendo imitado al instante por Vianello—. Me siento mucho más tranquilo, *signorina* —prosiguió Brunetti sonriendo con lo que parecía absoluta sinceridad—. Lo que usted me ha dicho me tranquiliza porque significa que esos canallas no se aprovecharon de la buena fe de su padre. —Volvió a sonreír y fue hacia la puerta. Notaba la presencia de Vianello pisándole los talones.

La *signorina* Lerini se levantó y fue con ellos hasta la puerta.

—No es que estas cosas importen —dijo haciendo un ademán que abarcó la habitación y su contenido, esperando quizá desecharlo todo con el gesto.

—No cuando está en juego nuestra salvación eterna, *signorina* —dijo Vianello. Brunetti se alegró de estar de espaldas a ambos, porque no estaba seguro de haber podido disimular con suficiente rapidez la estupefacción y la repugnancia que le había producido la frase de Vianello.

En la puerta del apartamento, Brunetti se despidió de la *signorina* Lerini, y él y su sargento bajaron al patio.

Cuando estuvieron fuera, Brunetti se volvió hacia Vianello y preguntó:

—¿Puedo preguntar de dónde ha salido esa súbita erupción de piedad, sargento? —Le miraba con impaciencia, pero el sargento le contestó con una amplia sonrisa. Brunetti insistió—: Le escucho.

—Verá, comisario, ya no tengo tanta paciencia como antes. Y la he visto tan pirada que me ha parecido que no se daría cuenta de que me divertía a su costa.

—Y seguramente lo ha conseguido. Ha sido una estupenda actuación. «Nuestra salvación eterna está en juego» —repitió Brunetti sin disimular la repulsión—. No sé si ella le habrá creído, pero a mí me ha parecido más falso que una serpiente.

—Claro que me ha creído, comisario —dijo Vianello saliendo del patio y tomando la dirección del puente de la Accademia.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Los hipócritas nunca piensan que los demás puedan ser tan falsos como ellos.

—¿Está seguro de que ella lo es?

—¿Le ha visto la cara cuando usted ha sugerido que su padre, su santo padre, podía haber regalado una parte de la pasta?

Brunetti asintió.

—¿Y bien? —preguntó Vianello.

—¿Y bien qué?

—Me parece que eso basta para demostrar para qué sirve toda esa monserga de la religión.

—¿Y para qué cree usted que sirve, sargento?

—Para destacarse. No es guapa, no tiene ningún atractivo, y tampoco parece muy lista. Así que lo único que puede permitirle distinguirse de los demás, que es lo que todos deseamos, es ser piadosa. Así consigue que la gente diga al verla: «Qué mujer tan interesante y fervorosa.» Y eso, sin que ella tenga que hacer nada ni aprender nada. Ni siquiera ser original. No tiene más que decir cosas piadosas para que todo el mundo se admire de lo buena que es.

Brunetti no estaba convencido, pero se reservó la opinión. Desde luego, la piedad de la *signorina* Lerini tenía un tono excesivo y hasta disonante, pero él no creía que fuera hipócrita. Para Brunetti, que había visto mucho de aquello en su trabajo, su discurso sobre religión y la voluntad de Dios destilaba simple fanatismo. A su modo de ver, aquella mujer carecía de la inteligencia y el egocentrismo que suelen encontrarse en el verdadero hipócrita.

—Parece que está muy familiarizado con esa clase de religión, Vianello —dijo Brunetti disponiéndose a entrar en un bar. Después de su prolongada exposición a la santidad, necesitaba un trago. Al parecer, otro tanto le ocurría a Vianello, que pidió para ambos dos copas de vino blanco.

—Mi hermana —dijo Vianello a modo de explicación—. Pero ella lo superó.

—¿Cómo fue?

—Empezó unos dos años antes de casarse. —Vianello tomó un sorbo de vino, dejó la copa en el mostrador y picó una galleta de un bol—. Afortunadamente, con el matrimonio se le pasó. —Otro sorbo. Una sonrisa—. Seguramente, en la cama no hay sitio para Jesús. —Un sorbo mayor—. Fue horroroso. Meses y meses oyéndola hablar de la oración y las buenas obras y de lo mucho que amaba a la Virgen. Llegó a un extremo que ni mi madre, que es una verdadera santa, podía soportarlo.

—¿Y qué pasó?

—Como le decía, se casó y empezaron a llegar los niños, y ya no tuvo tiempo para la santidad ni la piedad. Supongo que se olvidaría de eso.

—¿Cree que eso mismo podría ocurrirle a la *signorina* Lerini? —preguntó Brunetti tomando un sorbo de vino.

Vianello se encogió de hombros.

—A su edad... ¿qué tendrá, cincuenta años? —preguntó y, cuando Brunetti asintió, prosiguió—: Como no sea por el dinero, no creo que haya quien quiera casarse con ella. Y no me parece muy dispuesta a compartirlo con alguien.

—No le ha caído bien, ¿verdad, Vianello?

—No me gusta la hipocresía ni me gusta la beatería. Así que, las dos cosas juntas, imagine.

—Pero ha dicho que su madre es una santa. ¿No es religiosa?

Vianello asintió y empujó la copa. El barman se la llenó y miró a Brunetti que le indicó que volviera a llenar la suya.

—Sí, pero su fe es verdadera, ella cree en la bondad humana.

—¿Y no se supone que el cristianismo es eso precisamente?

La respuesta de Vianello estuvo precedida por un resoplido de impaciencia.

—Mire, comisario, cuando digo que mi madre es una santa quiero decir eso, ni más ni menos. Además de sus tres hijos, educó a otros dos. El padre, que trabajaba con el mío, enviudó y le dio por beber y, como él no se ocupaba de sus hijos, mi madre los trajo a casa y los crió con nosotros. Y sin aspavientos, sin dárselas de generosa. Y un día oyó que mi hermano se burlaba de uno de ellos diciendo que su padre era un borracho. En un primer momento, pensé que mataría a Luca, pero se limitó a llamarlo a la cocina y decirle que se avergonzaba de él. Sólo eso, que se avergonzaba de él. Luca estuvo llorando una semana. Ella le trataba con amabilidad, pero dando a entender lo que sentía. —Vianello tomó un sorbo de vino, rememorando su niñez.

—¿Y qué ocurrió?

—¿Eh?

—¿Qué ocurrió? Con su hermano.

—Oh, dos semanas después, cuando salíamos del colegio, varios chavales mayores del barrio empezaron a meterse con aquel mismo chico.

—¿Y?

—Mi hermano Luca se puso hecho una fiera. Se pegó con dos y a uno lo persiguió hasta mitad del camino de Castello, gritando que nadie decía eso a

su hermano. —A Vianello le brillaban los ojos al contarlo—. Llegó a casa sangrando y magullado, creo que se rompió un dedo en la pelea, lo cierto es que mi padre tuvo que llevarlo al hospital.

—¿Sí?

—Sí, y mientras estaban allí Luca le contó lo sucedido. Cuando volvieron a casa, mi padre se lo dijo a mi madre. —Vianello apuró la copa y sacó unos billetes del bolsillo.

—¿Qué hizo su madre?

—Pues nada de particular. Sólo que aquella noche cenamos *risotto di pesce*, el plato favorito de Luca. Hacía dos semanas que no nos lo daba, como si hiciera una especie de huelga. O nos obligara a todos a ayunar por lo que había dicho Luca —agregó riendo—. Pero después de aquello Luca volvió a sonreír. Mi madre nunca dijo nada. Luca era el pequeño, y siempre pensé que era su favorito. —Recogió el cambio y lo guardó en el bolsillo—. Ella es así. Nada de sermones. Pero buena, buena como el pan.

Fue a la puerta y la sostuvo para que saliera Brunetti.

—¿Más nombres en la lista, comisario? No me diga que alguna de esas personas puede ser culpable de algo que no sea una falsa piedad. —Vianello se volvió a mirar el reloj que estaba colgado encima del mostrador.

Brunetti, tan harto de piedad como su sargento, dijo:

—Me parece que no. El cuarto testamento lo reparte todo entre seis hijos.

—¿Y el quinto?

—El heredero vive en Turín.

—Entonces no nos quedan muchos sospechosos, ¿verdad?

—Me temo que no. Y empiezo a pensar que no hay de qué sospechar.

—¿Vale la pena volver a la *questura*? —preguntó Vianello, levantándose la bocamanga para mirar el reloj.

Eran las seis y cuarto.

—No; no creo que sea necesario —respondió Brunetti—. Hoy podrá llegar a casa a una hora decente, sargento.

Vianello sonrió en respuesta, fue a decir algo, se contuvo pero luego cedió al impulso y dijo:

—O podré estar más rato en el gimnasio.

—Ni se le ocurra hablarme de eso —dijo Brunetti frunciendo la cara en

una mueca de horror exagerado.

Con una carcajada, Vianello empezó a subir los escalones del puente de la Accademia, en tanto que Brunetti se encaminaba a su casa por *campo* San Barnaba.

Fue en este *campo*, delante de la recién restaurada iglesia, al contemplar por primera vez su fachada limpia, donde Brunetti tuvo la idea. Tomó por la calle lateral de la iglesia y se detuvo frente a la última puerta antes del Gran Canal.

La puerta se abrió con un chasquido a su segunda llamada y Brunetti entró en el enorme patio del *palazzo* de sus suegros. Luciana, la criada que estaba en la casa desde antes de que Brunetti conociera a Paola, abrió la puerta situada en lo alto de la escalera de acceso al *palazzo* y lo saludó con una sonrisa.

—*Buona sera, dottore* —dijo la mujer dando un paso atrás para que él entrara en el vestíbulo.

—*Buona sera*, Luciana, me alegro de verla —dijo Brunetti dándole el abrigo y pensando en la cantidad de veces que había hecho este gesto aquella tarde—. Me gustaría hablar con mi suegra. Es decir, si está en casa.

Si a Luciana le sorprendió la pretensión, no lo demostró.

—La *contessa* está leyendo. Pero seguro que se alegrará de verlo, *dottore*. —Mientras precedía a Brunetti hacia la parte habitada del *palazzo*, Luciana preguntó con verdadero afecto en la voz:

—¿Cómo están los niños?

—Raffi, enamorado —dijo Brunetti respondiendo con jovialidad a la sonrisa de Luciana—. Y Chiara también —agregó, ahora divertido al ver el espanto de la mujer—. Pero, afortunadamente, Raffi está enamorado de una chica y Chiara, del nuevo oso polar del zoo de Berlín.

Luciana se paró y puso una mano sobre la manga de él.

—Oh, *dottore*, no debería usted gastar esa clase de bromas a una vieja —dijo llevándose al corazón la otra mano, la del melodrama—. ¿Y la chica quién es? ¿Es una buena chica?

—Se llama Sara Paganuzzi. Vive en el piso de abajo. Se conocen desde pequeños. El padre tiene una fábrica de cristal en Murano.

—¿Ese Paganuzzi? —preguntó Luciana con curiosidad.

—Sí. ¿Lo conoce?

—Personalmente, no, pero conozco su trabajo. Es muy hermoso. Tengo un sobrino que trabaja en Murano y dice que Paganuzzi es el mejor fabricante de cristal. —Luciana se detuvo ante la puerta del estudio de la *contessa* y llamó con los nudillos.

—*Avanti* —dijo la voz de la *contessa* desde el interior. Luciana abrió la puerta e hizo entrar a Brunetti sin anunciarlo. Al fin y al cabo, no había mucho peligro de que el comisario encontrara a la *contessa* haciendo algo que no debía o leyendo una revista de culturismo.

Donatella Falier miró por encima de sus gafas de lectura, dejó el libro abierto boca abajo a su lado en el sofá y las gafas encima y se levantó. Se acercó a Brunetti rápidamente y alzó la cara para recibir un leve beso en cada mejilla. Aunque rondaba los sesenta y cinco, la *contessa* aparentaba diez años menos: no se le veía ni una cana, las arrugas estaban bien disimuladas por un sabio maquillaje y su pequeña figura era esbelta y erguida.

—¿Ha ocurrido algo, Guido? —preguntó con ansiedad, y Brunetti lamentó ser tan extraño para esta mujer que su sola presencia tuviera que asociarse con algún peligro o percance.

—No, nada, nada en absoluto. Todos están perfectamente.

Ella se tranquilizó visiblemente.

—Bien, bien. ¿Quieres beber algo, Guido? —Miró hacia la ventana, como para calcular por la luz la hora que era y saber qué clase de bebida ofrecer, y él vio que la sorprendía que fuera estuviera oscuro—. ¿Qué hora es? —preguntó.

—Las seis y media.

—¿En serio? —preguntó ella retóricamente, volviendo al sofá—. Ven, siéntate aquí y dime cómo están los niños —dijo. Volvió a sentarse en su sitio, cerró el libro y lo dejó en la mesita de su lado. Dobló las gafas y las puso junto al libro—. No, siéntate aquí, Guido —insistió al verlo ir hacia un sillón situado al otro lado de la mesita de centro.

Él obedeció y se sentó en el sofá, a su lado. Durante sus muchos años de matrimonio con Paola, Guido había pasado muy poco tiempo a solas con su suegra, por lo que no tenía de ella una impresión muy clara. Unas veces, parecía una dama de sociedad frívola e incapaz hasta de conseguir una bebida

por sí misma, y otras lo había sorprendido con definiciones de las motivaciones y los caracteres de las personas que asombraban por su clarividencia y precisión. Él no sabía qué pensar, porque no lograba averiguar si tales observaciones eran deliberadas o casuales. Ésta era la mujer que, hacía un año, al referirse a Fini, el parlamentario fascista, lo había llamado «Mussofini», sin dejar adivinar si era por error o por desprecio.

Él le dijo cómo estaban los niños, le aseguró que ambos iban estupendamente en la escuela, que dormían con la ventana cerrada al relente de la noche y que comían dos clases de verdura con el almuerzo y con la cena. Esto, al parecer, bastó para que la *contessa* se diera por satisfecha por lo que a sus nietos se refería, y pudiera interesarse por los padres:

—¿Y tú y Paola, cómo estáis? A ti te veo más robusto, Guido —dijo, y Brunetti, inconscientemente, irguió el tronco—. Dime, ¿qué quieres beber?

—En realidad, nada. Sólo venía a preguntar por ciertas personas a las que quizá conozcas.

—Ah, ¿sí? —dijo ella mirándolo con sus ojos verde jade muy abiertos—. ¿Y por qué?

—Verás, el nombre de una de esas personas ha aparecido en el curso de otra investigación... —empezó él, y dejó la frase sin terminar.

—¿Y has venido para preguntar si sé algo de ellos?

—Pues... sí.

—¿Qué podría yo saber que interesara a la policía?

—Pues... cosas personales.

—¿Quieres decir cotilleos?

—Mmm, sí.

Ella desvió la mirada un momento y alisó una arruguita minúscula de la tapicería del brazo del sofá.

—No pensé que la policía se interesara por cotilleos.

—Probablemente, son nuestra mejor fuente de información.

—¿En serio? —preguntó ella y, cuando él asintió, comentó—: Qué interesante.

Brunetti no dijo nada y, rehuendo la mirada de la *contessa*, fijó la atención en el lomo del libro que estaba encima de la mesa, esperando leer el título de una novela romántica o de misterio.

—*El viaje del «Beagle»* —leyó en voz alta en inglés, sin poder contener el asombro.

La *contessa* miró el libro y luego a Brunetti.

—Pues sí, Guido. ¿Lo has leído?

—Hace muchos años, cuando estaba en la universidad, pero traducido —dijo él, ya con la voz controlada y eliminando de ella todo deje de sorpresa.

—Sí; siempre me ha gustado Darwin —explicó la *contessa*—. ¿Qué te pareció el libro? —preguntó, dejando en suspenso el cotilleo y los asuntos policiales.

—Creo que me gustó, en aquel momento. Aunque no conservo un recuerdo muy claro.

—Pues deberías volver a leerlo. Revela perfectamente su manera de razonar. Es un libro importante, probablemente, uno de los más importantes del mundo moderno. Éste y *El origen de las especies*. —Brunetti asintió—. ¿Quieres que te lo preste cuando lo termine? —preguntó—. No tendrías dificultad con el inglés, ¿verdad?

—No; creo que no, pero en este momento tengo mucho que leer. Quizá más adelante.

—Sí; es un buen libro para leer durante las vacaciones, diría yo. Esas playas. Esos hermosos animales.

—Sí, sí —convino Brunetti, sin saber qué decir.

La *contessa* fue en su ayuda:

—¿De quién querías que cotilleara, Guido?

—Bueno, no precisamente cotillear, sólo me gustaría saber si has oído algo que pudiera interesar a la policía.

—¿Y qué es lo que puede interesar a la policía?

Él vaciló un momento y luego tuvo que confesar:

—Pues todo, imagino.

—Sí; es lo que me figuraba. Tú dirás.

—*Signorina* Benedetta Lerini —dijo él.

—¿La que vive en Dorsoduro? —preguntó la *contessa*.

—Sí.

La *contessa* se quedó un momento pensativa.

—Lo único que sé de ella es que es muy generosa con la Iglesia. Por lo

menos, es lo que se dice. Una gran parte del dinero que heredó de su padre, que por cierto era un hombre horrible, un salvaje, lo ha dado a la Iglesia.

—¿A cuál?

La *contessa* tardó un momento en responder.

—Qué curioso —dijo entre sorprendida e intrigada—. No tengo ni idea. Lo único que he oído decir es que es muy religiosa y da mucho dinero a la Iglesia. Pero tanto podría ser la waldense como la anglicana o incluso la de esos horribles americanos que te paran por la calle, esos que tienen cantidad de esposas pero no les dejan beber Coca-cola.

Brunetti no estaba seguro de en qué medida esto ampliaba su conocimiento de la *signorina* Lerini, y probó con el otro nombre.

—¿Y la *contessa* Crivoni?

—¿Claudia? —preguntó la *contessa*, sin tratar de disimular su primera reacción, que fue de sorpresa, ni la segunda, que fue de regocijo.

—Si así se llama. Es la viuda del *conte* Egidio.

—Oh, pero esto es fabuloso —dijo con una pequeña carcajada—. Cómo me gustaría poder contárselo a las chicas del *bridge*. —Al ver el gesto de pánico de Brunetti, se apresuró a agregar—: No, Guido, no temas, no diré ni una palabra. Ni siquiera a Orazio. Paola siempre me dice que no puede contarme nada de lo que tú le cuentas.

—¿Eso te dice?

—Sí.

—Pero ¿te cuenta algo? —preguntó Brunetti sin poder contenerse.

La *contessa* sonrió y apoyó una alhajada mano en la manga de su yerno.

—Guido, tú eres leal a tu juramento a la policía, ¿verdad?

Él asintió.

—Pues yo soy leal a mi hija. —Volvió a sonreírle—. Ahora dime qué quieres saber de Claudia.

—Respecto a su marido, si se llevaba bien con él.

—Lo siento, pero nadie se llevaba bien con Egidio —dijo la *contessa* sin vacilar, y agregó lentamente, reflexionando—: Pero probablemente otro tanto podría decirse de Claudia. —Se quedó en suspenso, como si no hubiera reparado en ello hasta haberlo dicho—. ¿Qué sabes tú de ellos, Guido?

—Nada, aparte de lo que se dice en la ciudad.

—¿Y qué es?

—Que él hizo fortuna en los años sesenta construyendo edificios ilegales en Mestre.

—¿Y de Claudia?

—Que se interesa por la moralidad pública —dijo Brunetti con voz neutra.

La *contessa* sonrió.

—Oh, sí, eso desde luego.

Como ella no dijera más, Brunetti preguntó:

—¿Qué sabes tú de ella y de qué la conoces?

—De la iglesia de San Simone Piccolo. Está en el comité que trata de recaudar fondos para la restauración.

—¿Tú también estás en él?

—No, por Dios. Ella me lo propuso, pero me consta que toda esa palabrería acerca de la restauración no son más que pretextos.

—¿Y el verdadero objetivo sería...?

—Es la única iglesia de la ciudad en la que dicen la misa en latín. ¿Lo sabías?

—No.

—Me parece que tenían algo que ver con ese cardenal de Francia, Lefèvre, el que quería volver al latín y al incienso. Así que supongo que todo el dinero que recauden lo enviarán a Francia o se lo gastarán en incienso, no en restaurar la iglesia. —Reflexionó y agregó—: De todos modos, es una iglesia tan fea que no merece ser restaurada. Es sólo una mala imitación del Panteón.

Por muy interesante que le pareciera esta digresión arquitectónica, Brunetti la cortó:

—Pero ¿qué sabes de ella en realidad?

La *contessa* volvió la mirada hacia la hilera de ventanas cuadrifolias por las que se veían sin impedimentos los *palazzi* del otro lado del Gran Canal.

—¿Qué uso se hará de esto, Guido? ¿Puedes decírmelo?

—¿Puedes decirme tú por qué quieres saberlo? —preguntó él a su vez.

—Porque, por antipática que sea Claudia, no quiero que sufra injustamente a causa de rumores que luego resulten falsos. —Antes de que

Brunetti pudiera responder, ella levantó una mano y agregó, en voz un poco más alta—: No; creo que se ajusta más a la verdad decir que no quiero ser responsable de ese sufrimiento.

—Puedes estar segura de que no tendrá que sufrir, si no lo merece.

—Esa respuesta me parece muy ambigua.

—Sí, supongo que sí. La verdad es que no tengo ninguna idea de si ha podido hacer algo, ni de lo que haya podido hacer, ni siquiera de si se ha hecho algo malo.

—¿Pero has venido a hacer preguntas sobre ella?

—Sí.

—Entonces es que tienes razones para sentir curiosidad.

—Sí, la siento. Pero te prometo que no es más que eso, curiosidad. Y si lo que me dices la satisface, sea lo que sea, no pasará de ahí. Te lo prometo.

—¿Y si no la satisface?

Brunetti apretó los labios mientras reflexionaba.

—Entonces investigaré lo que me digas para ver qué hay de verdad en los rumores.

—Muchas veces no hay nada de verdad —dijo ella.

Él sonrió al oírlo. Desde luego, la *contessa* no necesitaba que nadie le dijera que otras tantas veces la verdad era el sólido fundamento de los rumores.

Después de una larga pausa, ella dijo:

—Ha habido habladurías acerca de un hombre.

—¿Qué clase de habladurías?

Ella agitó una mano en el aire por toda respuesta.

—¿Qué hombre?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó él suavemente.

—Comentarios aquí y allá. Nada concreto, ¿comprendes?, nada que pudiera interpretarse más que como una preocupación sincera por el bienestar de Claudia. —Brunetti conocía esta clase de comentarios, que podían ser más crueles que una crucifixión—. Ya sabes cómo se dicen estas cosas, Guido. Si falta a una reunión, alguien pregunta si le habrá ocurrido algo, y otro dice que no puede ser que esté enferma porque tiene muy buen aspecto.

—¿Eso es todo? —preguntó Brunetti.

La *contessa* volvió a agitar la mano.

—Es el tono. En realidad, las palabras no dicen nada; es el tono, la inflexión, la insinuación que se transparente bajo la observación más inocente.

—¿Hace tiempo que ocurre esto?

—Guido —dijo ella, irguiendo la espalda—, no sé que ocurra nada de particular.

—Entonces, ¿cuánto hace que circulan esos comentarios?

—No sé, más de un año, quizá. Yo tardé en darme cuenta. O quizá la gente se abstenía de hacerlos delante de mí. Todos saben que no me gustan estas cosas.

—¿Se ha dicho algo más?

—¿A qué te refieres?

—A cuando murió su marido.

—No; nada que yo recuerde.

—¿Nada?

—Guido —dijo ella inclinándose para ponerle en el brazo su mano cargada de sortijas—, por favor, procura recordar que yo no soy uno de tus sospechosos y no trates de hablarme como si lo fuera.

Él se sintió enrojecer y dijo rápidamente:

—Perdona. Perdona; se me olvida.

—Sí, Paola ya me lo dice.

—¿Qué te dice?

—Lo importante que es para ti.

—¿Lo importante que es qué?

—Tu concepto de la justicia.

—¿Mi concepto?

—Ah, Guido, perdona. Me parece que ahora te he ofendido.

Él movió la cabeza negativamente, pero, antes de que pudiera preguntarle qué había querido decir con «su» concepto de la justicia, ella se levantó y dijo:

—Qué oscuro está ya.

Se acercó a una de las ventanas y se quedó de espaldas a él, como si

hubiera olvidado su presencia, con las manos en la espalda. Brunetti la miraba: en aquel momento, con su vestido de seda cruda, sus zapatos de tacón alto, el pelo recogido en un moño impecable y su figura menuda y elegante, la *contessa* hubiera podido pasar a los ojos de cualquiera por una mujer joven.

Al cabo de un buen rato, ella se volvió mirando su reloj.

—Orazio y yo estamos invitados a cenar, Guido, así que, si no tienes más preguntas, iré a cambiarme.

Brunetti se puso en pie y cruzó la habitación. Detrás de la *contessa* las embarcaciones iban y venían por el canal, en el que se reflejaba la luz de las ventanas de los edificios del otro lado. Quería decirle algo pero ella se le adelantó:

—Besos para Paola y los niños de nuestra parte. —Le dio una palmada en el brazo y salió de la habitación, dejándolo ante la vista del *palazzo* que un día sería suyo.

Brunetti entró en el apartamento poco antes de las siete, colgó el abrigo y fue directamente al estudio de Paola, al fondo del pasillo. La encontró, tal como esperaba, hundida en su raída butaca, con una pierna doblada debajo del cuerpo, un bolígrafo en la mano y un libro en el regazo. Ella levantó la cara al entrar él y dio un gran beso al aire, pero volvió a mirar el libro. Brunetti se sentó frente a ella en el sofá, hizo girar el cuerpo, se tumbó y puso dos almohadones de terciopelo debajo de la cabeza, después de ahuecarlos con unos golpes. Primero miró al techo y después cerró los ojos, seguro de que, al terminar el pasaje que estuviera leyendo, ella le dedicaría su atención.

Ella hizo crujir el papel al volver la página. Pasaron varios minutos y, al oír el golpe del libro en el suelo, él dijo:

—No sabía que tu madre leyera.

—Bueno, pide a Luciana que la ayude con las palabras difíciles.

—No; quiero decir que leyera libros.

—¿En vez de qué? ¿La palma de la mano?

—No, Paola, vamos. No sabía que leyera libros serios.

—¿Todavía está con san Agustín?

Brunetti no sabía si su mujer hablaba en broma o en serio y dijo:

—No. Con Darwin. *El viaje del «Beagle»*.

—Ah, ¿sí? —dijo Paula sin aparente interés.

—¿Tú sabías que leía esas cosas?

—Oyéndote cualquiera diría que son novelas porno, Guido.

—No; sólo quería saber si estabas enterada de que leía esa clase de libros, de que era una lectora de ese rango.

—Al fin y al cabo, es mi madre. Claro que lo sabía.

—No me lo habías dicho.

—¿Haría eso que la apreciaras más de lo que la aprecias?

—Yo aprecio a tu madre, Paola —dijo él, quizá con un punto de énfasis

—. Lo que digo es que no sabía quién era, cómo era —rectificó.

—¿Saber lo que lee hace que sepas quién es?

—¿Existe mejor forma de saberlo?

Paola reflexionó y luego le dio la respuesta que él esperaba:

—Supongo que no. —La oyó revolverse en la butaca, pero él mantuvo los ojos cerrados—. ¿Y se puede saber para qué has hablado con mi madre? ¿Y cómo te has enterado de lo del libro? No la habrás llamado por teléfono para pedirle que te recomendara lecturas.

—No; he ido a verla.

—¿A mi madre? ¿Que has ido a ver a mi madre?

Brunetti gruñó.

—Pero ¿por qué?

—Para hacerle unas preguntas acerca de una conocida suya.

—¿Quién?

—Benedetta Lerini.

—*Oh, la, la* —exclamó Paola—. ¿Qué ha hecho? ¿Por fin ha confesado que ha matado a martillazos al canalla de su padre?

—Tengo entendido que el padre murió de un ataque al corazón.

—Para universal regocijo, sin duda.

—¿Por qué universal? —En vista de que pasaba el tiempo y Paola no contestaba, Brunetti abrió los ojos y miró a su mujer. Ahora estaba sentada sobre la otra pierna, con la barbilla apoyada en la palma de la mano—. ¿Por qué? —insistió.

—Es curioso, Guido. Ahora que me lo preguntas, en realidad no sé por qué. Supongo que porque siempre he oído decir que era un hombre terrible.

—¿Terrible en qué sentido?

Nuevamente, su respuesta tardó en llegar.

—No sé. No recuerdo haber oído de él nada en concreto, sólo esta impresión general de que era mala persona. Curioso, ¿verdad?

Brunetti volvió a cerrar los ojos.

—Especialmente, en esta ciudad.

—¿Porque aquí todo el mundo se conoce?

—Seguramente. Sí.

—Eso será. —Ella calló, y Brunetti comprendió que estaba recorriendo los largos pasadizos de su memoria, en busca del comentario, la observación, la opinión sobre el difunto *signor* Lerini que ella parecía haber asumido, implícitamente, como propia.

La voz de Paola hizo salir a Brunetti de su incipiente sopor.

—Fue Patrizia.

—¿Patrizia Belloti?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Trabajó para él durante unos cinco años, hasta poco antes de su muerte. De ahí los conozco a él y a su hija. Patrizia decía que en toda su vida no había conocido a una persona tan repelente, y que en su despacho todos lo odiaban.

—Trabajaba en el negocio inmobiliario, ¿verdad?

—Sí, entre otras cosas.

—¿Decía ella por qué?

—¿Por qué, qué?

—Por qué la gente lo detestaba.

—Déjame pensar un momento —dijo Paola. Y, después de una pausa, agregó—: Me parece que era algo que tenía que ver con la religión.

Brunetti casi esperaba oír esto. A juzgar por la hija, él debía de ser uno de esos beatos fanáticos que prohibía decir palabrotas en el despacho y regalaba rosarios en Navidad.

—¿Qué decía?

—Bueno, ya conoces a Patrizia. —Ésta era una amiga de la infancia de Paola a la que Brunetti nunca había encontrado muy interesante, aunque debía reconocer que no la había visto más de una docena de veces durante todos aquellos años.

—Mmm.

—Es muy religiosa.

Brunetti recordó: ésta era una de las razones por las que no le gustaba Patrizia.

—Me parece que dijo que un día él se puso hecho una fiera porque alguien, una mecanógrafa nueva, según creo, había puesto una estampa religiosa en la pared de su despacho. O un crucifijo. Ahora no recuerdo qué era exactamente. Fue hace años. Pero él le echó una bronca y le obligó a quitarlo. Y recuerdo que también me dijo que blasfemaba mucho, una boca terrible... la Madonna aquí y la Madonna allá..., cosas que Patrizia no podía repetir. Que hasta a ti te hubieran ofendido, Guido.

Brunetti pasó por alto el casual descubrimiento de que Paola parecía considerarlo una especie de árbitro en materia de reniegos y concentró sus pensamientos en la revelación acerca del *signor* Lerini. Hizo volver a Brunetti de sus divagaciones la suave presión en su cadera del cuerpo de Paola que se había sentado en el sofá. Él, sin abrir los ojos, se retiró hacia el respaldo, para dejarle sitio y entonces sintió en el pecho el peso de su brazo y de su busto.

—¿Por qué has ido a ver a mi madre? —La voz de ella sonó justo debajo de su barbilla.

—He pensado que tal vez conociera a la Lerini y a la otra.

—¿Qué otra?

—Claudia Crivoni.

—¿Y conoce a Claudia?

—Mmm.

—¿Qué ha dicho?

—Algo relacionado con un cura.

—¿Un cura? —preguntó Paola, como había preguntado Brunetti al oír la misma frase.

—Sí. Pero es sólo un rumor.

—Lo que significa que probablemente es verdad.

—¿Es verdad qué?

—Oh, Guido, no seas pavo. ¿Qué es lo que crees que puede ser?

—¿Con un cura?

—¿Por qué no?

—¿No hacen un voto?

Ella se incorporó.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad imaginas que eso significa una

diferencia?

—Se supone que sí.

—Sí, y también se supone que los hijos son obedientes y responsables.

—Los nuestros, no —sonrió él.

Él sintió cómo súbitamente el cuerpo de Paola temblaba de risa.

—Tienes razón. Pero, en serio, Guido, ¿de verdad te crees eso de los curas?

—No creo que esa mujer esté liada con ninguno.

—¿Por qué no?

—Porque la he visto —dijo él y bruscamente la atrajo hacia sí asiéndola por la cintura.

Paola dio un grito de sorpresa, pero su voz tenía la misma nota de delectable horror que los chillidos de Chiara cuando Raffi o Brunetti le hacían cosquillas. Ella se resistió, pero Brunetti estrechó el abrazo hasta inmovilizarla.

Al cabo de un rato, él dijo:

—Yo no conocía a tu madre.

—Hace veinte años que la conoces.

—Quiero decir que no la conocía como persona. Tantos años, y no tenía idea de quién era.

—Pareces triste —dijo Paola apoyándose en su pecho para incorporarse y verle la cara.

Él aflojó la presión de sus brazos.

—Es triste, tratar a una persona durante veinte años, y no tener idea de cómo es. Cuánto tiempo desperdiciado.

Ella se echó otra vez, revolviéndose para acoplar sus curvas al cuerpo de él, proceso durante el que le clavó el codo en el estómago haciéndole lanzar un «¡Huy!» de dolor, pero al fin encontró la postura y él volvió a rodearla con los brazos.

Chiara, que llegó media hora después, hambrienta y en busca de cena, los encontró dormidos en el sofá.

Al día siguiente, Brunetti despertó con la cabeza despejada, como si durante la noche una fiebre le hubiera purificado la mente y devuelto la lucidez. Sin moverse de la cama, dedicó un buen rato a repasar la información acumulada durante los dos últimos días. En lugar de sacar la conclusión de que había aprovechado bien el tiempo, que la gestión de la *questura* estaba en buenas manos y que él luchaba contra el crimen con eficacia, de pronto, tenía la desagradable sensación de que se había embarcado en algo que ahora debía reconocer que era una solemne tontería. No contento con creer la historia de Maria Testa, había dispuesto de Vianello y desperdiciado una tarde interrogando a personas que, evidentemente, no tenían ni idea de lo que les decía ni de por qué un comisario de policía se presentaba en su casa de improvisó.

Patta regresaría dentro de diez días, y Brunetti no tenía ni la menor duda de cuál sería su reacción si se enteraba de a qué había dedicado el tiempo la policía. Incluso en la cama, caliente y seguro, a Brunetti le parecía sentir el frío glacial de los comentarios de Patta: «¿Quiere decir que creyó la historia que le contaba una *monja*, una mujer que se ha pasado la vida metida en un convento? ¿Y se presentó en casa de esa gente para hacerles creer que sus familiares habían sido asesinados? Usted no está bien de la cabeza, Brunetti. Pero ¿usted sabe *quiénes* son esas personas?» Decidió que, antes de abandonarlo todo, tenía que hablar con una última persona, con alguien que pudiera, si no corroborar la historia de Maria, por lo menos, responder de su fiabilidad como testigo. ¿Y quién podía conocerla mejor que el hombre al que ella había confesado sus pecados durante los seis últimos años?

La dirección que Brunetti buscaba estaba hacia el final del *sestiere* de Castello, cerca de la iglesia de San Pietro di Castello. Las dos primeras personas a las que paró no sabían por dónde caía el número, pero cuando preguntó dónde podía encontrar a los padres de la Santa Cruz, enseguida le dijeron que al pie del siguiente puente, la segunda puerta de la izquierda. Y allí estaban, según rezaba una placa de latón en la que el nombre de la orden aparecía grabado junto a una pequeña cruz de Malta.

Abrió la puerta a su primera llamada un hombre de pelo blanco que recordaba aquella figura tan habitual en la literatura medieval, la del fraile bendito. Sus ojos irradiaban afabilidad lo mismo que el sol irradia calor, y en su cara brillaba una amplia sonrisa, que reflejaba la alegría que le causaba la aparición de este desconocido en su puerta.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó, como si nada en el mundo pudiera depararle mayor satisfacción.

—Deseo hablar con el padre Pio Cavaletti, hermano.

—Sí, sí. Pase, hijo —dijo el fraile acabando de abrir la puerta—. Tenga cuidado —dijo señalando al suelo y extendiendo una mano para sujetar a Brunetti del brazo cuando éste pasaba el pie sobre la parte inferior del marco de la pesada puerta. Vestía el hábito blanco de la orden de *suor* Immacolata, cubierto por un delantal pardo con las señales de años de trabajo sobre la hierba y la tierra.

Brunetti, al entrar, se detuvo y miró en derredor, tratando de identificar el dulce aroma que respiraba.

—Son las lilas —explicó el fraile, muy satisfecho por el placer que veía en la cara de Brunetti—. Al padre Pio le encantan, se las hace enviar de todo el mundo. —Efectivamente: matas, arbustos, hasta árboles de alto porte llenaban el patio, envolviéndolos con su fragancia. Brunetti observó que sólo unos pocos arbustos se doblegaban bajo el peso de las piñas de flores púrpura, y que la mayoría no habían florecido aún.

—Son muy pocas para que huelan tanto —dijo Brunetti, sin poder disimular el asombro por lo penetrante del perfume.

—Lo sé —dijo el fraile con una sonrisa de orgullo—. Son las primeras, las oscuras: Dilatata y Claude Bernard y Ruhm von Horstenstein. —Brunetti

supuso que aquellos nombres exóticos designaban las lilas que estaba oliendo —. Las blancas, las que están junto a la pared del fondo —agregó el anciano, tomando a Brunetti del codo y señalando a una docena de arbustos de hojas verdes arrimados a la alta pared de ladrillo que estaba a su izquierda—: White Summers y Marie Finon, y Ivory Silk, no florecerán hasta junio, y probablemente aún tengamos flores hasta julio, si no llega el calor antes de tiempo. —Mirando en derredor con una satisfacción que se reflejaba tanto en su cara como en su voz, dijo—: En este patio, hay veintisiete variedades diferentes. Y en la casa capitular de Trento tenemos otras treinta y cuatro. —Antes de que Brunetti pudiera hacer un comentario, prosiguió—: Proceden hasta de Minnesota —nombre que pronunció dando a las consonantes una modulación muy italiana— y de Wisconsin —este nombre se le atravesó.

—¿Y usted es el jardinero? —preguntó Brunetti, aunque no era necesario.

—Lo soy, por la misericordia de Dios. He trabajado en este jardín —aquí miró más atentamente a Brunetti— desde que usted era niño.

—Es muy hermoso, hermano. Debe de estar orgulloso.

El anciano lanzó a Brunetti una mirada recelosa juntando ligeramente sus gruesas cejas. Al fin y al cabo, la soberbia es uno de los siete pecados capitales.

—Orgulloso de que esta hermosura dé gloria a Dios —puntualizó Brunetti, y el fraile volvió a sonreír.

—El Señor nunca hace nada que no sea hermoso —dijo el anciano mientras echaba a andar por el sendero de ladrillos que cruzaba el jardín—. Si tiene alguna duda, le bastará con contemplar sus flores. —Asintió recalcando esta simple verdad y preguntó—: ¿Tiene usted jardín?

—No, y lo siento.

—Ah, qué lástima. Es bueno ver crecer las cosas. Da sensación de vida. —Llegaron a una puerta y el anciano la abrió y se hizo a un lado para permitir a Brunetti entrar en el largo corredor del monasterio.

—¿Cuentan los hijos? —preguntó Brunetti con una sonrisa—. Porque tengo dos.

—Oh, cuentan más que nada en el mundo —dijo el fraile sonriendo a Brunetti—. Nada hay más hermoso ni que dé más gloria a Dios.

Brunetti sonrió al fraile y movió la cabeza afirmativamente, de acuerdo,

por lo menos, con la primera proposición.

El fraile se paró delante de una puerta y llamó.

—Entre usted —dijo sin esperar respuesta—. El padre Pio nos tiene dicho que no hagamos esperar al que desee verle. —Con una sonrisa y una palmada en el brazo a Brunetti, el fraile volvió al jardín y a lo que a Brunetti siempre había creído que era el aroma del paraíso.

Un hombre alto escribía sentado a una mesa. Al entrar Brunetti, levantó la mirada, dejó la pluma y se levantó. Dio la vuelta a la mesa y se acercó al desconocido visitante con la mano extendida y una sonrisa que le empezó en los ojos y se extendió a los labios.

El monje tenía unos labios gruesos y rojos que llamaban la atención, pero eran los ojos los que revelaban su espíritu: entre grises y verdes y animados de una curiosidad e interés por el mundo que lo rodeaba que —Brunetti intuyó— debían de caracterizar todo lo que hacía. Era muy alto y delgado, complexión acentuada por el hábito de la Santa Cruz. Aunque había dejado atrás los cuarenta, todavía tenía el pelo negro, y la única señal de la edad era la tonsura natural que le clareaba en la coronilla.

—*Buon giorno* —dijo el monje con voz cálida—. ¿En qué puedo servirle? —Su voz, aunque se ondulaba con la cadencia del Véneto, no tenía el acento de la ciudad. Quizá de Padua, pensó Brunetti, pero antes de que pudiera iniciar la respuesta, el religioso prosiguió—: Pero perdone, tome asiento por favor —y acercando una de dos sillas tapizadas situadas contra la pared, a la izquierda de la mesa, esperó a que Brunetti se acomodara para sentarse frente a él.

Súbitamente, Brunetti sintió el deseo de abreviar, para terminar cuanto antes con Maria Testa y su historia.

—Padre, me gustaría hablarle de una persona de su orden. —Una ráfaga de viento entró en el despacho agitando los papeles de la mesa y recordando a Brunetti la rica promesa de la estación. Percibió la tibieza del aire y, al volver la cabeza, vio que las ventanas estaban abiertas al patio, para dejar entrar la fragancia de las lilas.

El sacerdote observó su mirada.

—Tengo la impresión de que durante todo el día no hago nada más que sujetar papeles con la mano —dijo con una sonrisa tímida—. Pero el tiempo

de las lilas es corto, y procuro disfrutar de su perfume todo lo posible. —Bajó la mirada un momento y agregó—: Supongo que podríamos considerarlo una especie de gula.

—No creo que sea un pecado grave, padre —dijo Brunetti sonriendo con facilidad.

El monje inclinó la cabeza para agradecer la observación.

—No deseo parecer grosero, *signore*, pero antes de hablar de un miembro de nuestra orden, debo preguntar quién es usted. —El padre Pio sonreía con cierta incomodidad y extendió hasta la mitad de la mesa que los separaba una mano abierta, con la palma hacia arriba, en demanda de comprensión.

—Soy el comisario Brunetti.

—¿De la policía? —preguntó el padre sin disimular la sorpresa.

—Sí.

—Ay, Dios mío, ¿nadie habrá sufrido daño?

—No, en absoluto. He venido porque deseo hacerle unas preguntas acerca de una joven que era miembro de su orden.

—¿Era, comisario? ¿Una joven?

—Sí.

—En tal caso, no creo poder serle de gran ayuda. La madre superiora podrá informarle mejor que yo. Ella es la madre espiritual de las hermanas.

—Creo que usted conoce a esta mujer, padre.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Maria Testa.

La sonrisa del monje desarmaba por la sinceridad del deseo que reflejaba de hacerse perdonar su ignorancia.

—Para mí, ese nombre no significa nada, comisario. ¿Podría decirme el que tenía cuando era miembro de la orden?

—*Suor Immacolata*.

La sonrisa cedió el paso a una repentina expresión de dolor. Inclinó la cabeza y Brunetti le vio mover los labios en una oración silenciosa. Luego, el padre levantó la cabeza y dijo:

—¿Así que ha acudido a ustedes con esa historia?

Brunetti asintió.

—Entonces debe de estar convencida —dijo el sacerdote con franca

compasión. Miró a Brunetti con una alarma repentina—: ¿No habrá tenido problemas por decir esas cosas, verdad?

Ahora fue Brunetti el que extendió la mano sobre la mesa.

—Sólo estamos informándonos sobre ella, padre. Créame, no ha hecho nada malo. —El alivio del sacerdote fue evidente. Brunetti prosiguió—: ¿Usted la conocía bien, padre?

El padre Pio sopesó la pregunta un momento antes de responder:

—Es difícil contestar a eso.

—Tengo entendido que era su confesor.

El monje abrió mucho los ojos al oír esto, pero bajó la mirada rápidamente para disimular la sorpresa. Enlazó las manos reflexionando y finalmente miró a Brunetti.

—No deseo que piense que estoy complicando las cosas sin necesidad, comisario, pero es importante distinguir entre mi conocimiento de esa persona en mi calidad de superior suyo en la orden y en la de confesor.

—¿Por qué? —preguntó Brunetti, aunque ya lo sabía.

—Porque no puedo, so pena de cometer un pecado grave, revelar lo que me haya dicho bajo secreto de confesión.

—Pero ¿puede decirme lo que sepa de ella por ser su superior?

—Desde luego. Especialmente si lo que yo diga puede ayudarla. —Separó las manos, y Brunetti observó cómo una de ellas buscaba las cuentas del rosario que le colgaba del cinturón—. ¿Qué es lo que no sabe usted de ella?

—¿Es de fiar?

Esta vez el sacerdote no disimuló la sorpresa.

—¿De fiar? ¿Se refiere a si robaría?

—O mentiría.

—No; ella nunca haría ni una cosa ni la otra. —La respuesta del religioso fue inmediata y categórica.

—¿Qué me dice de su visión del mundo?

—Me parece que no entiendo la pregunta —dijo el clérigo moviendo ligeramente la cabeza de derecha a izquierda.

—¿La considera un buen juez de la naturaleza humana? ¿Sería una testigo fiable?

Después de meditar un rato, el padre Pio dijo:

—Yo diría que eso dependería de lo que se juzgara. O a quién.

—¿Y eso significa?

—Creo que es... en fin, yo diría que «susceptible» es una definición tan buena como otra cualquiera. O «impresionable»... *Suor* Immacolata enseguida ve las buenas cualidades de una persona, lo que es una gran virtud. Pero —aquí su expresión se ensombreció— con la misma facilidad sospecha las malas. —Hizo una pausa, midiendo las palabras—. Creo que lo que voy a decirle le sonará muy mal, a prejuicio de la peor especie. —El religioso calló un momento, incómodo—: *Suor* Immacolata es del Sur y yo diría que por eso tiene una visión de la humanidad y de la naturaleza humana un tanto particular. —El padre Pio desvió la mirada, y Brunetti le vio morderse el labio inferior, como para castigarse por haber dicho aquello.

—¿Y no sería un convento un lugar poco apropiado para adquirir esa visión?

—¿Lo ve? —dijo el religioso, violento—. No sé como expresar lo que quiero decir. Si pudiera hablar en términos teológicos, diría que adolece de falta de esperanza. Si tuviera más esperanza, estoy seguro de que tendría más fe en la bondad de las personas. —Dejó de hablar un momento, mientras palpaba las cuentas del rosario—. Lo siento, comisario, pero no puedo decir más.

—¿Por el peligro de revelarme algo que no debería saber?

—Algo que no puede usted saber —dijo el sacerdote con acento de absoluta certidumbre. Al ver la expresión de Brunetti, agregó—: Ya sé que a mucha gente esto puede parecerle extraño, especialmente, en el mundo de hoy. Pero es una tradición tan antigua como la misma Iglesia, y creo que una de las que más nos esforzamos por mantener. Y que debemos mantener. —Su sonrisa era triste—. Perdone, no puedo decir más.

—¿Pero ella nunca diría una mentira?

—No. De eso puede estar seguro. Nunca. *Suor* Immacolata podría equivocarse o exagerar, pero nunca mentiría deliberadamente.

Brunetti se puso en pie.

—Gracias por su tiempo, padre —dijo extendiendo la mano.

El monje se la estrechó. Su apretón era firme y seco. Acompañó a

Brunetti hasta la puerta y dijo tan sólo:

—Vaya con Dios —en respuesta a las reiteradas gracias de Brunetti.

Al salir al patio, Brunetti vio al jardinero arrodillado al lado de la tapia del fondo del monasterio, escarbando con los dedos en torno a las raíces de un rosal. Al ver a Brunetti, el anciano apoyó una mano en el suelo, disponiéndose a ponerse de pie, pero Brunetti le gritó:

—No se moleste, hermano, yo cerraré la puerta. —Hecho esto, bajó por la calle acompañado, hasta doblar la primera esquina, por el aroma de las lilas que era como una bendición.

Al día siguiente, el ministro de Economía visitó la ciudad y, aunque la visita era de carácter privado, no por ello la policía dejaba de ser responsable de su seguridad. Por esta razón y por una epidemia de gripe de finales de invierno que tenía a cinco policías en la cama y a uno en el hospital, Brunetti no reparó en que encima de la mesa tenía las copias de los testamentos de las cinco personas que habían fallecido en la Casa di Cura San Leonardo. Hubo un momento en que recordó el asunto y hasta reclamó las copias a la *signorina* Elettra, quien le replicó con vivacidad que hacía dos días que se las había dejado encima de la mesa.

Hasta que el ministro de Economía regresó a los establos de Augias de su ministerio en Roma, no volvió a pensar Brunetti en las copias de los cinco testamentos, al tropezarse con ellas mientras buscaba en su mesa unas fichas de personal. Decidió leerlas antes de devolverlas a la *signorina* Elettra con el ruego de que buscara donde archivarlas.

Brunetti se había licenciado en Derecho y estaba familiarizado con el léxico de las cláusulas que traspasaban, legaban y otorgaban posesión de cosas terrenales a los que aún no habían abandonado este mundo. Ahora, mientras leía la meticulosa fraseología de los documentos, no pudo menos que recordar lo que había dicho Vianello acerca de la imposibilidad de llegar a poseer realmente algo, porque aquí tenía la prueba de tal imposibilidad. Aquellas personas traspasaban a sus herederos la ilusión de una propiedad, prolongando con ello la ficción durante otro lapso de tiempo, hasta que los herederos fueran despojados a su vez de tales bienes por la muerte.

El comisario pensaba que quizá hicieran bien los caudillos celtas que disponían que todos sus tesoros fueran puestos con su cadáver en una

embarcación que era llevada mar adentro, incendiada y dejada a la deriva. No se le ocultaba que quizá esta repentina aversión a las posesiones materiales no fuera más que una reacción a haber estado unos días en compañía del ministro de Economía, un hombre tan rudo, ordinario y estúpido que era capaz de hacer aborrecer la riqueza a cualquiera. Después de sacar esta conclusión, se rió entre dientes y concentró su atención en los testamentos.

Además del de la *signorina* Da Prè, dos de los testamentos mencionaban la *casa di cura*. La *signora* Cristanti le legaba cinco millones de liras, lo que no era una suma astronómica, y la *signora* Galasso, que había dejado la mayor parte de sus bienes a un sobrino de Turín, le legaba dos millones.

Brunetti llevaba en la policía tiempo suficiente como para haber comprobado que hay gente capaz de matar por sumas tan pequeñas como éstas y, la mayoría, con total naturalidad, pero también sabía que eran pocos los homicidas cautos que se arriesgaran a ser descubiertos por semejantes futesas. Y, puesto que en la *casa di cura* cualquier asesinato tendría que ser cometido con suma cautela, para que no se detectara, parecía poco probable que estas sumas constituyeran móvil suficiente para que alguien de la residencia se arriesgara a matar a los ancianos.

La *signorina* Da Prè, a juzgar por las palabras de su hermano, debía de ser una anciana solitaria que, al acercarse el fin de su vida, había sentido el impulso de mostrarse caritativa hacia la institución en la que había pasado sus últimos años de soledad. Da Prè había dicho que nadie se había opuesto a su decisión de impugnar el testamento de su hermana. Brunetti no concebía que una persona que mata para heredar se deje quitar tan fácilmente el legado.

El comisario miró las fechas y descubrió que los testamentos que contenían las mandas para la *casa di cura* habían sido extendidos más de un año antes de producirse las muertes. De los restantes testamentos dos habían sido firmados más de cinco años antes y, el último, doce. Hacían falta una imaginación y un cinismo mayores que los que poseía Brunetti para ver en esto un designio criminal.

Ahora bien, el que no hubiera delito no dejaba de tener sentido a los ojos de Brunetti, aunque un sentido un tanto perverso: imaginando que en la *casa di cura* se habían producido unos hechos abominables, hechos que sólo ella podía ver, *suor* Immacolata justificaba su decisión de dejar la orden que había

sido su hogar espiritual y material desde que era adolescente. Brunetti no podía creerla; más de una vez, él había visto manifestarse el crimen bajo formas extrañas, pero nunca con un móvil tan nimio, y lo entristecía descubrir que ella había iniciado su *vita nuova* utilizando semejante pretexto. Aquella mujer hubiera podido exigir de la vida, y de sí misma, algo mejor que tan burda invención.

Los papeles, las copias de los cinco testamentos y las notas que el comisario había redactado después de las visitas hechas con Vianello no pasaron a manos de la *signorina* Elettra sino al cajón de abajo de la mesa, donde permanecieron tres días más.

Patta volvió de sus vacaciones con menos interés por el trabajo de la policía del que tenía al marcharse, y Brunetti, aprovechando esta circunstancia, omitió hablarle de la visita de Maria Testa. La primavera avanzaba. Brunetti fue a visitar a su madre a la residencia y, una vez más, echó de menos aquella caridad espontánea de *suor* Immacolata.

La joven no había vuelto a ponerse en contacto con él, y Brunetti abrigaba la esperanza de que hubiera desechado aquella historia, abandonado sus temores y empezado su nueva vida. Un día, incluso pensó en ir a verla al Lido, pero no consiguió dar con el papel en el que había anotado su dirección, y no recordaba el nombre de las personas que la habían ayudado a encontrar trabajo. Rossi, Bassi, Guzzi o algo por el estilo, creía recordar; pero entonces empezó a hacerse notar con irritante frecuencia el regreso del *vicequestore* Patta, y el comisario se olvidó de la ex monjita hasta que, dos días después, al contestar al teléfono, se encontró hablando con un hombre que dijo ser Vittorio Sassi.

—¿Es usted el policía con el que habló Maria? —preguntó Sassi.

—¿Maria Testa? —preguntó Brunetti a su vez, aunque ya sabía a qué Maria se refería su comunicante.

—*Suor* Immacolata.

—Sí; vino a verme hace un par de semanas. ¿Por qué me llama, *signor* Sassi? ¿Ha ocurrido algo?

—Tuvo un accidente.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—La atropelló un coche.

—¿Dónde?

—Aquí, en el Lido.

—¿Dónde está?

—La llevaron a Urgencias. Es donde estoy ahora, pero no consigo que me den información.

—¿Cuándo ocurrió?

—Ayer tarde.

—¿Por qué ha tardado tanto en llamar?

Silencio.

—¿*Signor Sassi*? —preguntó Brunetti en tono perentorio y, al no recibir respuesta, bajó la voz—: ¿Cómo está?

—Mal.

—¿Cómo fue?

—Nadie lo sabe.

—¿No?

—Ayer, cuando volvía del trabajo en bicicleta, parece ser que un coche la embistió por detrás. El conductor no paró.

—¿Quién la encontró?

—Un camionero. La vio tendida en una zanja al lado de la carretera y la llevó al hospital.

—¿Y no sabe qué tiene?

—En realidad, no. Esta mañana, cuando me han llamado, me han dicho que tenía una pierna rota. Pero creen que puede haber lesión cerebral.

—¿Quiénes lo creen?

—No lo sé. Esto es lo que me ha dicho la persona que me ha llamado por teléfono.

—Pero ¿usted está en el hospital?

—Sí.

—¿Cómo se han puesto en contacto con usted?

—Ayer la policía fue a su pensión. Creo que en el bolso llevaba la dirección. El dueño les dio el nombre de mi esposa. Recordó que nosotros la habíamos acompañado. Pero hasta esta mañana no me han avisado, y es cuando he venido.

—¿Cómo es que me llama a mí?

—El mes pasado, cuando ella estuvo en Venecia, le preguntamos adónde iba y nos dijo que a ver a un policía llamado Brunetti. No dijo el motivo, ni nosotros se lo preguntamos, pero pensamos que, siendo usted policía, querría saber lo ocurrido.

—Gracias, *signor* Sassi —dijo Brunetti y preguntó—: ¿Cómo ha actuado desde que habló conmigo?

Si a Sassi le pareció ésta una pregunta extraña, no se le notó en la voz.

—Como siempre, ¿por qué?

Brunetti optó por no responder a esto y preguntar:

—¿Cuánto tiempo va a quedarse usted ahí?

—Ya no mucho. Tengo que ir a trabajar, y mi esposa está con los nietos.

—¿Cómo se llama el médico?

—No lo sé, comisario. Esto es un caos. Hoy hacen huelga las enfermeras, y es difícil encontrar a quien te informe. Nadie sabe nada de Maria. ¿No podría usted venir? Quizá le hagan más caso.

—Estaré ahí dentro de media hora.

—Es una muchacha muy buena —dijo Sassi.

Cuando Sassi colgó, Brunetti llamó a Vianello para pedirle que tuviera una lancha y un piloto preparados para ir al Lido dentro de cinco minutos. Dijo a la telefonista que le pusiera con el hospital del Lido y pidió por el encargado de Urgencias. Su llamada transitó por Ginecología, Cirugía y la cocina, hasta que, asqueado, colgó y bajó corriendo la escalera, en busca de Vianello, Bonsuan y la lancha que aguardaba.

Mientras cruzaban la laguna, Brunetti informó a Vianello de la llamada de Sassi.

—Canallas —dijo Vianello del conductor huido—. ¿Por qué no se pararon? Darla por muerta y dejarla en la cuneta...

—Quizá fuera eso lo que pretendían —dijo Brunetti, observando cómo el sargento, de pronto, comprendía.

—Naturalmente —dijo, cerrando los ojos ante la simplicidad del caso—. Pero nosotros no fuimos a la *casa di cura* a hacer preguntas. ¿Cómo iban a saber que vino a vernos?

—No tenemos idea de lo que haya podido hacer ella después de hablar conmigo.

—No; cierto. Pero no iba a ser tan tonta como para presentarse allí acusando a alguien.

—Ha estado casi toda su vida en un convento, sargento.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que probablemente imagina que basta con decir a una persona que ha cometido una mala acción para que esa persona vaya a entregarse a la policía. —Al oír la frivolidad de su tono, Brunetti lamentó haber hablado con tanta ligereza—. Significa que, probablemente, no es capaz de juzgar a las personas ni de entender las razones que las mueven.

—Quizá tenga razón, comisario. Seguramente, un convento no es el mejor lugar para preparar a nadie para este mundo asqueroso que hemos hecho entre todos.

Brunetti no supo qué contestar a esto, y no dijo más hasta que la lancha entró en uno de los embarcaderos reservados para ambulancias en la parte posterior del Ospedale al Mare. Saltaron a tierra, diciendo a Bonsuan que los esperase. Una puerta abierta de par en par daba acceso a un pasillo blanco con suelo de cemento.

Un celador con bata blanca fue rápidamente hacia ellos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? Está prohibido entrar en el hospital por esta puerta.

Sin contestar, Brunetti mostró el carnet al hombre.

—¿Dónde está Urgencias?

Observó al celador mientras éste dudaba entre oponerse y discutir, pero entonces vio aflorar el proverbial respeto del italiano a la autoridad, especialmente, si va uniformada, y el hombre les indicó el camino sin más objeciones. A los pocos minutos, estaban frente a un mostrador de enfermeras, detrás del cual unas puertas dobles se abrían a un largo corredor bien iluminado. En el mostrador no había nadie, y nadie contestó a los insistentes intentos de Brunetti de llamar la atención.

Al cabo de unos minutos, empujó las puertas un hombre con una arrugada bata blanca.

—Perdone —dijo Brunetti levantando una mano para detenerlo.

—¿Sí? —dijo el hombre.

—¿Haría el favor de decirme cómo puedo encontrar a la persona

encargada de Urgencias?

—¿Por qué desea saberlo? —preguntó el hombre con voz fatigada.

Nuevamente, Brunetti enseñó el carnet. El otro miró la cartulina y miró a Brunetti.

—¿Qué desea saber, comisario? Yo estoy condenado a encargarme de esta sala.

—¿Condenado? —preguntó Brunetti.

—Perdone, exagero. Las enfermeras han decidido hacer huelga, y yo llevo aquí treinta y seis horas. Trato de atender a nueve pacientes, con la ayuda de un celador y una interna. Pero no creo que contárselo a usted me sirva de mucho.

—Lo siento, *dottore*. No puedo arrestar a sus enfermeras.

—Lástima. ¿En qué puedo servirle?

—Vengo a ver a una mujer que fue traída ayer. Atropellada por un coche. Me han dicho que tiene una pierna rota y conmoción cerebral.

El médico supo enseguida quién era.

—No; no tenía la pierna rota, era el hombro, y sólo dislocado. Varias costillas sí que podrían estar rotas. Pero lo que más me preocupaba era la lesión de la cabeza.

—¿Preocupaba, doctor?

—Sí; la enviamos al Ospedale Civile menos de una hora después de que la trajeran. Aunque hubiera dispuesto de personal para atenderla, no tengo el equipo necesario para tratar una lesión cerebral como la suya.

Brunetti hizo un esfuerzo para contener la irritación por haber hecho el viaje en vano y preguntó:

—¿Es grave?

—Estaba inconsciente cuando la trajeron. Yo le puse el hombro en su sitio y le vendé las costillas, pero no poseo suficientes conocimientos de lesiones cerebrales. Le hice varias pruebas. Quería ver qué tenía, por qué no respondía. Pero estuvo aquí muy poco tiempo y no pude cerciorarme.

—Ha venido un hombre interesándose por ella —dijo Brunetti—. Nadie le ha dicho que la hubieran enviado a Venecia.

El médico se encogió de hombros rehuyendo toda responsabilidad.

—Ya le he dicho que sólo somos tres personas. Alguien hubiera tenido

que avisarle.

—Sí —convino Brunetti—; alguien hubiera tenido que avisarle. —Y después preguntó—: ¿Puede decirme algo más acerca de su estado?

—Nada más; tendrá que preguntar a los del Civile.

—¿Dónde estará?

—Si han encontrado a un neurólogo la habrán puesto en Cuidados Intensivos. O deberían haberla puesto. —El médico movió la cabeza tristemente, ya por cansancio ya por el recuerdo de las lesiones de Maria, Brunetti no hubiera podido decirlo. De pronto, se abrió una de las puertas, empujada desde dentro y apareció una mujer joven, con una bata no menos arrugada.

—*Dottore* —dijo en tono perentorio—, venga, lo necesitamos. Pronto. — El hombre dio media vuelta y siguió a la mujer por el pasillo, sin molestarse en decir más a Brunetti y sin haberse dado por enterado de la presencia de Vianello.

Brunetti y el sargento se volvieron por donde habían venido. Cuando subieron a la lancha, Brunetti dijo al piloto, sin más explicaciones:

—Al Ospedale Civile, Bonsuan.

La lancha surcaba la laguna, ondulada por una brisa fresca. Brunetti se quedó abajo y, a través del cristal de las puertas, veía cómo Vianello contaba a Bonsuan lo ocurrido y cómo los dos hombres movían la cabeza de derecha a izquierda con indignación, la única reacción posible a cualquier contacto con el sistema de la sanidad pública.

Un cuarto de hora después, la lancha se detenía junto al Ospedale Civile, y Brunetti volvió a decir a Bonsuan que los esperara. Tanto el comisario como el sargento Vianello sabían, por larga experiencia profesional, dónde estaba Cuidados Intensivos, y hacia allí se dirigieron rápidamente por un laberinto de corredores.

Brunetti vio a un médico conocido en la puerta de la zona de Cuidados Intensivos y fue hacia él.

—*Buon giorno*, Giovanni —dijo cuando el médico sonrió al reconocerlo—. Busco a una mujer que trajeron ayer del Lido.

—¿La de la herida en la cabeza? —preguntó el joven.

—Sí. ¿Cómo está?

—Parece ser que dio con la cabeza contra la bicicleta y luego contra el suelo. Tiene un corte encima de la oreja. Pero no hemos podido hacerla reaccionar, no se ha despertado.

—¿No se sabe...? —empezó Brunetti, pero se interrumpió porque ignoraba cómo formular la pregunta.

—No sabemos nada, Guido. Puede despertarse hoy, puede seguir así indefinidamente, o puede morir. —El médico hundió las manos en los bolsillos de la bata.

—¿Qué hacen en estos casos? —preguntó Brunetti.

—¿Los médicos?

Brunetti asintió.

—Pruebas y más pruebas. Y luego rezar.

—¿Puedo verla?

—No hay mucho que ver, sólo vendajes —dijo el médico.

—Aun así, deseo verla.

—Está bien. Pero usted solo —dijo el médico mirando a Vianello.

Vianello asintió y se sentó en una silla arrimada a la pared. Sacó del bolsillo la segunda parte de un diario de dos días antes y se puso a leer.

El médico llevó a Brunetti por un pasillo y se paró delante de la tercera puerta de la derecha.

—Estamos a tope, y hemos tenido que ponerla aquí. —Dicho esto, abrió la puerta y entró delante de Brunetti.

Todo resultaba familiar: el olor a flores y orina, las botellas de plástico de agua mineral alineadas junto a las ventanas, para que se mantuvieran frescas, la sensación de sufrimiento expectante. En la habitación había cuatro camas, una de ellas, vacía. Brunetti vio que Maria estaba en la cama situada junto a la pared del fondo. Se acercó primero a los pies y luego a la cabecera de la cama, y no se dio cuenta de cuándo el médico salía cerrando la puerta.

Las espesas pestañas casi se confundían con las amoratadas ojeras; un mechón de pelo escapaba del vendaje que le cubría la cabeza. Tenía un lado de la nariz embadurnado del mercurocromo que cubría un arañazo que le bajaba hasta la barbilla. Encima del pómulo izquierdo empezaba una hilera de oscuros puntos de sutura que desaparecía bajo el vendaje.

Su cuerpo, extrañamente deformado por el grueso vendaje del hombro, no

abultaba más que el de una niña, bajo la manta azul claro. Brunetti le miró los labios y, al no detectar movimiento, el pecho. Le costó, pero al fin vio cómo la manta se movía al compás de una respiración silenciosa, y se tranquilizó.

A su espalda, una de las mujeres gimió y la otra, quizá inquieta por el sonido, llamó a «Roberto».

Al cabo de un rato, Brunetti salió al vestíbulo, donde Vianello seguía leyendo el diario. Hizo una seña con la cabeza al sargento y los dos hombres fueron en busca de la lancha que los llevó de vuelta a la *questura*.

Brunetti y Vianello decidieron tácitamente saltarse el almuerzo. En cuanto llegaron a la *questura*, Brunetti envió al sargento a modificar los turnos del servicio, a fin de poner inmediatamente a un agente de guardia en la puerta de la habitación de Maria Testa.

Brunetti llamó a la policía del Lido, se identificó, expuso la razón de su llamada y preguntó si se había descubierto algo acerca del accidente de circulación ocurrido la víspera y provocado por el conductor que se había dado a la fuga. Los del Lido le contestaron que no tenían nada: ni testigos, ni llamadas dando parte de alguna abolladura sospechosa en un coche del vecindario, nada, pese a que en el diario de la mañana se daba, con la noticia, el número de teléfono al que podían llamar quienes tuvieran información sobre el accidente. Brunetti les dejó su número y, lo más importante, su rango, pidiendo que lo mantuvieran informado si averiguaban algo sobre el conductor o el coche.

Brunetti abrió el cajón y revolvió en él hasta encontrar la carpeta abandonada. Buscó la copia del primer testamento, el de Fausta Galasso, la mujer que lo había dejado casi todo a un sobrino que vivía en Turín, y leyó cuidadosamente los bienes enumerados: tres apartamentos en Venecia, dos granjas cerca de Pordenone y depósitos en tres bancos de la ciudad. Leyó las direcciones de los apartamentos, pero no le decían nada.

Descolgó el teléfono y marcó un número de memoria.

—Fincas Bucintoro —contestó una voz femenina a la segunda señal.

—*Ciao*, Stefania —dijo él—. Aquí Guido.

—Te conozco la voz —dijo la mujer—. ¿Cómo estás? Pero, ante todo,

contéstame a esto: ¿quieres comprar un precioso apartamento en Cannaregio, ciento cincuenta metros, dos baños, tres dormitorios, cocina, comedor y salón con vistas a la laguna?

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Brunetti.

—¿Guido? —hizo ella, entre asombrada y ofendida, alargando la primera sílaba.

—¿Está ocupado y los inquilinos no se van ni a tiros? ¿Necesita tejado nuevo? ¿Madera podrida? —preguntó.

Un silencio y, después, una breve carcajada cómplice.

—*Acqua alta* —dijo Stefania—. Si el agua sube más de metro y medio, puedes encontrarte peces en la cama.

—Ya no hay peces en la laguna, Stefania. Todos han sido envenenados.

—Pues algas. Pero el apartamento es precioso, créeme. Una pareja de norteamericanos lo compraron hace tres años, gastaron una fortuna en restaurarlo, cientos de millones, pero nadie les habló del agua. Y este invierno el *acqua alta* les estropeó el parquet, la pintura y muebles y alfombras por valor de cincuenta millones. Finalmente, llamaron a un arquitecto y lo primero que les dijo es que no hay nada que hacer. Por eso quieren venderlo.

—¿Cuánto?

—Trescientos millones.

—¿Ciento cincuenta metros? —preguntó Brunetti.

—Sí.

—Una ganga.

—Lo sé. ¿Conoces a alguien a quien pudiera interesar?

—Stefania, para ciento cincuenta metros cuadrados es barato. Pero la verdad es que no vale nada. —Ella no lo negó ni dijo nada—. ¿Algún interesado? —preguntó él finalmente.

—Sí.

—¿Quién?

—Unos alemanes.

—Bien. Ojalá lo vendas. —El padre de Stefania había sido prisionero de guerra en Alemania durante tres años.

—Si no es un apartamento, ¿qué es lo que quieres? ¿Información?

—¡Stefania! —cantó él, imitando la entonación del «Guido» de ella—. ¿Crees que te llamaría para algo que no fuera oír tu dulce voz?

—Guido, eres el sueño de una muchacha hecho realidad. En resumidas cuentas, ¿qué quieres saber?

—Tengo las direcciones de tres apartamentos y el nombre del último propietario. Me gustaría saber si están en venta y, si es así, cuánto piden. O si se han vendido durante este año último. Y por cuánto.

—Eso me llevará un día o dos.

—¿Un día? —dijo él.

—De acuerdo. Un día. ¿Qué direcciones?

Brunetti se las dio y le dijo que los tres apartamentos habían sido dejados en herencia por una mujer llamada Galasso a un sobrino suyo. Antes de colgar, Stefania previno a Brunetti de que, si fallaba la operación con los alemanes, él tendría que ayudarla a encontrar al comprador que la librería de aquel apartamento. Él dijo que lo pensaría, y estuvo a punto de agregar que se lo propondría a su *vicequestore*.

El siguiente testamento era el de la *signora* Renata Cristanti, viuda de Marcello. Lo que hiciera en vida el *signor* Cristanti debía de hacerlo muy bien, porque el patrimonio de su viuda comprendía una larga lista de apartamentos, cuatro tiendas e inversiones y cuentas de ahorro por un importe superior a quinientos millones de liras, todo lo cual ella disponía que fuera dividido en partes iguales entre sus seis hijos, los mismos que nunca se habían molestado en ir a hacerle una visita. Al leer esto, Brunetti se preguntó cómo una mujer tan rica y madre de seis hijos había acabado sus días en una residencia atendida por monjas que habían hecho voto de pobreza y no en una clínica ultramoderna, dotada de todos los adelantos de la medicina geriátrica.

El conde Crivoni había dejado a su viuda el apartamento en el que ella residía, además de otros dos e inversiones varias cuyo valor era imposible deducir de la simple lectura del testamento. No se nombraban otros beneficiarios.

Como había dicho el *signor* Da Prè, su hermana se lo había dejado todo a él, salvo la manda para la residencia, que había sido impugnada. Dado que la finada lo nombraba heredero universal, el testamento no especificaba los bienes, por lo que era imposible calcular la cuantía del patrimonio.

El *signor* Lerini lo dejaba todo a su hija Benedetta y, también en este caso, la circunstancia de que todo el patrimonio pasara a una sola persona impedía conocer su valor.

Sonó el zumbador del interfono.

—¿Sí, señor? —dijo Brunetti levantando el teléfono.

—Me gustaría hablar un momento con usted, Brunetti —dijo el *vicequestore*.

—Ahora mismo bajo.

Hacía más de una semana que Patta había vuelto a empuñar las riendas de la *questura*, pero hasta aquel momento Brunetti había conseguido evitar todo trato personal con él. Le había pasado un largo informe de las actividades realizadas por los comisarios durante la ausencia de su superior, pero sin mencionar la visita de Maria Testa ni las entrevistas a que había dado lugar.

La *signorina* Elettra estaba en su mesa, en el pequeño antedespacho de Patta. Hoy vestía un traje sastre gris que era el no va más de la femineidad, casi una parodia de los ternos cruzados que solía llevar Patta, incluido el pañuelito en el bolsillo del pecho y la corbata de seda con el correspondiente alfiler de pedrería.

—De acuerdo, vende el Fiat —la oyó decir al entrar. De la sorpresa, Brunetti estuvo a punto de interrumpirla para decir que no sabía que tuviera coche, cuando ella agregó—: Pero reinvierte inmediatamente y compra mil acciones de la empresa alemana de biotecnología de la que te hablé la semana pasada. —Levantó una mano e hizo seña a Brunetti de que tenía algo que decirle antes de que entrara en el despacho de Patta—. Y deshazte de los florines holandeses antes de que acabe la sesión. Un amigo me ha adelantado lo que su ministro de Economía anunciará mañana en la reunión del gabinete. —Su interlocutor dijo algo a lo que ella respondió con impaciencia—: No importa si hay pérdida. Vende.

Sin añadir palabra, colgó el teléfono y miró a Brunetti.

—¿Florines holandeses? —preguntó él cortésmente.

—Si los tiene, véndalos.

Brunetti no los tenía, pero movió la cabeza afirmativamente agradeciendo el consejo.

—¿Vestida para triunfar? —preguntó.

—Qué detalle que se haya fijado, comisario. ¿Le gusta? —Se levantó y se alejó de la mesa unos pasos. El conjunto era impecable, hasta la punta de los zapatos a la inglesa, tamaño Cenicienta.

—Muy bonito —dijo él—. Y muy apropiado para hablar con el agente de Bolsa.

—¿Verdad? Lástima que sea tan corto. Tengo que explicárselo todo.

—¿Quería decirme algo? —preguntó Brunetti.

—He pensado que, antes de hablar con el *vicequestore*, conviene que sepa que vamos a tener una visita de la policía suiza.

Antes de que ella pudiera proseguir, Brunetti bromeó sonriendo:

—¿Se ha enterado él de que tiene usted cuentas secretas? —Y lanzó una mirada jocosamente furtiva en dirección al despacho de Patta.

La *signorina* Elettra abrió mucho los ojos con asombro y luego los entrecerró con desagrado.

—No, comisario —dijo fríamente—. Es algo relacionado con la Comisión Europea, pero el *vicequestore* Patta podrá informarle mejor. —Volvió a sentarse a la mesa, de cara al ordenador y de espaldas a Brunetti.

El comisario llamó a la puerta con los nudillos y, cuando recibió respuesta, entró en el despacho de Patta. Al parecer, al *vicequestore* le habían sentado bien las vacaciones. Su nariz griega y su mandíbula imperiosa tenían un bronceado tanto más impactante por cuanto que había sido adquirido en el mes de marzo. También daba la impresión de haber perdido varios kilos, a no ser que los sastres de Bangkok supieran disimular el sobrepeso mejor que los londinenses.

—Buenos días, Brunetti —dijo afablemente el *vicequestore*.

Brunetti, al que la amabilidad de su jefe hacía ponerse en guardia, musitó unas palabras y se sentó sin esperar a que se le invitara a hacerlo. El que Patta no torciera el gesto aumentó sus recelos.

—Quiero felicitarlo por su gestión durante mi ausencia —empezó Patta, y en la cabeza de Brunetti los timbres de alarma adquirieron una estridencia que casi le impedía oír lo que decía Patta. El comisario asintió.

Patta se alejó unos pasos de la mesa y luego volvió hacia ella, lo mismo que antes la *signorina* Elettra, y Brunetti sintió la tentación de preguntar al *vicequestore* si también él se había vestido para triunfar. Finalmente, Patta se

sentó en la silla que estaba al lado de Brunetti.

—Como usted sabe, comisario, estamos en el año de la Colaboración Internacional de la Policía.

En realidad, Brunetti no lo sabía, ni le importaba. Lo que sí sabía era que, fuera cual fuera el año, había de costarle algo, probablemente, tiempo y paciencia.

—¿No lo sabía, comisario?

—No, señor.

—Pues lo es. Declarado por el Alto Comisariado de la Comunidad Europea. —Como Brunetti permaneciera indiferente al portento, Patta preguntó—: ¿No siente curiosidad por saber cuál va a ser nuestra participación?

—¿De quién es «nuestra»?

Patta necesitó unos instantes para depurar el pronombre posesivo de la pregunta antes de responder:

—De Italia, por supuesto.

—En Italia hay muchas ciudades.

—Sí, pero pocas tan célebres como Venecia.

—Y pocas con tan poca delincuencia.

Patta hizo una pausa, pero luego prosiguió, como si Brunetti no hubiera hecho más que asentir y sonreír a todo lo que él decía.

—Nuestra participación consistirá en ser anfitriones de los jefes de policía de nuestras ciudades hermanas, durante los próximos meses.

—¿Qué ciudades?

—Londres, París y Berna.

—¿Anfitriones?

—Sí. Ya que los jefes de policía vendrán a nuestra ciudad, hemos considerado conveniente que trabajen con nosotros, para que puedan hacerse una idea de lo que es la tarea de nuestra policía.

—Permítame adivinar, señor. ¿Se empieza por Berna, y yo tengo que tomar a mi cargo al policía que nos envíen y, después, devolverle la visita a la alegre y bulliciosa Berna, la más apasionante de las capitales europeas, y de París y Londres se encargará usted?

Si esta exposición del caso sorprendió a Patta, no lo dejó traslucir.

—Llega mañana, almorzaremos los tres juntos y, por la tarde, podría usted enseñarle la ciudad. Dispondrá de una lancha de la policía.

—¿Quizá para ir a Murano, a ver soplar vidrio?

Patta asintió, e iba a decir que esto le parecía una idea excelente, cuando reparó en el tono de Brunetti y le reconvino:

—Brunetti, forma parte de las responsabilidades de nuestra profesión cuidar las *public relations*. —Era típico de Patta intercalar estas palabras en inglés, una lengua que él desconocía.

—Muy bien —dijo Brunetti poniéndose en pie. Miró a Patta, que seguía sentado—. ¿Desea alguna cosa más?

—No; eso es todo. Hasta mañana, a la hora del almuerzo.

Brunetti hizo un vago ademán con la mano derecha y salió del despacho.

Fuera, Brunetti encontró a la *signorina* Elettra en silencioso conciliábulo con su ordenador. Ella se volvió al oírle salir y le sonrió, al parecer, para demostrarle que estaba dispuesta a perdonarle su provocativa insinuación sobre supuestas cuentas secretas en Suiza.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Que he de llevar al jefe de la policía de Berna a visitar la ciudad. Supongo que debería dar gracias de que no me haya pedido que lo aloje en mi casa.

—¿Qué quiere que haga usted con él?

—No tengo ni idea. Pasearlo por la ciudad. Entretenerlo y dejar que eche un vistazo por ahí. Quizá debería enseñarle a las personas que hacen cola en Ufficio Stranieri, para solicitar permiso de residencia. —Aunque el sentimiento le producía desasosiego, Brunetti no podía menos que experimentar cierta inquietud ante aquella invasión de todas las mañanas: la mayoría eran hombres jóvenes de países ajenos a la cultura europea. Aun expresando sus ideas en los términos más sofisticados, Brunetti comprendía que, en el fondo, sus sentimientos eran los mismos que latían en los desvaríos más xenófobos de los miembros de las distintas *leghe* que prometían devolver a Italia su pureza étnica y cultural.

La *signorina* Elettra interrumpió sus sombrías cavilaciones:

—Quizá no sea tan malo, *dottore*. Los suizos nos han ayudado muchas veces.

—A ver si consigue sacarle alguna clave informática, *signorina* —sonrió él.

—No estoy segura de que la necesitemos, comisario. Fue muy fácil descubrir las claves de la policía. Pero las verdaderamente útiles, las de los bancos... ni yo misma me molestaría en perder el tiempo tratando de conseguirlas.

Sin saber a ciencia cierta de dónde surgía la idea, Brunetti dijo:

—*Signorina*, deseo pedirle un favor.

—Sí, señor —dijo ella tomando el bolígrafo, completamente olvidado el chiste de las cuentas bancarias suizas.

—Hay un sacerdote en San Polo, el padre Luciano nose cuántos. Ignoro el apellido. Me gustaría que averiguara si ha tenido algún percance.

—¿Algún percance?

—Si ha sido arrestado o acusado de algo. O si lo han trasladado con frecuencia. Concretamente, trate de averiguar cuál era su anterior parroquia y por qué lo han destinado aquí.

Ella murmuró entre dientes:

—Sería más fácil lo de las claves de los bancos suizos.

—¿Cómo dice?

—Es muy difícil conseguir esta clase de información.

—¿Aunque él haya tenido problemas?

—Estas cosas suelen taparse enseguida.

—¿Qué cosas? —preguntó Brunetti, intrigado por su tono neutro.

—Cosas tales como el arresto de curas. O sólo que sean investigados por algo. Recuerde, si no, lo de aquella sauna de Dublín, lo pronto que desapareció de los periódicos.

Brunetti recordó la noticia que había aparecido el año anterior —aunque sólo en *Manifesto* y *L'Unità*—, del sacerdote irlandés que había muerto de un ataque al corazón en una sauna de gays de Dublín, y al que administraron los auxilios espirituales dos curas que casualmente se encontraban allí. La noticia, que había provocado aullidos de regocijo en Paola, al día siguiente, ya había desaparecido incluso de la prensa izquierdista.

—Pero no ocurrirá eso con los archivos de la policía —mantuvo él.

Ella lo miró con una sonrisa de conmiseración similar a las que usaba Paola para poner fin a una discusión.

—Buscaré el apellido y miraré si hay algo, comisario. —Pasó la hoja del

bloc—. ¿Algo más?

—Nada más, gracias —dijo Brunetti y salió del despacho para volver al suyo, lentamente.

Durante los pocos años que la *signorina* Elettra llevaba trabajando en la *questura*, Brunetti se había familiarizado con sus ironías, pero a veces aún decía cosas que lo desconcertaban y sobre las que, no obstante, no se atrevía a pedir aclaración. Brunetti nunca había hablado de religión ni del clero con la *signorina* Elettra, pero intuía que sus opiniones no diferían mucho de las de Paola.

Al llegar a su despacho, Brunetti, ahuyentando los pensamientos acerca de la *signorina* Elettra y la Santa Madre Iglesia, descolgó el teléfono y marcó el número de Lele Bortoluzzi. Cuando, a la segunda señal, el pintor contestó, Brunetti le preguntó si había podido averiguar algo acerca del doctor Messini.

—¿Cómo sabías que había regresado, Guido? —preguntó Lele.

—¿Regresado de dónde?

—De Inglaterra. Tenía una exposición en Londres y no regresé hasta ayer tarde. Hoy pensaba llamarte.

—¿Tienes algo? —preguntó Brunetti, muy interesado en su investigación como para perder el tiempo preguntando a Lele por el resultado de la exposición.

—Parece ser que a Fabio Messini le gustan las damas.

—¿Y a los demás no nos gustan, Lele?

El pintor, que de joven había tenido fama de mujeriego en toda la ciudad, se echó a reír.

—No; quiero decir que le gusta la compañía de mujeres jóvenes y está dispuesto a pagar por ella. Y, según se dice, tiene dos.

—¿Dos?

—Dos. Una aquí, en la ciudad, en un apartamento del que él paga el alquiler, un apartamento de cuatro habitaciones cerca de San Marco, y otra en el Lido. Ninguna trabaja pero las dos visten muy bien.

—¿Y él es el único?

—¿El único que qué?

—Que las visita —dijo Brunetti eufemísticamente.

—Mmmmm. No se me ocurrió preguntarlo —dijo Lele en tono de

lamentar el olvido—. Se dice que las dos son muy hermosas.

—¿Sí? ¿Y quién lo dice?

—Amigos —respondió Lele evasivamente.

—¿Qué más dicen?

—Que visita a cada una dos o tres veces a la semana.

—¿Cuántos años has dicho que tiene él?

—No lo he dicho, pero es de mi edad.

—Vaya, vaya —dijo Brunetti con voz neutra y, después de una pausa, preguntó—: ¿Por casualidad no habrán dicho tus amigos algo acerca de la residencia?

—Residencias —rectificó Lele.

—¿Cuántas?

—Al parecer, ahora, cinco, la de aquí y otras cuatro en el continente.

Brunetti no dijo nada durante tanto tiempo que Lele preguntó al fin:

—Guido, ¿estás ahí?

—Sí, sí, Lele. —Estuvo pensativo un momento y luego preguntó—: ¿Tus amigos sabían algo más de las residencias?

—No: sólo que todas las atiende la misma orden religiosa.

—¿Las Hermanas de la Santa Cruz? —preguntó Brunetti: era la orden a la que pertenecían las religiosas que trabajaban en la residencia en la que estaba su madre y de la que se había apartado Maria Testa.

—Sí. En las cinco.

—Entonces, ¿cómo puede ser él el dueño?

—Yo no he dicho eso. No sé si realmente es el dueño o sólo el director. Pero está al frente de todas ellas.

—Ya —dijo Brunetti, planeando su siguiente movimiento—. Gracias, Lele. ¿Han dicho algo más?

—No —respondió Lele con voz seca—. ¿Se le ofrece algo más, comisario?

—Perdona, Lele —dijo entonces Brunetti—. No quería ser grosero. Lo siento. Ya me conoces.

Efectivamente, Lele conocía a Brunetti, lo conocía desde que nació.

—Tranquilo, Guido. Ven a verme un día de éstos, ¿de acuerdo?

Brunetti así lo prometió, se despidió afectuosamente, colgó, olvidó la

promesa, descolgó otra vez el teléfono y pidió al telefonista que le pusiera con la Casa di Cura San Leonardo, que estaba cerca del Ospedale Giustinian.

Minutos después, hablaba con la secretaria del *dottor* Messini, director de la residencia y concertaba una cita para las cuatro de aquella tarde, a fin de tratar del traslado de Regina Brunetti, su madre, al establecimiento.

Aunque la zona de la ciudad en la que se encontraba el Ospedale Giustinian no quedaba lejos del apartamento de Brunetti, él no la conocía bien, ya que no pasaba por allí en sus desplazamientos habituales; si acaso, cuando iba a la Giudecca, y algún que otro domingo en que él y Paola iban al Zattere a sentarse en un café del muelle a leer los periódicos al sol.

Lo que Brunetti sabía de la zona era un combinado de leyenda y realidad, como todo lo que él y sus conciudadanos sabían de Venecia. Detrás de esa tapia estaba el jardín de la ex estrella de cine, casada ahora con el magnate de la industria de Turín. Detrás de la otra, estaba la mansión del último de los Contradini, del que se rumoreaba que hacía más de veinte años que no salía de casa. Y aquélla era la puerta de la casa de Dona Salvias, a la que durante muchos años sólo se había visto en el palco real del teatro de la ópera, en noche de estreno y vestida de rojo. Él conocía aquellas tapias y aquellas puertas como otros niños conocen a los héroes de las historietas y de la televisión y, al igual que aquellos personajes, estas casas y *palazzi* le hacían evocar la niñez y una visión del mundo distinta.

Del mismo modo en que los niños se desengañan de la fantasía que envuelve las hazañas de *Topolino* o *Braccio di Ferro*, también Brunetti, durante sus años de policía, había descubierto la triste realidad que se escondía detrás de los muros que en su juventud le hacían soñar. La estrella de cine era alcohólica y el magnate turinés había sido arrestado dos veces por maltratarla. El último de los Contradini, que en veinte años no había salido de su casa, rodeada de una alta pared con astillas de vidrio incrustadas en el borde superior, era atendido por tres criados que no contradecían su

convicción de que Mussolini y Hitler aún gobernaban y el mundo estaba libre de judíos repugnantes. En cuando a Dona Salvas, eran pocos los que comprendían que si iba a la ópera era porque creía que allí recibía las vibraciones del espíritu de su madre que había muerto en aquel palco sesenta y cinco años atrás.

La residencia también estaba rodeada de una tapia. Una placa de bronce indicaba su nombre y las horas de visita, que eran de nueve a once de la mañana, todos los días de la semana. Después de tocar el timbre, Brunetti dio unos pasos atrás, pero no pudo ver astillas de vidrio en el borde superior de la tapia. De todos modos —tuvo que reconocer Brunetti—, no era probable que los residentes tuvieran fuerzas para trepar a la pared, con o sin vidrios. A los ancianos y enfermos, para los que el dinero ya no tenía utilidad, sólo se les podía robar la vida.

Abrió la puerta una monja de hábito blanco que apenas llegaba al hombro al comisario. Instintivamente, éste se inclinó para decirle:

—Buenas tardes, hermana. Tengo una cita con el *dottore* Messini.

Ella lo miraba con extrañeza.

—El *dottore* sólo viene los lunes —dijo.

—Esta mañana he hablado con su secretaria, y me ha dicho que podía venir a las cuatro para hablar del traslado de mi madre. —El comisario miró el reloj, tratando de disimular su irritación. La secretaria le había indicado la hora con toda claridad, y le molestaba no encontrar a nadie.

Entonces la monja sonrió, revelando a Brunetti su extrema juventud.

—Ah, entonces su cita será con la *dottoressa* Alberti, la subdirectora.

—Seguramente —convino Brunetti afablemente.

Ella retrocedió para dejar paso a Brunetti, que se encontró en un gran patio cuadrado, con un pozo con tejadillo en el centro. En aquel espacio, resguardado, había rosales ya cargados de capullos y se respiraba el aroma dulce de un lilo oscuro que florecía en un rincón.

—Es bonito esto —comentó él.

—Sí, mucho, muy bonito —dijo ella dando media vuelta y guiándolo hacia una puerta situada en el lado opuesto.

Cuando cruzaban el soleado patio, Brunetti los vio: estaban a la sombra del balcón que discurría a lo largo de dos de las paredes, puestos en fila,

como un largo *memento mori*, eran seis o siete, inmóviles en sus sillas de ruedas, mirando al frente con unos ojos tan inexpresivos como los de los iconos griegos. Cuando él pasó por delante, ni lo miraron.

Dentro del edificio, las paredes estaban pintadas de un alegre amarillo claro, y todas tenían pasamanos situados a la altura del pecho de una persona. En los limpios suelos se veía alguna que otra raya negra debida al roce de las llantas de goma de las ruedas de las sillas.

—Por aquí, tenga la bondad —dijo la monjita torciendo a la izquierda por un corredor. Él la siguió, no sin haber tenido tiempo de observar que el comedor principal del antiguo *palazzo*, con sus frescos y sus arañas de cristal, todavía se utilizaba, pero ahora las mesas eran de fórmica y las sillas, de plástico moldeado.

La monja se paró delante de una puerta, dio un golpe con los nudillos y, al oír una voz en el interior, la abrió y la sostuvo para que entrara Brunetti.

El despacho tenía una hilera de cuatro altas ventanas que daban al patio, y la luz que entraba por ellas se reflejaba en los pequeños fragmentos de mica incrustados en el pavimento veneciano, llenando la habitación de un fulgor mágico. Como el escritorio estaba situado delante de las ventanas, al principio, a Brunetti le costó distinguir a la persona que lo ocupaba, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, percibió la forma de una mujer corpulenta, con lo que parecía un vestido oscuro y holgado.

—¿La *dottoressa* Alberti? —preguntó él adelantándose y desviándose un poco hacia la derecha, para situarse en la franja de sombra proyectada por la pared que separaba dos de las ventanas.

—¿*Signor* Brunetti? —dijo ella, que se levantó y dio la vuelta a la mesa para ir a su encuentro. La primera impresión era acertada: una mujer corpulenta, casi de la misma estatura y peso que él, acumulado sobre todo en hombros y caderas. Tenía la cara redonda y colorada, de amiga de la buena mesa y el buen vino, con una nariz desproporcionadamente pequeña y respingona y unos ojos color ámbar y bastante separados, sin duda, su mejor atributo. El vestido no tenía más función que la de envolver su cuerpo en lana oscura.

Brunetti, al estrechar la mano que ella le tendía, notó con sorpresa que era una de esas manos flácidas como un hámster muerto, con las que suelen

saludar muchas mujeres.

—Mucho gusto, *dottorressa*. Le agradezco su atención al recibirme.

—Forma parte de nuestra contribución a la comunidad —dijo ella con sencillez, y Brunetti tardó un momento en darse cuenta de que lo decía completamente en serio.

Cuando Brunetti estuvo sentado en la silla situada frente a la mesa y hubo rechazado el ofrecimiento de una taza de café, explicó que, tal como había avanzado por teléfono a su secretaria, él y su hermano estaban estudiando la posibilidad de trasladar a su madre a la residencia San Leonardo, pero, antes de dar semejante paso, deseaban informarse.

—San Leonardo fue inaugurada hace seis años, *signor* Brunetti. Fue bendecida por el Patriarca y de la atención a nuestros residentes se encargan las excelentes hermanas de la orden de la Santa Cruz. —Aquí Brunetti asintió, para dar a entender que había reconocido el hábito de la monja que le había abierto la puerta—. Somos un centro mixto —agregó la mujer.

Antes de que ella pudiera continuar, Brunetti dijo:

—Lo siento, *dottorressa*, pero no sé qué quiere decir.

—Esto significa que tenemos pacientes de la Seguridad Social y pacientes particulares. ¿Podría decirme qué clase de paciente sería su madre?

Brunetti había pasado largas jornadas deambulando por los pasillos de la burocracia, hasta conseguir para su madre la atención a la que cuarenta años de cotización de su padre le daban derecho; pero ahora dijo a la *dottorressa* Alberti con una sonrisa:

—Paciente particular, desde luego.

Al oír esto, la *dottorressa* Alberti pareció esponjarse y ocupar detrás de su escritorio un espacio mucho mayor todavía.

—Ni que decir tiene, que ello no supone diferencia alguna en el trato que reciben nuestros pacientes. Si lo preguntamos es sólo a efectos contables.

Brunetti asintió y sonrió como si lo creyera.

—¿Y cuál es el estado de salud de su madre?

—Bueno, bueno.

Pareció que esta respuesta la interesaba menos que la anterior.

—¿Cuándo piensan usted y su hermano trasladarla?

—Hemos pensado que antes del final de la primavera. —La *dottorressa*

Alberti repitió su combinación de asentimiento y sonrisa al oír esto—. Naturalmente —prosiguió Brunetti—, antes debería poder hacerme una idea de las instalaciones.

—Por supuesto —dijo la *dottoressa* Alberti extendiendo el brazo hacia una delgada carpeta que tenía a la izquierda de la mesa—. Aquí tengo toda la información, *signor* Brunetti. Contiene una lista completa de los servicios de que pueden disponer nuestros pacientes, relación del personal médico, una breve historia de nuestra institución y de la orden de la Santa Cruz y una lista de nuestros fiadores.

—¿Fiadores? —preguntó Brunetti cortésmente.

—Miembros de la comunidad que tienen a bien apoyarnos y que nos permiten dar su nombre como referencia. Digamos, una recomendación de la alta calidad de la atención que damos a nuestros pacientes.

—Comprendo. Naturalmente —dijo Brunetti moviendo la cabeza de arriba abajo pausadamente—. ¿Está también la tarifa de precios?

Si la pregunta le pareció a la *dottoressa* brusca o poco delicada, no lo demostró, y respondió a Brunetti con una señal de asentimiento.

—¿Podría echar una mirada, *dottoressa*? Para tratar de hacerme una idea de si nuestra madre podría ser feliz aquí. —Al decir esto Brunetti volvió la cara hacia un lado, como si le interesaran los libros que cubrían las paredes. No quería que la *dottoressa* Alberti pudiera ver en su cara algún indicio de la doble mentira que acababa de decir: su madre nunca vendría a este centro, como tampoco podría volver a ser feliz.

—No veo razón para que una de las hermanas no le guíe en una visita por el centro, *signor* Brunetti, por lo menos, por algunas de las dependencias.

—Muy amable, *dottoressa* —dijo Brunetti poniéndose en pie con una sonrisa afable.

Ella oprimió un pulsador que tenía encima de la mesa y, al cabo de unos minutos, la monjita entró en el despacho sin llamar.

—¿Sí, *dottoressa*? —dijo.

—Sor Clara, haga el favor de enseñar al *signor* Brunetti la sala de día y la cocina y, quizá, una de las habitaciones particulares.

—Una última cosa, *dottoressa* —dijo él, como si acabara de recordar algo.

—¿Sí?

—Mi madre es una mujer muy religiosa, muy devota. Si es posible, me gustaría hablar con la madre superiora. —Al ver que ella iba a poner reparos, se apresuró a añadir—: No es que tenga dudas; de San Leonardo no he oído más que elogios. Pero prometí a mi madre que hablaría con ella. Y, si no hablo, no puedo decirle una mentira. —Dibujó una sonrisa un poco infantil, instándola a comprender su situación.

—Bien, no es lo habitual —empezó ella. Miró a la hermana Clara—. ¿Cree que será posible, hermana?

La monja asintió.

—Acabo de ver a la madre superiora salir de la capilla.

Volviéndose hacia Brunetti, la *dottoressa* Alberti dijo:

—Entonces quizá pueda hablar con ella un momento. Hermana, ¿hará el favor de acompañar allí al *signor* Brunetti después de que haya visto la habitación de la *signora* Viotti?

La monja asintió y fue hacia la puerta. Brunetti se acercó a la mesa y tendió la mano.

—Ha sido usted de gran ayuda, *dottoressa*, muchas gracias.

La mujer se levantó para darle la mano, y nuevamente él sintió una ligera repulsión a su contacto.

—Estamos a su disposición, *signore*. Si desea más información, no dude en volver a visitarnos. —Con estas palabras, tomó la carpeta y la dio a Brunetti.

—Ah, sí —dijo él aceptándola con una sonrisa de gratitud antes de ir hacia la puerta. Cuando llegó a ella, se volvió con un gracias final antes de salir detrás de la hermana Clara.

De nuevo en el patio, la monja fue hacia la izquierda, entró en el edificio por otra puerta y avanzó por un ancho corredor. Al fondo había una gran sala en la que se veía a unos cuantos ancianos. Dos o tres mantenían conversaciones que la reiteración hacía languidecer. Media docena estaban inmóviles, contemplando recuerdos o, quizá, pesares.

—La sala de día —explicó la hermana Clara sin necesidad. Se apartó de Brunetti para recoger una revista que había caído de las manos de una mujer. Se la devolvió y habló con ella un momento. Brunetti le oyó decir unas

palabras de ánimo en veneciano.

Cuando la monja volvió, él le habló en el dialecto.

—La residencia en la que ahora está mi madre también está asistida por su orden.

—¿Cuál es? —preguntó ella, más que por verdadera curiosidad, por el hábito de demostrar interés que, suponía Brunetti, tenía que desarrollarse en una persona que hacía aquella labor.

—Casa Marina, en Dolo.

—Ah, sí, la orden está allí desde hace años. ¿Por qué desea traer aquí a su madre?

—Para que esté más cerca de mi hermano y de mí. Así nuestras esposas estarían más dispuestas a venir a visitarla.

Ella asintió, comprensiva. Sabía lo que le costaba a la gente visitar a los ancianos, especialmente, si no eran los propios padres. Llevó a Brunetti por el pasillo otra vez al patio.

—Había una hermana que estuvo allí varios años y fue trasladada aquí. Hace un año, me parece —dijo Brunetti con estudiada naturalidad.

—¿Sí? —hizo la monja con la misma curiosidad educada y distante—. ¿Quién es?

—*Suor* Immacolata —dijo él, vigilando desde su mayor estatura la reacción de la joven.

Le pareció que su paso vacilaba o quizá que pisaba con más fuerza el desigual pavimento.

—¿La conoce? —preguntó Brunetti.

La vio pelear con la mentira. Al fin dijo:

—Sí —sin dar explicaciones.

Como si no hubiera advertido su reacción, Brunetti agregó:

—Era muy buena con mi madre. En realidad, mi madre llegó a quererla mucho. Mi hermano y yo estamos muy contentos de que esté aquí porque, en fin, parece que ejerce un efecto calmante en nuestra madre. —Y Brunetti agregó mirando a la hermana Clara—: Usted ya sabe cómo son algunas personas mayores. A veces... —dejó la frase sin terminar.

La hermana Clara dijo abriendo una puerta:

—La cocina.

Brunetti miró en torno simulando interés.

Terminada la inspección de la cocina, la monja lo llevó en sentido opuesto hacia una escalera. Mientras subían, explicó:

—Las mujeres están arriba. Hoy la *signora* Viotti pasa el día con su hijo y puedo enseñarle su habitación. —Brunetti iba a decir que quizá la *signora* Viotti tuviera algo que objetar a esto, pero se contuvo y siguió a la monja por un pasillo, éste, pintado de color crema y con los inevitables pasamanos.

La monja abrió una puerta y Brunetti se asomó a la habitación, diciendo lo que suele decirse ante un ambiente confortable y estéril. A continuación, la hermana Clara se volvió hacia la escalera.

—Antes de hablar con la madre superiora, me gustaría saludar a *suor* Immacolata —dijo Brunetti, y se apresuró a añadir—: Si no hay inconveniente, desde luego. No quiero distraerla de sus obligaciones.

—*Suor* Immacolata ya no está aquí —dijo la hermana Clara con voz tensa.

—Oh, sí que lo siento. Mi madre tendrá un disgusto. Y mi hermano también. —Trató de imprimir en su voz un tono de filosofía y resignación al añadir—: Pero hay que hacer la obra del Señor, dondequiera que nos envíen. —Como la monja no respondiera, Brunetti preguntó—: ¿La han enviado a otra residencia, hermana?

—Ella ya no está con nosotras —dijo la hermana Clara.

Brunetti se detuvo bruscamente, fingiendo asombro.

—¿Ha muerto? Hermana, eso es terrible. —Entonces, como si recordara los dictados de la piedad, susurró—: Que Dios se apiade de su alma.

—Sí, que Dios se apiade de su alma —dijo la hermana Clara volviéndose a mirarlo—. Ha dejado la orden. No ha muerto. Uno de los pacientes la sorprendió robando dinero en su habitación.

—Dios mío —exclamó Brunetti—. Qué horror.

—Cuando él quiso detenerla, ella le dio un empujón que le hizo caer al suelo y romperse la muñeca, y se marchó, sencillamente, desapareció.

—¿Avisarían a la policía?

—Creo que no. Se quería evitar el escándalo.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace unas semanas.

—Bien, opino que habría que dar parte a la policía. Una persona así no puede andar libremente por ahí. Abusando de la confianza y la debilidad de los ancianos. Es abominable.

La hermana Clara no hizo a esto ningún comentario. Lo llevaba por un pasillo estrecho, torció a la derecha y se paró delante de una gruesa puerta. Dio un golpe, oyó una voz, abrió y entró. Momentos después, salió y dijo:

—La madre superiora lo recibirá.

Brunetti le dio las gracias.

—*Permesso?* —dijo entrando en la habitación. Cerró la puerta a su espalda, para dar mayor legitimidad a su presencia en la habitación y miró en derredor.

La habitación estaba prácticamente vacía. Su único ornamento era un enorme crucifijo de madera tallada colgado de la pared del fondo. A su lado había una mujer alta que vestía el hábito de la orden y daba la impresión de que acababa de levantarse del reclinatorio situado delante del crucifijo. Llevaba otro crucifijo sobre su ancho pecho y miraba a Brunetti sin curiosidad ni entusiasmo.

—¿Sí? —dijo como si él acabara de interrumpirle una interesante conversación con el caballero que estaba en la cruz.

—Desearía hablar con la madre superiora.

—Yo soy la madre superiora de esta comunidad. ¿Qué desea?

—Cierta información sobre la orden.

—¿Con qué objeto?

—Con objeto de comprender su santa misión —dijo Brunetti con voz neutra.

Ella se apartó del crucifijo y fue hacia un sillón de respaldo vertical situado a la izquierda de una chimenea vacía. Se sentó e indicó una silla que estaba a su izquierda. Brunetti se acomodó en ella, de cara a la monja.

La madre superiora permaneció mucho rato callada, táctica que Brunetti conocía y practicaba, porque generalmente inducía a hablar al oponente y, las más de las veces, irreflexivamente. Él estudiaba su rostro, los ojos oscuros en los que brillaba la inteligencia y la nariz afilada, que denotaba aristocracia o ascetismo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Comisario Guido Brunetti.

—¿De la policía?

Él asintió.

—No es normal que la policía visite un convento —dijo ella finalmente.

—Yo diría que eso depende de lo que ocurra en el convento.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, lo que he dicho, madre. Mi presencia aquí obedece a unos hechos que podrían estar ocurriendo entre miembros de su orden.

—¿Y qué hechos podrían ser éstos? —preguntó ella en tono burlón.

—Hechos tales como calumnia criminal, difamación y omisión de denunciar una falta, para hablar sólo de los delitos de los que he sido testigo y acerca de los que estoy dispuesto a declarar.

—No sé de qué me habla —dijo. Brunetti la creyó.

—Hoy una hermana de su orden me ha dicho que Maria Testa, antes *suor* Immacolata y miembro de su orden, fue expulsada por tratar de robar dinero a uno de sus pacientes. También se me ha dicho que, durante el intento de cometer el delito, empujó a la víctima haciéndola caer al suelo y provocándole la fractura de la muñeca. —Hizo una pausa, para dar a su interlocutora ocasión de responder y, como ella no la aprovechara, prosiguió —: Si estas cosas sucedieron realmente, hubo delito, al que debería sumarse el de no haberlas denunciado a la policía. En el caso de que no sucedieran, la persona que me las ha relatado podría ser acusada de calumnia criminal.

—¿Se lo dijo la hermana Clara? —preguntó la monja.

—Eso no importa. Lo que importa es que la acusación refleja lo que debe de ser la opinión general entre los miembros de la orden. —Brunetti hizo una pausa y agregó—: Si no, un hecho.

—No es un hecho —dijo ella.

—¿Entonces a qué obedece el rumor?

La monja sonrió por primera vez, y no fue una visión agradable.

—Ya sabe cómo son las mujeres, chismorrean entre ellas y, especialmente, unas de otras. —Brunetti, que siempre había creído que esto era cierto, pero más de los hombres que de las mujeres, escuchaba en silencio. Ella prosiguió—: *Suor* Immacolata no es, tal como usted apunta, ex miembro de nuestra orden sino, por el contrario, sigue ligada a ella por sus

votos. —Entonces, por si Brunetti no sabía cuáles eran, los enumeró levantando los dedos de la mano derecha mientras hablaba—: Pobreza. Castidad. Obediencia. —Pronunció los dos primeros con naturalidad y, el tercero, con vehemencia.

—Si ella desea marcharse, ¿en virtud de qué ley ha de seguir siendo miembro de su orden?

—La ley de Dios —respondió ella ásperamente, como si de esta materia supiera más que él.

—¿Y esa ley tiene alguna fuerza legal?

—Si no la tiene, es que la sociedad que permite que no la tenga está enferma.

—Reconozco que nuestra sociedad tiene muchas cosas lamentables, madre, pero no admito que una de ellas sea una ley que no da libertad a una mujer de veintisiete años para retractarse de una decisión que tomó siendo adolescente.

—¿Y cómo sabe usted la edad que ella tiene?

Como si no hubiera oído la pregunta, Brunetti inquirió:

—¿Existe alguna razón por la que usted pueda mantener que Maria aún es miembro de su orden?

—Yo no «mantengo» nada —dijo ella con grueso sarcasmo—. Simplemente, digo lo que es la verdad de Dios. Él es quien ha de perdonarle su pecado; yo me limitaré a acogerla de nuevo en nuestra orden.

—Si Maria no hizo esas cosas de las que se la acusa, ¿por qué decidió dejar la orden?

—Yo no sé quién es esa Maria de la que usted habla. Yo conozco sólo a *suor* Immacolata.

—Como guste —concedió Brunetti—. ¿Por qué decidió abandonar la orden?

—Siempre ha sido voluntariosa y rebelde. Siempre le ha costado acatar la voluntad de Dios y el recto criterio de sus superiores.

—¿Cosas que, supongo, deben de ser sinónimas? —dijo Brunetti.

—Puede bromear cuanto quiera, pero lo hace por su cuenta y riesgo.

—No he venido a bromear, madre. He venido a averiguar por qué esta persona abandonó el lugar en el que trabajaba.

La monja consideró la petición durante un rato. Brunetti, que la observaba, la vio llevarse una mano al crucifijo del pecho en un gesto totalmente inconsciente.

—Se había hablado de... —empezó, pero no terminó la frase. Bajó la mirada, vio la mano que apretaba el crucifijo, la retiró y miró a Brunetti—. Desobedeció una orden de sus superiores, y cuando le sugerí que hiciera penitencia por su pecado de desobediencia, se marchó. —Con evidente reticencia agregó—: Reconozco que su conducta me sorprendió. Siempre había sido... —Se interrumpió, y Brunetti observó cómo la verdad peleaba con las responsabilidades del cargo—. Siempre había cumplido con sus obligaciones de buen grado. Pero es excitable. La gente que procede de ese medio suele serlo.

Ni el espíritu cristiano podía hacerle superar sus prejuicios contra los sicilianos.

Brunetti no hizo comentarios.

—¿Ha hablado con su confesor?

—Sí; cuando ella se fue.

—¿Y le dijo algo que ella le hubiera contado?

La monja consiguió mostrarse escandalizada por la pregunta.

—Él no puede revelar nada oído en confesión. El secreto es sagrado.

—Sólo la vida es sagrada —replicó Brunetti, e inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho.

Vio que ella reprimía una respuesta y se puso en pie.

—Gracias, madre —dijo Brunetti. Si la sorprendió la brusquedad con la que su visitante daba por terminada la entrevista, no lo demostró. Él fue a la puerta y la abrió. Cuando se volvió para despedirse, vio que la monja seguía sentada, muy erguida, apretando el crucifijo con la mano.

Brunetti se fue a su casa por el camino más corto, paró a comprar agua mineral y a las siete y media abrió la puerta. Nada más entrar, supo que ya estaban todos: Chiara y Raffi, en la sala, se reían de algo que daban por televisión y Paola, en su estudio, coreaba un aria de Rossini.

Brunetti llevó las botellas a la cocina, dijo hola a los niños y se fue por el pasillo al estudio de Paola. En un estante de la librería había un pequeño lector de CD y Paola, sentada en el sofá con el libreto en la mano, cantaba.

—¿Cecilia Bartoli? —preguntó él al entrar.

Paola levantó la mirada, asombrada de que su marido hubiera reconocido la voz de la cantante a la que estaba ayudando con el aria, sin sospechar que él había visto el nombre de la soprano en el CD del *Barbiere* que ella había comprado la semana antes.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó, olvidando por un momento el *Una voce poco fa*.

—Nosotros hemos de tener vista para todo —dijo él, y enseguida rectificó —: Mejor dicho, oído.

—No seas bobo, Guido —dijo ella, pero se reía. Cerró el libreto, lo dejó caer sobre la mesa que tenía a su lado, se inclinó y paró la música.

—¿Crees que a los niños les gustaría cenar fuera? —preguntó él.

—No; están viendo una película tonta que no acaba hasta las ocho, y yo estoy haciendo la cena.

—¿Qué hay? —preguntó él, descubriendo ahora que estaba hambriento.

—Gianni tenía hoy un cerdo estupendo.

—Bien. ¿Cómo lo haces?

—Con *porcini*.

—¿Y *polenta*?

Ella le sonrió.

—Claro. No es de extrañar que se te esté poniendo ese estómago.

—¿Qué estómago? —preguntó Brunetti haciéndolo desaparecer. Ella no contestó y él dijo—: Es lo normal cuando acaba el invierno. —Para desviar la atención de Paola, y quizá también la suya propia, del estómago, le refirió los sucesos del día desde que, aquella mañana, había recibido la llamada de Vittorio Sassi.

—¿Tú lo has llamado después?

—No; he estado muy ocupado.

—¿Por qué no lo llamas ahora? —preguntó ella. Lo dejó solo para que él pudiera hablar por el teléfono del estudio y se fue a la cocina, a poner el agua para la *polenta*.

—¿Qué hay? —le preguntó al verlo entrar, sirviéndole una copa de *dolcetto*.

—Gracias —dijo él tomando un sorbo—. Le he dicho dónde y cómo está.

—¿Qué clase de hombre parece?

—Lo bastante buena persona como para ayudarla a encontrar trabajo y alojamiento, y lo bastante sensato como para llamarme después de que ocurriera esto.

—¿Qué crees que ha sido?

—Puede haber sido un accidente o puede haber sido algo peor —dijo Brunetti tomando otro sorbo de vino.

—¿Quieres decir que pueden haber tratado de matarla?

Él asintió.

—¿Por qué?

—Eso depende de a quién haya ido a ver después de hablar conmigo. Y de lo que haya dicho a esa persona.

—¿Crees que sería tan imprudente? —Lo único que Paola sabía de Maria Testa era lo que Brunetti le había contado de *suor Immacolata* durante varios años, y todo eran elogios de su paciencia y de su caridad cristiana, no la clase de información que pudiera darle una idea de cómo podría comportarse la joven en una situación como la que describía Brunetti.

—No creo que ella lo considerara una imprudencia. Ha sido monja la mayor parte de su vida, Paola —dijo él, como si esto lo explicara todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tiene una idea muy clara de cómo reacciona la gente. Probablemente, no se ha visto expuesta a la maldad ni al engaño.

—Pero ¿no dices que es siciliana?

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía hacer un chiste, Guido —dijo Paola con voz ofendida—. Hablo en serio. Si creció en aquel ambiente... —Se volvió de espaldas a los fogones—. ¿Cuántos años dijiste que tenía cuando entró en el convento?

—Quince, creo.

—Pues, si se crió en Sicilia, sabrá del comportamiento humano lo bastante como para comprender que el mal es posible. No peques de romántico al juzgarla, no es una santa de escayola que vaya a hacerse pedazos a la primera señal de conducta reprobable o indecorosa.

Brunetti no pudo evitar que su voz sonara seca al replicar:

—Matar a cinco ancianos es algo más que indecoroso. —Paola no dijo nada, lo miró fijamente y se volvió a echar sal al agua que empezaba a hervir—. Está bien, está bien, ya sé que pruebas no hay muchas —admitió y, en vista de que Paola seguía de espaldas, fue aún más allá en sus concesiones—. Bueno, prueba, ninguna. Pero ¿a qué viene entonces ese infundio de que ha robado y lesionado a uno de los ancianos? ¿Y por qué la han atropellado y abandonado en la carretera?

Paola abrió el paquete que estaba al lado de la olla y tomó un puñado de la harina de maíz que contenía. Mientras hablaba, con una mano, iba echando harina poco a poco en el agua hirviendo y con la otra removía con una gran cuchara de madera.

—Puede haber sido un atropello fortuito. Y un puñado de mujeres juntas no tienen mucho que hacer, aparte de murmurar.

Brunetti la miraba con la boca abierta.

—¿Y así habla una mujer que se considera feminista? —dijo al fin—. No permita Dios que tenga que oír lo que dicen las no feministas acerca de las mujeres que viven solas.

—Lo digo en serio, Guido. Y da lo mismo que sean hombres o mujeres.

—Imperturbable ante su protesta, Paola seguía echando harina y removiendo lentamente—. Si pones juntas a una serie de personas, forzosamente acaban murmurando unas de otras. Y, si no hay diversiones, peor que peor.

—¿Diversiones tales como el sexo? —preguntó él, tratando de escandalizarla o, por lo menos, hacerla reír.

—Especialmente si no hay sexo.

Paola acabó de echar la harina de maíz mientras Brunetti meditaba sobre lo dicho.

—Toma, remueve mientras pongo la mesa —dijo ella, haciéndose a un lado para dejarle sitio delante del fogón y tendiéndole la cuchara.

—Yo pondré la mesa —dijo él levantándose y abriendo el armario. Lentamente, dispuso los platos, las copas y los cubiertos—. ¿Hay ensalada? —preguntó, Paola asintió y él sacó cuatro platos de ensalada y los dejó en la encimera—. ¿Postre?

—Fruta.

Bajó otros cuatro platos.

Volvió a sentarse en su sitio y levantó la copa, tomó un sorbo, tragó y dijo:

—De acuerdo, pudo ser un accidente, y puede ser casualidad que se murmure de ella en la *casa di cura*. —Dejó la copa en la mesa y se sirvió más vino—. ¿Es eso lo que piensas?

Ella acabó de remover y dejó la cuchara atravesada encima de la olla.

—No; yo creo que han querido matarla. Y creo que alguien ha hecho circular la historia de que robaba dinero. Todo lo que me has contado de ella me impide creerla capaz de mentir o robar. Y dudo que alguien que la conozca bien pueda creerlo. A no ser que la fuente sea una persona con autoridad. —Tomó un sorbo de la copa de su marido y volvió a dejarla en la mesa—. Es curioso, Guido, pero lo que estaba escuchando cuando has llegado trata de esta cuestión.

—¿De qué cuestión?

—En el *Barbiere* hay un aria preciosa... y no me interrumpas para decir que hay más de una... Me refiero a la de, ¿cómo se llama?, Basilio, el maestro de música, que trata de la calumnia que, al propagarse, hace que la víctima —y aquí Paola asombró a su marido rompiendo a cantar las últimas

frases del aria del bajo con su voz de soprano ligera—: «*Avvilito, calpestrato, sotto il pubblico flagello per gran sorte va a crepar.*»

Antes de que terminara, sus dos hijos estaban en la puerta mirando atónitos a su madre. Cuando Paola terminó, Chiara exclamó:

—*Mamma*, no tenía idea de que supieras cantar.

Paola miraba a su marido, no a su hija, al responder:

—Siempre hay algo que descubrir acerca de las madres.

Hacia el final de la cena, salieron a hablar de la escuela, lo que llevó a Paola a preguntar a su hija por la clase de religión.

—Me gustaría dejarla —dijo Chiara tomando una manzana del frutero que estaba en el centro de la mesa.

—No sé por qué no queréis que la deje —dijo Raffi—. Es perder el tiempo.

Paola, en lugar de honrar con una respuesta la aportación de su hijo a la conversación, preguntó a Chiara:

—¿Dejarla? ¿Por qué?

La niña se encogió de hombros.

—Creo que se te ha otorgado el don del habla, Chiara —dijo la madre.

—Mira, *mamma*, cuando me hablas en ese tono, ya sé que no vas a escuchar lo que te diga.

—¿Puedo preguntar a qué tono te refieres? —inquirió Paola.

—Pues a ése —replicó Chiara.

Paola miró a los hombres de la familia en demanda de apoyo frente a este ataque injustificado de su benjamina, pero ellos la asaeteaban con ojos implacables. Chiara siguió pelando la manzana, procurando sacar la piel en una sola tira, que ya llegaba al canto de la mesa.

—Perdona, Chiara —dijo Paola.

Chiara le lanzó una mirada fugaz, acabó de pelar su manzana, cortó un trozo de la fruta y lo dejó en el plato de su madre.

Brunetti decidió reanudar las negociaciones.

—¿Por qué quieres dejar la clase de religión, Chiara?

—Raffi tiene razón. Es perder el tiempo. Me aprendí de memoria el

catecismo la primera semana, y lo único que hacemos es recitarlo cuando él nos pregunta. Es aburrido, y podría dedicar ese tiempo a leer o hacer deberes. Pero lo peor es que al cura no le gusta que le hagamos preguntas.

—¿Qué clase de preguntas? —dijo Brunetti aceptando el último trozo de la manzana y permitiéndole con ello empezar a pelar otra.

—Mira —empezó Chiara, con la atención concentrada en el movimiento del cuchillo—, hoy nos estaba diciendo que Dios es nuestro padre, y, al referirse a Dios, siempre decía «Él». Entonces yo levanto la mano y le pregunto si Dios es espíritu. Él me dice que sí lo es. Y yo pregunto si un espíritu es distinto de una persona porque no tiene cuerpo, no es material. Él dice que sí y yo le pregunto cómo, siendo espíritu, Dios ha de ser masculino, si no tiene cuerpo ni nada.

Brunetti miró a su mujer por encima de la cabeza inclinada de Chiara, pero llegó tarde para advertir cualquier vestigio de sonrisa de triunfo en la cara de Paola.

—¿Y qué te ha dicho el padre Luciano?

—Se ha puesto hecho una fiera y ha empezado a gritar. Ha dicho que yo quería presumir. —Miró a Brunetti, olvidando momentáneamente la manzana—. Pero no es verdad, papá. Yo no quería presumir. Quería saber. No le encuentro sentido. Quiero decir que por qué no puede ser Dios las dos cosas.

—No lo sé, tesoro. Hace ya mucho tiempo que yo estudié eso. Supongo que Dios puede ser lo que quiera. Quizá Dios sea tan grande que escapa a nuestras pequeñas reglas sobre la realidad material y nuestro pequeño universo. ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

—No, nunca. —Chiara apartó el plato. Reflexionó un momento y dijo—: Podría ser. —Otro silencio especulativo—. ¿Puedo ir a hacer los deberes?

—Desde luego —dijo Brunetti, inclinándose para revolverle el pelo—. Si tienes dificultades con los problemas de mates, con los más difíciles, me los traes.

—¿Y qué harás, papá? ¿Decirme que no puedes ayudarme porque ahora las mates son muy distintas de cuando las estudiabas tú? —preguntó Chiara riendo.

—¿No es lo que hago siempre con tus deberes de matemáticas, *cara*?

—Sí, debe de ser lo único que puedes hacer, ¿eh?

—Eso me temo —dijo Brunetti echando la silla hacia atrás.

Cuando los chicos se fueron, Brunetti miró a Paola.

—¿De acuerdo?

—¿De acuerdo, en qué?

—En que quizá ya sea hora de que deje la clase de religión.

Paola dejó de recoger la mesa y lo miró en silencio. Estaba esperando.

—¿Te ha contado algo más acerca de las cosas que dice el cura?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No; son las otras chicas las que hablan, y diría que, aunque entre ellas se ríen, son cosas que les chocan.

—¡Por todos los santos...! —estalló Brunetti—. ¿Serán todos iguales?

—¿Iguales a quién?

—A este hombre nefasto.

Ella tardó en contestar.

—No; creo que no. —Casi de mala gana, añadió—: Yo reconocería que la mayoría no lo son, lo que ocurre es que sólo nos fijamos en los malos. Y luego generalizamos.

—Siempre creí que no los tragabas —dijo Brunetti.

—¿A quién? ¿A los curas?

—Sí.

Ella sonrió.

—Ésa es la impresión que debo de dar en mis momentos de arrebato. Pero en realidad no los detesto. Yo aborrezco a los déspotas. Y los déspotas espirituales son los peores, los más cobardes. Pero a los curas, no. Hay muchos curas buenos.

Brunetti asintió.

—Eso espero. ¿Qué hacemos? ¿Escribir una carta?

—Sí.

—¿Habrás que dar una explicación?

—Creo que no. Sólo decir que necesita más tiempo para las otras asignaturas.

—¿Y nada más?

Paola asintió.

—Nada más.

Ya que el tema de la religión había invadido su vida tanto en el ámbito doméstico como en el profesional sin que él pudiera impedirlo, aquella noche, Brunetti se dedicó a la lectura de los primeros Padres de la Iglesia, ocupación a la que no era muy dado. Empezó por Tertuliano, cuya manera de despotricar le hizo pasar rápidamente a los escritos de san Benedicto, hasta que se tropezó con un pasaje que decía: «El esposo que, en el transporte de un amor inmoderado, yace con su esposa arduosamente para satisfacer su pasión y deseara tener comercio con ella aunque no fuera su esposa, comete pecado.»

—¿Comercio? —se preguntó Brunetti en voz alta levantando la mirada del libro y sobresaltando a Paola que estaba a su lado, repasando medio dormida las notas para la clase del día siguiente.

—¿Mmmm? —hizo ella con una vaga interrogación.

—¿Y hemos dejado que esta gente educara a nuestros hijos? —preguntó, y le leyó el pasaje en voz alta.

Él, más que ver, notó cómo ella se encogía de hombros.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Quiero decir que, si pones a la gente a dieta, no piensan más que en comer. O, si obligas a alguien a dejar de fumar, no pensará más que en el tabaco. Me parece bastante lógico que, si dices a una persona que debe practicar la continencia sexual, se obsesione con el tema. Y si, encima, le das autoridad para que diga a la gente cómo ha de llevar su vida sexual, tendrás problemas. En cierto modo es como pedir a una persona ciega y sorda que enseñe Historia del Arte.

—¿Por qué nunca me habías dicho eso? —preguntó él.

—Hicimos un trato. Prometí no interferir en la educación religiosa de nuestros hijos.

—Pero esto es demencial —dijo él descargando una palmada en la página del libro.

—Claro que es demencial —repuso ella con voz perfectamente serena—. Pero ¿es más alucinante que la mayoría de las cosas que ven y leen?

—No sé a qué te refieres.

—Sex-clubs, porno infantil, sexo por teléfono, lo que tú quieras; es el reverso de la medalla del maníaco que escribió eso —dijo ella señalando desdeñosamente el libro que él tenía en las manos—. En los dos casos, el sexo se convierte en obsesión, ya sea porque no puedes hacerlo, ya porque no haces nada más. —Volvió a concentrarse en sus notas.

Al cabo de un momento, Brunetti empezó:

—Pero... —no dijo más hasta que ella levantó la mirada. Cuando vio que le escuchaba, repitió—: Pero ¿les dicen realmente estas cosas?

—Ya te lo dije en su momento, Guido: todo esto te lo dejo a ti. Fuiste tú el que insistió en que tenían que aprender... Si mal no recuerdo, tu expresión fue «cultura occidental». Bien, san Benedicto... si él es el autor de ese nefando pasaje... san Benedicto forma parte de la cultura occidental.

—Pero no pueden enseñarles estas cosas —él insistió.

Ella se encogió de hombros.

—Pregunta a Chiara —dijo volviendo a sus notas.

Brunetti, al que su mujer había dejado solo con sus diatribas, cerró el libro, lo dejó a un lado y tomó otro del montón que tenía al lado del sofá. Se concentró en *Historia de la guerra judía*, de Josefo, y había llegado a la descripción del sitio de Jerusalén por el emperador Vespasiano cuando sonó el teléfono.

Alargó la mano hacia el aparato que estaba en la mesita lateral y descolgó.

—Brunetti —dijo.

—Comisario, aquí Miotti.

—Sí, Miotti, ¿qué pasa?

—He pensado que debía llamarlo.

—¿Por qué Miotti?

—Una de las personas a las que usted y Vianello visitaron ha muerto.

—¿Quién?

—El *signor* Da Prè.

—¿Cómo?

—No estamos seguros.

—¿Que no están seguros?

—Comisario, me parece que será mejor que venga a ver.

—¿Dónde está?

—Estamos en su casa. Es en...

—Ya sé dónde es —cortó Brunetti—. ¿Qué ha pasado?

—Ha empezado a filtrarse agua por el techo del piso de abajo, y el vecino ha subido ver qué ocurría. Tiene llave, ha entrado y ha encontrado a Da Prè en el suelo del cuarto de baño.

—¿Y...?

—Parece como si se hubiera caído y desnucado, comisario.

Brunetti esperaba más explicaciones y, como no llegaban, dijo:

—Llame al *dottor* Rizzardi.

—Ya lo he llamado.

—Bien. Estaré ahí dentro de veinte minutos. —Brunetti colgó y se volvió hacia Paola, que ya no leía sino que lo miraba con curiosidad, esperando enterarse de la otra mitad de la conversación.

—Da Prè. Se ha caído y se ha desnucado.

—¿El hombrecito jorobado?

—Sí.

—Pobre, qué mala suerte —fue su reacción inmediata.

La de Brunetti tardó más en producirse y, cuando llegó, reflejó la diferencia de mentalidades y profesiones.

—Quizá.

Paola no hizo ningún comentario a esto y miró el reloj.

—Son casi las once.

Brunetti dejó a Josefo encima de san Benedicto y se levantó.

—Pues hasta mañana.

Paola le oprimió la mano.

—Ponte el pañuelo, Guido. Hace frío.

Él se inclinó, la besó en el pelo, se puso el abrigo, fue en busca del pañuelo y salió a la calle.

Cuando llegó a casa de Da Prè, vio a un policía de uniforme frente a la puerta de la escalera. Al reconocer a Brunetti, el agente saludó y, contestando a su pregunta, dijo que el *dottor* Rizzardi ya había llegado.

Arriba, junto a la puerta abierta del apartamento, por la parte de dentro, había otro policía de uniforme, Corsaro, que saludó a Brunetti y se hizo a un lado.

—El *dottor* Rizzardi está dentro, comisario.

Brunetti se dirigió hacia la parte trasera del apartamento, de la que salía luz y voces masculinas. Al entrar en lo que debía de ser el dormitorio, vio una cama baja, poco más que una cuna, arrimada a la pared. Al empezar a cruzar la habitación pisó algo blando y mojado. Se paró inmediatamente y gritó:

—Miotti.

Al momento, en la puerta del otro lado de la habitación, apareció el joven agente.

—¿Sí, señor?

—Encienda la luz.

Miotti obedeció y Brunetti se miró los pies, tratando en vano de dominar un miedo irracional a verse de pie en un charco de sangre, y respiró con alivio al comprobar que lo que tenía debajo no era nada más que una alfombra empapada en el agua que había salido del cuarto de baño. Entonces siguió andando y se paró en la puerta iluminada, por la que salían sonidos de voces y de movimiento.

Al entrar, Brunetti vio al *dottor* Rizzardi como lo había visto tantas otras veces, agachado junto a un cuerpo inerte.

Al oír ruido a su espalda, el doctor Rizzardi se enderezó. Extendió la mano, la retiró para quitarse el fino guante de goma y volvió a extenderla diciendo:

—*Buona sera*, Guido. —No sonreía, pero una sonrisa tampoco hubiera alterado la austera severidad de su cara. Era como si el contacto con todas las formas de muerte violenta hubiera afilado poco a poco sus facciones, como si su cara fuera de mármol y cada muerte hubiera ido erosionándola.

Rizzardi se apartó para que Brunetti pudiera ver el pequeño cuerpo que yacía en el suelo. Muerto, Da Prè parecía todavía más pequeño, como si estuviera a los pies de gigantes. Estaba tendido de espaldas, con el cuello doblado en un ángulo abrupto, pero sin que la cabeza tocara el suelo, como una especie de tortuga a la que unos chicos crueles hubieran puesto panza arriba y abandonado.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Brunetti. Observó que Rizzardi tenía el pantalón mojado hasta las rodillas y notó que sus propios zapatos se empapaban, de pisar el medio centímetro de agua que cubría el suelo.

—Parece que abrió el grifo de la bañera y resbaló.

Brunetti observó que la bañera estaba vacía y que ya no corría el agua. El tapón de goma negro estaba a un lado de la bañera.

El comisario volvió a mirar el cadáver. Da Prè llevaba traje y corbata, pero no zapatos ni calcetines.

—¿Resbaló en las baldosas yendo descalzo? —preguntó.

—Eso parece.

Brunetti salió del cuarto de baño andando hacia atrás y Rizzardi, que ya había terminado su examen, lo siguió. Brunetti miró en torno, aunque sin saber qué buscaba. Vio tres ventanas con las cortinas cerradas a la noche, varios cuadros en las paredes, que parecían haber sido colgados hacía décadas sin que nadie hubiera vuelto a mirarlos. La alfombra era antigua, persa, anudada a mano, ahora empapada y oscurecida. A los pies de la cama había una bata de seda roja y, debajo, ligeramente más allá del lugar al que había llegado el agua, Brunetti vio los diminutos zapatos de Da Prè, juntos, con los calcetines doblados encima.

Brunetti cruzó la habitación, se agachó y recogió los zapatos. Sosteniendo los calcetines con una mano, dio la vuelta a los zapatos y miró las suelas. Los tacones de goma negra estaban limpios y brillantes, como los de zapatos que sólo se llevan dentro de casa. Las únicas señales de uso eran dos rozaduras grisáceas en los bordes externos. Dejó los zapatos en el suelo y volvió a poner los calcetines encima.

—Nunca había visto a nadie morir de esta manera —dijo Rizzardi.

—¿No hubo hace años una película de un hombre que tenía esa enfermedad que te da aspecto de elefante y que murió así?

Rizzardi movió la cabeza negativamente.

—No la vi. He leído acerca de estas cosas o, por lo menos, acerca del peligro que supone una caída para estas personas. Pero, por regla general, sólo se fracturan alguna vértebra. —Rizzardi calló y volvió la cara hacia otro lado, y Brunetti esperó, suponiendo que estaba repasando mentalmente textos médicos. Al cabo de unos momentos, dijo—: No; me equivocaba. Ha ocurrido alguna vez. Pocas, pero ha ocurrido.

—Bien, quizá aquí tenga un caso lo bastante excepcional como para inscribir su nombre en los libros de medicina —dijo Brunetti pausadamente.

—Quizá —respondió Rizzardi, yendo hacia su maletín negro que estaba en una mesa al lado de la puerta. Echó en él los guantes de goma y lo cerró—. Me pondré con él a primera hora de la mañana, Guido, pero no voy a poder decirle nada que no sepa ya desde ahora. Se desnucó al doblársele el cuello hacia atrás con la caída.

—¿La muerte habrá sido, instantánea?

—Tiene que haberlo sido. Es una fractura limpia. Habrá notado el golpe en la espalda, pero antes de sentir dolor ya estaría muerto.

Brunetti asintió.

—Gracias, Ettore. Le llamaré. Por si encuentra algo más.

—Después de las once —dijo el médico, y volvió a tender la mano.

Brunetti la estrechó y el médico salió de la habitación. Brunetti oyó un murmullo de voces cuando Rizzardi decía algo a Miotti al salir y, luego, cerrarse la puerta del apartamento. Miotti entró entonces en el dormitorio, seguido de Foscolo y Pavese, los hombres del laboratorio.

Brunetti intercambió un saludo con ellos y dijo:

—Quiero el máximo de huellas, sobre todo, del baño y de la bañera. Y fotos desde todos los ángulos. —Se apartó hacia un lado, para que los recién llegados pudieran ver lo que había detrás.

Pavese cruzó el dormitorio y dejó el estuche de la cámara en un rincón seco, sacó las piezas del trípode y empezó a ensamblarlas.

Brunetti se arrodilló, indiferente al agua. Se apoyó en la palma de las manos y se inclinó hacia adelante, con la cabeza ladeada, mirando a ras del suelo delante de la puerta del cuarto de baño.

—Mire si puede conseguir un secador de pelo para secar esta agua sin

usar una bayeta y saque varias fotos de todo esto. —Movi6 la mano en un c6rculo amplio que abarcaba toda la zona.

—¿Para qu6, comisario?

—Quiero ver si hay rozaduras, alguna se1al de que lo hayan arrastrado al cuarto de ba1o.

—¿Esas tenemos, comisario? —pregunt6 Pavese haciendo girar el perno que fijaba la c6mara al cabezal del tr6pode.

En lugar de responder a la pregunta, Brunetti se1al6 unas leves marcas, apenas visibles bajo la fina capa de agua.

—Ah6, y ah6.

—Las conseguiremos, comisario. No se preocupe.

—Gracias —dijo Brunetti levant6ndose y mirando a Miotti—. ¿Tiene guantes? Olvid6 traerlos.

Miotti sac6 del bolsillo de la chaqueta un paquete de guantes envueltos en pl6stico. Lo abri6, dio un par a Brunetti y sac6 para s6 otro par.

—¿Puede decirme qu6 buscamos, comisario?

—No lo s6. Algo que indique que alguien le hizo eso o que alguien pod6a tener motivos para hacerlo. —Brunetti agradeci6 que Miotti no le hiciera observar que aquella respuesta no aclaraba mucho.

Brunetti fue a la sala y examin6 cuidadosamente la habitaci6n en la que Da Pr6 los hab6a recibido. Las cajitas segu6an cubriendo todas las superficies. Se acerc6 al aparador y abri6 el caj6n de arriba entre las dos puertas. Conten6a m6s cajas, algunas, envueltas en algod6n, como huevos cuadrados en nidos blancos. Tambi6n las hab6a en el segundo caj6n, y en el tercero. El caj6n de abajo estaba lleno de papeles. Encima de todo, vio una pulcra carpeta marr6n con documentos archivados con un orden casi militar, pero debajo hab6a papeles sueltos, en un mont6n: unos de cara arriba, otros de cara abajo; unos doblados por la mitad y otros por la cuarta parte. Brunetti sac6 la carpeta y los papeles con las dos manos y entonces vio que no ten6a d6nde dejarlos, porque en todas partes hab6a cajitas.

Decidi6 llevarlos a la cocina y los puso en la mesa. No le sorprendi6 que la carpeta contuviera copias de cartas enviadas por Da Pr6 a anticuarios y particulares, preguntando por la 6poca, procedencia y precio de cajas de rap6. Debajo estaban las facturas de venta de lo que parec6an centenares de cajitas,

algunas, adquiridas en lotes de veinte o más.

Dejó a un lado la carpeta y examinó los otros papeles, pero si esperaba encontrar entre ellos un indicio que apuntara a la razón de la muerte de Da Prè, tuvo que desengañarse. Había facturas de la electricidad, una carta del antiguo casero de Da Prè, un folleto de un almacén de muebles de Vicenza, un recorte de periódico que hablaba de los efectos de la ingestión sistemática de aspirina y prospectos de distintos tipos de analgésicos.

Mientras los técnicos trabajaban en las otras habitaciones y se encendían los destellos intermitentes del flash de la cámara, Brunetti examinó el dormitorio y la cocina, sin hallar absolutamente nada que indicara que allí se había producido algo más siniestro que un accidente. El mismo resultado obtuvo Miotti, que no encontró nada más que una caja de diarios y revistas atrasados.

Poco después de la una, se autorizó a los camilleros del hospital a llevarse el cadáver, y a las dos todo el equipo había terminado su tarea en el apartamento. Brunetti trató de volver a poner en su lugar todos los papeles y objetos que él y Miotti habían tocado durante su meticuloso examen del apartamento, pero no tenía idea de cuál era el sitio de la infinidad de cajitas de rapé que habían sido espolvoreadas, movidas hacia un lado, hacia atrás o puestas en el suelo. Finalmente, desistió, se quitó los guantes y dijo a Miotti que podía hacer otro tanto.

Cuando el equipo del laboratorio vio que Brunetti estaba dispuesto para marcharse, recogieron las bolsas, cámaras, cajas y pinceles, contentos de acabar y perder de vista aquellas dichas cajitas que tantas horas de trabajo les habían costado.

Brunetti se paró a decir a Miotti que no fuera a la *questura* hasta las diez, aunque sabía que el joven estaría allí a las ocho, o antes.

Al salir a la calle, la niebla le dio en la cara; era la hora más quieta y húmeda de la noche. Envolviéndose el cuello con el pañuelo, se encaminó hacia la parada de la Accademia, pero al llegar vio que por diez minutos había perdido un barco y que el siguiente no pasaría hasta dentro de cuarenta. Decidió ir andando, cortando por *campo* San Barnaba, por delante de las verjas cerradas de la universidad y subiendo por la casa de Goldoni, también cerrada a la noche.

Mientras caminaba, iba pensando en las consecuencias legales de la muerte de Da Prè. El testamento de su hermana todavía estaba pendiente de fallo, de modo que su súbita desaparición daría a los beneficiarios del codicilo impugnado la oportunidad reclamar cien millones de liras, mucho dinero para una orden religiosa que exigía voto de pobreza.

No vio a nadie hasta llegar a *campo* San Polo, por donde un guardia de uniforme verde hacía su ronda, con un dócil pastor alemán al lado. Los dos hombres se saludaron con un movimiento de la cabeza al cruzarse. El perro ni siquiera miró a Brunetti, iba tirando suavemente de su amo hacia casa, ansioso por encontrar abrigo. Al acercarse al pasaje por el que se salía del *campo*, oyó un leve chapoteo. Desde el puente, miró al agua y vio una rata de larga cola alejarse nadando lentamente. Brunetti siseó, pero la rata no le hizo más caso que el perro, y siguió nadando, en busca del cobijo de su nido.

A la mañana siguiente, antes de ir a la *questura*, Brunetti pasó por casa de Da Prè, para hablar con Luigi Venturi, el vecino que había encontrado el cadáver. Con la visita, Brunetti no averiguó más de lo que hubiera descubierto con una llamada telefónica: Da Prè raramente recibía visitas, tenía pocos amigos y Venturi no sabía quiénes eran; y el único familiar vivo del que Da Prè le había hablado era la hija de un primo lejano que residía cerca de Verona. La noche antes, Venturi no había oído ni visto absolutamente nada fuera de lo corriente, hasta que por el techo de la cocina había empezado a filtrarse agua. No; Da Prè nunca había hablado de enemigos que pudieran quererle mal. Venturi miró a Brunetti con extrañeza al oír la pregunta, y el comisario se apresuró a asegurarle que la policía sólo trataba de descartar esta remota posibilidad. No; ni él ni su vecino abrían la puerta sin preguntar quién era. Otras preguntas revelaron que aquella noche el *signor* Venturi estaba viendo un partido de fútbol por televisión y que no había pensado en Da Prè ni en lo que pudiera ocurrir en su apartamento hasta que, al entrar en la cocina para prepararse una taza de Orzoro antes de acostarse, vio el agua que resbalaba por la pared, y entonces fue cuando subió a ver qué le ocurría a su vecino.

No; no podía decirse que fueran amigos. El *signor* Venturi era viudo; y Da Prè, soltero. Pero la circunstancia de vivir los dos en el mismo inmueble fue razón suficiente para que cada uno diera al otro un juego de llaves, aunque ninguno de los dos había tenido motivo para utilizarlas, hasta aquella noche. Brunetti no sólo no había averiguado nada más por el *signor* Venturi sino que se había convencido de que no había nada más que averiguar.

Entre los papeles de Da Prè que Brunetti encontró revueltos en el cajón del mueble de la sala había varias cartas de un abogado con bufete en Dorsoduro, al que el comisario llamó al llegar al despacho. El abogado, por ese medio por el que los venecianos se enteran siempre de todo, ya tenía noticia de la muerte de Da Prè y había tratado de notificársela a la hija del primo. Pero ella se encontraba en Toronto con su marido, que era ginecólogo y asistía a un congreso internacional de su especialidad que aquella semana se celebraba en esta ciudad. El abogado dijo que seguiría tratando de ponerse en contacto con ella, pero no creía que la noticia le hiciera adelantar el regreso a Italia.

El abogado casi no pudo dar a Brunetti información sobre Da Prè. Aunque hacía años que era su procurador y aún estaba tramitando el testamento de su hermana, sus relaciones siempre fueron puramente profesionales. De la vida de Da Prè no sabía prácticamente nada, si bien, al ser preguntado sobre la cuantía de su patrimonio, estimó que, descontando el apartamento, no debía de ser grande: casi todo el dinero había sido invertido en las cajas de rapé, que había dejado al Museo Correr.

Brunetti llamó al despacho de Rizzardi y, casi sin darle tiempo a preguntar, el forense dijo:

—Sí, hay una pequeña señal en el lado izquierdo del mentón, además de la que tiene en la columna vertebral. Las dos pueden ser debidas a la caída. Se partió el cuello al caer de espaldas, como le dije anoche. Murió instantáneamente.

—¿Pueden haberle golpeado o empujado?

—Es posible, Guido. Pero no conseguirá que diga eso, oficialmente por lo menos.

Brunetti sabía que sería inútil insistir, por lo que dio las gracias al médico y colgó.

Cuando llamó al fotógrafo, éste le pidió que fuera al laboratorio a echar un vistazo. Brunetti, al entrar, vio cuatro grandes ampliaciones, dos en color y dos en blanco y negro, clavadas en el tablero de corcho de la pared del fondo.

Cruzó la sala y se paró delante de las fotos. Las miraba acercando poco a poco la cabeza hasta casi rozarlas con la nariz. En el cuadrante inferior

izquierdo de una de las fotos, se apreciaban dos tenues líneas paralelas. Poniendo el dedo sobre ellas, Brunetti se volvió a mirar a Pavese.

—¿Esto?

—Sí —dijo el fotógrafo, situándose a su lado. Suavemente, apartó el dedo de Brunetti con la goma del extremo del lápiz que tenía en la mano y resiguió las dos líneas.

—¿Rozaduras? —preguntó Brunetti.

—Podrían serlo. Pero también podrían ser otras muchas cosas.

—¿Han examinado los zapatos?

—Foscolo se ha encargado de eso. Los tacones están rozados, pero no sólo detrás sino también en otros sitios.

—¿Se podrá relacionar las marcas de los zapatos con las del suelo? —preguntó Brunetti.

Pavese movió la cabeza negativamente.

—No de forma convincente.

—¿Pueden haberlo arrastrado al cuarto de baño?

—Sí —dijo Pavese, pero se apresuró a añadir—: Aunque también pueden haber arrastrado otras cosas. Una maleta. Una silla. Un aspirador.

—¿Usted qué opina, Pavese?

Antes de contestar, Pavese golpeó la foto con el lápiz.

—Lo único que sé es lo que está en la foto, comisario. Dos marcas paralelas en el suelo. Podrían haber sido hechas con cualquier cosa.

Brunetti, al comprender que no iba a sacar nada más del fotógrafo, por lo que le dio las gracias y volvió a su despacho.

Encima de la mesa encontró dos notas de la *signorina* Elettra. La primera decía que una tal Stefania deseaba que la llamara. La segunda, que la *signorina* Elettra tenía información acerca del «asunto del cura». Nada más.

Brunetti marcó el número de Stefania y, una vez más, el tono de la respuesta le confirmó que el mercado inmobiliario estaba en crisis.

—Soy Guido. ¿Ya has vendido el apartamento de Cannaregio?

La voz de Stefania se hizo más cordial.

—Mañana por la tarde firman los papeles.

—¿Has puesto algún cirio para que no haya *acqua alta*?

—Guido, iría a Lourdes de rodillas con tal de impedir que suban las aguas

antes de que firmen.

—¿Tan mal está el negocio?

—Para qué te voy a contar.

—¿Lo vendes a los alemanes? —preguntó él.

—*Ja*.

—*Sehr gut*. ¿Has podido averiguar algo de esos apartamentos?

—Sí, pero nada muy interesante. Los tres están en el mercado desde hace meses, pero el hecho de que el dueño esté en Kenia complica cualquier operación.

—¿En Kenia? Creí que estaba en Turín. Es la dirección que figura en el testamento.

—Es posible, pero hace siete años que vive en Kenia, por lo que ya no tiene residencia en Venecia. Hay un montón de impuestos atrasados, nadie quiere encargarse de la venta de esos apartamentos, y menos, estando como está el mercado. No quieras saber.

No, pensó Brunetti, mejor no entrar en detalles; a él le bastaba saber que el heredero llevaba siete años en Kenia.

—Con esto tienes bastante para... —pero la interrumpió la señal de un teléfono que sonaba en el despacho—. Me llaman por la otra línea. Tengo que cortar, Guido. Reza para que sea un cliente.

—Rezaré. Y gracias, Steffi. *Auf Wiedersehen*.

Ella se reía al cortar la comunicación.

Brunetti llamó a la policía del Lido, que seguía sin tener información del coche ni del conductor de lo que todavía se consideraba un accidente. Brunetti bajó al despacho de la *signorina* Elettra. Cuando él entró, la joven levantó la cara con una pequeña sonrisa. Brunetti vio que hoy llevaba un sobrio vestido negro de cuello cerrado por el que asomaba una estrecha franja de algodón de un blanco deslumbrante, que recordaba un alzacuello clerical.

—¿Es eso lo que usted entiende por simplicidad monacal? —preguntó Brunetti al observar que el vestido era de seda cruda.

—Bah, esto —dijo ella, como si sólo estuviera esperando la próxima campaña del ropero parroquial para deshacerse de la prenda—. Cualquier parecido con la clerecía es completamente accidental, se lo aseguro, comisario. —Tomó unos papeles de encima de la mesa y se los dio—. Estoy

segura de que, cuando haya leído esto, comprenderá mi deseo de que el parecido sea accidental.

Él leyó las dos primeras líneas.

—¿El padre Luciano? —preguntó.

—El mismo. Un hombre muy viajado, como podrá comprobar. —Volvió a concentrarse en su ordenador, mientras Brunetti leía de pie.

La primera página contenía una breve biografía de Luciano Benevento, nacido en Pordenone hacía cuarenta y siete años. En ella se indicaban sus estudios y la circunstancia de que a los diecisiete años había entrado en el seminario. Entonces se abría el lapso de sus años de estudio para sacerdote, en el que por cierto, a juzgar por el informe académico que se incluía, no parecía haber destacado.

Siendo seminarista, Luciano Benevento había sido objeto de la atención de las autoridades por haber estado implicado en cierto incidente en un tren, relacionado con una niña cuya madre la había dejado en su compañía mientras iba a comprar unos bocadillos a otro coche. Lo ocurrido en ausencia de la madre no llegó a aclararse, y finalmente el incidente fue atribuido a la imaginación de la niña.

Después de su ordenación, veintitrés años atrás, el padre Luciano fue destinado a un pequeño pueblo del Tirol, donde estuvo cuatro años, hasta que fue trasladado, cuando el padre de una estudiante de catequesis, una niña de doce años, empezó a comentar con los vecinos del pueblo cosas extrañas acerca del padre Luciano y de las preguntas que hacía a su hija en el confesionario.

Su siguiente destino se hallaba en el Sur, y en él estuvo siete años, al cabo de los cuales fue enviado a un centro de la Iglesia para sacerdotes con problemas. La índole de los problemas del padre Luciano no se especificaba.

Allí estuvo un año y después fue destinado a una pequeña parroquia de los Dolomitas, donde permaneció cinco años sin destacarse en ningún sentido, a las órdenes de un rector cuya severidad no tenía igual en todo el norte de Italia. A la muerte del rector, el padre Luciano fue nombrado su sucesor en la parroquia, pero a los dos años era trasladado de nuevo, y aquí se aludía a «un alcalde comunista conflictivo».

De allí el padre Luciano fue destinado a una pequeña iglesia de las

afueras de Treviso, donde estuvo un año y tres meses, hasta su traslado, hacía tres años, a San Polo, desde cuyo púlpito predicaba ahora y desde cuya iglesia era enviado a contribuir a la instrucción religiosa de los jóvenes de la ciudad.

—¿Cómo ha conseguido esto? —preguntó Brunetti cuando acabó la lectura.

—Los caminos del Señor son inescrutables, comisario —fue la plácida respuesta de la *signorina* Elettra.

—Esta vez se lo pregunto en serio, *signorina*. Me gustaría saber cómo ha conseguido esta información —dijo él sin responder a la sonrisa de ella.

La joven lo miró fijamente un momento.

—Tengo un amigo que trabaja en la oficina del Patriarca.

—¿Un amigo cura?

Ella asintió.

—¿Que no ha tenido inconveniente en facilitarle esta información?

Ella volvió a mover la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo lo ha conseguido, *signorina*? Imagino que ellos querrán mantener esta información fuera del alcance del laicado.

—Eso diría yo también, comisario. —Sonó el teléfono, pero ella no hizo ademán de contestar. Después de siete señales, el aparato enmudeció—. Tiene relaciones con una amiga mía.

—Comprendo —dijo él. Y agregó, en voz neutra—: ¿Y usted se ha servido de eso para coaccionarlo?

—No, en absoluto. Hace meses que él quiere salirse. Colgar la sotana y empezar una vida decente. Pero mi amiga le ha convencido para que siga.

—¿En el despacho del Patriarca?

Ella asintió.

—¿Como sacerdote?

Ella volvió a asentir.

—¿Manejando informes y documentos tan delicados?

—Sí.

—¿Con qué objeto desea su amiga que él siga allí?

—Preferiría no decírselo, comisario.

Brunetti no repitió la pregunta, pero tampoco se apartó de la mesa.

—Lo que él hace no es en modo alguno delictivo. —Reflexionó sobre lo que acababa de decir y agregó—: Todo lo contrario.

—Creo que debo asegurarme de que eso es verdad, *signorina*.

Por primera vez en los años que llevaban trabajando juntos, la *signorina* Elettra miró a Brunetti con franca reprobación.

—¿Bastaría que le diera mi palabra?

Antes de contestar, Brunetti miró los papeles que tenía en la mano, malas fotocopias de los documentos originales. Muy borroso pero visible todavía en la parte superior, estaba el sello del Patriarca de Venecia.

Brunetti levantó la mirada.

—No creo que sea necesario, *signorina*. Antes dudaría de mí mismo.

Ella no sonrió, pero de su actitud y de su voz desapareció la tensión.

—Gracias, comisario.

—¿Cree que su amigo podría conseguir información de un religioso que pertenece a una orden y no a una parroquia?

—Si me da el nombre, podría intentarlo.

—Pio Cavaletti, de la orden de la Santa Cruz.

Ella tomó nota y levantó la cabeza.

—¿Algo más, comisario?

—No, gracias.

—No se lo daré hasta esta noche —dijo la *signorina* Elettra—. Hoy ceno con ellos.

—¿En casa de su amiga? —preguntó Brunetti.

—Sí. Nunca hablamos de esto por teléfono.

—¿Por miedo a lo que pudiera ocurrirle? —preguntó Brunetti, sin saber si hablaba completamente en serio.

—En parte —dijo ella.

—¿Y también?

—Por lo que pudiera ocurrirnos a nosotras.

La miró para ver si bromeaba, y la vio muy seria.

—¿Usted cree, *signorina*?

—Es una organización que nunca ha sido benévola con sus enemigos.

—¿Y usted es una enemiga?

—Acérrima.

Brunetti iba a preguntarle por qué, pero se contuvo. No era que no quisiera saberlo —al contrario—, pero no deseaba entrar en una discusión de este tópico ahora, en el despacho, junto a una puerta por la que en cualquier momento podía aparecer el *vicequestore* Patta. Sólo dijo:

—Estaré muy agradecido a su amigo por toda la información que pueda darme.

Volvió a sonar el teléfono y esta vez ella descolgó. Preguntó quién llamaba y luego pidió que aguardara un momento mientras ella abría carpetas en su ordenador.

Brunetti con una inclinación de cabeza, dio media vuelta y subió a su despacho con los papeles en la mano.

Y éste, pensaba Brunetti camino de su despacho, era el hombre al que, inconscientemente y hasta hacía sólo unos días, había confiado la educación religiosa de Chiara. No podía decir que hubiera sido una decisión tomada de común acuerdo con su mujer, porque Paola había dejado bien claro desde el principio que ella no quería intervenir en esta cuestión. Él sabía, desde que los niños habían empezado la escuela elemental, que su mujer se oponía a la idea, pero las consecuencias sociales de un franco rechazo de la educación religiosa recaerían en los niños y no en los padres que tomaban la decisión. ¿Qué podía hacer el niño mientras sus compañeros estudiaban el catecismo y las vidas de los santos? ¿Cómo se miraría al niño que no se sumara a los ritos de la primera comunión y la confirmación?

Brunetti recordaba un proceso judicial que el año anterior había generado titulares, sobre una pareja sin hijos, perfectamente respetable: él, médico; y ella, abogada. La Audiencia de Turín había denegado su solicitud de adopción de un niño porque los dos eran ateos y, por consiguiente, se dictaminaba que no podrían ser buenos padres.

Él se había reído con la noticia de los sacerdotes irlandeses de la sauna, como si Irlanda fuera un país tercer-mundista, oprimido por una religión primitiva, cuando en su propio país existían señales, por lo menos, para quien tuviera una mirada crítica, de una opresión similar.

No sabía qué hacer respecto a este cura; no tenía motivos para denunciarlo. Nunca había sido acusado de delito alguno, y Brunetti suponía que sería imposible encontrar, en sus antiguas parroquias, a alguien que estuviera dispuesto a testificar contra él. Se había pasado el problema a otras

instancias, un recurso bastante natural, y los que se habían librado de él seguramente callarían para no promover un escándalo.

Brunetti sabía que su sociedad tenía del acoso sexual una visión un tanto frívola, considerándolo poco más que un exceso de ardor viril. Él no compartía esta opinión. ¿Qué clase de terapia —se preguntaba— se aplicaba a sacerdotes como el padre Luciano en aquel centro al que había sido enviado? A juzgar por la trayectoria que había seguido el problemático cura después de salir de allí, la eficacia del tratamiento dejaba mucho que desear.

De nuevo en su mesa, Brunetti dejó caer los papeles frente a sí. Se quedó un rato pensativo, se levantó y fue a mirar por la ventana. Al no ver allí nada que lo interesara, volvió a la mesa y reunió todos los informes y documentos que hacían referencia a Maria Testa y a cuantos hechos pudieran tener alguna relación con lo que ella le había contado aquel día de calma, hacía semanas. Los leyó todos, tomando notas de vez en cuando. Cuando terminó la lectura, se quedó mirando fijamente la pared unos minutos, luego descolgó el teléfono y pidió que le pusieran con el Ospedale Civile.

Para su sorpresa, Brunetti consiguió sin dificultad que lo pusieran con la enfermera encargada de Cuidados Intensivos, quien, cuando él se identificó, le informó de que «la paciente de la policía» había sido trasladada a una habitación particular. No; no se habían producido cambios en su estado, seguía inconsciente. Sí, si tenía la bondad de aguardar un momento, avisaría al agente que estaba en su puerta.

Éste resultó ser Miotti.

—¿Sí, señor? —preguntó cuando Brunetti se hubo identificado.

—¿Alguna novedad?

—Tranquilidad y más tranquilidad.

—¿Qué hace usted?

—Estaba leyendo, comisario. Espero que no le importe.

—Mejor eso que mirar a las enfermeras, imagino. ¿Ha tenido alguna visita?

—Sólo el hombre del Lido, Sassi. Nadie más.

—¿Ha podido hablar con su hermano, Miotti?

—Sí, señor; anoche precisamente.

—¿Le preguntó por el cura?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Bueno, al principio no quería decir nada. No sé si por miedo a murmurar. Marco es así —explicó Miotti, como pidiendo tolerancia a su superior por semejante defecto de carácter—. Pero cuando le dije que realmente necesitaba saberlo, dijo que había rumores, sólo rumores, comisario, de que Cavaletti tenía que ver con el Opus Dei. No lo sabía a ciencia cierta. Sólo había oído rumores. ¿Comprende, comisario?

—Sí, comprendo. ¿Algo más?

—En realidad, no, señor. Traté de imaginar lo que desearía usted saber, en fin, qué me preguntaría cuando le dijera esto, y pensé que querría saber si Marco creía esos rumores, y se lo pregunté.

—¿Y?

—Los cree.

—Gracias, Miotti. Vuelva a su lectura.

—Gracias, comisario.

—¿Qué está leyendo?

—*Quattroruote* —dijo el agente, nombrando la más popular revista del motor.

—Ah. Gracias, Miotti.

—Sí, señor.

¡Oh, dulce y misericordioso Jesús crucificado, sálvanos a todos! Al pensar en el Opus Dei, Brunetti no pudo menos que formular para sus adentros una de las jaculatorias favoritas de su madre. No había misterio más enigmático que el del Opus Dei. Brunetti no sabía sino que era una organización religiosa, medio eclesiástica y medio seglar, que debía obediencia absoluta al papa y tenía por objeto una cierta renovación del poder o la autoridad de la Iglesia. Y, tan pronto como Brunetti repasó mentalmente lo que sabía del Opus Dei y cómo lo había sabido, comprendió que no podía estar seguro de que fuera verdad. Si una sociedad secreta es, por definición, un secreto, todo lo que de ella se «sepa» puede ser falso.

Los masones, con sus anillos, sus llanas de albañil y sus delantalitos de camarera de coctelería, siempre le habían hecho cierta gracia. Aunque era poca la información que Brunetti tenía acerca de ellos, le parecían más

inofensivos que amenazadores, si bien comprendía que esta impresión se debía en buena parte a que los asociaba a la bella fábula de *La flauta mágica*.

Pero el Opus Dei era algo completamente distinto. Sabía poco de ellos — casi nada— pero hasta el nombre le hacía el efecto de un soplo de aire frío en la nuca.

Brunetti trató de distanciarse de todo prejuicio estúpido y de recordar algo que hubiera leído u oído acerca del Opus Dei que fuera tangible y verificable, y no encontró nada. Sin saber cómo, se encontró pensando en los gitanos; y es que «sabía» cosas de los gitanos del mismo modo en que «sabía» cosas del Opus Dei: lo que se oye por ahí, lo que dice la gente, pero ni un nombre, ni una fecha, ni un hecho. El resultado era ese aire de misterio que toda sociedad secreta tiene para los que no pertenecen a ella.

Trató de pensar en alguien que pudiera darle información concreta, pero no pudo recordar a nadie, como no fuera el amigo anónimo de la *signorina* Elettra empleado en el despacho del Patriarca. Si la Iglesia había alimentado una víbora en su seno, la información habría que buscarla precisamente en el seno.

Ella levantó la cabeza al oírle entrar, sorprendida de volver a verlo tan pronto.

—¿Sí, comisario?

—Deseo pedir a su amigo otro favor.

—¿Sí, señor? —dijo ella alargando la mano hacia el bloc.

—El Opus Dei.

Su gesto de sorpresa, no más que un mínimo agrandamiento de los ojos, no pasó inadvertido a Brunetti.

—¿Qué quiere saber, comisario?

—Si podrían tener algo que ver con todo esto.

—¿Se refiere a los testamentos y la mujer del hospital?

—Sí. —Entonces, como si acabara de ocurrírsele, Brunetti añadió—: ¿Y podría preguntarle también si el padre Cavaletti tiene alguna relación con la organización? —Cuando ella acabó de escribir, él preguntó—: ¿Usted, *signorina*, sabe algo de ellos?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No más de lo que se dice por ahí. Son reservados, son serios y son

peligrosos.

—¿No exagera?

—No.

—¿Sabe si tienen un...? —Brunetti ignoraba el término apropiado—.

¿Un capítulo en la ciudad?

—No, señor; no lo sé.

—Es curioso —dijo Brunetti—. Nadie sabe nada en concreto y, no obstante, la gente los mira con prevención y hasta con temor. —Como ella no respondiera, insistió—: ¿No le parece extraño?

—A mí me parece todo lo contrario.

—¿Y es?

—Que, si supiéramos más, les tendríamos más miedo.

Entre los papeles que tenía encima de la mesa, Brunetti encontró el número particular del *dottor* Fabio Messini, lo marcó y preguntó por él. La persona que contestó, una mujer, dijo que el *dottore* estaba muy ocupado para ponerse al teléfono y preguntó quién llamaba. Brunetti no dijo más que «Policía», a lo que la mujer, con audible mala gana, dijo que iría a ver si el *dottore* podía dedicarle un momento.

Transcurrieron muchos momentos hasta que una voz masculina dijo:

—¿Sí?

—¿*Dottor* Messini?

—Por supuesto. ¿Con quién hablo?

—Comisario Guido Brunetti. —Hizo una pausa, para dejar que calara el grado y agregó—: Nos gustaría que contestara varias preguntas, doctor.

—¿Sobre qué, comisario?

—Sus residencias geriátricas.

—¿Qué sucede con ellas? —preguntó Messini, con más impaciencia que curiosidad.

—Concretamente, sobre ciertas personas que trabajan allí.

—Del personal no sé absolutamente nada —dijo Messini con indiferencia, con lo que consiguió que Brunetti sospechara de inmediato acerca de la situación legal de las enfermeras filipinas que trabajaban en la residencia de su madre.

—Preferiría no hablar de ello por teléfono —dijo Brunetti, consciente de que, a veces, un toque de misterio servía tanto para excitar la curiosidad como para levantar la liebre.

—Bien, no esperaré que yo vaya a la *questura*, ¿verdad? —dijo Messini con la voz cargada del sarcasmo del prepotente.

—Pues sí, a no ser que desee usted someter a sus pacientes a las molestias de una redada de la *Guardia di Frontiere* que vaya a interrogar a sus enfermeras filipinas. —Brunetti marcó una pausa milimétrica antes de agregar—: *Dottore*.

—No sé de qué me habla —insistió Messini en una voz que decía todo lo contrario.

—Como usted prefiera, *dottore*. Esperaba poder hablar de esto amigablemente y quizá resolverlo antes de que resultara embarazoso, pero ya veo que es imposible. Lamento haberle molestado —dijo Brunetti con un acento que se esforzó en hacer cordialmente terminante.

—Un momento, comisario. Quizá me he precipitado y quizá sea preferible que hablemos.

—Si está muy ocupado, lo comprenderé perfectamente, *dottore* —dijo Brunetti volublemente.

—Bien, estoy ocupado, pero podría hacer un hueco, quizá esta tarde. Un momento, miraré mi agenda. —El sonido se amortiguó cuando Messini tapó el micro con la mano mientras hablaba con otra persona. Al poco volvía a oírse su voz—: Hoy tenía un almuerzo que se ha anulado. ¿Me permite invitarlo a almorzar, comisario?

Brunetti no dijo nada, esperando oír el nombre del restaurante, que indicaría la cuantía del soborno que Messini calculaba que tendría que pagar.

—¿Da Fiori? —propuso Messini, nombrando el mejor restaurante de la ciudad. También era señal de que Messini era lo bastante importante como para contar con que siempre habría mesa para él. Pero, lo más interesante: indicaba a Brunetti que estaba en lo cierto en lo referente a los pasaportes y los permisos de trabajo de las enfermeras extranjeras que atendían sus residencias.

—No —dijo Brunetti con la voz del funcionario del Estado que no se vende por un almuerzo. Por un almuerzo y nada más.

—Lo siento, comisario. Pensé que sería un ambiente agradable para conocernos.

—Quizá podríamos conocernos en mi despacho de la *questura*. —

Brunetti esperó una fracción de segundo antes de lanzar su risa de hombre de mundo celebrando su propio chiste y agregó—: Si a usted le va bien, *dottore*.

—Desde luego. ¿Le parece bien a las dos treinta?

—Perfectamente.

—Entonces hasta luego, comisario —dijo Messini colgando el teléfono.

A la llegada del *dottor* Messini, tres horas después, Brunetti disponía de una lista de las enfermeras extranjeras que trabajaban en sus residencias. La mayoría, como recordaba el comisario, eran filipinas, aunque también había dos de Pakistán y una de Sri Lanka. Todas ellas figuraban en la nómina informatizada de Messini, un sistema al que era tan fácil acceder que la *signorina* Elettra dijo que hasta Brunetti hubiera podido conseguirlo desde el teléfono de su casa. Brunetti, para el que los misterios de aquel ordenador eran impenetrables, nunca sabía si aquella mujer hablaba en serio o en broma. Tampoco se molestó en indagar, ni siquiera en preguntarse, si semejantes invasiones eran lícitas o no.

Cuando tuvo los nombres, bajó a hablar con Anita de *Ufficio Stranieri*, que antes de una hora le subía los expedientes. En todos los casos, las mujeres habían entrado en el país como turistas y posteriormente obtenido prórrogas del visado acreditando que cursaban estudios en la Universidad de Padua. Brunetti sonrió al ver los departamentos en los que supuestamente se hallaban matriculadas, elegidos, evidentemente, para rehuir la atención de la que ahora eran objeto: Historia, Derecho, Ciencias Políticas, Psicología y Agronomía. Brunetti no pudo menos que reírse del torrente de imaginación que revelaba la mención de esta última especialidad, que no se impartía en aquella Universidad. Quizá el *dottor* Messini resultara un hombre original.

El doctor llegó puntualmente; Riverre abrió la puerta del despacho de Brunetti a las dos treinta en punto anunciando:

—El *dottor* Messini, comisario.

Brunetti levantó la mirada de las fichas de las enfermeras, saludó a Messini con un leve movimiento de la cabeza y luego, casi como reparando un olvido, se levantó y señaló la silla situada frente a su mesa.

—Buenas tardes, *dottore*.

—Buenas tardes, comisario —dijo Messini sentándose y mirando en derredor, para hacerse una idea del ambiente y, presumiblemente, del hombre al que había venido a ver.

Messini podría haber sido un noble renacentista, uno de los ricos y corruptos. Era un hombre corpulento que había llegado a la fase en la que el músculo se expande formando mole, antes de convertirse en gordura. Sus labios eran su mejor rasgo, carnosos y bien dibujados, con una tendencia natural a curvarse en una sonrisa de buen humor. La nariz era más corta de lo que correspondía a una cabeza tan grande y los ojos estaban un poco juntos.

Su forma de vestir sugería, discretamente, riqueza; la misma idea que refulgía en sus zapatos. Las fundas de los dientes, tan buenas que hasta amarilleaban un poco por la edad, se mostraron en una sonrisa cordial cuando, una vez inspeccionado el despacho, Messini se volvió hacia Brunetti.

—¿Ha dicho que deseaba preguntarme por ciertas personas que trabajan para mí, comisario? —La voz era natural y serena.

—Sí, *dottore*; tengo varias preguntas acerca de algunas de sus enfermeras.

—¿Y qué preguntas son?

—¿Cómo es que se encuentran trabajando en Italia?

—Como le he dicho esta mañana por teléfono, comisario... —empezó Messini sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de la americana. Sin preguntar, encendió uno, buscó un cenicero con la mirada y, al no encontrarlo, dejó el fósforo en el borde de la mesa—... yo no me ocupo de las cuestiones de personal. Para eso están mis gerentes. Y para eso les pago.

—Y generosamente, sin duda —dijo Brunetti con una sonrisa que él pretendía sugerente.

—Mucho —dijo Messini, captando la observación y el tono y cobrando ánimo por ambas cosas—. ¿Cuál es el problema?

—Al parecer, varias de sus empleadas carecen de los permisos necesarios para trabajar legalmente en este país.

Messini levantó una ceja con lo que podía pasar por asombro.

—Me resulta difícil de creer. Estoy seguro de que se han obtenido todos los permisos y se han rellenado todos los impresos reglamentarios. —Miró a

Brunetti, que sonreía apenas mirando los papeles que tenía delante—. Ni que decir tiene, comisario, que si hubiera habido algún descuido, si tuviéramos que cumplimentar otras formalidades o... —aquí hizo una pausa, buscando la fórmula más delicada, y la encontró—... satisfacer derechos de gestión, puede tener la seguridad de que con sumo gusto haré cuanto sea preciso para normalizar mi situación.

Brunetti sonrió, impresionado por el magistral dominio del eufemismo de que hacía gala Messini.

—Muy generoso, *dottore*.

—Es usted muy amable, pero creo que es lo correcto. No repararé en medios para estar a bien con las autoridades.

—Lo dicho, muy generoso —repitió Brunetti con una sonrisa que él trataba de hacer venal.

Al parecer, consiguió su propósito, porque Messini dijo:

—No tiene más que decirme a cuánto ascienden esos derechos de gestión.

—En realidad —dijo Brunetti dejando los papeles y mirando de frente a Messini, al que encontró pasando considerables apuros con la ceniza del cigarrillo—, no deseaba hablarle de las enfermeras sino de un miembro de la orden de la Santa Cruz.

Según la experiencia de Brunetti, eran contados los granujas que conseguían parecer inocentes, pero Messini no sólo parecía inocente sino también desconcertado.

—¿La Santa Cruz? ¿Se refiere a las monjas?

—También hay padres, según creo.

Esto parecía una novedad para él.

—Sí, creo que sí —dijo Messini después de una pausa—. Pero en las residencias sólo trabajan monjas. —El cigarrillo se había consumido casi hasta el filtro. Brunetti lo vio mirar al suelo y descartar la idea antes que el cigarrillo que, finalmente, depositó con sumo cuidado, en sentido vertical, sobre el filtro, al lado de los restos del fósforo.

—Hace un año, aproximadamente, una de las hermanas fue trasladada.

—¿Sí? —preguntó Messini con escaso interés, evidentemente confuso por el cambio de tema.

—Fue trasladada de la residencia de Dolo a la de San Leonardo de esta

ciudad.

—Si usted lo dice, comisario. No estoy al corriente de los asuntos de personal.

—¿Aparte las enfermeras extranjeras?

Messini sonrió. En el tema de las enfermeras pisaba terreno conocido.

—Me gustaría saber si conoce usted las razones del traslado. —Antes de que Messini pudiera decir algo, Brunetti agregó—: Puede considerar su respuesta como una especie de derechos de gestión, *dottor* Messini.

—No sé si lo he entendido.

—Eso no importa, *dottore*. Me gustaría que me dijera qué sabe del traslado de esta hermana. No creo que pudiera pasar de una de sus residencias a otra sin que usted se enterase.

Messini reflexionaba, y Brunetti observaba su expresión mientras el hombre trataba de adivinar qué peligro encerraría para él la respuesta que pudiera dar. Finalmente, dijo:

—Ignoro qué información desea, comisario, pero sea cual fuere, no puedo dársela. De las cuestiones de personal se encarga la jefa de enfermeras. Créame, si pudiera ayudarle, lo haría, pero no es cosa de la que yo me encargue directamente.

Aunque, en general, si una persona pide que la creas, es señal de que está mintiendo, Brunetti creyó que Messini decía la verdad. El comisario movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Esta misma monja dejó la residencia hace varias semanas. ¿Lo sabía?

—No.

También esto lo creyó Brunetti.

—¿Cómo es que la orden de la Santa Cruz ayuda a atender sus residencias, *dottore*?

—Es una historia larga y complicada —dijo Messini con una sonrisa que quizá a otra persona que no fuera Brunetti le hubiera parecido encantadora.

—Yo no tengo prisa, *dottore*. ¿La tiene usted? —La sonrisa de Brunetti estaba totalmente desprovista de encanto.

Messini echó mano del paquete de cigarrillos, pero volvió a guardarlo sin sacar ninguno.

—Cuando, ocho años atrás, me hice cargo de la dirección de la primera

residencia, éstas eran atendidas únicamente por la orden, que me contrató sólo en calidad de director médico. Pero, con el tiempo, se hizo evidente que, si seguían dependiendo exclusivamente de la caridad, tendrían que cerrar. —Messini miró fijamente a Brunetti—. La gente carece de generosidad.

—Vaya —fue lo único que Brunetti se permitió decir.

—Yo, que ya me dedicaba a la tarea de ayudar a los ancianos y enfermos, consideré entonces la pésima situación económica de la institución y comprendí que ésta sólo sería viable si se convertía en centro privado. —Al ver que Brunetti lo seguía, prosiguió—: Hubo una reorganización, lo que en el lenguaje de la economía llamaríamos hoy una privatización... de la que pasé a ser administrador a la par que director médico.

—¿Y la orden de la Santa Cruz? —pregunto Brunetti.

—La principal tarea de la orden ha sido siempre la atención a los ancianos, por lo que se decidió que las monjas formaran parte del personal de las residencias, pero en calidad de asalariadas.

—¿Y los salarios?

—Se pagan a la orden, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Brunetti, pero antes de que Messini pudiera hacer alguna objeción al tono, preguntó—: ¿Y quién los cobra?

—No tengo ni idea. La madre superiora, probablemente.

—¿A qué nombre se extienden los cheques?

—A nombre de la orden.

A pesar de que Brunetti le hablaba con una cortés sonrisa, Messini estaba profundamente desconcertado. No entendía nada. Encendió otro cigarrillo, dejando la cerilla al lado del filtro vertical.

—¿Cuántos miembros de la orden trabajan para usted, *dottore*?

—Eso tendrá que preguntarlo a mi contable. Yo diría que unas treinta monjas.

—¿Cuánto se les paga? —Antes de que Messini pudiera volver a invocar al contable, Brunetti repitió la pregunta—: ¿Cuánto se les paga?

—Yo diría que unas quinientas mil liras mensuales.

—O sea, aproximadamente una cuarta parte de lo que cobraría una enfermera.

—La mayoría no son enfermeras —replicó Messini—. Son auxiliares.

—Y, tratándose de miembros de una orden religiosa, supongo que no tendrán ustedes que pagar seguros sociales.

—Comisario —dijo Messini por primera vez con irritación en la voz—, puesto que usted ya lo sabe todo, no veo de qué puede servirle tenerme aquí contestando preguntas. Además, si va a seguir por ahí, creo que será mejor que esté presente mi abogado.

—Sólo una pregunta más, *dottore*. Y le aseguro que no es necesaria la presencia de su abogado. Yo no pertenezco a la *Guardia di Finanza* ni a la *Guardia di Frontiere*. A quién contrate usted ni cuánto les pague no me interesa.

—Pregunte.

—¿Cuántos pacientes le han dejado dinero a usted o a la residencia?

Aunque sorprendido por la pregunta, Messini respondió rápidamente:

—Tres, si mal no recuerdo, y en todas las ocasiones he renunciado al legado. Procuero desterrar esa práctica. Si alguna vez me he enterado de que un paciente tenía esa intención, he hablado con sus familiares para que lo disuadieran.

—Muy generoso, *dottore*, y hasta altruista.

Messini estaba cansado de juegos, por lo que dijo la verdad, y la dijo ásperamente:

—Quien dijera tal cosa sería un idiota. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó—. Imagine el efecto. Si eso trascendía, a la gente le faltaría tiempo para sacar a sus familiares de nuestros centros y llevarlos a otro sitio.

—¿Adónde fue a parar el dinero de esos legados a los que renunció?

—No tengo ni idea.

—¿Podría haber ido a manos de alguna otra persona de la residencia?

—A nadie de mi personal. Del seglar por lo menos. Es causa de despido fulminante.

—¿Y al religioso?

—Han hecho voto de pobreza. Por lo menos, las mujeres.

—Comprendo —dijo Brunetti—. ¿Podría darme el nombre de una de esas personas a las que disuadió? Es decir, de sus familiares.

—¿Qué piensa hacer?

—Llamarles.

—¿Cuándo?

—En cuanto usted salga, *dottore*. Antes de que pueda llegar a un teléfono. Messini ni se molestó en mostrarse ofendido.

—Caterina Lombardi. Su familia vive en Mestre. Su hijo se llama Sebastiano.

Brunetti tomó nota. Levantando la mirada dijo:

—Me parece que eso es todo, *dottore*. Gracias por su tiempo.

Messini se levantó pero no tendió la mano. Sin decir nada, cruzó el despacho y salió. No dio portazo.

Antes de que Messini tuviera tiempo de salir de la *questura* y usar su teléfono móvil, Brunetti ya había hablado con la esposa de Sebastiano Lombardi, quien confirmó que Messini les había sugerido que convencieran a la madre de su marido para que no cambiara el testamento a favor de la residencia. Antes de colgar, la *signora* Lombardi hizo grandes elogios del *dottor* Messini y de la atención humana y afectuosa que dispensaba a sus pacientes. El asentimiento de Brunetti fue tan efusivo como falso. En esta nota terminó la conversación.

Brunetti decidió pasar el resto de la tarde en la Biblioteca Marciana, y salió de la *questura* sin preocuparse de decir adónde iba. Antes de graduarse en Derecho por la Universidad de Padua, Brunetti había hecho tres años de Historia en Cà Foscari, donde había tenido ocasión de hacerse un documentalista competente, por lo que se movía con tanta soltura por los catálogos de la Marciana, como por los tortuosos pasillos del Archivio di Stato.

Mientras subía por la Riva degli Schiavoni, divisó a lo lejos la biblioteca de Sansovino y, como solía ocurrirle al contemplar su atrevida arquitectura, sintió que se le ensanchaba el corazón. Los grandes constructores de la Serena República, que sólo disponían de la fuerza de los brazos del hombre, habían conseguido obrar semejante milagro con balsas, cuerdas y poleas. Entonces pensó en los horrendos edificios con los que los venecianos de hoy desfiguran su ciudad: el hotel Bauer Grunwald, la Banca Cattolica, la estación del ferrocarril, doliéndose, y no por primera vez, de los estragos que causa la codicia humana.

Bajó por el último puente, salió a la Piazza y su tristeza se disipó a la vista de una belleza que sólo el hombre puede crear. Un viento de primavera jugaba con las grandes banderas que flameaban delante de la Basílica, y Brunetti sonrió al ver cómo el león de San Marcos, rampante en su campo escarlata, imponía más que las tres franjas paralelas de Italia.

Cruzó la Piazza, pasó bajo la Logetta y entró en la biblioteca, un lugar en el que no se veía ni a un turista, lo cual no era uno de los menores de sus muchos atractivos. Pasó entre las dos grandes estatuas, mostró su *tessera* en

la ventanilla de recepción y entró en la sala. Buscó «Opus Dei» en los catálogos principales y, al cabo de un cuarto de hora, tenía referencias sobre cuatro libros y siete artículos de varias revistas.

Cuando mostró la lista a la bibliotecaria, ella sonrió, dijo que se tardarían unos veinte minutos en recopilar el material y le invitó a tomar asiento. Él, caminando en silencio por aquel lugar en el que hasta volver una página podía ser una intrusión, se instaló en el extremo de una de las largas mesas. Mientras esperaba, abrió uno de los tomos de la Biblioteca Clásica Loeb completamente al azar y pasó la mirada por el texto latino, curioso por averiguar si algo recordaba de esta lengua. Eran las cartas de Plinio el Joven, en las que Brunetti empezó a hojear lentamente, buscando la que describía la erupción del Vesubio, en la que había perdido la vida el tío del autor.

Brunetti iba por la mitad del relato, admirándose de la poca atención que el autor dedicaba al que había llegado a considerarse uno de los mayores acontecimientos del mundo antiguo y de los muchos conocimientos que conservaba él de la lengua de aquel mundo, cuando se le acercó la bibliotecaria y dejó a su lado un montón de libros y revistas.

Él le dio las gracias con una sonrisa, devolvió a Plinio a su polvoriento retiro y concentró la atención en los libros solicitados. Dos de ellos parecían ser opúsculos de propaganda escritos por miembros del Opus Dei o, cuando lo menos, personas bien predispuestas hacia la organización y sus objetivos. Brunetti estuvo leyéndolos por encima, hasta que su entusiasta retórica y sus constantes alusiones a la «santa Obra» empezaron a irritarlo. Los otros dos eran de carácter más crítico y, quizá por ello, también más interesantes.

El Opus Dei, fundado en España en 1928 por don José Maria Escrivá, un sacerdote con pretensiones aristocráticas, tenía por objeto recuperar para la Iglesia católica la influencia política. Uno de sus fines declarados era el fomento de los principios cristianos y, por ende, del poder cristiano, en el mundo secolar. Con este fin, los miembros de la orden se dedicaban a propagar las doctrinas de la Iglesia en general y de la orden en particular en el lugar de trabajo, el hogar y en la sociedad en que vivían.

Para facilitar esta tarea, la orden se había dotado de una estructura militar, en la que el poder se concentraba en los grados más altos, y utilizaba un léxico semimilitar de su invención que fomentaba un sentimiento de unidad y

—Brunetti no lo dudaba— de superioridad. Al parecer, se instaba a los miembros solteros a dar todos sus bienes a la orden, mientras que los casados sólo debían hacer «donaciones». Ahora bien, a todos se les entregaban unos impresos testamentarios que facilitaban el legado de todo su patrimonio a la orden. Cuando Brunetti leyó que, en general, la actividad sexual estaba mal vista, levantó la mirada del texto un momento. Todo se reducía siempre al sexo, el dinero o el poder: les tomas el dinero y les niegas el sexo, y aquí tenías el *quid* del Opus Dei.

La afiliación a la orden era secreta. A pesar de que sus portavoces — todos, hombres— negaban sistemática y categóricamente que esto hiciera del Opus Dei una sociedad secreta, se mantenía cierto hermetismo acerca de sus objetivos y actividades, y no podía hacerse un cálculo exacto del número de socios. Brunetti supuso que se daría la explicación habitual: la existencia de un «enemigo» que tramaba la destrucción de la sociedad... y no digamos, del orden moral universal. A causa del poder político de muchos de sus miembros y también de la protección y apoyo que les ofrecía el actual papa, el Opus Dei ni pagaba impuestos ni estaba sometido a control legal en ninguno de los países en los que se dedicaba a su sagrada misión. De los muchos misterios que envolvían a la sociedad, el de sus finanzas era el más impenetrable.

Brunetti hojeó lo que le quedaba del primer libro, leyendo por encima sus explicaciones sobre «numerarios», «fidelidades» y «electos» y después abrió el segundo. Había bastante especulación, mucha suspicacia, pocos hechos y ninguna prueba. Estos libros parecían poco más que el reverso de la reluciente medalla que presentaban los amigos de la orden: mucha pasión y poca concreción.

Pasó a las revistas, y enseguida vio, con la consiguiente decepción, que todos los artículos habían sido sistemáticamente recortados. Con las revistas en la mano, atravesó la sala principal hasta el escritorio de la bibliotecaria. Dos lectores canosos dormitaban en el linde de los círculos de luz que irradiaban las lámparas de sobremesa.

—En estas revistas faltan hojas —dijo poniéndolas encima de la mesa.

—¿Otra vez los antiabortistas? —preguntó ella con evidente disgusto pero sin sorpresa.

—No; el Opus Dei.

—Mucho peor —dijo la mujer con resignación atrayendo las revistas hacia sí. Todas se abrían por el sitio en que faltaban las hojas. Ella movió la cabeza tristemente ante aquellas mutilaciones implacables.

—No sé si habrá dinero para reponerlas todas —dijo apartando las revistas a un lado suavemente, como deseosa de evitarles más daño.

—¿Esto ocurre con frecuencia?

—Sólo desde hace unos años —dijo ella—. Debe de ser la última forma de protesta. Destruyen todos los artículos que contengan información que les desagrada. Creo que hace años hicieron una película sobre esto, gente que quemaba libros.

—Nosotros, por lo menos, no llegamos a tanto —dijo Brunetti, tratando de infundirle, con una sonrisa, este consuelo mínimo.

—Todavía no —dijo ella, volviéndose hacia uno de los lectores que se había acercado a su escritorio.

Fuera, en la Piazza, Brunetti se paró a mirar el *bacino* de San Marcos, luego se volvió y se quedó contemplando las ridículas cúpulas de la basílica. Había leído que en California hay un lugar al que las golondrinas regresan todos los años en la misma fecha. ¿El día de san José? Aquí venía a ocurrir lo mismo: la segunda semana de marzo, reaparecían los turistas, guiados por una brújula interior que los traía precisamente a estas orillas. Cada año venían en mayor número y cada año la ciudad se hacía más hospitalaria para ellos, en detrimento de sus habitantes. Las fruterías cerraban, las zapaterías cesaban en el negocio y eran sustituidas por tiendas que vendían máscaras, encaje hecho a máquina y góndolas de plástico.

Brunetti reconoció uno de sus accesos de mal humor, exacerbado éste por su tropezón con el Opus Dei, y como sabía que, para disiparlo, nada mejor que caminar, enfiló la Riva degli Schiavoni, con el agua a su derecha y los hoteles a su izquierda. Cuando llegó al primer puente, caminando a buen paso al sol de la media tarde, ya se sentía mejor. Y entonces, al ver las gaviotas aletear vigorosamente a ras de agua, sintió el corazón muy ligero, como si también él fuera a levantar el vuelo hacia San Giorgio, tras un *vaporetto*.

Un indicador de dirección del Ospedale San Giovanni e Paolo lo decidió y, a los veinte minutos, estaba allí. La enfermera encargada de la planta a la

que había sido trasladada Maria Testa le dijo que no se había producido ningún cambio en su estado, y que se encontraba en una habitación particular, la número 317, al fondo del pasillo, a la derecha.

Junto a la puerta de la habitación 317, Brunetti encontró una silla y, en el asiento, el último número de *Topolino*, abierto. Sin pararse a pensarlo ni a llamar, Brunetti abrió la puerta y entró. Una vez dentro, instintivamente se situó al lado de la puerta que aún estaba cerrándose, mientras sus ojos registraban la habitación.

En la cama, cubierta por la manta, había una figura de la que partían tubos que iban a recipientes de plástico, unos colgados de soportes altos y otros puestos en el suelo. El grueso vendaje del hombro seguía en su sitio, lo mismo que el de la cabeza. Pero la persona que Brunetti vio al acercarse a la cama parecía diferente: la nariz, afilada como el pico de un ave, los ojos hundidos y un cuerpo que casi no abultaba, de lo mucho que había adelgazado en sólo unos días.

Brunetti, lo mismo que la última vez, miraba fijamente aquella cara por si algo podía revelarle. La mujer respiraba lentamente, con unos intervalos tan largos que a cada exhalación Brunetti temía que fuera la última.

Miró la habitación y no vio flores, ni libros, ni vestigio de compañía humana. A Brunetti le chocó esto, y le pareció muy triste: una mujer tan joven, con toda una vida ante sí, atada a una cama de hospital, sin poder hacer más que respirar y sin que, al parecer, hubiera en el mundo alguien a quien importara que esta vida se truncara.

En la silla del pasillo estaba ahora Alvise, absorto de nuevo en la lectura, de la que no se molestó en levantar la mirada cuando salió Brunetti.

—Alvise.

El agente alzó la cara abstraído y, al reconocer al comisario, se puso en pie de un salto y saludó, sin soltar la revista de historietas.

—¿Sí, señor?

—¿Dónde estaba?

—He bajado a tomar un café porque se me cerraban los ojos, comisario. No quería dormir, no fuera a entrar alguien en la habitación.

—¿Y no se le ha ocurrido, Alvise, que podía entrar alguien mientras usted no estaba?

Si Alvise hubiera sido el intrépido Cortés, mudo, en lo alto de un pico de Darien, no hubiera sido mayor su estupor.

—Pero antes hubieran tenido que saber que yo no estaba.

Brunetti no dijo nada a esto.

—¿No le parece, comisario?

—¿Quién le ha asignado este servicio, Alvise?

—En la oficina hay una lista, comisario, nos turnamos.

—¿A qué hora lo releven?

Alvise dejó caer la revista a la silla y miró el reloj.

—A las seis, comisario.

—¿Quién lo sustituye?

—No lo sé, comisario. Yo sólo miro mis servicios.

—No quiero que se mueva de aquí hasta que lo releven.

—Sí, señor, quiero decir, no, señor.

—Alvise —dijo Brunetti acercando su cara a la del agente hasta oler el café y la grappa en el aliento de éste—, si vuelvo y lo encuentro sentado o leyendo o en algún sitio que no sea delante de esta puerta, será expulsado del cuerpo tan pronto que no tendrá tiempo ni de explicárselo a su enlace sindical. —Alvise fue a protestar, pero Brunetti lo cortó—: Una palabra, Alvise, una sola palabra y está acabado. —Brunetti dio media vuelta y se alejó sin ver el saludo del agente ni oírle susurrar, aterrado:

—Sí, señor.

Brunetti esperó hasta después de la cena para decir a Paola que en su investigación había surgido el Opus Dei. No lo demoró porque dudara de su discreción sino porque temía la inevitable pirotecnia de su reacción al oír este nombre. Ésta se produjo mucho después de la cena, cuando Raffi se había ido a su cuarto a terminar sus deberes de Griego y Chiara al suyo a leer, pero no por aplazada perdió ni un ápice de su fuerza explosiva.

—¿El Opus Dei? ¿El Opus Dei? —La salva inicial cruzó la sala, desde donde ella estaba cosiendo un botón a una camisa de su marido, e impactó en Brunetti, retrepado en el sofá con los pies en la mesita de centro—. ¿El Opus Dei? —gritó otra vez, por si alguno de los chicos aún no lo había oído—. ¿El

Opus Dei está metido en esas residencias? No es de extrañar que los viejos se mueran; probablemente, los matan para dedicar su dinero a convertir a salvajes paganos a la Santa Madre Iglesia. —Décadas de convivencia habían acostumbrado a Brunetti al radicalismo de la mayoría de las ideas de su mujer y también le habían enseñado que, en el tema de la Iglesia, se inflamaba de inmediato y pocas veces era lúcida. Pero nunca se equivocaba.

—No sé si está metido, Paola. Lo único que sé es lo que ha dicho el hermano de Miotti, de que se dice que el capellán es socio.

—¿Y no te parece suficiente?

—¿Suficiente para qué?

—Para arrestarlo.

—¿Arrestarlo por qué, Paola? ¿Por discrepar de ti en materia de religión?

—No quieras dártelas de listo conmigo, Guido —amenazó ella, apuntándole con la aguja de coser, para demostrarle que hablaba completamente en serio.

—No pretendo dárme las de listo. Pero no puedo arrestar a un clérigo sólo porque hay rumores de que pertenece a una organización religiosa.

Por su silencio era evidente que Paola reconocía, aun a pesar suyo, que su marido llevaba razón, pero la energía con que clavó la aguja en el puño de la camisa indicaba lo mucho que ello le dolía.

—Ya sabes que son unos facinerosos que sólo buscan el poder —dijo.

—Puede que sí. Mucha gente lo cree así, pero no hay pruebas.

—Vamos, Guido, todo el mundo sabe lo que es el Opus Dei.

Él enderezó el tronco y puso una pierna encima de la otra.

—No estoy seguro.

—¿Qué? —preguntó ella mirándolo airadamente.

—Creo que todo el mundo piensa que sabe lo que es el Opus Dei, pero, a fin de cuentas, es una sociedad secreta. Dudo que alguien ajeno a la organización sepa mucho de ella, ni de ellos. Por lo menos, algo seguro.

Brunetti observaba a Paola mientras ella reflexionaba, con la mano de la aguja quieta y los ojos fijos en la camisa. Aunque apasionada en el tema de la religión, también era una intelectual, y esto le hizo decirle levantando la cabeza para mirarlo:

—Quizá tengas razón. —Hizo una mueca al oírse admitirlo y agregó—:

Pero ¿no te parece extraño que se sepa tan poco de ellos?

—Ya te he dicho que son una sociedad secreta.

—El mundo está lleno de sociedades secretas, pero la mayoría son una broma: los masones, los rosacruces, todos esos cultos satánicos que siempre están inventándose los americanos. Pero al Opus Dei la gente lo teme. Como se temía las SS, a la Gestapo.

—Paola, ¿no exageras?

—Ya sabes que en esto no puedo ser racional, de modo que no me lo pidas, ¿de acuerdo? —Callaron un momento y ella agregó—: Pero es realmente extraño que puedan haberse creado semejante fama y, al mismo tiempo, haber permanecido casi desconocidos. —Dejó la camisa y clavó la aguja en el acerico del costurero que tenía a su lado—. ¿Qué es lo que quieren?

—Hablas como Freud —rió Brunetti—. «¿Qué es lo que quieren las mujeres?»

Ella se rió de la broma: el desprecio por Freud, por sus pompas y sus obras formaba parte de la argamasa intelectual que los unía.

—No, en serio. ¿Qué crees que persiguen realmente?

—No lo sé —tuvo que reconocer Brunetti. Y, después de reflexionar, respondió—: Poder, imagino.

Paola parpadeó varias veces y meneó la cabeza.

—Siempre me ha asustado que alguien desee el poder.

—Porque eres una mujer. El poder es lo único que las mujeres creen que no desean. Pero nosotros, sí.

Ella lo miró con una media sonrisa, pensando que era otra broma, pero Brunetti prosiguió, muy serio:

—Es verdad, Paola. No creo que las mujeres comprendáis lo importante que para nosotros, los hombres, es el poder. —Vio que ella iba a objetar, pero la contuvo—: No; no se trata de envidia del útero. En fin, por lo menos, yo creo que no: ya sabes, la sensación de que estamos en desventaja porque no podemos tener niños y de algún modo hemos de compensarla. —Aquí Brunetti se detuvo, porque nunca, ni siquiera hablando con Paola, había expresado en voz alta este pensamiento—. Quizá no sea más que cuestión de tamaño: como somos más grandes, avasallamos.

—Eso es muy simplista, Guido.

—Ya lo sé. Pero no por ello ha de ser un error.

Ella volvió a mover la cabeza negativamente:

—Es que no lo comprendo. Al final, por mucho poder que tengamos, envejecemos, nos debilitamos, lo perdemos todo.

De pronto, Brunetti descubrió con sorpresa que Paola hablaba como Vianello: el sargento mantenía que la riqueza material era una ilusión, y ahora su mujer le decía que no era más real el poder. ¿Y cómo quedaba él entonces, como un tosco materialista entre dos anacoretas?

Ninguno habló durante un rato. Finalmente, Paola miró el reloj, vio que eran más de las once y dijo:

—Mañana tengo clase a primera hora. —Iba a levantarse cuando sonó el teléfono.

Ella se volvió para contestar, pero Brunetti se le adelantó, pensando que podía ser Vianello o alguien del hospital.

—*Pronto* —dijo en tono sereno, dominando el temor y el nerviosismo.

—¿Es el *signor* Brunetti? —preguntó una voz de mujer desconocida.

—Sí.

—*Signor* Brunetti, tengo que hablar con usted —empezó precipitadamente la mujer. Pero entonces, como si se le acabara el aliento, paró, y, al cabo de un momento, agregó—: No, ¿puedo hablar con la *signora* Brunetti?

La tensión que se notaba en aquella voz hizo que Brunetti desistiera de preguntar quién era, por temor a que colgara.

—Un momento, por favor. Ahora mismo viene —dijo y dejó el teléfono en la mesa. Miró a Paola que seguía sentada en el sofá y lo miraba fijamente.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—No sé. Quiere hablar contigo.

Paola se acercó a la mesa y tomó el teléfono.

—*Pronto* —dijo.

Brunetti, sin saber qué hacer, dio media vuelta para marcharse, pero sintió que la mano de Paola lo sujetaba del brazo. Ella lo miraba, pero entonces la que llamaba dijo algo que le hizo desviar la atención y soltarle el brazo.

—Sí, sí. Claro que puede usted llamar. —Paola, como era su costumbre,

empezó a jugar con el bucle del cable, envolviéndose los dedos en una serie de anillos elásticos—. Sí, la recuerdo de la reunión con los maestros. —Sacó de los aros los dedos de la mano izquierda y metió los de la derecha—. Sí, me alegro de que haya llamado. Sí, creo que ha hecho bien. —Su mano se inmovilizó—. *Signora* Stocco, procure mantener la calma, por favor. No pasará nada. ¿Ella está bien? ¿Y su marido? ¿Cuándo regresa? Lo que importa es que Nicoletta esté bien.

Paola miró a Brunetti, que levantó las cejas interrogativamente. Ella asintió dos veces, gesto que no le aclaró nada, y se apoyó en él. Brunetti la abrazó mientras seguía escuchando su voz y el chirriante cloqueo que llegaba por el auricular.

—Desde luego, se lo diré a mi marido. Pero no creo que él pueda hacer algo a menos que usted... —La voz la interrumpió y siguió hablando un rato.

—Lo comprendo, lo comprendo. Si Nicoletta está bien. No; no creo que deba usted hablarle de eso, *signora* Stocco. Sí, esta noche hablaré con él y mañana por la mañana la llamaré. ¿Me da su número, por favor? —Apartándose de él, anotó un número y preguntó—: ¿Puedo hacer algo por usted esta noche? —Hizo una pausa y después—: No, ninguna molestia. Me alegro de que haya llamado.

Otra pausa, y Paola dijo:

—Sí, había oído rumores, pero nada concreto, nada como esto. Sí, sí, de acuerdo. Hablaré con mi marido y mañana por la mañana la llamaré. Por favor, *signora* Stocco, si en algo puedo serle útil estaré encantada. —Más sonidos por el auricular—. Procure dormir, *signora* Stocco. Lo que importa es que Nicoletta esté bien. Eso es lo esencial. —Después de otra pausa, Paola dijo—: Naturalmente, vuelva a llamar si lo desea. Aquí estaremos. Claro, claro. De nada, *signora*. Buenas noches. —Colgó el teléfono y miró a su marido.

—Era la *signora* Stocco. Su hija Nicoletta va a la clase de Chiara. Clase de Religión.

—¿El padre Luciano? —preguntó Brunetti tratando de adivinar qué nuevo rayo iba a serle lanzado a la cabeza por las fuerzas de la religión.

Paola asintió.

—¿Qué ha pasado?

—No me lo ha dicho. O no lo sabe. Esta noche, estaba ayudando a Nicoletta con los deberes cuando la niña, al ver el libro de Religión, se ha echado a llorar y no quería decirle por qué y al final le ha dicho que el padre Luciano le había dicho cosas en el confesionario y la había tocado. La mujer está muy afectada. Su marido ha ido a Roma por asuntos de trabajo y no volverá hasta dentro de una semana.

—¿Tocado, dónde? —preguntó Brunetti, y lo preguntaba no menos como padre que como policía.

—No lo ha dicho. La *signora* Stocco ha decidido no darle importancia delante de la niña, pero lloraba al decírmelo. Me ha pedido que hable contigo.

Brunetti ya estaba pensando en cómo separar su condición de padre de la de policía antes de actuar.

—La niña tendría que explicárnoslo —dijo.

—Ya lo sé. Por lo que ha dicho la madre, me parece que no lo hará.

Brunetti asintió.

—Si ella no habla, no puedo hacer nada.

—Lo sé —respondió Paola. Calló un momento y dijo—: Pero yo sí puedo.

—¿Qué dices? —preguntó Brunetti, sorprendido por la fuerza del temor que lo había asaltado de pronto.

—No te preocupes, Guido. No lo tocaré, te lo prometo. Pero me encargaré de que reciba su castigo.

—Ni siquiera sabes lo que ha hecho —dijo Brunetti—. ¿Cómo puedes hablar de castigo?

Ella retrocedió unos pasos y lo miró. Fue a decir algo y desistió. Después de una pausa durante la cual él la vio abrir la boca para hablar y desistir dos veces, ella se acercó y le puso la mano en el brazo:

—No te preocupes, Guido. No pienso hacer nada ilegal. Pero tendrá su merecido. —Vio como la expresión de él iba de la inquietud a la confianza y agregó—: Perdona, siempre se me olvida que detestas el melodrama. —Miró el reloj y luego a su marido—: Como ya te he dicho, es tarde y mañana temprano tengo clase.

Dejándolo allí, Paola salió al pasillo y fue hacia el dormitorio y la cama de ambos.

Brunetti, que solía dormir bien, tuvo una noche agitada, con sueños de animales. Veía leones, tortugas y una bestia grotesca, calva y con barbas. Las campanadas del reloj de San Polo le hacían compañía en su largo duermevela. A las cinco, concluyó que Maria Testa debía recuperarse y empezar a hablar y, tan pronto como vio claro lo que tenía que hacer, se sumió en un sueño plácido y profundo del que ni la ruidosa partida de Paola pudo sacarlo.

Despertó poco antes de las nueve, y permaneció veinte minutos en la cama haciendo planes y tratando en vano de cerrar los ojos al peligro que encerraba para la joven su presunta recuperación. El deseo de poner en práctica sus planes se hizo tan apremiante que lo llevó rápidamente de la cama a la ducha, a la calle y a la *questura*. Desde allí llamó al jefe de Neurología del Ospedale Civile, que fue quien le puso la primera traba al manifestar que Maria Testa no podía ser trasladada bajo ningún concepto. Su estado era todavía muy precario como para moverla. Brunetti había tenido que batallar con el sistema sanitario lo suficiente como para saber que la verdadera razón era que, sencillamente, el personal prefería evitarse complicaciones, pero también sabía que sería inútil discutir.

El comisario llamó a Vianello a su despacho y le expuso el plan:

—Todo lo que tenemos que hacer —terminó— es publicar un suelto en el *Gazzettino* de mañana por la mañana que diga que ha salido del coma. Ya sabe cómo les gustan estas cosas a los periodistas: «Vuelve del borde de la tumba.» Entonces, quienquiera que condujera ese coche creerá que ha vuelto en sí y que puede hablar, y tendrá que volver a intentarlo.

Vianello miraba la cara de Brunetti como si descubriera allí cosas nuevas, pero no dijo nada.

—¿Bien?

—¿Habrá tiempo para que la noticia salga mañana? —preguntó el sargento.

Brunetti miró el reloj.

—Claro que sí. —Al ver que Vianello no parecía muy convencido, preguntó—: ¿Qué sucede?

—No me gusta la idea de exponerla a un peligro aún mayor —respondió al fin el sargento—. De usarla como señuelo.

—Ya le he dicho que en la habitación siempre habrá alguien.

—Comisario —empezó Vianello, y Brunetti se puso en guardia, como siempre que Vianello utilizaba este tratamiento con aquella entonación paciente—. Alguien del hospital tendrá que saber lo que ocurre.

—Desde luego.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —dijo Brunetti secamente. Lo había planeado perfectamente, conocía los peligros, por lo que la violencia de su reacción a la pregunta de Vianello no era sino fruto de su propia inquietud.

—Es peligroso. La gente habla. No hay más que entrar en la cafetería de la planta baja y preguntar por ella. Alguien, un celador, una enfermera, incluso un médico, puede decir que en su habitación hay un guardia.

—No digamos que es un guardia. Diremos que se ha retirado al guardia. Diremos que son parientes.

—¿O miembros de la orden? —apuntó Vianello en un tono tan neutro que Brunetti no hubiera podido decir si era una sugerencia o un sarcasmo.

—Nadie del hospital sabe que es monja —dijo Brunetti, aunque lo dudaba.

—Me gustaría creerlo.

—¿Qué dice, sargento?

—Los hospitales son sitios pequeños. No es fácil guardar un secreto mucho tiempo. De modo que creo que debemos dar por seguro que saben quién es.

Aun después de oír a Vianello usar la palabra «señuelo», Brunetti se

resistía a admitir que era eso precisamente lo que pretendía hacer de ella. Cansado de oír a Vianello dar voz a todas sus inquietudes y objeciones, que había tratado de negar o minimizar durante toda la mañana, Brunetti preguntó:

—¿Usted está encargado de la lista de servicios de esta semana?

—Sí, señor.

—Bien, mantenga las guardias en el hospital, pero que se hagan dentro de la habitación. —Recordando a Alvise y la revista de historietas, agregó—: Dígales que no deben salir de la habitación bajo ningún concepto, a no ser que se quede una enfermera mientras ellos no están. Y póngame a mí en una de las guardias, a partir de esta noche, de doce a ocho.

—Sí, señor —dijo Vianello poniéndose en pie. Brunetti miró los papeles que tenía en la mesa, pero el sargento no se iba—. Una de las cosas curiosas de este programa de ejercicios... —empezó, y esperó para proseguir a que Brunetti lo mirara. Cuando lo consiguió, continuó—:... es que necesito dormir menos. Así que puedo compartir el turno con usted, si no tiene inconveniente. De este modo, sólo nos harán falta dos agentes para los otros dos turnos, y será mucho más fácil hacer la rotación.

Brunetti agradeció la propuesta con una sonrisa.

—¿Quiere empezar usted? —preguntó.

—De acuerdo —aceptó Vianello—. Sólo espero que la cosa no dure mucho.

—Creí oírle decir que necesitaba menos horas de sueño.

—Así es. Pero a Nadia no le va a gustar.

Ni a Paola, pensó Brunetti.

Vianello dio media vuelta agitando la mano derecha, para esbozar quizá un saludo, quizá una señal de complicidad, era imposible adivinarlo.

Mientras el sargento bajaba a confeccionar la lista de servicios y decir a la *signorina* Elettra que llamara al *Gazzettino*, Brunetti decidió echar leña al fuego. Llamó a la residencia San Leonardo y dejó para la madre superiora el mensaje de que Maria Testa —insistía en usar este nombre— se recuperaba satisfactoriamente en el Ospedale Civile y esperaba poder recibir la visita de la madre superiora muy pronto, quizá la semana próxima sin ir más lejos. Antes de colgar, pidió a la monja que atendía su llamada que hiciera el favor

de pasar el mensaje también al doctor Messini. Después buscó el número del convento, y lo sorprendió encontrarse con un contestador, en el que dejó el mismo mensaje para el padre Pio.

Pensó en llamar también a la *contessa* Crivoni y a la *signorina* Lerini, pero decidió dejar que se enterasen de la recuperación de *suor* Immacolata por el diario.

Cuando Brunetti entró en el despacho de la *signorina* Elettra, ésta lo miró sin su sonrisa habitual.

—¿Ocurre algo malo, *signorina*?

En vez de contestar inmediatamente, ella señaló una carpeta marrón que tenía encima de la mesa.

—El padre Pio Cavaletti es lo malo, *dottore*.

—¿Tan malo como todo eso? —preguntó Brunetti, aunque no tenía ni idea de qué quería decir con «todo eso».

—Lea y juzgue usted mismo.

Brunetti tomó la delgada carpeta y la abrió con interés. Contenía fotocopias de tres documentos. El primero era una carta de una sola frase de la oficina en Lugano de la Union de Banque Suisse, dirigida al «*Signor* Pio Cavaletti»; la segunda, una carta dirigida al Patriarca, en un papel que llevaba el membrete y la firma de uno de los más famosos abogados de la ciudad y la tercera tenía el ya familiar escudo del Patriarcado de Venecia.

Brunetti miró a la *signorina* Elettra que, sentada ante su mesa con las manos juntas, esperaba a que él terminase la lectura. El comisario volvió a centrar la atención en los papeles, que leyó despacio.

«*Signor* Cavaletti: Acusamos recibo del ingreso del 29 de enero, en la cuenta corriente que tiene usted en esta entidad, de la suma de treinta y seis millones de liras italianas. Su saldo actual es de 465.347 francos suizos.» El documento del banco, informatizado, no estaba firmado.

«Después de la restitución de las sumas entregadas por su madre a Pio Cavaletti, mi cliente ha decidido retirar su demanda por fraude.»

«A causa de la información llegada a nuestra sede, se ha decidido apartar al padre Pio Cavaletti de la orden del Opus Dei. Visto el contenido de la carta que se acompaña, se ha decidido no emprender contra él acción alguna, ni eclesiástica ni civil, pero su expulsión es irrevocable.»

Una vez leídas las tres hojas, Brunetti levantó la mirada:

—¿Qué deduce de esto, *signorina*?

—Deduzco lo que hay, *dottore*.

—¿Y es...?

—Extorsión. —Hizo una pausa y agregó—: Reconozco que me sorprende que lo expulsaran.

Brunetti asintió y preguntó:

—¿De dónde han salido estas cartas?

—La segunda y la tercera, de los archivos del Patriarca.

—¿Y la primera?

—De fuente fidedigna —fue toda la explicación que ella le dio y —advirtió Brunetti— toda la que le pensaba dar.

—Acepto su palabra, *signorina*.

—Gracias —dijo ella, magnánima.

—He leído cosas acerca del Opus Dei —empezó Brunetti— ¿Sabe el amigo de su amiga, el que está en el Patriarcado, si son muy...? —Brunetti iba a decir «poderosos» pero algo parecido a la superstición se lo impidió—. Quiero decir si tienen mucha presencia en esta ciudad.

—Dice que es muy difícil estar seguro de quiénes son ni de qué hacen, especialmente, en Italia. Pero no duda de que su poder es muy real.

—Eso viene a ser lo que la gente solía decir de las brujas, *signorina*.

Ella arqueó las cejas con una mezcla de escepticismo y asentimiento y movió la cabeza afirmativamente.

—Y todo podría acabar en lo mismo, gente que se inclina a creer lo peor dondequiera que se insinúa un secreto.

Con evidente renuencia, ella dijo:

—Es posible.

—No creí que tuviera tanta prevención contra la religión —dijo él.

—Esto no tiene nada que ver con la religión —repuso ella secamente.

—¿No? —hizo él, sorprendido.

—Esto tiene que ver con el poder.

Brunetti meditó un momento.

—Sí; imagino que sí.

Con voz más sosegada, la *signorina* Elettra dijo:

—El *vicequestore* me ha pedido que le diga que la visita del jefe de policía suizo ha sido aplazada.

Brunetti casi no la oía.

—Es lo que dice mi mujer. —Al ver que ella no le seguía, agregó, a modo de explicación—: Sobre el poder. —Y, cuando ella entendió, él preguntó—: Perdone, ¿qué decía del *vicequestore*?

—Se ha aplazado la visita del jefe de policía suizo.

—Ah, lo había olvidado por completo. Gracias, *signorina*. —Sin añadir palabra, él puso la carpeta encima de la mesa y volvió a su despacho en busca del abrigo. Mientras subía la escalera, Brunetti pensaba en lo fácil que es ceder a la tendencia nacional de ver intrigas y grandes confabulaciones por doquier y pasar por alto al malvado aislado que se te cruza en el camino. ¡Cuánto más fácil es culpar a un sistema que a un individuo!

Esta vez le abrió la puerta un hombre de mediana edad, vestido —supuso Brunetti— con hábito monacal pero que en realidad parecía disfrazado con unas faldas chapuceras. Cuando Brunetti le expuso su deseo de hablar con el padre Pio, el portero juntó las manos e inclinó la cabeza sin decir palabra y condujo al visitante por el patio, en el que hoy no se veía al jardinero y el perfume de las lilas era aún más penetrante. Dentro de la casa, el dulce aroma de las flores se mezclaba con los olores del incienso y la cera. Por el pasillo, adelantaron a un hombre joven que andaba en su misma dirección. Los dos religiosos se saludaron con un silencioso movimiento de cabeza que a Brunetti le pareció mera afectación piadosa.

El hombre, al que Brunetti consideraba ya el hipócrita mudo, se paró delante de la puerta del despacho del padre Pio y, con un movimiento de la cabeza, indicó a Brunetti que podía pasar. Cuando éste entró, sin molestarse en llamar, encontró las ventanas cerradas y observó que de la pared del fondo colgaba un Jesús crucificado, imagen que desagradaba a Brunetti de modo especial.

Minutos después, se abrió la puerta y entró en el despacho el padre Pio. Tal como Brunetti recordaba, aquel hombre llevaba el hábito con soltura, como si se sintiera cómodo con él. Una vez más, llamaron la atención de

Brunetti los labios carnosos, pero, al igual que en su visita anterior, advirtió que la personalidad de aquel hombre residía en los ojos, entre verdes y grises, vivos e inteligentes.

—Celebro volver a verlo, comisario —dijo el sacerdote—. Gracias por su mensaje. La recuperación de *suor* Immacolata es sin duda la respuesta a nuestras plegarias.

Brunetti dominó la tentación de empezar la conversación pidiendo que se ahorrara la retórica de la hipocresía religiosa y se limitó a decir:

—Me gustaría que me respondiera a unas cuantas preguntas más.

—Con mucho gusto. Siempre y cuando, como ya le dije, ello no me obligue a divulgar información sagrada. —Brunetti notó que, aun sin dejar de sonreír, el sacerdote había advertido la diferente actitud de Brunetti.

—No; no creo que esta información sea en modo alguno privilegiada.

—Bien. Pero, ante todo, no hay razón para seguir de pie. Vamos por lo menos a buscar la comodidad. —El sacerdote condujo a Brunetti a los dos sillones de la otra vez y, ladeándose el hábito con soltura, se sentó, buscó con la mano derecha el rosario debajo de la escápula y se puso a pasar las cuentas entre los dedos—. ¿Qué desea saber, comisario?

—Me gustaría que me hablara de su trabajo en la residencia.

Cavaletti rió brevemente entre dientes y dijo:

—Yo no lo llamaría así, *dottore*. Yo actúo como capellán de los pacientes y de parte del personal. Acercar a la gente a su Creador es un gozo, no es trabajo. —Desvió la mirada hacia el otro lado de la habitación, pero no sin antes notar la falta de reacción de Brunetti a esta manifestación.

—¿Usted los confiesa?

—No estoy seguro de si eso es una pregunta o una afirmación, comisario —dijo Cavaletti con una sonrisa, como si tratara de quitar de sus palabras todo asomo de sarcasmo.

—Es una pregunta.

—Entonces se la contestaré. —Su sonrisa era indulgente—. Sí; oigo las confesiones de los pacientes y también las de una parte del personal. Es una gran responsabilidad. Especialmente, por lo que a las confesiones de los ancianos se refiere.

—¿Y eso, padre?

—Porque ellos están más próximos a su hora, al final de sus días en este mundo.

—Comprendo —dijo Brunetti y, sin solución de continuidad, como si la pregunta fuera consecuencia lógica de la anterior respuesta, dijo—: ¿Tiene usted una cuenta en la sucursal de Lugano de la Union de Banque Suisse?

Los labios seguían curvados en plácida sonrisa, pero Brunetti observaba los ojos, que se entornaron imperceptiblemente, sólo un instante.

—Qué extraña pregunta —dijo Cavaletti juntando las cejas con evidente confusión—. ¿Qué tiene eso que ver con las confesiones de los ancianos?

—Eso precisamente es lo que trato de descubrir, padre.

—Sigue siendo una pregunta extraña.

—¿Tiene usted una cuenta en la sucursal en Lugano de la Union de Banque Suisse?

El padre pasó una cuenta del rosario y dijo:

—Sí, la tengo. Parte de mi familia vive en el Ticino, y yo los visito dos o tres veces al año. Me parece más práctico tener dinero allí que llevarlo encima en mis viajes.

—¿Cuánto dinero tiene en esa cuenta, padre?

Cavaletti miró a lo lejos, sumando, y finalmente contestó:

—Aproximadamente, mil francos. —Y agregó, servicial—: Viene a ser un millón de liras.

—Ya sé convertir francos suizos en liras, padre. Es una de las primeras cosas que un policía tiene que aprender en este país. —Brunetti sonreía para indicar al sacerdote que era broma, pero Cavaletti no le devolvió la sonrisa.

El comisario hizo su siguiente pregunta:

—¿Por qué lo expulsaron del Opus Dei?

Cavaletti soltó el rosario y extendió las manos ante sí con las palmas hacia arriba en un ademán suplicante.

—Oh, comisario, qué preguntas tan extrañas. Me gustaría saber cuál es el nexo que las relaciona en su mente.

—Eso no es una respuesta, padre.

Después de un largo silencio, Cavaletti dijo:

—Me consideraron incapaz de satisfacer sus altas expectativas. —Lo dijo sin ironía y con lo que a Brunetti le pareció sincero pesar.

Brunetti se levantó.

—Eso es todo, padre. Gracias por su tiempo.

Por primera vez, el sacerdote no pudo disimular la sorpresa y perdió unos segundos, mirando fijamente a Brunetti. Luego se puso en pie rápidamente, fue con él hasta la puerta y la abrió. Mientras avanzaba por el pasillo, Brunetti percibía dos cosas: la mirada del sacerdote en la espalda y, a medida que se acercaba a la salida, los efluvios del penetrante aroma de las lilas que llegaban del patio. Ninguna de estas sensaciones le resultaba agradable.

Eran poco más de las tres cuando Brunetti se apartó de Paola, se levantó de la cama y se vistió. Estaba ya abrochándose la camisa cuando se le despejó la cabeza lo suficiente como para oír cómo la lluvia golpeaba las ventanas de la habitación. Juró entre dientes y se acercó a la ventana, abrió el batiente pero al instante volvió a cerrarlo al viento y el agua que se colaban en la habitación. En el recibidor, se puso el impermeable y tomó un paraguas. Entonces, acordándose de Vianello, se llevó otro.

En la habitación de Maria Testa encontró al sargento, con ojos de sueño y muy mal humor, a pesar de que Brunetti llegaba con casi media hora de adelanto. Por acuerdo tácito, ninguno de los dos se acercó a la mujer dormida, como si su completa indefensión fuera una barrera que los mantenía a distancia. Se saludaron en un susurro y salieron al pasillo a hablar.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Brunetti quitándose el impermeable y apoyando el paraguas en la pared.

—Cada dos horas entra una enfermera —respondió Vianello—. Que yo sepa, no le hace nada, sólo la mira, le toma el pulso y escribe en el gráfico.

—¿Y dice algo?

—¿Quién? ¿La enfermera?

—Sí.

—Ni palabra. Es como si yo fuera el hombre invisible —bostezó Vianello—. Es duro permanecer despierto.

—¿Por qué no hace unas flexiones?

Vianello miró fijamente a Brunetti pero no dijo nada.

—Gracias por venir, Vianello —ofreció Brunetti a modo de desagravio

—. Le traigo un paraguas. Está diluviando. —Vianello agradeció el detalle moviendo la cabeza y Brunetti preguntó—: ¿Quién viene por la mañana?

—Gravini. Y, después, Pucetti. Yo relevaré a Pucetti. —Brunetti observó la delicadeza con que Vianello se abstenía de mencionar la hora, las doce de la noche, en que empezaría su turno.

—Gracias, Vianello. Procure dormir.

Vianello asintió y ahogó un largo bostezo. Tomó el paraguas enrollado. Cuando Brunetti abrió la puerta para entrar en la habitación, volvió la cabeza para preguntar a Vianello:

—¿Alguna dificultad con el horario de servicios?

—Ninguna todavía —respondió Vianello parándose en medio del pasillo y volviendo la cabeza.

—¿Cuándo calcula que las haya? —preguntó Brunetti, sin saber cómo referirse al falseamiento del horario de servicios.

—Eso nunca se sabe, pero yo diría que tenemos tres o cuatro días antes de que el teniente Scarpa note algo. Una semana como mucho.

—Esperemos que piquen antes.

—Si alguien ha de picar —dijo Vianello, dando voz al fin a su escepticismo, y siguió andando. Brunetti contempló la ancha espalda que se alejaba y desaparecía por la primera escalera de la derecha. Entró en la habitación, colgó el impermeable del respaldo de la silla que había ocupado Vianello y dejó el paraguas en un rincón.

Al lado de la cama había una lamparita que apenas iluminaba el espacio que rodeaba la cabeza de la paciente, dejando en la oscuridad el resto de la habitación. Brunetti no creía que la luz del techo molestara a la mujer —en realidad, ésta hubiera sido buena señal— pero aun así prefirió no encenderla y permaneció a oscuras, sin leer, a pesar de que había traído a su Marco Aurelio, autor que le había reconfortado en momentos difíciles.

Mientras avanzaba la noche, Brunetti pensaba en los hechos acaecidos desde el día en que Maria Testa entró en su despacho. Aisladamente, podían considerarse fortuitos: la muerte de los ancianos, el coche que había derribado a Maria de la bicicleta, la muerte de Da Prè; pero, vistos en conjunto, no podían atribuirse a la casualidad. Y, eliminado este factor, tenía que haber entre ellos una relación, aunque no sabía cuál.

Messini disuadía a los pacientes de su intención de dejarle dinero a él personalmente o a alguna de sus residencias, el padre Pio no era nombrado en ninguno de los testamentos y las hermanas de la orden no podían poseer bienes. La *contessa* tenía fortuna propia y no necesitaba el patrimonio de su marido, Da Prè no deseaba en el mundo sino más cajitas que añadir a su colección y la *signorina* Lerini parecía haber renunciado a toda pompa mundana. *Cui bono? Cui bono?* No había más que descubrir a quién beneficiaban aquellas muertes para que ante él se abriera el camino que, iluminado por serafines portadores de antorchas, lo llevara hasta el asesino.

Brunetti conocía sus muchos defectos: el orgullo, la indolencia y la ira, para mencionar sólo los más evidentes, pero la codicia no era uno de ellos, por lo que, cuando tenía que enfrentarse a alguna de sus muchas manifestaciones, se sentía siempre en tierra extraña. Sabía que era un vicio muy común, quizá el más común de los vicios y, desde un ángulo puramente intelectual, podía concebirlo, pero nunca había afectado sus sentimientos ni sus inclinaciones.

El comisario miraba a la mujer que permanecía muda e inmóvil en la cama. Ninguno de los médicos sabía la gravedad del daño que había sufrido su cerebro. Uno decía que era poco probable que saliera del coma. Otro, que despertaría en cuestión de días. Quizá la que dio prueba de mayor sensatez fue una de las hermanas que trabajaban en el hospital cuando dijo:

—Mantener la esperanza, rezar y confiar en la misericordia divina.

Mientras él miraba a aquella mujer, recordando la profunda caridad cristiana que había en sus ojos cuando hablaba, entró una enfermera en la habitación. Traía en la mano una bandeja que puso en la mesita de noche, tomó la muñeca de la paciente y la sostuvo unos momentos mientras miraba el reloj, luego dejó la mano de Maria sobre las mantas e hizo una anotación en el gráfico colgado al pie de la cama.

La enfermera recogió la bandeja y fue hacia la puerta. Al ver a Brunetti hizo con la cabeza un signo afirmativo pero no sonrió.

No sucedió más durante el resto de la noche. A eso de las seis, volvió a entrar la enfermera, que entonces encontró a Brunetti de pie, apoyado en la pared, intentando permanecer despierto.

A las ocho menos veinte, llegó el agente Gravini, con botas de goma,

impermeable y pantalón vaquero. Incluso antes de dar los buenos días, explicó a Brunetti:

—El sargento Vianello nos ha dicho que vengamos de paisano, comisario.

—Sí, Gravini, ya lo sé. Está bien. Está bien. —La única ventana de la habitación daba a un pasaje cubierto, y Brunetti no sabía cómo estaba el tiempo—. ¿Llueve mucho?

—Diluvia, comisario. Y dicen que estará así hasta el viernes.

Brunetti se puso el impermeable. Ahora le pesaba no llevar las botas. En un principio, pensó pasar por su casa a darse una ducha antes de ir a la *questura*, pero, con este tiempo, sería un disparate atravesar toda la ciudad, estando tan cerca del despacho. Además, un par de cafés le harían el mismo efecto.

Pero ésta resultó una esperanza fallida, y Brunetti llegó a su despacho nervioso e irritable. Para colmo de males, al cabo de un par de horas, el *vicequestore* Patta lo llamó a su presencia.

La *signorina* Elettra no estaba en su sitio, de modo que Brunetti entró en el despacho de Patta sin la información preliminar que ella solía darle. Pero esta mañana, trasnochado, con los ojos irritados y demasiado café en el estómago, le tenía sin cuidado lo que fuera a decirle su superior.

—He mantenido una conversación muy alarmante con mi teniente —empezó Patta sin preámbulos. En cualquier otro momento, Brunetti hubiera advertido con íntima y sardónica satisfacción el accidental reconocimiento de Patta de algo que toda la *questura* sabía: el teniente Scarpa era el esbirro de Patta; pero esta mañana, atontado por la falta de sueño, apenas reparó en el pronombre posesivo.

—¿Ha oído, Brunetti? —preguntó Patta.

—Sí, señor. Pero no sé qué puede haber alarmado al teniente.

Patta echó el cuerpo hacia atrás.

—En primer lugar, la conducta de usted —espetó.

—¿Qué aspecto de mi conducta en concreto, señor?

Brunetti observó que Patta estaba perdiendo el bronceado. Y la paciencia.

—Esa cruzada que ha emprendido contra la Santa Madre Iglesia, por ejemplo —dijo Patta, y se interrumpió como si hubiera advertido lo

exagerado de la acusación.

—¿Y, más concretamente, señor? —preguntó Brunetti frotándose la mandíbula con la palma de la mano y descubriendo una zona que había pasado por alto la afeitadora eléctrica que guardaba en su mesa.

—Su acoso de los hombres que visten hábitos. Su conducta violenta hacia la madre superiora de la orden de la Santa Cruz. —Patta se interrumpió, como para dejar que su subordinado asimilara la gravedad de las acusaciones.

—¿Y mis preguntas acerca del Opus Dei? ¿También esto está en la lista del teniente Scarpa?

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Patta.

—Supongo que, si el teniente ha hecho una lista de todos mis excesos, eso tiene que figurar en ella. Especialmente si, como imagino, él recibe órdenes del Opus Dei.

Patta dio una palmada en la mesa.

—El teniente Scarpa recibe órdenes de mí, comisario.

—¿Puedo suponer entonces que también usted es miembro de la Obra?

Patta acercó el sillón a la mesa y se inclinó sobre ésta, mirando a Brunetti.

—Comisario, me parece que aquí no es usted el que puede hacer preguntas.

Brunetti se encogió de hombros.

—¿Me presta atención, comisario Brunetti? —preguntó Patta.

—Sí, señor —dijo Brunetti con una voz que, según observó con sorpresa, le salió firme y serena sin esfuerzo alguno. Ya nada de aquello le importaba; de pronto, se sentía libre de Patta y de Scarpa.

—Se han recibido quejas de usted, quejas de diversa índole. Me ha llamado el prior de la orden de la Santa Cruz para deplorar su forma de tratar a miembros de la orden. También dice que da cobijo a una persona de la orden.

—¿Cobijo?

—Que la tiene en un hospital donde ya está consciente y, sin duda, propalando calumnias acerca de la orden. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Usted sabe dónde está?

—Acaba usted de decirlo, en el hospital.

—¿Donde usted la visita y no permite que otras personas la vean?

—Donde se encuentra bajo protección policial.

—¿Protección policial? —preguntó Patta con una voz que Brunetti temió que pudieran oír en las plantas inferiores—. ¿Y quién ha autorizado esta protección? ¿Por qué no se menciona en las listas de servicios?

—¿Usted ha visto las listas, señor?

—Si yo las he visto o no, no importa. Sólo dígame por qué no se menciona en ellas su nombre.

—El servicio se anota como «vigilancia».

—¿Unos agentes han estado varios días en el hospital sin hacer nada, y se atreve usted a calificar eso de «vigilancia»?

Brunetti renunció a preguntar a Patta si prefería que lo calificara de «custodia».

—¿Quién está ahora allí? —inquirió Patta.

—Gravini.

—Pues sáquelo. La policía de esta ciudad tiene cosas mejores que hacer que pasar las horas muertas en la puerta de la habitación de una monja fugitiva que ha ido a parar a un hospital.

—Creo que esa mujer está en peligro.

Patta agitó una mano en el aire violentamente.

—No quiero saber nada de eso. Si está en peligro, no me importa. Si ha considerado oportuno dejar la protección de la Santa Madre Iglesia, debe asumir responsabilidad por sus actos en este mundo en el que tanto ansiaba entrar. —Vio que Brunetti iba a protestar y alzó la voz—. Quiero a Gravini fuera del hospital y en la oficina de la brigada de esta *questura* antes de diez minutos. —Nuevamente, Brunetti trató de explicar, pero Patta lo cortó—: En la puerta de esa habitación no ha de haber ningún policía. Si alguno va, será suspendido inmediatamente. —Patta se inclinó más aún sobre la mesa y agregó amenazadoramente—: Lo mismo que quien lo haya enviado. ¿Entendido, comisario?

—Sí, señor.

—Y no quiero que vuelva usted a acercarse a ningún miembro de la orden de la Santa Cruz. Y me sorprende que el prior no espere una disculpa, después de lo que me han contado sobre su comportamiento.

Brunetti conocía a Patta en esta vena, aunque nunca lo había visto tan fuera de sí. Mientras Patta seguía hablando y exaltándose por momentos, Brunetti empezó a calcular cuál podía ser la causa de esta extrema reacción, y la única explicación satisfactoria que pudo encontrar fue el miedo. Cuando Patta reaccionaba como simple funcionario, su actitud era de simple agravio: en tal tesitura lo había visto el número de veces suficiente como para saber que esto de ahora era otra cosa, algo diferente y mucho más fuerte. Miedo entonces. ¿Podía ser que Patta actuara movido por algo que no fuera el Estado?

La voz de Patta le hizo volver.

—¿Lo ha entendido, Brunetti?

—Sí, señor —dijo el comisario poniéndose en pie—. Llamaré a Gravini —agregó empezando a ir hacia la puerta.

—Si envía allí a alguien, está acabado, Brunetti, ¿comprendido?

—Sí, señor, comprendido. —Patta nada había dicho de lo que hicieran los hombres en su tiempo libre, aunque de poco le hubiera servido decirlo.

Brunetti llamó al hospital desde la mesa de la *signorina* Elettra y pidió por Gravini. Siguieron una serie de mensajes para el agente, que se resistía a salir de la habitación, incluso cuando Brunetti dijo a la persona que hacía de intermediario que era orden del comisario. Por fin, después de más de cinco minutos, Gravini acudió al teléfono. Lo primero que dijo fue:

—Hay un médico con ella en la habitación. No saldrá hasta que yo vuelva. —Hasta entonces no preguntó si el que llamaba era Brunetti.

—Sí, soy yo, Gravini. Ya puede volver a la *questura*.

—¿Se ha terminado, comisario?

—Ya puede volver, Gravini —repitió Brunetti—. Pero antes vaya a casa a ponerse el uniforme.

—Sí, señor —dijo el joven, y colgó, intimado por el tono de Brunetti a no hacer más preguntas.

Antes de subir a su despacho, Brunetti pasó por la sala de los agentes y tomó un ejemplar del *Gazzettino* de la mañana que vio en una de las mesas. Lo abrió por la sección de Venecia, pero no encontró el suelto sobre Maria Testa. Miró Información General, y tampoco lo encontró. Se acercó una silla, se sentó, extendió el diario encima de la mesa y repasó lentamente el

contenido, columna a columna. Nada. No habían publicado el suelto. No obstante, alguien lo bastante poderoso como para asustar a Patta conocía el interés de Brunetti por Maria Testa. O, lo que era más interesante, se había enterado de que ella había recobrado el conocimiento. Mientras Brunetti subía la escalera camino de su despacho, a su cara, fugazmente, asomó una sonrisa.

A la hora del almuerzo, Brunetti encontró el humor de toda la familia tan apagado como el que él mismo traía de la *questura*. Atribuyó el silencio de Raffi a algún contratiempo en su idilio con Sara Paganuzzi y Chiara quizá aún se dolía de la sombra que oscurecía su brillante expediente académico. La causa del mal humor de Paola era, como de costumbre, la más difícil de adivinar.

Hoy no se cruzaban las bromas con que ellos se manifestaban su afecto habitualmente. Incluso hubo un momento en el que Brunetti oyó que estaban comentando el tiempo y, por si esto no era ya lo bastante malo, después se pusieron a hablar de política. Todos parecían aliviados cuando acabó la comida. Los chicos, como animales cavernícolas asustados por un resplandor de relámpagos en el horizonte, buscaron el refugio de sus habitaciones. Brunetti, que ya había leído el diario, se fue a la sala y se contentó con mirar cómo ondeaban sobre los tejados las cortinas de la lluvia.

Cuando entró Paola, traía café, y Brunetti decidió considerar el gesto una ofrenda de paz, aunque no estaba seguro de la clase de tratado que la acompañaría. Aceptó la taza, le dio las gracias, tomó un sorbo de café y preguntó:

—¿Y bien?

—He hablado con mi padre —dijo Paola sentándose en el sofá—. No se me ha ocurrido otra cosa.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho lo que me contó la *signora* Stocco, y lo que dijeron los chicos.

—¿Del padre Luciano?

—Sí.

—¿Y?

—Dice que se informará.

—¿Le has dicho algo sobre el padre Pio?

Ella levantó la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—No; por supuesto que no. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Guido —dijo ella, dejando la taza vacía en la mesa—, tú sabes que yo no me meto en tu trabajo. Si quieres preguntar a mi padre por el padre Pio o por el Opus Dei, tendrás que hacerlo tú.

Brunetti no deseaba que su suegro interviniera en aquello. Pero no quería decir a Paola que su reserva obedecía a las dudas que abrigaba sobre para quién sería la lealtad del conde Orazio, si para el cuerpo que representaba Brunetti o para el Opus Dei. Brunetti ignoraba tanto la magnitud de la fortuna y del poder del conde como su procedencia y las relaciones o lealtades que le permitían conservarlos.

—¿Te ha creído?

—Naturalmente que me ha creído. ¿Cómo se te ocurre siquiera preguntarlo?

Brunetti trató de zafarse de la respuesta encogiéndose de hombros, pero la mirada de Paola le negó tal posibilidad.

—No es como si contaras con el más fidedigno de los testigos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con la voz áspera.

—Una chica que habla mal de un profesor que le ha puesto una mala nota... Palabras de otra chica, filtradas por la madre, que estaba histérica cuando habló contigo...

—¿Qué pretendes, Guido, hacer de abogado del diablo? Tú me enseñaste el informe del Patriarcado. ¿Qué te parece que ha estado haciendo este canalla durante todos estos años, robando el cepillo de los pobres?

Brunetti movió la cabeza negativamente.

—No; no me cabe duda de lo que ha estado haciendo, pero eso no es tener pruebas.

Paola rechazó el argumento con un ademán que daba a entender que le

parecía una tontería.

—Voy a pararle los pies —dijo con franca agresividad.

—¿Con otro traslado? —preguntó Brunetti—. ¿Como se ha venido haciendo durante tantos años?

—He dicho pararle los pies, y de una vez por todas —repitió Paola recalcando las sílabas como quien habla a un sordo.

—Bien —dijo Brunetti—. Ojalá lo consigas.

Sorprendido, oyó a Paola contestarle con una cita de la Biblia:

—«Pero ay del que escandalizare a alguno de esos pequeños que creen en mí; más le valiera al tal que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar...»

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Brunetti.

—Mateo, capítulo dieciséis, versículo seis.

Brunetti meneó la cabeza.

—Tiene gracia que precisamente tú me salgas con una cita bíblica.

—Hasta al diablo se le reconoce esa potestad —respondió ella, pero por primera vez sonreía y su sonrisa despejó el ambiente.

—Bien; confiemos en que tu padre pueda hacer algo. —Brunetti casi esperaba oírla replicar que no había nada que su padre no pudiera hacer, y entonces descubrió con sorpresa que, por lo menos él, ya empezaba a creerlo así.

Como si la mención del padre le hubiera hecho recordar algo, Paola dijo:

—Ha llamado mi madre y me ha dicho que te diga que es un banquero.

Brunetti, momentáneamente desconcertado, preguntó:

—¿Quién es un banquero?

—El amante de la *contessa* Crivoni. —Al ver que Brunetti ya comprendía, prosiguió—: Fue a ver a una de sus compañeras de *bridge*, que le dijo que hace años que se entienden. Y que, al parecer, el marido lo sabía.

—¿Que lo sabía? —preguntó Brunetti con franca sorpresa.

—Él prefería a los jovencitos.

—¿Y tú lo crees?

—Al parecer, el marido les servía de tapadera. No tenían motivos para desear su muerte, supongo.

Brunetti movía la cabeza negativamente, pero lo creía. Entonces habló a

su mujer del berrinche de Patta y de la orden de que se le retirara la protección a Maria Testa, y no disimuló su convicción de que la fuente de esta orden eran el padre Pio y los poderes que lo apoyaban.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Paola cuando él acabó su explicación.

—He hablado con Vianello. Tiene un amigo que trabaja de celador en el hospital y ha accedido a vigilarla durante el día.

—No es gran cosa, ¿verdad? —dijo ella—. ¿Y por la noche?

—Vianello se ha ofrecido, yo no se lo he pedido, Paola, se ha ofrecido él, a estar allí a partir de medianoche.

—¿Lo que quiere decir que tú estarás de cuatro a ocho?

Brunetti asintió.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

Brunetti se encogió de hombros.

—Hasta que se decidan a actuar, imagino.

—¿Y cuándo será?

—Depende de lo asustados que estén. O de cuánto crean que ella sabe.

—¿Crees que es el padre Pio?

Brunetti siempre había tratado de evitar dar el nombre de la persona de quien sospechaba, y esta vez trató de ser fiel a la norma, pero su mujer leyó la respuesta en su silencio. Ella se levantó.

—Si vas a estar en pie toda la noche, ¿por qué no duermes ahora un poco?

—«Una esposa es el mayor tesoro del marido, su compañera, su puntal. Una viña sin cerca puede ser arrasada; un hombre sin esposa se convierte en un vagabundo indefenso», citó él, contento de haberle ganado, por una vez, en el juego del que era maestra.

Ella no pudo disimular la sorpresa ni tampoco el gozo.

—¿Así que es verdad?

—¿El qué?

—Que el diablo puede citar las Escrituras.

Aquella noche, Brunetti volvió a abandonar el cálido nido de su cama y se vistió con el sonido de la lluvia en los oídos, que seguía cayendo sobre la

ciudad. Paola abrió los ojos, besó el aire en dirección a él y volvió a dormirse inmediatamente. Esta vez, él se acordó de las botas pero no llevó paraguas para Vianello.

En el hospital, una vez más, los dos hombres salieron al pasillo a hablar, pero era muy poco lo que tenían que decirse. Aquella tarde, el teniente Scarpa había hablado con Vianello y le había repetido las órdenes de Patta sobre el servicio. Al igual que Patta, nada había dicho acerca de lo que hicieran los hombres en su tiempo libre, lo que había animado a Vianello a hablar con Gravini, Pucetti y el contrito Alvise, y todos se habían ofrecido a repartirse la vigilancia diurna. Pucetti había quedado en relevar a Brunetti a las seis.

—¿También Alvise? —preguntó Brunetti.

—También Alvise —respondió Vianello—. El que sea estúpido no quiere decir que no pueda ser buena persona.

—No —convino Brunetti—. Por lo visto, ese caso sólo se da en el Parlamento.

Vianello se rió, se puso el impermeable y dio las buenas noches a Brunetti.

En la habitación, Brunetti se acercó a un metro de la cama y miró a la mujer dormida. Tenía las mejillas aún más hundidas, y la única señal de vida era el lento gotear del pálido líquido del frasco suspendido sobre ella, por el tubo conectado a su antebrazo, eso y el lento y constante subir y bajar del pecho.

—¿Maria? —dijo él, y después—: ¿*Suor Immacolata*? —El pecho subía y bajaba y el líquido goteaba, y nada más.

Brunetti encendió la luz del techo, sacó del bolsillo su tomo de Marco Aurelio y empezó a leer. A las dos, entró una enfermera, tomó el pulso a Maria e hizo una anotación en el gráfico.

—¿Cómo está? —preguntó Brunetti.

—El pulso es más rápido —dijo la enfermera—. A veces, esto ocurre cuando va a producirse un cambio.

—¿Quiere decir que va a despertar?

La enfermera no sonrió.

—Podría ser eso —dijo, y salió de la habitación sin dar a Brunetti tiempo de preguntar qué otra cosa podría ser.

A las tres, Brunetti apagó la luz y cerró los ojos, pero a la primera cabezada se puso de pie y se apoyó en la pared detrás de la silla. Apretó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

Al cabo de un rato, volvió a abrirse la puerta y en la habitación a oscuras entró otra enfermera. Al igual que la de la noche anterior, ésta llevaba una bandeja tapada. Brunetti, sin decir nada, la vio cruzar la habitación hasta situarse al lado de la cama, dentro del círculo de luz de la lamparita. La enfermera retiró la manta, y a Brunetti le pareció indecoroso mirar lo que tuviera que hacer a la paciente, por lo que bajó la mirada.

Entonces vio las huellas, las marcas de humedad que las suelas de los zapatos de la mujer habían dejado nítidamente dibujadas en el suelo. Sin acabar de darse cuenta de lo que hacía, Brunetti se lanzó a través del espacio que los separaba, con la mano derecha levantada sobre su cabeza. Aún no había llegado junto a la mujer cuando la toalla que cubría la bandeja cayó al suelo dejando al descubierto la hoja de un largo cuchillo. Brunetti lanzó un grito, un sonido indistinto y, cuando la mujer se volvió a mirar la figura que salía de la oscuridad, él vio la cara de la *signorina* Lerini.

La bandeja cayó al suelo, y ella, con un movimiento puramente instintivo, se abalanzó hacia Brunetti describiendo un arco con el cuchillo. Brunetti trató de esquivarlo, pero el impulso que llevaba lo había puesto al alcance del arma. La hoja le rasgó la manga izquierda y cortó el músculo del brazo. El grito que lanzó Brunetti fue ensordecedor, y él lo repitió una y otra vez, con la esperanza de que hiciera acudir a alguien.

Apretando la herida con una mano, se volvió hacia la mujer, temiendo otra acometida. Pero vio que ella se había vuelto de nuevo hacia la cama blandiendo el cuchillo a la altura de la cadera. Brunetti, haciendo un esfuerzo, se precipitó sobre ella, al tiempo que apartaba la mano de la herida del brazo. Volvió a lanzar el grito inarticulado, pero ella, sin mirarlo, dio otro paso hacia Maria.

Brunetti cerró el puño derecho, lo levantó por encima de la cabeza y golpeó el codo de la mujer, con la intención de hacer caer el cuchillo al suelo. Primero sintió y luego oyó crujido de huesos rotos, pero no sabía si eran del brazo de la mujer o de su propia mano.

Entonces ella se volvió, con el brazo colgando inerte y el cuchillo todavía

en la mano y empezó a gritar:

—El Anticristo. Tengo que matar al Anticristo. Los enemigos de Dios serán aplastados en el polvo y desaparecerán para siempre. Su venganza es mi venganza. Las palabras del Anticristo nada podrán contra los siervos de Dios. —Ella trataba de levantar la mano, pero no podía y él vio entonces cómo los dedos se abrían y el cuchillo caía al suelo.

Con la mano derecha, la agarró de la bata y la apartó violentamente de la cama. Ella no opuso resistencia. Él la empujó hacia la puerta, que entonces se abrió y en el vano aparecieron un médico y una enfermera.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —preguntó el médico accionando el interruptor de la luz.

—La luz del día no dejará que los enemigos del Señor se escondan de su justa cólera —jadeó la *signorina* Lerini con apasionada vehemencia—. Sus enemigos serán confundidos y destruidos. —Levantó la mano izquierda y señaló a Brunetti con un dedo tembloroso—. Crees que podrás impedir que la voluntad de Dios sea obedecida. Necio. Él es más grande que todos nosotros. Se hará su voluntad.

A la luz que ahora inundaba la habitación, el médico vio la sangre que goteaba de la mano del hombre y la saliva que escupía la mujer al hablar. Ella dijo entonces dirigiéndose al médico y a la enfermera:

—Habéis dado cobijo a la enemiga de Dios, la habéis cuidado y protegido sabiendo que era enemiga del Señor. Pero alguien más listo que vosotros ha descubierto vuestros planes para desafiar la ley de Dios y me ha enviado para administrar justicia a la pecadora.

El médico empezó:

—¿Qué es lo que...? —pero Brunetti le hizo callar con un ademán.

Acercándose a la *signorina* Lerini le puso la mano buena en el brazo con suavidad. Su voz era un murmullo persuasivo e insinuante:

—Los medios del Señor son infinitos, hermana. Otro vendrá a ocupar tu puesto, para que se haga Su santa voluntad.

La *signorina* Lerini lo miró y él le vio las pupilas dilatadas y los labios que temblaban.

—¿A ti también te envía el Señor? —preguntó.

—Tú lo has dicho —respondió Brunetti—. Hermana en Cristo, tus

anteriores actos serán recompensados —tanteó.

—Los dos eran pecadores y merecían el castigo de Dios.

—Muchos dicen que tu padre era un descreído que hacía burla del Señor. Dios es paciente y misericordioso, pero no tolera la burla.

—Murió burlándose de Dios —dijo ella con una mirada de horror—. Hasta mientras yo le tapaba la cara él seguía burlándose.

Brunetti oyó cómo el médico y la enfermera cuchicheaban a su espalda. Volvió la cabeza y ordenó:

—Silencio.

Ellos, impresionados por el tono de su voz y por el desvarío audible en la voz de la mujer, obedecieron. Brunetti dijo entonces a la *signorina* Lerini:

—Pero era necesario. Era voluntad de Dios —insinuó.

Las facciones de la mujer se relajaron.

—¿Lo comprendes?

Brunetti asintió. El dolor del brazo era cada vez más intenso. Bajó la mirada un momento y vio el charco de sangre que se había formado debajo de su mano.

—¿Y su dinero? —preguntó—. Siempre hace falta dinero para combatir a los enemigos del Señor.

La voz de la mujer se hizo más firme.

—Sí. Ha empezado la batalla, y debe seguir hasta que hayamos recuperado el reino del Señor. Hay que dar a los servidores de Dios las ganancias de sus enemigos, para que realicen Su santa obra.

Brunetti, que no sabía cuánto tiempo podría mantener allí prisioneros al médico y la enfermera, decidió arriesgarse:

—El reverendo padre me ha hablado de tu generosidad.

Ella recibió esta revelación con una sonrisa de beatitud.

—Sí; me dijo que el dinero de mi padre se necesitaba con urgencia. La espera aún podía durar años. Los mandatos de Dios deben obedecerse.

Él asintió, como si le pareciera perfectamente comprensible que un sacerdote le hubiera ordenado asesinar a su padre.

—¿Y Da Prè? —preguntó Brunetti con naturalidad, como si fuera un detalle sin importancia, como el color de un chal—. Ese pecador —agregó, aunque no era necesario.

—Él me vio, me vio cuando administraba la justicia divina a mi padre pecador. Pero no me lo dijo hasta mucho después. —Se inclinó hacia Brunetti moviendo la cabeza de arriba abajo—. También era un gran pecador. La codicia es un pecado terrible.

Brunetti oyó pasos a su espalda y cuando se volvió vio que el médico y la enfermera habían desaparecido. Los pasos se alejaban rápidamente por el pasillo y a lo lejos sonaban voces perentorias.

Aprovechando la confusión creada por aquella tumultuosa salida, Brunetti desvió sus preguntas hacia la *casa di cura*.

—¿Y los otros? Las otras personas de la residencia de su padre. ¿Cuáles eran sus pecados?

Antes de que él pudiera pensar en la manera de ajustar sus preguntas a su desvarío, ella lo miró con desconcierto e interrogación.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué otros?

Brunetti comprendió que aquella confusión demostraba su inocencia y, como si no hubiera oído sus preguntas, insistió:

—¿Y el hombre pequeño? ¿Da Prè? ¿Qué hizo él? ¿La amenazó, *signorina*?

—Me pidió dinero. Yo le dije que sólo había obedecido la voluntad de Dios, pero él dijo que no había Dios ni voluntad. Blasfemaba. Se burlaba del Señor.

—¿Se lo dijo usted al reverendo padre?

—El reverendo padre es un santo —repitió ella.

—Es sin duda un hombre de Dios —convino Brunetti—. ¿Y le dijo lo que debía usted hacer? —preguntó.

Ella asintió.

—Me dijo cuál era la voluntad de Dios y yo la cumplí. Me dijo que hay que destruir el pecado y a los pecadores. Había que impedir que el hombre pequeño manchara con el escándalo la divina misión. —Y aquí soltó una carcajada que a Brunetti le heló el alma—. Lo perdió la codicia. Le dije que le llevaba el dinero y él me dejó entrar. Abrió la puerta a la venganza de Dios.

—¿Le dijo el reverendo padre que lo...? —empezó Brunetti, pero en aquel momento irrumpieron en la habitación tres celadores y el médico con mucho alboroto, rompiendo definitivamente el diálogo.

La *signorina* Lerini fue conducida a la sala de Psiquiatría, donde, después de fijarle los huesos del codo, se le administró un fuerte sedante y quedó bajo vigilancia permanente. A Brunetti lo sentaron en una silla de ruedas y lo llevaron a Urgencias, donde le pusieron una inyección contra el dolor y catorce puntos en el brazo. El jefe de Psiquiatría, llamado al hospital por la enfermera que había presenciado la escena, prohibió que se hablara a la *signorina* Lerini, cuyo estado diagnosticó de «grave», sin haberla visto ni hablado con ella. Cuando Brunetti interrogó al médico y a la enfermera que habían oído su conversación con la *signorina* Lerini, ninguno de los dos parecía tener más que una vaga impresión de que había estado plagada de desvaríos religiosos. Les preguntó si recordaban que había preguntado a la *signorina* Lerini por su padre y Da Prè, pero para ellos todo habían sido despropósitos delirantes.

A las seis menos cuarto, Pucetti se presentó en la habitación de Maria Testa, en la que del comisario no encontró más que el impermeable colgado del respaldo de una silla. Al ver las manchas de sangre del suelo, su primer pensamiento fue para la mujer. Se acercó rápidamente a la cama y al mirarle el pecho vio que seguía subiendo y bajando al ritmo de la respiración. Y entonces le miró la cara y vio que tenía los ojos abiertos y lo observaba fijamente.

Brunetti no se enteró del cambio que se había producido en el estado de Maria Testa hasta casi las once de la mañana, cuando llegó a la *questura*, con el brazo en cabestrillo. A los pocos instantes, Vianello entró en su despacho.

—Se ha despertado —dijo sin preámbulos.

—¿Maria Testa? —preguntó Brunetti, aunque no era necesario.

—Sí.

—¿Qué más hay?

—No lo sé. Pucetti ha llamado y dejado el mensaje a eso de las siete, pero no me lo han pasado hasta hace media hora. Cuando he llamado al hospital, usted ya se había ido.

—¿Cómo está?

—Lo ignoro. Sólo ha dicho que estaba despierta. Cuando Pucetti ha avisado a los médicos, tres de ellos han entrado en la habitación y le han hecho salir. Supone que iban a hacerle pruebas. Entonces nos ha llamado a nosotros.

—¿Ha dicho algo más?

—Nada más, comisario.

—¿Y la Lerini?

—Lo único que sabemos es que está sedada y no se la puede ver. —Esto lo sabía ya Brunetti al salir del hospital.

—Gracias, Vianello —dijo.

—¿Desea que haga algo, comisario?

—Por el momento, nada. Después volveré al hospital. —Se deshizo del impermeable y lo echó sobre una silla. Antes de que Vianello saliera,

preguntó—: ¿Está informado el *vicequestore*?

—No lo sé, comisario. No ha salido de su despacho desde que ha llegado, a eso de las diez, y no creo que sepa nada.

—Gracias —repitió Brunetti, y Vianello se fue.

Cuando estuvo solo, Brunetti fue al impermeable, sacó un frasco de analgésico y se dirigió al lavabo de hombres situado al extremo del pasillo a buscar un vaso de agua. Tomó dos comprimidos, luego un tercero y volvió a guardar el frasco en el bolsillo del impermeable. Aquella noche no había dormido y ahora acusaba el insomnio como de costumbre, con un escozor en los ojos. Al sentarse, echó el cuerpo hacia atrás e hizo una mueca de dolor cuando el brazo se apoyó en el respaldo del sillón.

La *signorina* Lerini había dicho que «ambos» hombres eran pecadores. ¿Quizá Da Prè, en una de sus visitas mensuales a su hermana, la vio salir de la habitación el día en que murió el padre? ¿Y las preguntas de Brunetti le habían inducido a hacer deducciones? Si el hombrecito trató de hacerle chantaje, pasó por alto el sentido de divina misión que la movía y con ello firmó su sentencia de muerte. Se había convertido en una amenaza para el plan de Dios, que había que eliminar.

Brunetti repasó mentalmente su conversación con la *signorina* Lerini. Cara a cara, mirándola a sus ojos de loca, no se había atrevido a pronunciar el nombre del sacerdote, por lo que sólo tenía su reconocimiento de que el «reverendo padre» le había dicho lo que debía hacer. Por otra parte, la descripción de los asesinatos de su padre y Da Prè estaba envuelta en tal fárrago de aberraciones religiosas que los dos testigos de lo que era toda una confesión no tenían ni idea de lo que habían oído. No era probable, pues, que un juez dictara orden de arresto contra ella por asesinato. Y, a pesar de que la agresión cometida contra él era, indiscutiblemente, un acto criminal, Brunetti, al recordar su mirada extraviada y su tono de santidad ultrajada, dudaba incluso de que un juez estuviera dispuesto a llevarla a juicio por aquel ataque. El comisario no se consideraba un experto en la materia, pero lo que había visto aquella noche le parecía pura demencia. Y, si la mujer estaba loca, no había posibilidad de acusarla, ni tampoco al hombre que —Brunetti estaba seguro— le había confiado su sagrada misión.

Brunetti llamó al hospital pero no consiguió que le pusieran con la

sección en la que se encontraba Maria Testa. Se inclinó hacia adelante haciendo bascular el peso del cuerpo para ponerse de pie. Miró por la ventana y vio que, por lo menos, había dejado de llover. Con la mano derecha se echó el impermeable sobre los hombros y salió del despacho.

Al lado de la puerta de la habitación de Maria Testa estaba Pucetti, vestido de paisano, y Brunetti, al verlo, recordó que ahora, después de que hubieran tratado de asesinarla, ya podía ponerse protección oficial.

—Buenos días, comisario —dijo Pucetti levantándose y haciendo un saludo formal.

—Buenos días, Pucetti. ¿Cómo están las cosas?

—Médicos y enfermeras que entran y salen toda la mañana, pero cuando pregunto ninguno contesta.

—¿Hay alguien con ella ahora?

—Sí, señor. Una monja. Me parece que le ha entrado comida. Por lo menos, olía a comida.

—Bien —dijo Brunetti—. Necesita alimentarse. ¿Cuánto tiempo hacía? —preguntó. En aquel momento, no podía recordar cuántos días llevaba inconsciente Maria.

—Cuatro días, comisario.

—Sí, sí. Cuatro días —dijo Brunetti, sin recordarlo todavía, pero decidido a creer al agente—. ¿Pucetti?

—¿Sí, señor? —dijo el joven, haciendo un esfuerzo para no cuadrarse militarmente.

—Baje al vestíbulo y llame a Vianello. Dígale que envíe a alguien para relevarlo y que lo ponga en la lista de servicios. Luego váyase a casa y coma algo. ¿Cuándo vuelve a entrar de servicio?

—Pasado mañana, comisario.

—¿Hoy era su día de permiso?

Pucetti se miró las zapatillas de tenis.

—No, señor.

—¿Entonces?

—Había pedido un par de días de permiso a cuenta de vacaciones. Pensé que... bueno, pensé que podría echar una mano a Vianello con esto. De todos modos, con esta lluvia, tampoco se puede ir a ningún sitio. —Brunetti miraba

fijamente una mota de la pared, a la izquierda de la cabeza de Brunetti.

—Bien, cuando llame a Vianello pregúntele si puede volver a ponerle de servicio. Guárdese las vacaciones para el verano.

—Sí, señor. ¿Desea algo más?

—No, eso es todo.

—Buenos días, comisario. —El joven dio media vuelta y se alejó hacia la escalera.

—Y muchas gracias, Pucetti —dijo Brunetti. Por toda respuesta, Pucetti levantó una mano, pero no volvió la cabeza ni hizo otra señal de haberle oído.

Brunetti llamó a la puerta.

—*Avanti* —dijo una voz desde el interior.

Él empujó la puerta y entró. Tuvo un sobresalto al ver a una monja con el hábito ya familiar de la orden de la Santa Cruz, de pie al lado de la cama, enjugando la cara a Maria Testa. La monja miró a Brunetti pero no dijo nada. En la mesita de noche había una bandeja con medio bol de lo que parecía sopa. La sangre —su sangre— había desaparecido del suelo.

—Buenos días —dijo Brunetti sin acertar a disimular el nerviosismo que le producía la vista de aquel hábito.

La monja movió la cabeza de arriba abajo sin decir nada. Dio medio paso adelante situándose, quizá accidentalmente, entre él y la cama.

Brunetti se movió hacia la izquierda, de modo que Maria pudiera verlo. Cuando ella lo distinguió, abrió mucho los ojos y juntó las cejas tratando de recordar quién era.

—¿*Signor* Brunetti? —dijo al fin.

—Sí.

—¿Qué hace aquí? ¿Le ha sucedido algo a su madre?

—No, no, nada. He venido a verla a usted.

—¿Qué le ha pasado en el brazo?

—Nada, no es nada.

—Pero ¿cómo ha sabido que yo estaba aquí? —Al percibir el pánico que había en su propia voz, la mujer calló y cerró los ojos. Cuando los abrió dijo con forzada calma—: No entiendo nada.

Brunetti se acercó a la cama. La monja lo miró y movió negativamente la cabeza; si era una advertencia, Brunetti hizo caso omiso.

—¿Qué es lo que no entiende? —preguntó.

—No entiendo cómo he llegado aquí. Dicen que iba en bicicleta y un coche me atropelló, pero yo no tengo bicicleta. En la residencia no hay bicicletas, y aunque las hubiera, no creo que pudiéramos usarlas nosotras. También dicen que estaba en el Lido. Yo nunca he estado en el Lido, *signor Brunetti*, nunca en mi vida. —Su voz se hacía más aguda a medida que hablaba.

—¿Dónde recuerda haber estado? —preguntó él.

La pregunta pareció sorprenderla. Se llevó una mano a la frente, como él la había visto hacer aquel día en su despacho y nuevamente la sorprendió no encontrar la reconfortante protección de la toca. Con las yemas de dos dedos, se frotó la venda que le cubría la sien, tratando de recordar.

—Recuerdo estar en la residencia —dijo al fin.

—¿La residencia en la que está mi madre? —preguntó Brunetti.

—Naturalmente. Donde trabajo.

La monja, movida quizá por la creciente agitación de la voz de Maria, se adelantó:

—Creo que será mejor que no haga más preguntas, *signore*.

—No, no, deje que se quede —rogó Maria.

Al observar la indecisión de la monja, Brunetti dijo:

—Quizá sea preferible que hable yo.

La monja miró de Brunetti a Maria Testa, que asintió susurrando:

—Por favor. Quiero saber lo que me ha pasado.

Mirando su reloj, la monja dijo en ese tono categórico que adoptan ciertas personas cuando tienen ocasión de ejercer su poco de autoridad:

—Está bien, pero sólo cinco minutos. —Dicho esto, en lugar de marcharse como esperaba Brunetti, la monja se situó a los pies de la cama, decidida a quedarse a escuchar la conversación.

—Usted circulaba en bicicleta cuando un coche la atropelló. Ocurrió en el Lido, donde trabajaba en una clínica particular.

—Es imposible. Ya le he dicho que nunca he estado en el Lido. Nunca. —Entonces se interrumpió y cambiando de tono dijo—: Perdone, *signor Brunetti*. Dígame lo que usted sepa.

—Había trabajado allí varias semanas, después de dejar la residencia.

Unas personas la ayudaron a encontrar empleo y alojamiento.

—¿Empleo?

—En la clínica. Trabajaba en la lavandería.

Ella cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, dijo:

—No me acuerdo del Lido. —De nuevo, se llevó la mano a la sien—.

Pero ¿por qué está usted aquí? —preguntó a Brunetti, y por su tono él comprendió que recordaba que era policia.

—Hace varias semanas, usted fue a mi despacho para pedirme que indagara en un asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó ella moviendo la cabeza con perplejidad.

—Algo que usted creía que ocurría en la residencia San Leonardo.

—¿San Leonardo? Nunca he estado allí.

Brunetti vio que apretaba la sábana con los puños y comprendió que no tenía objeto continuar la conversación.

—Creo que vale más que lo dejemos por ahora. Quizá poco a poco vaya recordando lo ocurrido. Necesita descansar, comer y recuperar las fuerzas. —
¿Cuántas veces había oído a esta mujer decir cosas parecidas a su madre?

La monja se adelantó.

—Ya es suficiente, *signore*.

Brunetti, mal que le pesara, reconoció que tenía razón.

Extendió su mano buena y golpeó suavemente el dorso de la de Maria.

—Pronto estará bien. Lo peor ya ha pasado. Procure descansar y comer.

—Sonrió y dio media vuelta.

Antes de que él llegara a la puerta, Maria dijo a la monja:

—Por favor, hermana, siento molestarla, pero ¿podría traer un...? —aquí se interrumpió y bajó la cabeza por pudor o cohibición.

—¿Un orinal? —preguntó la monja sin bajar la voz.

Manteniendo la cabeza baja, Maria asintió.

La monja resopló y apretó los labios. Dio media vuelta y fue hasta la puerta, la abrió y la sostuvo para que saliera Brunetti.

Detrás de ellos sonó la voz débil y atemorizada de Maria que decía:

—Por favor, hermana, deje que él se quede hasta que usted vuelva. No quiero estar sola.

La monja miró a Maria y a Brunetti, y salió cerrando la puerta.

Brunetti se volvió hacia la cama.

—Fue un coche verde —dijo Maria sin preámbulos—. No sé de qué marca porque no distingo las diferencias, pero me embistió adrede. No fue un accidente.

Atontado por la sorpresa, Brunetti preguntó:

—¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo todo —dijo ella, con una voz más firme de lo que él recordaba haberle oído usar nunca—. Me han dicho lo que le ha pasado a usted y he tenido todo el día para pensar.

Él fue a acercarse a la cama, pero ella lo contuvo con un ademán.

—Quédese donde está. No quiero que ella sepa que hemos hablado.

—¿Por qué? —preguntó él.

Esta vez fue Maria la que apretó los labios con gesto de irritación.

—Podría ser de los suyos. Me matarán si sospechan que me acuerdo de todo.

Él la miró y percibió casi físicamente el impacto de la energía que ella irradiaba.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

—Sobrevivir —espetó ella, y entonces se abrió la puerta y entró la monja con el orinal en la mano. Pasó por delante de Brunetti sin decir nada y fue hacia la cama.

Él tampoco habló, ni siquiera se atrevió a volverse para mirar a Maria por última vez, y salió de la habitación cerrando la puerta.

Mientras Brunetti avanzaba por el corredor hacia Psiquiatría, de pronto, sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Una parte de él sabía que aquello no era más que efecto de la fatiga y el shock, pero no por ello dejó de mirar la cara de las personas que se cruzaban con él, para ver si también ellas habían sentido temblar la tierra. Asustado de sí mismo al notar que le hubiera tranquilizado descubrir que había un terremoto, entró en el bar de la planta baja y pidió un vaso de néctar de albaricoque y, después, un vaso de agua, con el que tomó otros dos comprimidos del calmante. Al mirar a los otros clientes del bar, con sus vendajes, tablillas y escayolas, Brunetti se sintió en su ambiente por primera vez aquel día.

Cuando se encaminó de nuevo a Psiquiatría, se sentía mejor, pero no bien.

Cruzó el patio, acortó por Radiología y empujó las dobles vidrieras de Psiquiatría. Entonces vio venir hacia él desde el otro extremo del corredor una figura con hábito blanco y, nuevamente, Brunetti tuvo que preguntarse si sufría alucinaciones. Pero no, no era ni más ni menos que el padre Pio que venía hacia él, envuelta su alta figura en una capa oscura abrochada al cuello —Brunetti lo vio con una claridad diáfana— con un cierre hecho de un thaler austríaco de María Teresa del siglo XVIII.

Hubiera sido difícil decir cuál de los dos quedó más sorprendido, pero el primero en reaccionar fue el religioso, que dijo:

—Buenos días, comisario. ¿Me equivoco al suponer que los dos hemos venido a ver a la misma persona?

Brunetti tardó en poder hablar, y cuando lo hizo no dijo más que el nombre:

—¿La *signorina* Lerini?

—Sí.

—No podrá usted verla —dijo Brunetti, sin disimular la hostilidad.

En la cara del padre Pio floreció aquella misma sonrisa dulce con que saludó a Brunetti en su primer encuentro en el convento de la orden de la Santa Cruz.

—Comisario, no tienen ustedes derecho a impedir que una persona enferma, necesitada de consuelo espiritual, vea a su confesor.

Su confesor. Naturalmente, Brunetti hubiera debido preverlo. Pero, antes de que pudiera decir algo, el monje prosiguió:

—De todos modos, sus órdenes llegarían tarde, comisario. Ya he hablado con ella y he oído su confesión.

—¿Y le ha dado consuelo espiritual? —preguntó Brunetti.

—Tú lo has dicho —respondió el padre Pio con una sonrisa que no sabía lo que era la dulzura.

Brunetti sintió que le subía a la garganta un sabor agrio que nada tenía que ver con el néctar de albaricoque que acababa de tomar. Lo recorrió un espasmo de rabia y asco, que él fue tan incapaz de dominar como incapaces eran los comprimidos de calmarle el dolor del brazo. Olvidando todo lo que le había enseñado la experiencia durante muchos años, Brunetti agarró de la capa al clérigo, arrugando con gusto el fino paño entre los dedos y tiró con

fuerza para obligar al otro a agacharse hasta que sus caras quedaron a pocos centímetros una de otra.

—Sabemos mucho de usted —le escupió Brunetti.

El monje, de un manotazo, se desasíó con facilidad. Dio un paso atrás, giró sobre sí mismo y fue hacia la puerta. Pero allí se detuvo, y volvió sobre sus pasos haciendo oscilar la cabeza hacia uno y otro lado como las serpientes.

—También nosotros sabemos mucho de usted —susurró, y se fue.
Brunetti se estremeció.

Brunetti se quedó unos minutos en la puerta del hospital, en el *campo* SS. Giovanni e Paolo, sin saber si volver a la *questura* o irse a casa a dormir un poco. Miró el andamiaje que cubría la fachada de la basílica y vio que las sombras habían subido hasta media altura. Al consultar el reloj, le sorprendió ver que era media tarde. No sabía qué se había hecho de aquellas horas: quizá se había quedado dormido en el bar, sentado en la silla con la cabeza apoyada en la pared. Lo cierto era que habían pasado horas, que se habían volatilizado como todos aquellos años de la vida de Maria Testa.

Pensando que era preferible ir a la *questura*, si más no, porque estaba más cerca, cruzó el *campo* en aquella dirección. Martirizado por la sed y el dolor del brazo que se le recrudecía, entró en un bar, pidió un vaso de agua mineral y tomó otro comprimido. Al llegar a la *questura*, encontró el vestíbulo extrañamente silencioso y no fue sino al recordar que era miércoles, el día en que el *Ufficio Stranieri* estaba cerrado al público, cuando descubrió la razón de aquel insólito silencio.

Como no le apetecía subir los cuatro tramos de escalera hasta su despacho, decidió no demorar la inevitable visita a Patta y se dirigió hacia la escalera que llevaba al despacho de su superior. Mientras subía el primer tramo, lo sorprendió lo fácil que le resultaba la ascensión y se preguntó por qué se le habría antojado tan difícil llegar a su propio despacho, pero no consiguió recordarlo. Pensó en lo agradable que sería subir volando y el mucho tiempo que le ahorraría todos los días, pero ahora ya estaba en el despacho de la *signorina* Elettra y se olvidó de la idea del vuelo.

Ella levantó la mirada del ordenador y, al verle el brazo y el semblante, se

levantó y dio la vuelta a la mesa para ir a su encuentro.

—¿Qué le ha pasado, comisario?

La sinceridad de su preocupación era tan visible como audible y Brunetti se sintió vivamente conmovido. Qué suerte tenían las mujeres de poder permitirse mostrar abiertamente sus emociones, pensó, y qué gratas eran esas muestras de afecto y preocupación.

—Gracias, *signorina* —dijo, dominando el impulso de ponerle la mano en el hombro al darle las gracias por todo lo que ella manifestaba inconscientemente—. ¿Está el *vicequestore*?

—Sí. ¿Está seguro de querer verlo ahora?

—Oh, sí. Es el momento más oportuno.

—¿Quiere un café, *dottore*? —preguntó ella ayudándole a quitarse el impermeable.

Brunetti movió la cabeza negativamente.

—No, *signorina*, muchas gracias. Sólo quiero hablar un momento con el *vicequestore*.

La costumbre y sólo la costumbre hizo a Brunetti golpear la puerta de Patta con los nudillos. Cuando entró, Patta lo recibió con no menor sorpresa que la mostrada por la *signorina* Elettra, pero mientras la de la joven estaba matizada de preocupación la de Patta exudaba sólo reproche.

—¿Qué le ha pasado, Brunetti?

—Alguien ha tratado de matarme —respondió él con naturalidad.

—Pues no se habrá esforzado mucho, si eso es todo lo que ha conseguido.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Brunetti.

Viendo en la petición poco más que una artimaña de Brunetti para llamar la atención a su herida, Patta asintió de mala gana señalando una silla.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —inquirió.

—Anoche, en el hospital... —empezó Brunetti, pero Patta lo interrumpió.

—Lo que pasó en el hospital ya lo sé. Esa mujer quería matar a la monja porque se le había metido en la cabeza la manía de que ella había matado a su padre —dijo Patta, que hizo una larga pausa antes de añadir—: Fue una suerte que usted estuviera allí para impedirlo. —Quizá, si se hubiera esforzado un poco, Patta hubiera podido hacer todavía más parco el elogio.

Brunetti escuchaba, sorprendido sólo por la rapidez con que se había

convencido a Patta. Él ya esperaba que se elaborase alguna historia de este tenor para explicar el acto de la *signorina* Lerini, pero no suponía que fuera tan burda.

—¿Y no podría haber otra explicación?

—¿Como cuál? —preguntó Patta con su proverbial suspicacia.

—¿Que ella supiera algo que la *signorina* Lerini quisiera mantener en secreto?

—¿Qué secreto podría tener una mujer como ella?

—¿Una mujer como quién?

—Una beata —respondió Patta sin vacilar—. Una mujer de esas que no piensan más que en la religión y la Iglesia. —El tono de Patta no indicaba si él veía con buenos ojos esta conducta en una mujer—. ¿Y bien? —apremió, en vista de que Brunetti no decía nada.

—Su padre no sufría del corazón —dijo Brunetti.

Patta esperaba que Brunetti dijera algo más, pero como no era así preguntó:

—¿Qué insinúa? —Brunetti seguía sin contestar—. ¿Piensa que esa mujer mató a su padre? —Se apartó de la mesa como para hacer más patente su incredulidad—. ¿Está en su sano juicio, Brunetti? Una mujer que oye misa todos los días no mataría a su padre.

—¿Cómo sabe que oye misa todos los días? —preguntó Brunetti, sorprendido de su capacidad para conservar la calma y mantenerse por encima de esta discusión, como si hubiera sido transportado al lugar en el que se guardan las claves de todos los misterios.

—Porque me han llamado tanto su médico como su director espiritual.

—¿Qué le han dicho?

—El médico, que padece una depresión nerviosa, provocada por una reacción retardada a la muerte de su padre.

—¿Y el «director espiritual», como usted lo llama?

—¿Cómo lo llamaría usted, Brunetti, de otra manera? ¿O también forma parte de esa película siniestra que se está inventando?

—¿Qué le ha dicho? —insistió Brunetti.

—Que está de acuerdo con la opinión del médico. Y que no le sorprendería que su manía acerca de la monja la hubiera inducido a atacarla

en el hospital.

—Y supongo que, cuando usted le preguntó por qué lo decía, él le respondió que no estaba en disposición de revelar cómo había conseguido esa información —dijo Brunetti sintiéndose cada vez más distante de la conversación y de los dos hombres que la mantenían.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Patta.

—Ah, *vicequestore* —dijo Brunetti, agitando un dedo en señal de amonestación—, no pretenderá usted que quebrante un secreto de confesión —y, sin esperar a oír lo que Patta tuviera que decir a esto, levitó hacia la puerta y salió del despacho.

La *signorina* Elettra se apartaba rápidamente de la puerta cuando él la abrió y también a ella la amonestó Brunetti con el dedo, pero enseguida sonrió al preguntarle:

—¿Me ayuda con el impermeable, *signorina*?

—Cómo no, *dottore* —dijo ella tomando la prenda y sosteniéndola.

Cuando tuvo la gabardina sobre los hombros, él dio las gracias a la joven y fue hacia la escalera. En la puerta estaba Vianello, que había aparecido con una instantaneidad angélica.

—Bonsuan ha traído la lancha, comisario —dijo. Después, Brunetti recordaría haber empezado a bajar la escalera al lado de Vianello que lo asía del brazo bueno. Y también recordaría haber preguntado al sargento si él había pensado alguna vez lo cómodo que sería poder subir y bajar las escaleras volando para ir al despacho, pero ahí se acababan sus recuerdos, como si su memoria hubiera ido a tomarse un descanso con todas las horas perdidas de la vida de *suor* Immacolata.

La infección del brazo de Brunetti se atribuyó después a unas fibras del *tweed* Harris de la americana, que habían quedado en la herida a consecuencia de una cura deficiente. Esto no lo dijo el Ospedale Civile, desde luego: el cirujano insistía en que la infección era debida a una variedad de estafilococo común y que era una complicación con la que había que contar, dada la gravedad de la herida. Pero su amigo, el *dottor* Giovanni Grimani, dijo después a Brunetti que en Urgencias habían rodado cabezas y que un celador de quirófano había sido trasladado a las cocinas. Grimani no dijo, por lo menos, explícitamente, que el cirujano tenía la culpa por haber hecho la cura con precipitación, pero Paola y Brunetti lo dedujeron de su tono. Aunque nada de esto se supo hasta que la infección fue tan grave y la conducta de Brunetti tan extraña que se decidió llevarlo al hospital.

Habida cuenta de la generosidad de su suegro para con la institución, se ingresó a Brunetti, al que la fiebre hacía desvariar, en el Ospedale Giustinian, donde lo pusieron en una habitación particular y todo el personal, enterado de con quién estaba emparentado, se mostró atento y solícito. Los primeros días, en los que tenía lapsos de inconsciencia y los médicos buscaban todavía el antibiótico más adecuado para combatir la infección, no se le habló de la causa de ésta y cuando por fin se encontró el fármaco y la infección quedó controlada y vencida, él no mostró interés en saber de quién era la culpa.

—¿Qué importa ya? —preguntó a Grimani, destruyendo con ello parte de la satisfacción que sentía el médico por haber puesto la amistad por encima del corporativismo.

En sus momentos de lucidez, Brunetti preguntaba insistentemente por

Maria Testa, pero siempre se le respondía lo mismo, que seguía en el hospital, recuperándose satisfactoriamente. Él no se cansaba de repetir que era absurdo que lo tuvieran en el hospital, y cuando le quitaron el tubo del brazo ya no hubo manera de retenerlo allí. Paola, que le ayudaba a vestirse, le dijo que hacía muy buen tiempo y que no necesitaría jersey, pero le había traído una chaqueta para ponérsela sobre los hombros.

Cuando un Brunetti bastante debilitado y una Paola ya sosegada salieron al pasillo, encontraron a Vianello esperando.

—Buenos días, *signora* —dijo el sargento.

—Buenos días, Vianello. Qué amable ha sido al venir —dijo ella con fingida sorpresa. Brunetti sonrió del vano intento de su mujer por aparentar naturalidad, seguro de que ella y Vianello estaban de acuerdo, y de que Bonsuan tendría la lancha de la policía en la entrada lateral, con el motor en marcha.

—Tiene muy buen aspecto, comisario —dijo Vianello a modo de saludo.

Al vestirse, Brunetti había notado con sorpresa que el pantalón le estaba holgado. Al parecer, la fiebre había quemado mucha adiposidad acumulada durante el invierno, ayudada por la falta de apetito.

—Gracias, Vianello —dijo él, nada más. Paola empezó a andar por el pasillo, y Brunetti miró a su sargento—: ¿Cómo sigue? —preguntó. No necesitaba ser más explícito.

—Se ha ido. Se han ido las dos.

—¿Qué?

—La *signorina* Lerini ha sido ingresada en una clínica particular.

—¿Dónde?

—En Roma. Por lo menos, eso nos dijeron.

—¿Lo han comprobado?

—La *signorina* Elettra lo ha confirmado. —Y, antes de que Brunetti pudiera preguntar, explicó—: La atiende la orden de la Santa Cruz.

Brunetti no sabía qué nombre usar para referirse a la otra mujer.

—¿Y Maria Testa? —preguntó al fin, votando con este nombre por la decisión que ella había tomado.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo, desaparecido?

—Guido —dijo Paola volviendo atrás—, ¿no puede esperar eso? —Dio media vuelta y se alejó hacia la entrada lateral del hospital y la lancha que aguardaba.

Brunetti siguió a su mujer y Vianello acomodó el paso al de su comisario.

—Cuénteme —insistió Brunetti.

—Mantuvimos la vigilancia durante unos días después de que a usted lo trajeran aquí...

—¿Alguien trató de verla? —le interrumpió Brunetti.

—Aquel monje, pero le dije que teníamos órdenes de que no entrase nadie a verla. Entonces él acudió a Patta.

—¿Y qué?

—Patta se resistió durante un día, luego dijo que preguntáramos a la mujer si quería verlo.

—¿Y ella qué dijo?

—No se lo pregunté. De todos modos, a Patta le dije que no quería verlo.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Brunetti. Pero ya habían llegado a la puerta. Paola estaba fuera, sosteniéndola abierta y cuando él salió le dijo:

—Bienvenido a la primavera, Guido.

Porque, durante los diez días que él había pasado en el hospital, la primavera había avanzado y conquistado la ciudad como por arte de magia. El aire era tibio, olía a brotes tiernos y estaba poblado de trinos de pájaros y, al otro lado del canal, una guirnalda de rosas entreabiertas asomaba por la verja que remataba una cerca de ladrillo. Tal como Brunetti esperaba, la lancha de la policía estaba amarrada al pie de la escalera y, al timón, Bonsuan, que los saludó con un movimiento de cabeza y lo que Brunetti dedujo que podía ser una sonrisa.

Con un *Buon giorno* musitado entre dientes, el piloto ayudó a embarcar a Paola y luego a Brunetti, que casi se tambaleó, deslumbrado por la explosión de luz. Vianello soltó la amarra y entró en la lancha, y Bonsuan los sacó al canal de la Giudecca.

—¿Y entonces qué? —preguntó Brunetti.

—Entonces una de las enfermeras del hospital le dijo que un padre quería verla pero que nosotros no se lo permitíamos. Después hablé con esa enfermera, que me dijo que ella, la Testa, se había mostrado inquieta al saber

que él quería verla, pero que casi se alegró de que no le hubiéramos dejado. —Una lancha rápida les adelantó por la derecha, levantando surtidores de espuma hacia ellos. Vianello dio un salto de lado, pero las salpicaduras no pasaron del costado de la lancha.

—¿Y entonces? —insistió Brunetti.

—Pues entonces desapareció. Habíamos retirado la vigilancia, aunque los chicos y yo aún rondábamos por allí durante la noche, para estar al cuidado.

—¿Cuándo fue?

—Hace dos días. Una tarde, entró el médico a hacer la visita y ya no la encontró. Su ropa había desaparecido y no quedaba ni rastro de la mujer.

—¿Y ustedes qué hicieron?

—Preguntamos en el hospital, pero nadie la había visto. Sencillamente, había desaparecido.

—¿Y el confesor?

—Llamó por teléfono al día siguiente, antes de que nadie más que nosotros supiera lo ocurrido, y se quejó de que no le permitiéramos verla. Patta todavía creía que la mujer estaba en el hospital y cedió diciendo que él personalmente se encargaría de que ella lo recibiera. Entonces me llamó para decirme que ella tenía que verlo y fue cuando le dije que la mujer había desaparecido.

—¿Y él qué hizo? ¿O qué dijo?

Vianello reflexionó antes de contestar.

—Yo diría que se alegró, comisario. Cuando le dije que la mujer se había marchado casi pareció contento de oírlo. Llamó al monje delante de mí. Tuve que ponerme al teléfono para explicárselo.

—¿Tiene idea de adónde ha ido? —preguntó Brunetti.

—Ni la más remota. —La respuesta de Vianello fue inmediata.

—¿Llamaron al hombre del Lido, Sassi?

—Sí. Fue lo primero que hice. Me dijo que no me preocupara por ella, y nada más.

—¿Cree que él sabe dónde está? —preguntó Brunetti. No quería apremiar a Vianello y miró a Paola, que estaba junto al timón, conversando amigablemente con Bonsuan.

Finalmente, Vianello contestó:

—Yo apostaría a que lo sabe, pero no lo dice porque no se fía de nadie, ni de nosotros.

Brunetti asintió, se apartó del sargento y miró al agua, hacia San Marcos, que estaba apareciendo por la izquierda. Recordó el último día que vio a Maria Testa en el hospital, la enérgica determinación de su voz, y el recuerdo le produjo una sensación de alivio. Era bueno que hubiera decidido escapar. Brunetti trataría de encontrarla, pero confiaba en que resultara imposible... para él y para todos. Que Dios la protegiera y le diera fuerzas para su *vita nuova*.

Paola, al ver que su marido había acabado de hablar con Vianello, se acercó a ellos. Una ráfaga de viento le dio de espaldas, echándole el pelo hacia adelante.

Riendo, ella apartó con las manos la melena rubia y ondulada que le envolvía la cara por ambos lados y agitó la cabeza como el que ha estado buceando mucho rato. Cuando abrió los ojos vio que Brunetti la miraba y volvió a reír, ahora con más fuerza. Él le rodeó los hombros con el brazo bueno y la atrajo hacia sí.

Como un adolescente enamorado, le preguntó:

—¿Me has echado de menos?

Ella respondió en el mismo tono:

—La nostalgia no me dejaba vivir. Los niños no tenían qué comer y mis estudiantes languidecían por falta de estímulo intelectual.

Vianello los dejó solos y se acercó a Bonsuan.

—¿Qué has hecho durante todo este tiempo? —preguntó Brunetti, como si ella no hubiera pasado la mayor parte de aquellos diez días en el hospital, a su lado.

Él notó en su cuerpo un cambio de actitud y la hizo volverse a mirarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No quiero empañar tu vuelta a casa hablando de eso.

—Nada puede empañarla, Paola —dijo él sonriendo ante esta simple verdad—. Anda, cuenta.

Ella le miró a la cara un momento y dijo:

—Ya te previne de que pediría ayuda a mi padre.

—¿Acerca del padre Luciano?

—Sí.

—¿Y bien?

—Ha hablado con ciertas personas, amigos suyos de Roma. Creo que ha encontrado la solución.

—Cuenta.

Ella contó.

El ama de llaves abrió la puerta de la rectoría a la segunda llamada de Brunetti. Era una mujer poco agraciada de unos cincuenta y tantos años, con el cutis fino y sin mácula que él había observado en monjas y otras mujeres de virginidad largamente preservada.

—¿Sí? —dijo—. ¿Qué desea? —Quizá en tiempos fue bonita, con unos ojos oscuros y una boca grande, pero los años le habían hecho olvidar el deseo de agrandar, o quizá nunca lo tuvo, y su cara se había marchitado, agriado y reblandecido.

—Deseo hablar con Luciano Benevento —dijo Brunetti.

—¿Es feligrés? —preguntó ella, sorprendida por la omisión del tratamiento.

—Sí —dijo Brunetti, tras sólo un momento de vacilación, dando la respuesta correcta, por lo menos, topográficamente.

—Si tiene la bondad de pasar al estudio, llamaré al padre Luciano. —La mujer giró sobre sí misma dando la espalda a Brunetti, que cerró la puerta y la siguió por un pasillo con suelo de mármol, hasta la puerta de una habitación que ella abrió para hacerle entrar antes de ir en busca del cura.

En la habitación había dos sillones, situados muy juntos, quizá para favorecer la intimidad de la confesión. Colgaba de una pared un pequeño crucifijo y, en la de enfrente, un cuadro de la Virgen de Cracovia. En una mesita baja había ejemplares de *Famiglia Christiana* y varios formularios de donativos por correo para posibles interesados en colaborar en *Primavera Missionaria*. Brunetti, ajeno a las revistas, las imágenes y los sillones, se quedó en el centro de la habitación, esperando la llegada del sacerdote con la mente clara.

A los pocos minutos, se abrió la puerta y entró un hombre alto y delgado.

La sotana y el alzacuello lo hacían parecer más alto de lo que era en realidad, impresión que acentuaban un porte erguido y una zancada larga.

—¿Sí, hijo? —dijo al entrar. Tenía los ojos gris oscuro con finas patas de gallo causadas por la sonrisa frecuente, la boca grande y una expresión afable que invitaba a la confianza y la confianza. Se adelantó hacia Brunetti sonriendo y tendiendo la mano en fraternal saludo.

—¿Luciano Benevento? —preguntó Brunetti con las manos a los costados.

—Padre Luciano Benevento —rectificó el clérigo sin perder la sonrisa.

—He venido a comunicarle su nuevo destino —dijo Brunetti, omitiendo deliberadamente el tratamiento.

—Lo siento, me parece que no entiendo. ¿Qué nuevo destino? —Benevento movía la cabeza de derecha a izquierda.

Brunetti sacó un largo sobre blanco del bolsillo interior de la chaqueta y lo tendió en silencio al otro hombre.

El sacerdote lo tomó maquinalmente, lo miró y vio su nombre escrito en el anverso. Le satisfizo ver que allí se usaba su tratamiento. Abrió el sobre, miró al callado Brunetti y sacó una hoja de papel. Manteniéndola un poco alejada de sí, leyó el texto. Cuando terminó, miró a Brunetti, otra vez al papel y leyó por segunda vez.

—No entiendo nada —dijo. Su mano derecha, la que sostenía la hoja, cayó a lo largo del cuerpo.

—Pues debería de estar bien claro.

—No lo entiendo. ¿Cómo pueden trasladarme? Antes tenían que haber pedido mi consentimiento.

—No creo que a nadie le interese ya lo que usted desee.

—Hace veintitrés años que soy sacerdote. Claro que tienen que escucharme. No pueden hacerme esto, trasladarme sin decirme ni siquiera adónde. —El sacerdote agitó el papel, indignado—. No me dicen a qué parroquia ni a qué provincia me envían. No me dan ni una idea de dónde voy a estar. —Extendió la mano mostrando el papel a Brunetti—. Mire esto. Lo único que dicen es que me trasladan. Podría ser a Nápoles. Podría ser a Sicilia, por Dios.

Brunetti, que conocía el texto de la carta y algo más, no se molestó en

mirarla.

—¿Qué parroquia será? —proseguía Benevento—. ¿Qué clase de gente tendré? No pueden dar por descontado que vaya a aceptarlo. Llamaré al Patriarca. Presentaré una queja para que revoquen la orden. No pueden enviarme de este modo a la parroquia que quieran, después de todo lo que he hecho por la Iglesia.

—No es una parroquia —dijo Brunetti suavemente.

—¿Qué? —preguntó Benevento.

—No es una parroquia —repitió Brunetti.

—¿Qué quiere decir con eso de que no es una parroquia?

—Lo que he dicho. No lo han destinado a una parroquia.

—Eso es absurdo —dijo Benevento con indignación—. Naturalmente que tienen que destinarme a una parroquia. Soy sacerdote. Mi tarea es ayudar a la gente.

Brunetti permanecía impasible. Su silencio espoleó a Benevento a preguntar:

—¿Quién es usted? ¿Qué sabe de esto?

—Mi nombre no importa. Soy alguien que reside en su parroquia —dijo Brunetti—. Mi hija está en su clase de catecismo.

—¿Quién es?

—Una de las alumnas de la escuela secundaria —dijo Brunetti, que no veía razón para nombrar a su hija.

—¿Y qué tiene eso que ver? —inquirió Benevento, con una cólera cada vez más perceptible en su voz.

—Tiene mucho que ver —dijo Brunetti señalando la carta con un movimiento de la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que me está diciendo —dijo Benevento, y repitió la pregunta—: ¿Quién es usted? ¿Por qué ha venido?

—He venido a traer la carta —dijo Brunetti tranquilamente— y a comunicarle adónde irá.

—¿Por qué iba el Patriarca a enviar a alguien como usted? —preguntó Benevento, acentuando la última palabra con grueso sarcasmo.

—Porque ha sido amenazado —explicó Brunetti afablemente.

—¿Amenazado? —repitió Benevento en voz baja, mirando a Brunetti con

un nerviosismo mal disimulado. Nada quedaba del sacerdote bonachón que había entrado en la habitación hacía sólo unos minutos—. ¿Cómo se puede amenazar al Patriarca?

—Tres niñas. Alida Bontempi, Serafina Reato y Luana Serra —dijo Brunetti escuetamente, dando los nombres de las tres muchachas cuyas familias se habían quejado al obispo de Trento.

Benevento echó la cabeza hacia atrás, como si Brunetti le hubiera abofeteado tres veces.

—No sé de qué... —empezó, pero al ver la cara de Brunetti calló un momento. Esbozó una sonrisa de hombre de mundo—. ¿Y se creen ustedes las mentiras de unas chicas histéricas? ¿Contra la palabra de un sacerdote?

Brunetti no se molestó en contestar.

Benevento estaba furioso.

—¿Quiere decir que cree las patrañas que esas chicas inventaron contra mí? ¿Cree que un hombre que ha dedicado su vida al servicio de Dios podría hacer eso que ellas dijeron? —Brunetti seguía sin responder, y Benevento se golpeó el muslo con la carta y se volvió de espaldas a Brunetti. Fue a la puerta, la abrió, pero la cerró enseguida violentamente y miró a Brunetti—. ¿Y adónde pretenden enviarme?

—Asimara —dijo Brunetti.

—¿Cómo? —gritó Benevento.

—Asimara —repitió Brunetti, seguro de que todo el mundo, hasta un sacerdote, tenía que conocer el nombre de la prisión de máxima seguridad, en medio del mar Tirreno.

—Pero es una prisión. No pueden enviarme allí. Yo no he hecho nada. —Dio dos pasos largos, como si pensara que podría inducir a Brunetti a hacer alguna concesión, aunque no fuera más que por la fuerza de su cólera. Brunetti lo detuvo con una mirada—. ¿Qué esperan que yo haga allí? No soy un criminal.

Aquí Brunetti lo miró a los ojos pero no dijo nada.

Benevento gritó al silencio que irradiaba del otro hombre:

—Yo no soy un criminal. No pueden enviarme allí. No pueden castigarme; ni siquiera se me ha juzgado. No pueden enviarme a la prisión por lo que digan unas chicas, sin acusación ni juicio.

—No está acusado de nada. Irá de capellán.

—¿Qué? ¿Capellán?

—Sí, a cuidar de las almas de los pecadores.

—Pero son hombres peligrosos —dijo Benevento con una voz que él se esforzaba por serenar.

—Precisamente.

—¿Cómo?

—Son hombres. En Asimara no hay jovencitas.

Benevento miró en derredor, buscando un oído sensato que juzgara lo que se le hacía.

—No pueden hacerme esto. Me marchó. Me voy a Roma. —La última frase ya la dijo a gritos.

—Se irá el día uno —dijo Brunetti con férrea calma—. El Patriarcado le proporcionará una lancha y luego un coche que lo llevará a Civitavecchia y vigilará que suba al barco que hace la travesía a la prisión una vez por semana. Hasta entonces no saldrá de esta rectoría. Si sale, será arrestado.

—¿Arrestado? —barbotó Benevento—. ¿Por qué?

Brunetti dejó la pregunta sin contestar.

—Tiene dos días para prepararse.

—¿Y si me niego a ir? —preguntó Benevento en el tono que suele utilizarse en posiciones de gran fuerza moral. Como Brunetti no respondiera, repitió la pregunta—: ¿Y si me niego a ir?

—En tal caso, los padres de las tres niñas recibirán cartas anónimas diciendo dónde está usted y lo que ha hecho.

El estupor de Benevento fue evidente y, enseguida, el miedo, tan inmediato y potente que no pudo reprimir la pregunta:

—¿Qué harán?

—Si tiene suerte, llamarán a la policía.

—¿Qué quiere decir, si tengo suerte?

—Ni más ni menos que lo dicho. Si tiene suerte. —Brunetti dejó que se hiciera entre ellos un largo silencio y luego dijo—: Serafina Reato se ahorcó hace un año. Llevaba un año buscando quien la creyera y no lo encontró. Dijo que lo hacía porque nadie la creía. Ahora la creen.

Benevento abrió mucho los ojos un momento y sus labios se contrajeron

en un círculo prieto. El sobre y la carta cayeron al suelo, pero él no se dio cuenta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Tiene dos días —fue la respuesta de Brunetti. Pasando por encima de los papeles que habían quedado olvidados en el suelo, fue hacia la puerta. Le dolían las manos de tanto apretar los puños. No se dignó mirar a Benevento antes de salir. Tampoco dio portazo.

Brunetti se alejó de la rectoría y torció por una calle estrecha, la primera que llegaba hasta el Gran Canal. Cuando el agua le impidió seguir avanzando, se detuvo y contempló los edificios del otro lado. Un poco a la derecha estaba el *palazzo* en el que Lord Byron se había alojado una temporada y, a su lado, aquel en el que había vivido la primera novia de Brunetti. Pasaban embarcaciones, llevándose consigo la luz de la tarde y sus pensamientos.

No tenía sensación de triunfo por esta pobre victoria. Si algo sentía era una profunda tristeza por aquel hombre y su vida sórdida y desgraciada. Este cura estaba neutralizado, por lo menos, mientras el poder y la influencia del conde Orazio pudieran retenerlo en la isla. Brunetti pensó en la advertencia que le había hecho el otro clérigo, y en el poder y la influencia que había detrás de ella.

De pronto, con un chapoteo que salpicó los zapatos de Brunetti, una pareja de gaviotas cabecinegras se posaron delante de él, disputándose un trozo de pan. Pugnaban, pico con pico, tirando del pan, graznando y chillando, hasta que una engulló el pan y, a partir de aquel momento, las dos callaron y se calmaron, dejándose mecer apaciblemente por el agua, una al lado de la otra.

Brunetti estuvo allí un cuarto de hora, hasta que se relajó la rigidez de sus manos. Entonces las hundió en los bolsillos de la chaqueta y, despidiéndose de las gaviotas, retrocedió por la calle estrecha, camino de su casa.



DONNA LEON nació en New Jersey el 28 de septiembre de 1942. En 1965 estudió en Perugia y Siena. Continuó en el extranjero y trabajó como guía turística en Roma, como redactora de textos publicitarios en Londres y como profesora en distintas escuelas norteamericanas en Europa y en Asia (Irán, China y Arabia Saudita). En la actualidad enseña literatura inglesa y norteamericana en la extensión de la Universidad de Maryland, situada en la base de las fuerzas aéreas de Estados Unidos en las cercanías de Venecia, donde reside desde 1981.

Protagonizadas por el comisario Brunetti, ha publicado las novelas *Muerte en La Fenice*, que obtuvo el prestigioso Premio Suntory a la mejor novela de intriga, *Muerte en un país extraño*, *Vestido para la muerte*, *Muerte y juicio*, *Acqua alta*, *Mientras dormían*, *Nobleza obliga*, *El peor remedio*, *Amigos en las altas esferas*, Premio CWA Macallan Silver Dagger, *Un mar de problemas*, *Malas artes*, *Justicia uniforme*, *Pruebas falsas* y *Piedras ensangrentadas*. Sus libros, traducidos a veintitrés idiomas, incluido el chino, son un fenómeno de crítica y ventas en toda Europa y Estados Unidos.

Última revisión por UMDN: 26 de mayo de 2022

